

J. L. BASTARRICA



LUIS CHIANDOTTO

un sembrador de felicidad

JOSE LUIS BASTARRICA CELAYA

LUIS CHIANDOTTO

un sembrador de felicidad

Prólogo

del Cardenal ANTONIO M.^a JAVIERRE

EDITORIAL C C S

Madrid

Portada: «¿Quién conoció a D. Luis Chiandotto y no se sintió bañado en su mirada luminosa, escondida tras las gruesas gafas de concha, suave a veces, severa y adusta en ocasiones, continuamente incitante y siempre dispuesta a la acogida?»

(Fotografía de José Luis Mena, septiembre de 1966.)

© 1988. EDITORIAL CCS. Alcalá, 164/28028 MADRID

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico o mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Nihil obstat: José Sánchez Ramos

ISBN: 84-7043-514-0

Depósito legal: M. 26.534.—1988

Imprime. Ind. Gráficas España, S. L. - Comandante Zorita, 48 - 28020 Madrid

En el Centenario de la muerte de Don Bosco,
a la Familia Salesiana
y a cuantos conocieron y trataron
a don Luis Chiandotto.

PROLOGO

PLAZA DE SAN PEDRO Y PRIMAVERA ROMANA. Coordinadas estupidas de espacio y tiempo para una canonización.

Centenares de españoles, que habían asistido en la basílica a la glorificación de un paisano suyo, comentaban detalles de la ceremonia esperando coronarla con el rezo del ángelus y la bendición del Papa. Suelen ser momentos fecundos de amistad, con encuentros tan simpáticos como inesperados. Uno entre ellos:

«Discúlpeme, Padre. Habré de presentarme; porque aun cuando coincidimos años atrás en el colegio del Padre Cámara en Salamanca, no puedo pretender que usted lo recuerde. Era yo un chaválín, por aquel entonces, cuando usted y don Luis Chiandotto —amigo de familia— frecuentaban la Universidad salmantina. Participé en su ordenación sacerdotal. Quedé literalmente fascinado por la belleza del rito, presentado con garra por su hermano José María. Les tuve envidia... y hoy tengo también yo el gozo de ser sacerdote.»

Nada hallo de extraño en aquella envidia, pues era de veras envidiable el corte sacerdotal de Chiandotto. Fiel a Don Bosco, Padre y Maestro, quiso también él ser sacerdote a tiempo lleno, siempre y por doquier. Y lo consiguió. Hasta hacer de su vida una misa: un largo ofertorio y a renglón seguido una constante consagración.

Estimo un regalo de la Providencia haber sido testigo de su aurora y de su ocaso. Fue tan intensa su preparación a lo largo de un cuatrienio en «Roma la Chica», que hasta los niños pudieron captar la vibración apasionada del «introibo ad altare», de su primera eucaristía. No menos ejemplar fue —esta vez en «Roma la eterna»— su «ite missa est», que resonó en mis oídos como el «consummatum est» de Cristo sacerdote, rebotando en los labios temblorosos del sacerdote de Cristo.

Dos momentos reveladores de la interioridad de Chiandotto, que me gustaría poder fijar en sendas instantáneas.

* * *

El sacerdocio fue tema preferencial de su reflexión teológica en las aulas salmantinas.

Un año antes de su ingreso en el noviciado había visto la luz la encíclica «Ad catholici sacerdotii» de Pío XI. Registró en su corazón un principio: «el sacerdote queda constituido medianero entre Dios y el hombre, en representación y por mandato del que es único medianero entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre» (CS 37). Ajustó su formación a las exigencias espirituales del sacerdocio, dado que «los mediadores entre Dios y el pueblo deben tener limpia conciencia ante Dios y limpia fama ante los hombres» (CS 38). Con los ojos clavados en las dos cabezas de puente, inició en Salamanca el estudio de la teología deseoso de asegurarse los perfiles del pontífice, según el corazón de Cristo.

Halló en Salamanca profesores capaces de llenar cumplidamente su deseo, por la calidad de su doctrina y la entrega generosa a la docencia. Sólidamente anclado en filosofía, pudo aprovechar, cual ninguno, el excepcional vigor especulativo de sus maestros preferidos. Más de una vez me hizo partícipe del gozo íntimo que le procuraba la visión sapiencial de la teología. Le extasiaba la contemplación de los misterios en armonía con el Misterio de Dios. Le encantaba saber que tenía asignado un puesto en sus designios salvíficos: ser signo fehaciente, es decir, partícipe y reflejo de Cristo, Mediador de cielos y tierra.

En aras de nuestra profunda amistad, no supo ocultarme una vena de insatisfacción que fue engrosando con el correr del tiempo. Como buen salesiano, Chiandotto aceptaba de mil amores el entronque de sacerdocio y sacrificio, dado que la eucaristía figura como columna fundamental en el sistema educativo de Don Bosco; pero no podía ver reducido el sacerdocio a las dimensiones de un puro liturgo. Sabía que los jóvenes no pueden prescindir en su marcha de la brújula y el viático; y que necesitan a su lado un sacerdote que sea también maestro y pastor. No basta. A la vez que integrar contenidos hacía falta revisar los métodos. Chiandotto sabía muy bien, por experiencia pedagógica, que sólo a través de una exposición acertada es posible lograr la transmisión de un mensaje.

En las aulas salmantinas brillaba con luz meridiana y lujo de detalles la articulación del sacerdote con el Padre; pero quedaba en la penumbra su contacto con los hombres. Ahora bien: el cometido del mediador comprende los dos tiempos, subida y descenso. De esta última fase del proceso no parecían particularmente interesados los dogmáticos salmantinos. Con lo cual quedaba sin respuesta una porción de interrogantes que Chiandotto había llevado a Salamanca: ¿cuáles son los tesoros de verdad y de vida que urge hoy trasvasar de los cielos a la tierra? ¿Y cómo traducir el «evangelio» del Padre, su buena nueva entrañable, en categorías accesibles al hombre de la calle?

La insatisfacción no era exclusiva de Chiandotto. Era objetiva. Comulgaban con ella muchos otros universitarios que, sin pretenderlo, se

encontraron reunidos en un grupo informal donde alimentaron inquietudes sacerdotales que acabaron por rebasar el horizonte salmantino, aireadas por la revista «Incunable». Con entusiasmo contagioso, Chiandotto participó desde el principio con toda su alma.

Aspiración común de aquellos seminaristas maduros y sacerdotes jóvenes fue sencillamente asegurarse una formación integral por sus contenidos y una metodología acomodada a los tiempos. Todo ello sin el menor resabio de heterodoxia o de indisciplina. Aceptaban con toda el alma los valores auténticos ofrecidos en las clases. Pedían, tan sólo, colmar lagunas y abrir horizontes al compás de una teología positiva al lado de la especulativa y de una pastoral auténtica que completara la dogmática.

En el fondo, sentían instintivamente la exigencia de RENOVACION que había de hallar satisfacción plena en el futuro Concilio Vaticano II. Exigencia de fidelidad dinámica y de progreso dogmático anclada en la ley de la encarnación, perfectamente en sintonía con la más depurada tradición de la teología salmantina.

Así lo puso de manifiesto el Papa Juan Pablo II en ocasión de su visita a la Universidad, años más tarde. «Con elementos medievales, Victoria, Soto, Castro, Vega y Juan de Medina construyeron una teología de nuevo estilo»... «En los tiempos difíciles que estamos viviendo, los teólogos de aquella época siguen siendo maestros para vosotros en orden a lograr una renovación tan creativa como fiel.»

A partir de su progresiva y tenaz conformación a Cristo sacerdote, tal había sido la reivindicación de Chiandotto: una auténtica renovación; sin la menor infidelidad doctrinal, pero desprovista de rutinas y con ojo avizor a las exigencias de la cultura.

Salió de Salamanca un año después de la publicación de la exhortación «Menti nostrae» de Pío XII. Chiandotto pudo añadir un nuevo texto a su antología de mediación sacerdotal. El Papa, refiriéndose a «los verdaderos mediadores de justicia en aquellas cosas que se refieren a Dios», los invitaba «a ser una sola cosa con Cristo». Sólo así, «fortalecidos con la virtud del Salvador, podremos bajar seguros del monte de la santidad que habremos conseguido, para llevar a todos los hombres la vida y la luz sobrenatural de Dios a través del ministerio sacerdotal» (MN 31).

Con esa inyección de entusiasmo y esa pauta magisterial comenzó su ministerio de forja de sacerdotes en el estudiantado de Carabanchel, posteriormente trasladado a Salamanca.

* * *

Concluidos nuestros estudios universitarios y ordenados sacerdotes, salimos de Salamanca con rumbos divergentes en el cumplimiento de nuestro ministerio apostólico. A Chiandotto, italiano, se le asignó España como campo de trabajo; a mí, español, me destinaron a Italia.

Tornamos a reunirnos en la urbe, al servicio de una causa común. La concentración de las Facultades del P.A.S. en la nueva sede romana, impuso no leves retoques de organización. Tocó a Chiandotto el cometido de inaugurar la Inspectoría de reciente creación y a mí el privilegio de dirigir los primeros pasos de la flamante Universidad Pontificia Salesiana.

¿Pudo Chiandotto aplicar a fondo el principio de mediación sacerdotal, al margen de la problemática vivida apasionadamente en Salamanca? El Concilio Vaticano II parecía haber zanjado definitivamente la cuestión. El postulado de renovación conciliar, valedero también en campo sacerdotal, comporta fidelidad plena a las estructuras básicas, a la vez que acogida simpática de las legítimas exigencias de los tiempos. Los Padres conciliares hacían eco, de esta forma, a las cualidades ideales del Pontífice, según la carta a los Hebreos: FIDELIDAD para con Dios y MISERICORDIA para con los hombres. Sin embargo, la Providencia reservaba a Chiandotto aspectos nuevos cuya asimilación habría de procurarle matices inéditos de madurez hasta hacer de él un sacerdote de antología. El cual no puede limitar su solicitud a los aspectos verticales. Por muy expedita que se suponga la elevación hacia Dios y el camino de descenso hacia los hombres, la mediación entraña una segunda dimensión horizontal: la que asocia a los hombres entre sí.

La Constitución conciliar SC 48 alude a ella de manera expresa al recordar el deber de «perfeccionarnos día a día por Cristo mediador en la unión con Dios y entre sí.

Definitivamente: el símbolo ideal de la mediación cristiana es la Cruz. A los dos travesaños de ésta, corresponden las dos dimensiones de aquélla. No basta, por consiguiente, normalizar verticalmente los contactos entre Dios y su pueblo; es preciso asegurar en la horizontal el abrazo fraterno y sincero de todos los hijos de Dios.

Y es aquí donde se abría a Chiandotto en la Roma post-conciliar una función de mediador, tan inesperada como difícil.

Si bien pudo parecer unánime la aceptación del postulado de renovación, presto resultaron inconciliables las divergencias, sobre todo a la hora de su puesta en práctica. Las opiniones se polarizaron en torno a la continuidad y novedad que integran la renovación propuesta por el Vaticano II. Mientras unos ponían el acento en la fidelidad rotunda a la tradición, reducida la reforma a simples retoques de detalle, otros, en cambio, reclamaban cambios radicales e inmediatos de estructuras, a su juicio, envejecidas a fondo y sin remedio.

Chiandotto hubo de enfrentarse en el P.A.S. con serias deficiencias de comprensión en el cuerpo profesoral y, consiguientemente, en la entera comunidad universitaria. No se olvide que la crisis alcanzó su punto álgido en el 68. No estuvo el P.A.S. al margen de la crisis. Hubiera sido índice de una paz de cementerio, que no rima con la vitalidad juvenil del Centro Universitario Salesiano. Verdad es que los protagonistas fue-

ron en buena parte, antiguos profesores, alumnos y colegas de Chian-dotto; lo cual, lejos de facilitar, complicaba en cierta manera su gestión de mediador.

Mediador de raza, afrontó la situación echando mano de su temperamento naturalmente acogedor; de su enorme amabilidad y paciencia en la escucha; de su capacidad no común de penetración inteligente y amorosa. Presto advirtió que, por ambas partes, andaban entremezcladas luces y sombras, valores y oropel. No era posible una acogida incondicional. Se imponía deponer actitudes polémicas, de raíces hondísimas; abrir los ojos con realismo a las deficiencias personales y a los aciertos ajenos; conjugar exigencias de tipo subjetivo y objetivo. En una palabra: gracias a su intuición, sus lecturas y su experiencia personal, Chiandotto redescubrió la vía regia del diálogo, hecho de comprensión recíproca, de intercambio de valores, de búsqueda en común de verdaderas síntesis.

No fue fácil convencer a los suyos de la validez del método. Amagan peligros gravísimos en su ejercicio: la impaciencia de quienes no sufren el ritmo de la historia; y la tentación del compromiso, que ahorra dificultades aparentemente insuperables. En todo caso, dio ejemplo maravilloso: fiel a su vocación de mediador, hizo converger en su persona las tensiones de algunos reacios a la confrontación directa. Ese esfuerzo dialogal fue reconocido por todos. Hallaron siempre en él comprensión profunda y amor sincero, pese a las divergencias declaradas en posiciones de base.

Chiandotto no aceptó cortocircuitos. Sabía que nada autoriza a forzar el ritmo del diálogo, por muy insoportable que se haga su lentitud. Descubrió, además, que no importa que la meta quede en lejanía; porque el mero ejercicio del diálogo, aun al margen del éxito, es ya una conquista. El diálogo lleva consigo la práctica de las dos virtudes fundamentales del cristianismo que —como algunos han definido— es un hecho de humildad al servicio del amor. Pues bien, el diálogo impone plegarse humildemente a la verdad, doquiera aparezca, y amar entrañablemente al interlocutor. ¿No será el diálogo una versión de la esperanza cristiana para este siglo nuestro de cultura pluralista?

Eso explica que el ocaso de la jornada sacerdotal de Chiandotto fuera luminosísimo. Con la renovación intuita en Salamanca, afinó el travesaño vertical de la cruz; con el diálogo, hubo de revisar en Roma el travesaño horizontal. Esa cruz de Cristo es el símbolo perfecto de la mediación del Sumo Pontífice; a cuya conformación dedicó Chiandotto su vida entera sacerdotal.

«Son bellos los crepúsculos vespertinos y son bellas las auroras.» No pudo suponer Azorín la belleza sublime que entraña el introito de una misa y la consumación del sacrificio eucarístico, cuando es el celebrante un ministro plenamente configurado a Cristo Sacerdote.

* * *

Al llegar a este punto advierto que no sólo he delineado el prólogo, evocando la aurora del sacerdocio, sino que he anticipado el epílogo con la referencia a su ocaso.

D. José Luis Bastarrica se asumió el cometido de describir por menudo la jornada sacerdotal de nuestro querido Chiandotto.

Nadie mejor que él podía hacerlo. Tuvo la fortuna de acompañar a diario al biografiado en el ejercicio de su ministerio, como amigo entrañable y colega en el estudiantado. Recogió a su muerte, abundante material de primera mano que él supo leer con ojo crítico y con ese amor sincero... que asegura la penetración del objeto.

Hemos de agradecer muy de veras el regalo que nos procura su esfuerzo tan generoso como meritorio.

Personalmente abrigo la ilusión de que jóvenes lectores —en forma análoga al espectador de Salamanca— sientan envidia del biografiado y decidan emular su sacerdocio.

Que constituye, a mi juicio, clave segura para descubrir el secreto de su vida y, consiguientemente, para leer con fruto su estupenda biografía.

ANTONIO M.^a JAVIERRE ORTAS
Secretario de la Sagrada Congregación
para la Educación Católica *

ROMA, 1988
en el día 24 de abril
aniversario de nuestra ordenación sacerdotal.

* Mons. Antonio M.^a Javierre fue posteriormente nombrado cardenal por Juan Pablo II en el Consistorio del 28 de junio de 1988.

PRESENTACION

La iniciativa de lanzarme a escribir la biografía de don Luis Chianotto no partió precisamente de mí. La insinuación me vino de don Antonio María Javierre —profesor durante largos años en la Universidad Salesiana de Roma, y también Decano y Rector Magnífico en la misma. Posteriormente fue Arzobispo Secretario de la Sagrada Congregación para la Educación Católica.

Me halagó la idea, lo confieso; aun cuando me persuadí de que rayaba en la temeridad. No habían transcurrido todavía cuatro años desde la muerte de don Luis. ¡Y a don Luis le habían conocido y tratado tantos...! Aún vivía en la mente de miles de personas. Se me exigía por lo mismo una objetividad extraordinaria.

Recibí alientos —para *arriesgarme* en la empresa— de nuestro Rector Mayor, don Egidio Viganó; de su antecesor en el cargo, don Luis Ricceri; de don Luis Fiora, Procurador General Salesiano ante la Santa Sede; de don José Antonio Rico, del Consejo General de la Congregación; y, entre otros muchos, de don Matías Lara, mi Provincial entonces, quien me aconsejó demorar otros trabajos históricos, que traía entre manos, y dar primacía a éste.

Me decidí a ello, conociendo mis limitaciones y las dificultades que en la empresa me esperaban.

Mi labor comenzó en enero de 1981.

Empecé entablando correspondencia con cuantos yo pude saber que habían convivido con don Luis: alumnos, compañeros y formadores suyos. Centenares de cartas supuso esta tarea.

Las relaciones epistolares resultan, en general, muy interesantes, pero de escaso contenido. Las entrevistas, más detenidas y sustanciosas. Aunando unas y otras, le es más fácil al historiador situarse en la verdad.

Por eso me convertí en viajero a través de casi toda la geografía española: Casas salesianas de las Inspectorías de Madrid, León, Bilbao, Córdoba, Sevilla y Valencia.

No solamente a salesianos; también interrogué, *sin piedad* ni prisas inquietantes, a cuantas personas habían convivido y tratado con él.

Sor Araceli Delgado, de la Congregación del Santo Angel, que había sido dirigida espiritualmente por don Luis durante muchos años, desde Roma se desplazó a Concordia Sagittaria, pueblo natal del biografiado. En diez días de trabajo intenso recogió como fruto noventa y ocho folios. Me los entregó manuscritos con el título de *Don Luis Chiandotto. Una obsesión: la gloria de Dios y la felicidad de los hombres. Un doble de Jesús*. Recogía en él la transcripción de varias cintas magnetofónicas grabadas en sus entrevistas a familiares y conocidos.

Antes, la misma Sor Araceli había puesto en mis manos un cuaderno titulado *Anotaciones*: sesenta páginas mecanografiadas, con apuntes personales.

No me conformé con toda esta documentación.

Revolví fiecheros en Mohernando (Guadalajara), Carabanchel Alto-Madrid y Salamanca (Colegio de María Auxiliadora y Teologado), lugares donde había desarrollado don Luis su actividad salesiana y sacerdotal en España. En marzo de 1982 me desplazé a Italia. Hurgué en los archivos de la Casa Generalicia y del P.A.S. Y fui a Concordia Sagittaria, donde resolví algunas dudas suscitadas por el informe de sor Araceli; y recabé nuevos datos. Visité Turín donde realicé varias entrevistas.

Toda esta documentación está constituida por ciento veinte cintas magnetofónicas, de una hora de duración cada una; con sus respectivas transcripciones a folios. En ellas, se recogen los testimonios de más de doscientas personas, a las que interrogué, una por una, con suma detención, cuidado y detalle, procurándome la mayor objetividad posible. Este trabajo me llevó muchos meses de asidua dedicación..., tal vez, hasta un año. Entre las declaraciones, figuran las de los Inspectores, miembros del Consejo Superior y catedráticos de la Universidad Pontificia Salesiana (U.P.S.), en los tiempos de don Luis. Y se añaden a este fichero ciento cuarenta y ocho cartas o relaciones ológrafas de personas que prefirieron dejar por escrito sus impresiones. No faltan tampoco los diagnósticos médicos de los doctores que atendieron o intervinieron a don Luis en los sucesivos momentos críticos de su enfermedad, en Madrid y Roma...

Dos extensos y abultados ficheros constituyen el resultado de la ordenación y sistematización de todo este material.

Con él redacté una pormenorizada biografía de mil doscientas páginas.

Reconozco que una obra de tal magnitud, aunque exhaustivamente documentada, hubiera resultado impopular. Siento pena, lector, de que tú no la puedas leer. De momento, obrará, fotocopiada, en el Archivo Central Salesiano de Roma, en la U.P.S. y en cada una de las Sedes Inspectoriales de España. Podrá servir como fuente de investigación y elaboración de estudios posteriores sobre el biografiado.

El libro que tienes en tus manos es un reflejo de esa que podíamos llamar *edición mayor* de la biografía.

Te confieso que me sentí impotente para realizar personalmente yo mismo la refundición. ¡Tanto cariño cogí a la obra! Resulta inhumano engendrar una criatura y después mutilarla.

Y en esta tesitura me llegó, como caída del cielo, la ayuda inesperada, y siempre bienvenida, de mi antiguo e íntimo amigo José Mallo;

ya había colaborado conmigo en otras obras, especialmente hace cuatro lustros, en 1936-1939. *Tres años de historia salesiana*. Sin su ayuda entusiasta, constante y pacienzuda, pienso que no hubiera logrado yo esta presente refundición hasta pasado algún año más.

Todavía algunas observaciones.

Resumir mil doscientos folios en trescientos supone una labor poco menos de titanes; porque no se trata de cortar acá o acullá, ni de suprimir esto o aquello. Hemos intentado conservar fielmente el contenido de la *edición mayor*.

Como contrapartida, ponemos en tus manos una obra más accesible, más viva, más condensada y con idéntica exactitud y fidelidad testimonial.

Hemos prescindido en esta refundición de interpolar notas y citas al pie de página, que abrumarían y quitarían fluidez a la lectura. Destacamos algunos testimonios entre comillas; más bien por conveniencia literaria que por hacer de más o de menos a nadie. Te aseguro, lector, que todo el texto podría ser un continuo entrecomillado.

Agradezco sinceramente a cuantos han colaborado, directa o indirectamente, en esta tarea. Todos ellos han hecho posible la edición de la biografía.

Dios les recompensará copiosamente.

JOSÉ LUIS BASTARRICA CELAYA

LOGROÑO, 1987

solemnidad de María Auxiliadora

A modo de preludio

Marzo de 1982, día 27, cementerio de Concordia Sagittaria. Sobrio y severo recinto donde cipreses, panteones y mausoleos han crecido a la par. Callejas de frías y crudas tumbas; bloques de lívidos nichos que se alinean geométricamente.

Entre la sobriedad de sus sencillas lápidas de mármol blanco, destaca una en mármol rojizo. Sobre una repisa, en la parte inferior del nicho, dos búcaros con frescas flores. Aquí reposan los restos de don Luis Chiandotto trasladados a su pueblo natal desde una necrópolis de las afueras de Roma. En el centro de la lápida, en bajorrelieve, una imagen de Cristo. En la parte derecha, una sencilla inscripción: *Luigi Chiandotto. N. 22-12-21. M. 17-8-71*. A la izquierda, su fotografía.

Después de tantos años, me viene al recuerdo, viviente, aquella figura de rostro ovalado, frente abierta, amplia y alta, y sienes descarnadas; de mirada serena y sonrisa viva a flor de labios.

Ante este nicho, siempre florido, he depositado yo también, un hermoso ramo de flores; he clavado mi vista en la foto, y le he dirigido una ferviente plegaria...

Esos días he hablado personalmente con mamá María, la madre de Luis. Hospitalizada a causa de una caída que le impide caminar, mantiene su robustez física; si bien sus facultades mentales han quedado notablemente disminuidas. Se ha percatado, sin embargo, de que yo había conocido a su hijo; por ello, me ha ensartado el monólogo que ya viene a constituir en ella una rutina. Con vivacidad insospechada en una mujer de tantos años y por añadidura enferma, y con cierta graciosa agresividad contra la voluntad divina, ha comenzado a querellarse contra el Señor. Su lamentación me traía a la memoria cómo en tiempos muy pretéritos, en la Historia de la Salvación, también lo hicieron nuestros Padres en la fe; personajes tan importantes como Moisés, Job, Jeremías... si bien por motivos bien distintos. Así repetía la madre de don Luis: «El Señor se equivocó; obró mal. ¿Por qué se lo llevó? Quiero morir e ir con él».

Mamá María, en su oscuro dialecto veneciano, no se cansa de pedírselo a Dios. Yo la he comprendido ¿no la ha de comprender el buen Dios?

Antonio, su esposo, murió en 1973. Sus restos descansan sobre el nicho de Luis. Habían transcurrido tan sólo dos años desde la muerte de su hijo. Duro golpe supuso para los padres la desaparición de su primogénito.

Hasta que las piernas le respondieron, mamá María visitaba diariamente a su hijo en este cementerio de Concordia. Aquí, donde yo me encuentro ahora, mamá María ha llorado mucho, ha rezado con fervor, y ha repetido hasta la saciedad, como en cansino estribillo: «El Señor se equivocó...».

Por aquí ha desfilado el pueblo entero de Concordia porque «don Luis era algo suyo», y no se resignaban a «perderlo».

El vino a los suyos... Para quedarse por siempre.

Adoraba a sus padres, amaba a sus parientes, a sus paisanos. Y ellos le correspondían, le admiraban, le veneraban.

En contadas ocasiones había regresado don Luis a Concordia. De niño le vieron salir para el seminario; de joven marchó para España... Muy raras eran en aquella época las idas a la familia desde el seminario; y extremadamente cortas, incluso en el marco de las mismas provincias. Cuánto más desde España. Siete años pasaron sin que don Luis volviera a Concordia desde que dejó su patria. Lo hizo por primera vez, en 1949, con ocasión de su ordenación sacerdotal. Y luego, en pocas otras ocasiones.

* * *

España lo había *secuestrado*. Así les comentó su hermana a algunos salesianos españoles el mismo día de los funerales: «Luis verdaderamente tenía alma española. Cuando venía a Italia, nos hablaba como un español más. Parecía que fuese de España. Su mentalidad, sus reacciones, eran exactamente como las de un español».

Es muy cierto que se integró en nuestro ambiente hasta el punto de que nadie le consideraba extranjero; mas sin merma alguna de su auténtica y muy amada identidad italiana. No fue un secuestro. Supuso un regalo de Don Bosco y de María Auxiliadora a esa querida Inspección de Madrid, especialmente en los años difíciles de la década de los cuarenta; y luego, de los cincuenta. Con la explosión vocacional, encontró en él a un formador por excelencia, con clara identidad salesiana... Como los primeros salesianos, viniendo de otra tierra, supo identificarse profundamente con la España salesiana; y dar lo mejor de sí para hacerla crecer siempre más robusta y portadora de frutos saludables.

Amaba a España don Luis. «Apreciaba todo lo español como cosa suya.» Alguien había tenido la imprudencia de decirle, amigablemente: *si usted no es español...* ¡En qué mala hora! Lo cogió por la muñeca, también amigablemente, y le espetó: «¡Más que tú!».

Quería mucho a Italia y adoraba la región veneciana que le vio nacer y *pacer* en sus años mozos; pero él se había trasplantado a Es-

pañá; había asimilado su lengua, su cultura, sus costumbres, sus canciones... Y ya en Italia, ya Inspector del P.A.S., acogía con cariño a cuantos iban de España. «Le vimos siempre cercano a nosotros. Paseaba con nosotros por el patio. A los de otras Inspectorías les llamaba la atención nuestra confianza y cariño con don Luis.» Incluso se le vio llorar, emocionado, recordando los tiempos añorados de Carabanchel.

Comentaba él mismo con una salesiana española, hablando de su última operación: «¿Sabe que me han dicho que, cuando estaba bajo los efectos de la anestesia, hablaba español? Esto para que vea cómo tengo el corazón en España».

Sí. Su mente y su corazón estaban en España; y «tenía siempre a España en su mente y en su corazón». Tal había sido su identificación con todo lo español.

Y deseaba vivamente volver a España.

Pero aquí está, en el cementerio de Concordia, con los suyos; para quedarse por siempre. Con sus familiares y paisanos había compartido brevemente su vida; ahora disfrutaban ampliamente de su presencia, de su recuerdo, por siempre...

Desde ahí, desde la fotografía colocada en su nicho, y desde el cielo directamente, le veo mirar con cariño a su pueblo, a su gente, con aquella mirada catadora de hombres, serena y dulce; pero profunda y escudriñadora, que sabía leer en los rostros y adivinar en las almas...

¿Quién conoció a don Luis y no se sintió bañado en su mirada luminosa, escondida tras los gruesos cristales de sus gafas de concha, suave a veces, severa y adusta en ocasiones, continuamente incitante y siempre dispuesta a la acogida?

Y le veo sonreír desde la fotografía de su nicho. Su boca es una leve ondulación, asimétrica. ¡La sonrisa de don Luis! Complacencia, tranquilidad, bienquerencia, hilaridad, intuición, serenidad, comprensión..., todo eso y más expresaba su generosa sonrisa. Sus labios preconizaban ya las palabras que luego saldrían de su boca, siempre lentas, mesuradas, como a trompicones por su tartamudez en momentos de nerviosismo, jamás desabridas o improvisadas.

Le veo regalar generosamente miradas y sonrisas a sus paisanos, desde la fotografía de su nicho.

Los suyos lo trajeron. Quiso quedarse con ellos.

Había compartido, a retazos, la sencillez de su vida. «Nadie se sentía cohibido en su presencia.» Saludaba, sonreía, conversaba; preguntaba por los problemas de la gente, por sus hijos, por su trabajo; se acomodaba a su lenguaje; prodigaba exquisitez con los eruditos o potentes y simplicidad con los más humildes; «una sencillez maravillosa». Me dicen que ni siquiera sus familiares conocían los cargos que ocupó en la Congregación; que se enteraron después de su muerte; entre sus paisanos «era un simple sacerdote»...

Ancianos y niños constituían su debilidad; y los jóvenes: a unos, un consejo; a otros, esperanza; y «su bondad se proyectaba sobre todos». Le invitaban a sus hogares; no daba abasto el «pobre sacerdote»; entonces, iban a encontrarse con él en su casa que, al atardecer, se llenaba de gente. Se quejaban sus padres: «Para tres días que viene, se lo llevan todos»...

Don Luis pertenecía a sus paisanos. Ahora ya lo tienen, por siempre. Y él los mira y sonríe desde la fotografía de su nicho, y desde el cielo.

Había compartido, a retazos, la pobreza de su vida. Su finura en el trato contrastaba con la austeridad de su vestido. «Nunca le vimos con sotana nueva.» Pero eso sí, jamás desaliñado. Porte digno, sin vanidad; vestimenta remendada y deslucida, pero limpia, impecable. Don Luis era un *provinciano*, y así se consideró siempre; ¿por qué aparentar?

Pertenecía a sus paisanos. Miedo habían sentido los salesianos de que se quedara en su pueblo; pero no entre los vivos, sino en el descanso de Dios...

Porque había compartido también con ellos su enfermedad. En varias ocasiones. En 1963, siendo director del Teologado de Salamanca, a los pocos días de llegar a los suyos, le dio un arrechucho, eco del mal que le había arrebatado un riñón en Madrid; y siendo Inspector en Roma, cuando su última recaída. Consolaba a los enfermos y «se acercaba a los que más sufrían». Al hospital también iban a visitarle a él; y le miraban y le querían y le admiraban por «su serenidad y sosiego en el dolor» y porque «hablaba, con familiaridad de la muerte», esa muerte que él presentía tan cercana:

«Me quedaré unos días más aquí para hacer el último regalo a mis padres.»

Y «afirmaba que la vida es bella»...

Por poco no se quedó con los suyos en esas ocasiones. Morirá en Roma. Y allí lo enterrarán. Porque el corazón de don Luis también se llevaba a la tumba un pedacito de Roma: la Universidad Salesiana, el P.A.S.

Cuando su sucesor en el cargo de Inspector trace su semblanza en la carta necrológica proclamará: «Cuantos le conocieron están persuadidos de que él se ha colocado ya en la serie de los grandes maestros que han honrado en el pasado el Ateneo, el cual adquiere un nuevo protector en el cielo».

Don Luis había amado de verdad al P.A.S. Se había esforzado enormemente por el prestigio de la Universidad. «Tenía conciencia de que el Ateneo era una gran empresa salesiana, como centro de cultura y reflexión de la Congregación. Y puso todo su empeño en llevarlo adelante. Supo ofrecer sus sufrimientos por el bien de la Congregación; y, sobre todo, por el bien de la Institución del P.A.S. en la que creía firmemente.»

Este pedacito de Congregación; este trocito de Roma había cristalizado en su corazón. Y allí lo llevó, a aquel cementerio de Roma, en *Porta-Nova*.

Pero quiso volver a los suyos...

Porque sus paisanos habían compartido también el sentimiento de su muerte, y habían fletado un autocar para asistir a los funerales, porque «don Luis era algo suyo»...

No se habían resignado a *perderlo*; y lo trajeron aquí. Don Luis vino a los suyos, por siempre; los mira y les sonríe, complaciente, desde la fotografía de su nicho.

«En Concordia, la figura de don Luis es como un recuerdo dulce; se le rememora como «una persona serena, afable, siempre sonriente.» Van a visitarlo a su nicho del cementerio, como cuando acudían a su casa por verle. Le llevan flores, que renuevan antes de que se marchiten, como *siempre vivas*, símbolo de su viva permanencia entre ellos...

Le hablan, le rezan, le veneran.

Y él los mira y les sonríe, por siempre, desde la fotografía de su nicho...

«¡Tenía la pobre tanto trabajo...!»

Concordia la encontrarás en la región véneta, provincia de Venecia y diócesis de *Concordia-Pordenone*. Dista de Venecia sesenta y seis kilómetros; treinta y dos de Pordenone, y veinte del mar Adriático.

Julia Concordia fue antiquísima colonia romana. Erigida el año 42 a.C. por Octaviano Augusto, debe su nombre a Julio César; y, probablemente al período de paz —*concordia*— que siguió a su fundación.

Rodeada de murallas, se constituyó, en un tiempo, plaza fuerte. El río Lemane, entonces navegable, daba paso a las mercancías que provenían de Caorle, sobre el mar Adriático, y surtían al Oriente.

Una fábrica de armas, principalmente de Saetas —*sagitta*, en latín— famosa desde el siglo III, consiguió hacer olvidar el nombre de *Julia*. Y desde el año 1865, la ciudad comenzó a llamarse *Concordia Sagittaria*.

Abrazó la fe cristiana desde los primeros siglos, merced a los contactos con el Oriente; y sufrió la crueldad de la persecución de Diocleciano. No le faltaron ni mártires ni ilustres personajes.

En el siglo IV es erigida en obispado, hasta el siglo XIV; pero se lo arrebató Portogruaro, a tres kilómetros de Concordia, que adquiere una mayor relevancia en el orden social. Allí traslada su sede el Prelado; pero mantendrá hasta hoy el título de obispo de Concordia. Al frente de la parroquia-catedral, queda un sacerdote con el título de *monseñor*.

En la segunda mitad del siglo V, comenzó una ininterrumpida decadencia de Concordia. Las invasiones de los bárbaros y el sucederse de aluviones devastarán el territorio. La laguna que rodea la villa se convertirá en cenagoso pantano; y la zona quedará contaminada.

A fines del siglo pasado, sus habitantes iniciarán la heroica empresa de la mejora de las tierras. Las numerosas hectáreas arrancadas a los pantanos en virtud de los trabajos de saneamiento serán repartidas entre la población.

Es hoy Concordia una hermosa, pintoresca y alegre villa. Contará unos ocho mil habitantes, entregados en su mayoría a las tareas agríco-

las; tampoco faltan actividades industriales, comerciales y de artesanía. Todavía se conservan en ella obras de arte romano de inestimable valor.

Luis fue el primero de los hijos de Antonio Chiandotto y María Favro. Nació el 22 de diciembre de 1921, en Concordia Sagittaria. Recibió el bautismo el 1 de enero de 1922.

Le seguirán otros cinco hermanos: Angel, Marina, Carolina, Gino y Rómulo. Angel murió a los pocos días de nacer; Gino, cuando cumplía los quince años.

Marina está casada con Oscar Zaccheo; Carolina quedó viuda hace muy pocos años; su esposo se llamaba Gino. Rómulo se desposó con Rina Zassetto. Las tres familias viven en Concordia. Cuidan con cariño a su madre que cuenta ochenta y siete años cuando escribo estas líneas.

«He contemplado en el *Boletín Salesiano* —me decía Rómulo— la casita en la que nació y vivió don Bosco, allá en *I Becchi*. Mi hermano Luis nació en una más pobre. En los duros inviernos, su endeble techo tan sólo la resguardaba de la nieve que caía lentamente. Nos levantábamos ateridos de frío; teníamos que sacudir las mantas en las crudas noches invernales, más azotadas por el fuerte vendaval.»

La casita de Antonio y María es hoy ya un recuerdo lejano. Contaba entonces con sólo tres estancias, sin incluir la cocina. Allí se desenvolvía la vida de una familia numerosa y poco exigente. Una de las habitaciones se destinaba a dormitorio de los abuelos paternos de Luis; en las otras, debían ajustarse sus padres, el tío Egisto y Angelina, su esposa; dos hermanas de Antonio, y los niños.

No se echa de menos el blando colchón. Forraje de maíz, bien reparado en el interior de sacos de tela, alivian el cansancio diurno de chicos y grandes. Los inviernos vienen crudos. Sobre todo de noche, el frío se cuela a través de las mantas y penetra cruelmente en el cuerpecito aterido de aquellos pequeños que, muy juntitos por la estrechez del lugar, sueñan bellos sueños.

La pobreza se ha adueñado de toda la región. Es preciso trabajar duro y sin descanso para sacar la familia adelante. «Si era escaso el pan, más lo era la leche», rezaba un dicho popular.

Papá Antonio, bracero, empuja la carretilla de madera transportando material para la construcción de acequias para el riego de los arrozales. A la del alba sale de casa. El día se hace largo. Por eso, lleva consigo, en una talega, lo necesario para matar el hambre. ¡Cuántas veces, al volver del trabajo, ofrecerá con cariño a Luis el panecillo reservado para él. El pobre crece más debilucho que sus otros hermanos. Luis, al atardecer, espera a su padre a la puerta de la casa.

Papá vuelve fatigado y con el estómago vacío; pero goza viendo al niño comerse con apetitosa ansiedad aquel panecillo.

Mamá María trabaja también toda la jornada fuera de casa. Y por ello, la tía Sabina, su hermana, se encarga de preparar la comida para los niños, y se la sirve cuando regresan de la escuela. Sólo de noche se reúne la familia. Entonces se entrega la mamá a las faenas caseras.

Poco dinero. Comida abundante, en cantidad, floja en calidad, casi sin sustancia. Un vivir monótono, sin otras expansiones que las del cariño común, contribuían a crear la paz que siempre reinó en aquella mansión. El mutuo amor de los esposos, el cariño recíproco de sus hijos caló hasta lo más profundo de los corazones. Luis amará con

locura a sus padres; y la única preocupación en los últimos instantes de su vida será el dolor que él sabe que les ocasionará su partida de este mundo a la eternidad.

Sin embargo, no faltó alguna reprimenda y el consiguiente coscorrón. El excesivo trabajo, la pesada labor doméstica, el nerviosismo producido por la tensión diaria irritaba los ánimos. En una ocasión un soplamocos de mamá María alcanzó las narices de Luis. María no está acostumbrada a que sus hijos se nieguen a echarle una mano en los quehaceres de la casa. «Nuestra madre, en aquella ocasión, estaba muy nerviosa. ¡Tenía la pobre tanto trabajo...!»

«La pobreza de la familia Chiandotto era una pobreza muy digna, unida a una gran esperanza.» Con su esfuerzo y trabajo lograban lo necesario para sobrevivir.

* * *

Luis frecuenta la escuela primaria de su pueblo natal desde los seis hasta los once años. «Excesivamente estudioso», dicen que era.

Cultiva también la piedad. Las gentes del país poseían una fe profunda, si bien su cultura religiosa era escasa. Fue la religiosidad que vivieron los padres de Luis. El, sin embargo, tuvo un trato de cariño especial con sus abuelos maternos. Y el abuelo vivía de una manera honda la presencia de Dios: «Es preciso pedir a Dios perdón todas las noches por las faltas que hemos cometido en el día».

Y rezaba mucho. Por las tardes iba a orar a la iglesia. Este comportamiento del abuelo con Dios irá calando en el alma de Luis. También él desgrana las sencillas oraciones que la madre le ha enseñado.

Cuando María se sienta a coser, se acurruca el niño junto a ella. Y asimila oraciones. Luego él las recitará subiendo y bajando escaleras:

«Piedad, Señor. Viva la luz.
Ama a Jesús.
Que El te dará siempre la bendición
y la salud.»

En el abuelo se conjugaban la piedad y la caridad: «Si llaman a la puerta, abridla enseguida. Es la Providencia la que entra. Y sabed que cuanto salga por la puerta, el Señor lo hará entrar luego por la ventana».

Escasean las reservas de alimento en casa; pero si hay un huevo, irá a parar a manos del pobre que lo mendigue: «El tiene más necesidad que nosotros. Que se lo lleve».

Creemos poder asegurar que la semilla del amor a Dios y a los hombres quedó sembrada en el alma de Luis en su niñez por el ejemplo de su abuelo materno, sobre todo.

Y germinó en él su vocación al estado sacerdotal. Lo confesará él mismo, poco antes de su muerte:

«Desde muy pequeño me agradaba mucho jugar a decir misa.»

Ya el abuelo lo había contado muchos años atrás a sus otros nietos:

«Se subía a una silla y predicaba: *Miradme bien*. Cuando yo llegue a ser sacerdote me veréis predicar desde el púlpito. Y empezaré así: *Predica predicare; venite tutti, piccoli e grandi ad ascoltare...* Nadie me quitará de la cabeza la idea de seguir adelante.»

Luis superó con éxito los estudios elementales que se impartían en la escuela del pueblo. Y el niño insistió en su deseo de ir al seminario. El abuelo materno nota que la cosa va en serio. Y se deja invadir por la tristeza. Luis es su único nieto. Luego se rehizo, y hasta llegó a alegrarse. No así el abuelo paterno. Decidido a costearle otra clase de estudios, no se hace a la idea de que Luis marche a un seminario.

Antonio estaba convencido de que su hijo era inteligente. «No quiero que pase las fatigas que yo estoy sufriendo; que vaya al colegio y que Dios me lo bendiga.»

La maestra opinaba que su alumno, todavía demasiado niño, debía repetir la *Quinta elemental*. Un día volvió el chico llorando a casa. La maestra había insistido en su idea. Papá, decidido, fue a hablar con el señor obispo que entonces residía en Portogruaro, a poca distancia de Concordia.

El prelado examinó las calificaciones escolares de Luis; *todas sus notas eran nueves y dieces*, y decidió: «No sólo puede, sino que debe ir al seminario».

Un amigo de Antonio se enteró de los proyectos del pequeño y de la familia. Y les aconsejó que acudieran a un cuñado suyo, sacerdote. El clérigo les atendió con exquisita bondad. Todo quedó arreglado. El niño iría a un seminario salesiano. El benemérito sacerdote se preocupará en años sucesivos de la marcha en los estudios y conducta de Luis.

Por más investigaciones que he realizado, no he podido averiguar el nombre, procedencia y condición diocesana o religiosa del bondadoso eclesiástico. Su figura queda, por ahora, en la penumbra de los recuerdos familiares. Dios habrá sabido recompensar con largueza su buena obra.

Mamá María se apresura a preparar el equipaje que habrá de llevar su hijo al seminario. La estrictamente indispensable. Tan sólo dispone de unos ahorrillos, herencia de su madre. Cuatrocientas liras que invierte en comprar unas ropillas, calzado, objetos de aseo... Lo mínimo que un interno necesita en un colegio pobre.

No olvidará jamás Luis el gesto generoso de su madre. Cuando poco antes de su muerte, vaya a despedirse de su familia «hasta la eternidad», les dirá a sus tres hermanos:

«Estoy en deuda con vosotros. Yo solo consumí toda la herencia de mamá.»

Luis está decidido a imprimir un rumbo diverso a su vida. Un buen día, acompañado de su padre, marcha a Benevagienna con la ilusión de llegar a ser sacerdote.

«¿Qué puede dar de sí este niño?»

Benevagienna es un pueblecito de Cuneo, extensa provincia de Italia, situado entre Francia y el Monferrato.

En el año 1924, la Congregación Salesiana erige en la acogedora aldea un colegio destinado a muchachos huérfanos. Se aceptan también a otros que no lo son y quieren cursar en él los estudios de bachillerato elemental. Sumaban los huérfanos unos quince o veinte; y otros tantos —en calidad de externos—, los segundos. La sección más importante la constituyen unos cien aspirantes a la vida salesiana. Seminaristas que, en cuatro años, podrán dar adecuada respuesta a los programas oficiales correspondientes a cinco cursos, y presentarse al examen del bachillerato superior antes de iniciar el año de su noviciado.

La casa está acogida al patrocinio de la Virgen de Gora, su titular. Era un edificio modesto, propiedad de una fundación benéfica. Se cede en uso a los salesianos, a condición de educar a algunos huérfanos de la región.

Por su situación geográfica entra dentro de la jurisdicción de la Inspectoría o Provincia Salesiana Subalpina de *María Auxiliadora*, con sede en Turín.

Como aspirante a salesiano ingresa Luis al abrirse el curso 1932-33. Le acompaña su padre. Un superior le examina de arriba a abajo: lo ve debilucho y extremadamente tímido. Y no puede dejar de exteriorizar su primera impresión: «Pero ¿qué puede dar de sí este niño?».

Antonio tranquiliza al salesiano con firme confianza: «Esté usted seguro de que les confío un niño que sabrá cumplir con su deber».

Tres días permaneció el padre con su hijo en el colegio. Después, desgarrada el alma por la pena, tomará el tren para regresar a Concordia. En el largo viaje, aquel hombre fuerte, curtido por toda suerte de dificultades, llora. La ausencia de Luis abría un gran vacío en la familia.

Antonio está convencido de que obra bien no oponiéndose a los deseos del hijo. Esta convicción le llena de paz y de segura confianza.

* * *

En la casa de Benevagienna, ocupada casi en su totalidad por seminaristas, reina un ambiente sereno, sin sombra alguna de imposiciones o frío legalismo. El estilo de vida es el mismo de la casa Madre de Turín: el espíritu del oratorio de Valdocco. Máxima exigencia en materia de piedad y estudio; pero, a la vez, gran familiaridad y sincera cordialidad entre formadores y alumnos. Reina la alegría a pesar de la pobreza de la casa.

El alumnado provenía en su mayoría de familias rurales. Los procedentes de ciudades como Turín, se adaptaban fácilmente a aquel estilo de vida, incluso a las privaciones inherentes a toda casa pobre. Pero, aunque pobre, siempre limpia y acogedora. En su mayoría los muchachos eran piemonteses; pero los había también, en gran número, lombardos y vénetos.

Fruto de la vida de familia, de la sólida piedad y de la serenidad en el estudio que reinaban en el aspirantado lo constituye el alto grado de perseverancia de los muchachos en la vocación. Algunos años, un tercio de los aspirantes profesaban con votos en la Congregación Salesiana.

Don José Guala ejerció seis años como Director del seminario (1928-1933). Hombre excepcional por su bondad y espíritu salesiano, marcó profunda huella en cuantos con él convivieron, superiores y alumnos. Le sucede en el cargo don Esilerato Atsori. Sin llegar a dar la talla de don Guala, mantuvo el prestigio del aspirantado.

Luis alcanzó el último año de don Guala y los tres primeros de don Atsori.

Don Luis Fiora formaba parte del personal salesiano del aspirantado de Benevagienna. Hoy es Procurador General de la Congregación ante la Santa Sede. En sobrias líneas nos esboza el ambiente que reinaba en la casa:

«Era yo por aquel entonces (1933-1936) un clérigo muy joven. El ambiente de los colegios, no sólo de los aspirantados, era más bien cerrado. Sin embargo, en Benevagienna nuestra vida transcurría serena. La clausura no resultaba excesiva. No nos faltaban expansiones: representaciones teatrales, espectáculos cinematográficos, a los que acudía también público externo...

Después de los exámenes finales, el primer mes de vacaciones, nos trasladábamos a la montaña, a un lugar llamado *Madonna dei Boschi* (Nuestra Señora de los Bosques). Días hermosos aquellos, con diarios paseos matinales y vespertinos, y funciones de teatro. El mes de septiembre lo pasábamos con la familia.

Durante el curso, tampoco en los internados de los demás colegios se permitían vacaciones en la casa paterna. En el aspirantado escuchábamos la radio: aún no existía la televisión. No es que faltaron tijeretazos en las películas que nos proyectaban; pero en modo alguno se daba el clima de estrechez u opresión. En ocasiones nos permitían asistir, en alguna sala pública de la localidad, a filmes muy interesantes de índole nacional; y también a funciones religiosas que tenían lugar en la parroquia. Vivíamos una apertura serena. Por descontado, que cuando emitíamos los votos religiosos, después del noviciado (yo profesé a los dieciséis años), sabíamos a lo que nos comprometíamos. Aun cuando no fuésemos adultos todavía, íbamos suficientemente preparados.»

Don Fiora emplea una palabra familiar para los salesianos: clérigo. En nuestro argot, este apelativo designaba al aspirante al sacerdocio, ya profeso, que había vestido el hábito clerical; más específicamente, a quien se encontraba en el período de magisterio práctico pastoral, durante tres años, después de los estudios de Filosofía y antes de comenzar los cursos de Teología. Por este período de *tres años*, se le llamaba también *trienal*.

Este fue el ambiente que vivió Luis durante sus cuatro años de aspirantado, y que influyó notablemente en la formación de su personalidad serena y abierta.

No ocurría lo mismo en otras casas de formación de Italia.

Treinta años más tarde nos movíamos en España en unas estructuras tan estrechas, que hoy nos parecen absurdas. Y sin embargo, tenían validez también en seminarios diocesanos y demás institutos religiosos. Todo ello, más que acierto, suponía una enorme buena voluntad en los superiores. Y no cabe la menor duda de que el Señor bendijo generosamente esa buena voluntad.

Para Luis, este enfoque de la vida religiosa en nuestra patria implicará un continuo sufrimiento. El acertará a sublimarlo.

Nos lo dirá la historia.

* * *

En aquella época, Luis Chiandotto «era un muchacho delicado, de carácter tranquilo, siempre correcto y con cierta dignidad en su presentación. Se mostraba diligente en todos sus actos, sereno, jovial, alegre y optimista; se hace amigo de todos; es cortés y cordial en sus contactos con sus superiores y compañeros, y se constituye en dinámico animador de grupos y diversiones».

Carecía de facilidad de palabra; adolecía de un defecto de pronunciación, originado probablemente por un proceso nervioso, o motivado por un fondo de timidez y de inseguridad en sí mismo. No era exactamente tartamudo; sólo que le llegaban las palabras con dificultad; sobre todo cuando se acaloraba. El mismo era el primero en bromear sobre este defecto.

El pobre, al principio, no destacaba mucho en los estudios; pero sí en su buena voluntad y en su aplicación. La enseñanza que había recibido en su aldea le resultaba muy elemental. Desconocía la lengua italiana culta. En el pueblo natal la hablaban tan sólo el cura, el médico y poco más. Concordia era por aquel entonces un villorrio cerrado a toda inmigración; por tanto, Luis marchó al aspirantado hablando solamente su dialecto.

Los primeros meses se le hacen muy duros. Sus compañeros le llevan la delantera en el aprendizaje y comprensión de los programas escolares. Sin embargo, él se lanza al estudio con terca voluntad, hasta llegar a la altura de sus condiscípulos.

Rápido fue su progreso. Tanto que, en cierta ocasión, un profesor no da crédito a sus ojos. Luis ha presentado un trabajo; al criterio del profesor, se le antoja copiado. Y le reprocha con cierta socarronería: «Esta harina no es de tu costal...».

Luis tendrá que sufrir silenciosamente la humillación a la que la incredulidad y desconfianza de su maestro le habían sometido. Su na-

tural timidez le ha impedido afirmar y asegurar que el trabajo ciertamente era suyo, y muy suyo.

La intensa dedicación al estudio le roba mucho tiempo. Apenas escribe a la familia; sólo unas letras para disculparse por la falta de tiempo para una comunicación más amplia y asidua. Sus padres se mantenían al corriente de la buena marcha en sus estudios por el sacerdote que le había dirigido al seminario.

A estas dotes externas de Luis, corresponderá una serena vida religiosa. Acogerá con espontaneidad y total adhesión toda la riqueza espiritual de la vida del aspirantado.

«Para nosotros los salesianos resulta habitual decir de un joven que es otro Domingo Savio, un pequeño Domingo Savio. Este reconocimiento no resulta exagerado si lo hacemos de Luis aspirante, afirma don Luis Fiora. Se dan casos de jóvenes que prometen mucho y después se agotan en seguida, y desilusionan a quienes depositaron en ellos su confianza. Chiandotto fue uno de aquéllos que no comienzan con dotes, en apariencia brillantes, pero que van desarrollándose psicológica y espiritualmente a medida que la vida va iluminando sus ideales y responsabilidades; y que llegan a las cumbres de la vida espiritual, demostrando a la vez capacidades de apostolado que jamás se hubieran sospechado.

Me ha sorprendido en él, cuando en los años siguientes le he tratado esporádicamente, el sentido de seguridad en sí mismo que había adquirido; la apertura y fuerza de carácter; la variedad de intereses religiosos, culturales y pastorales que sabía tener y promover. Aquel muchachito delicado que había venido al seminario, tímido, con su correspondencia plena a los valores religiosos que se le iban presentando en el iter formativo salesiano, había madurado hasta adquirir una personalidad de brillantez humana y de intrépidas realizaciones.»

En Casale-Monferrato, el anciano José Montalvo recuerda a su alumno Luis Chiandotto:

«He recibido su carta —me escribe— en un momento extrañamente oportuno. Estaba destruyendo todos mis escritos de años pretéritos. Me encuentro ya casi ciego y en la imposibilidad por tanto de servirme de ellos... En un viejo cuaderno leo:

Fin de febrero: Chiandotto: ha quedado muy triste a causa de una mala nota de análisis lógico...

Ultimo día de Carnaval: Chiandotto me ha pedido permiso para pasar parte de la mañana en adoración, mientras sus compañeros jugaban en el patio. No se lo he permitido. Lo ha sentido y ha llorado. Le he razonado mi negativa y ha comprendido que pasear con don Lavisolo (un sacerdote anciano al que el niño apreciaba mucho y con el que frecuentemente paseaba en los recreos) era mejor que permanecer en la iglesia.

Informe de los alumnos a final de curso: Chiandotto Luisito. Me parece que puede continuar en el aspirantado. Es más, como tengo la impresión de que ha actuado con una diligencia especial en la *Compañía de San Luis*, propondría que, el próximo año, pasase a la *Compañía de la Inmaculada*.

Opino que mi apreciación tiene su fundamento en que ha sido muy asiduo en la secreta Compañía de los *Tock*. Se trataba de un grupito de

los mejores muchachos, a quienes se invitaba a recoger los mendrugos de pan desperdiciados (*tock*) para consumirlos o llevarlos a la cocina, una vez limpios; y esto para educar a los aspirantes en la austeridad que exige la pobreza, y la mortificación. Estos métodos ya han quedado superados; pero se consideraban eficaces entonces, especialmente para los jovencitos provenientes de familias poco pudientes y propensos a derrochar, en materia de alimentación, tanto bien de Dios.»

Don Montalvo piensa que Luis debe pertenecer a la *Compañía de la Inmaculada*. Todos los salesianos y antiguos alumnos conocen la importancia que Don Bosco, Don Rúa y Domingo Savio dieron a la *Compañía de la Inmaculada* en el *Oratorio*. Sólo los alumnos más selectos podían ingresar en ella. Su reglamento implicaba un fuerte compromiso en materia de piedad y apostolado, que había de practicarse en un clima de serena alegría, generosidad y continuo optimismo.

Deposito en el archivo que recoge todos los testimonios referentes a esta biografía, un diploma que recibí de nuestra Universidad de Roma. Procede de los papeles que no condenó al fuego el mismo Luis antes de su muerte, o tal vez de su familia. Dice así: «*Mención honorífica concedida al joven Chiandotto, alumno de 2.^a Gimnasial, por su aprovechamiento y buena conducta. Año 1933-34.*»

* * *

Al término del año escolar, los aspirantes solían pasar unos días con sus familiares. Luis —ya por la distancia, ya por las precarias condiciones de su familia— permanecía en el colegio, o reducía el tiempo de permanencia con los suyos.

En los escasos días de estancia en su pueblo natal, se comporta como un muchacho normal; alegre, simpático, desenvuelto, sin remilgos ni beaterías. Le gusta vestir con cierta elegancia; pantalón bombacho bien planchado, camisa *sport*... Su apariencia externa no deja traslucir su condición de seminarista. Sin embargo, su comportamiento va dirigido a preservar su vocación; se atiene a las directrices y consejos de su confesor y demás superiores.

En las fiestas populares, con las que coincidía su permanencia en Concordia, no escasean los peligros morales. El lo sabe. Por eso, evita exteriorizar todas aquellas actitudes poco delicadas que puedan dar que hablar a la gente; sobre todo en su comportamiento con las chicas.

No le faltarán, ciertamente, insinuaciones para que abandone su vocación. Algunos amigos de la familia sugieren al padre que convenza a su hijo para que no prosiga la carrera eclesiástica. Los conocimientos y estudios adquiridos en el seminario colocaban a Luis por encima de los demás muchachos de su edad. La familia atravesaba grave penuria; su colaboración y trabajo supondrían una ayuda nada despreciable. Simples razonamientos pueblerinos. El propio abuelo se lo manifiesta al joven Luis. Y éste le responde:

«No. De ninguna manera. No quiero ir a misiones ni quedarme en casa. Yo seguiré mi camino.»

Luis termina sus cuatro años de estudios de bachillerato elemental en Benevagienna. Allí comienza a amar a Don Bosco y a la Congregación Salesiana. El ambiente que respira es del todo propicio, diría que inmejorable, para comenzar su año de noviciado.

Para mayor dicha, Pío XI, gran admirador del apóstol de Turín, canonizaba a San Juan Bosco en la fiesta de Pascua de 1934, el 1 de abril. Una muchedumbre, alrededor de cien mil personas, sobre todo jóvenes, acudió del mundo entero a Roma para aclamar a Don Bosco. En días sucesivos, el Papa, el Gobierno italiano y el pueblo romano rindieron inusitados honores al nuevo santo. «Turín en masa lo aclamó el día ocho de abril durante una procesión, en la que cerca de ciento veinte prelados acompañaron sus reliquias por las calles de la ciudad.»

* * *

Pinerolo es una ciudad italiana del Piamonte, provincia de Turín, apoyada en las primeras estribaciones de los Alpes.

En un cerro de la industrializada ciudad, en el llamado *Monteoliveto*, descansa una casa salesiana. Noviciado desde 1930. Lugar aislado y solitario, fue en tiempos pasados cenobio de oración y trabajo de religiosos camaldulenses. Singular belleza le prestan la llanura del Po y las montañas que lo circundan. El parque y la extensa campiña son propiedad de la casa, de cuyo cultivo se beneficia la comunidad.

Los novicios compañeros de Luis ascendían al bíblico número de cuarenta. Curso 1936-37. Veinte de ellos trabajan todavía en diversos campos de la actividad apostólica salesiana.

Entre los formadores del noviciado, se cuentan hombres de gran valía: don Pedro Olivazzo, Director; y don Juan Bautista Biancotti, Padre Maestro.

Don Pedro había conocido a Don Bosco. Cuando el santo yacía en su lecho de muerte, doce niños ofrendaron sus vidas a Dios por la conservación del amado padre. Entre ellos estaba Olivazzo. España recuerda a don Pedro Olivazzo con singular afecto. Había nacido en Italia, en Zanco de Villadeati (Alejandría). Pero llenó casi medio siglo de los comienzos de la obra salesiana en España. En diversos colegios desempeñó el cargo de director. Cuarenta años. Formó generaciones de salesianos. Irradió por doquier sus amores, de verdadero enamorado, a María Auxiliadora y a Don Bosco. Entregó su alma a Dios en el aspi-rantado de Arévalo (Avila) el 4 de febrero de 1958, a la edad de ochenta y seis años.

Merece mención especial, en esta época de la vida de Luis, su Padre Maestro, Don Biancotti. Gran formador de almas y Director de salesianos. No tenía una espiritualidad particular que transmitir; sólo la vivida en Valdocco: amor profundo a María Auxiliadora, y conocimiento y fidelidad a Don Bosco.

Chiandotto comienza su año de noviciado el 23 de diciembre de 1936. La indigencia que rodea a la familia impide que sus padres y hermanos estén presentes a la ceremonia de la vestición de sotana... Les representa una hermana de Luis.

Sus compañeros novicios le recuerdan como un buen cleriguillo, preciso y puntual; tranquilo, sonriente y tímido en algunos aspectos; más bien reservado, pero siempre afable y educado.

El ambiente de Pinerolo se desarrolla dentro de una severa austeridad. El noviciado habrá de quedar aislado de todo contacto con el mundo exterior. Está prohibida la lectura de la prensa, salvo algunas revistas, como la *Rivista dei giovani* de Don Cojazzi y alguna otra de

Acción Católica. Carecían de máquina de cine. De todos modos, de haberla tenido, no les hubiera planteado especiales problemas morales. Por supuesto que no faltarán las representaciones teatrales y las veladas, que suplirán con creces al cinematógrafo.

Acabado el año de noviciado, los aspirantes a la vida salesiana emiten sus votos religiosos el 8 de septiembre. Luis Chiandotto y Guido Rizzato deberán posponer su profesión. Por aquella fecha no han cumplido todavía los dieciséis años prescritos por el Derecho Canónico para adquirir el compromiso de los consejos evangélicos.

Permanecen en el noviciado todavía algunos meses. Durante este tiempo los dos compañeros intensifican más su trato mutuo. En el recuerdo de Rizzato, aún hoy día, se refleja nítida la auténtica personalidad de Chiandotto.

Don Pedro Brocardo es estudiante de teología en la Universidad Gregoriana de Roma; está pasando unas semanas de vacaciones en *Monteoliveto*. Y aprovecha su estancia para repasar a los dos novicios el latín, y les inculca las primeras nociones de filosofía para los estudios posteriores en Foglizzo.

Luis coronó el año de noviciado con la emisión de los votos religiosos el 28 de diciembre de 1937. Así consta en los archivos de la Congregación.

«Siempre procuré no dejar mal al Ateneo»

En el Piamonte, a orillas del Dora Baltea y a la salida del valle de Aosta, se asienta Ivrea, antigua Eporedia. Célebre por sus minas de oro, en la Edad Media fue capital de un ducado lombardo; más tarde, de un marquesado. Pertenece a la provincia de Aosta, dividida en ciento doce municipios, con unos doscientos mil habitantes.

Uno de los distritos de la provincia es Foglizzo, diócesis de Ivrea. Don Bosco abre en él una casa de formación para personal salesiano. Año 1886, 4 de noviembre. Sesenta y seis aspirantes a la vida salesiana visten el hábito clerical en la nueva capilla del colegio. Uno de ellos, Andrés Beltrami. Su causa de beatificación y canonización avanza. Es ya Venerable, lo cual supone el reconocimiento de la heroicidad de sus virtudes. Fue un verdadero serafín. Murió a los veintisiete años.

A través de Don Bosco, la Virgen Auxiliadora bendijo la casa de Foglizzo, en sus comienzos, con singular predilección. Hasta con milagros.

Me resulta agradable colocar junto al nombre de Andrés Beltrami los de Luis Chiandotto y su condiscípulo José Quadrio, que morirá en olor de santidad el 23 de octubre de 1963. Un estudio comparativo daría lugar a felices coincidencias.

Cuando Luis llega a Foglizzo a cursar los estudios de bachillerato superior, después de su profesión, queda difuminado en una masa de ciento sesenta y tres clérigos estudiantes como él. Pertenecían a diversas Inspectorías del norte de Italia.

Los estudios estaban estructurados de la siguiente manera: cinco años de cursos elementales y tres de bachillerato. Generalmente, en los aspirantados, los cinco elementales se reducían a cuatro; bastaba con poseer una mediana inteligencia. Luego se accedía al noviciado. En los estudios superiores se seguían también los programas oficiales; en ellos, por supuesto, entraba como asignatura la Filosofía. Estudiando con ahínco, en dos años, la mayoría de los alumnos agotaban los progra-

mas de los tres de bachillerato; y de ordinario, durante el trienio de magisterio en las casas, se presentaban a los exámenes oficiales. Algunos, relativamente pocos, cursaban los tres años en Foglizzo, coronándolos con el examen estatal.

A algunos —pocos—, los superiores les encaminaban a la universidad. Allí completaban los estudios iniciados en Foglizzo, graduándose en Filosofía. Así, don José Quadrio frecuentará la Universidad Gregoriana; y don Luis Chiandotto, la Facultad Filosófica de Rebaudengo.

Los alumnos de bachillerato en el curso 1937-38 se distribuyen así: veinticuatro en tercero; veintiuno en segundo, y ciento dieciocho en primero. Estos últimos son los compañeros de Luis.

El ambiente de Foglizzo es más bien recargado. Los estudios son duros. Esta dureza obstaculiza, en cierto modo, el pleno desarrollo de la personalidad de los alumnos, jóvenes todos de diecisiete a diecinueve años. No existe tanta cordialidad como en Benevagienna y en Pinerolo.

Todos los domingos se proyectaba una película para el público. Los estudiantes asistían a ella en contadas ocasiones; sólo cuando se trataba de un filme de cierta categoría. Ello no suponía problema. El estudio les absorbía el seso. Si hubieran dejado elegir entre ver la película o ir a estudiar, nueve sobre diez hubieran elegido el estudio.

La breve estancia de Luis en Foglizzo dejó recuerdos imborrables en profesores y compañeros. Se le aprecia por su buen trato, su finura, su equilibrio, su disponibilidad. Destaca su serenidad de ánimo; jamás, dicen, se le ve perder la calma, ni siquiera en el juego, ni lamentarse de las condiciones de vida del Estudiantado. Es consciente de lo que desea. Vive su vocación. Los testimonios resaltan su ejemplaridad en la vida en común.

No destacaba en la exposición de los temas; su defecto de pronunciación deslucía sus intervenciones. Sufría. Pero se alineaba entre los mejores de la clase, por el éxito en los estudios y por el conjunto de dotes personales. La capacidad de adaptación de su inteligencia a la de los demás es extraordinaria; ello le constituye en poderoso animador de los juegos.

Siendo ya Inspector en Roma, en familiar coloquio con el que había sido su profesor del área de Ciencias, recordará con nostalgia su permanencia en Foglizzo.

* * *

Año 1928. El Rector Mayor de los salesianos, don Felipe Rinaldi, proclama una *cruzada misionera*. Su objetivo, conseguir mil bolsas de estudio para aspirantes a las misiones. El conde Eugenio Rebaudengo responde a la llamada, y ofrece los terrenos para la construcción de un Instituto Profesional para misioneros salesianos coadjutores, o sea, no sacerdotes.

El 10 de abril de 1934 se inaugura el Instituto con la presencia de las autoridades religiosas y civiles y una imponente participación popular.

El 7 de octubre de 1937, Don Ricaldone abrirá el curso especial de Filosofía. Constituirá el primer núcleo de la futura Facultad de Filosofía del Pontificio Ateneo Salesiano (P.A.S.). Ella tendrá su sede en Conde Rebaudengo hasta 1958.

El año 1940, 16 de octubre, se inicia solemnemente el primer año académico del Pontificio Ateneo Salesiano.

Al lado de esta obra, surge la de las Hijas de María Auxiliadora con una entusiasta actividad oratoriana, catequesis parroquial, escuela maternal y animación de grupos femeninos.

El *Conde Rebaudengo* ha sido, en su ya larga historia, aspirantado misionero, estudiantado filosófico, de renombre, y más tarde, Facultad de Filosofía, Pedagogía y Psicología. Además, sede del Magisterio Profesional para el perfeccionamiento religioso, cultural y técnico de muchos magníficos coadjutores. Desde hace unos años, es centro de consulta psicológica, escuela profesional, centro radiofónico y aspirantado.

* * *

Luis ha sido destinado a *Rebaudengo* después del primer año de bachillerato en Foglizzo. Allí continuará los cursos de Filosofía.

El Rector Mayor, don Pedro Ricaldone, busca obtener de la Santa Sede la autorización para erigir una facultad filosófica salesiana. Y elige como edificio provisional el *Conde Rebaudengo*.

Se constituyen allí dos comunidades. La de los coadjutores y la de los clérigos estudiantes.

Con veinte compañeros, en la sección de clérigos, Luis cursa el primer año de Filosofía. Hay otros dieciocho en segundo.

Completa felizmente sus estudios en dos años más. Una brillante tesis doctoral coronará su carrera.

La personalidad de Chiandotto, sin duda alguna, se forjó sustancialmente en *Rebaudengo*, durante los cuatro años de sus estudios filosóficos. Abundan los testimonios al respecto.

Guardo un recuerdo muy personal. No podría precisar la fecha. Pudo ser allá por el año 1952. Era Luis Director de estudios del Teologado de Carabanchel Alto-Madrid. Yo, Vicario del Director y Administrador. Un jueves por la tarde, salimos un par de horas a pasear por el campo. Mantuvimos una conversación deliciosa. Habló poco de sí; nunca aireaba sus éxitos, ni los pasados ni los presentes. En un tramo del coloquio —esto jamás lo he olvidado— ponderó las obras de Guardini, sobre todo en el aspecto litúrgico. Y se le escapó: «Respecto a mi formación, yo debo muchísimo a...». Dijo un nombre. Alguien desconocido para mí, por haber cursado mis estudios en España.

He sentido verdadera curiosidad por adivinar o enterarme de la persona que pudo influir tanto en Luis. He interrogado a mucha gente. Tal vez de cuanto expongo a continuación se puede deducir algo respecto a este dato.

Rebaudengo es, por entonces, una casa de formación muy compleja, con un solo director para todos. Los clérigos estudiantes viven un ambiente muy sereno, por mérito del entonces Decano de la Facultad de Filosofía don José Gemmellaro. Apunta don Bongioanni que «se goza de una gran apertura, humanísticamente muy sensible a todos los problemas que atañen al individuo y a la sociedad. Ello nada resta a la seriedad de la vida religiosa. Transcurren los preludios de la guerra; más tarde su vivencia. Por ello, los problemas de la Humanidad, de la Sociedad, de la Iglesia se hacen sentir en toda su profundidad. Pe-

riódicos y revistas científicos y de divulgación, puestos al alcance de los estudiantes, les abren a los problemas del mundo que les ha tocado vivir. Se respira un ambiente capaz de lanzar a los clérigos a unas iniciativas más abiertas que las que podían tener los salesianos jóvenes de otras casas».

Habla don Gemmellaro de las dos tendencias constantes en la historia de la Iglesia. Una, de vigilancia continua puramente preservativa y de no concesión. La otra, más positiva, que no olvida las heridas que el pecado original produjo en el hombre, pero que acepta, ante la persona, ante la Iglesia, y ante la Humanidad, una posición de mayor responsabilidad; que es creativa, dinámica y no de rechazo y ansiosa preocupación; una pedagogía de riesgo y, a la vez, de esperanza; que intenta, mediante el compromiso del hombre y de la gracia divina, realizar el bien a la luz del proyecto cristiano, enriquecido por la fuerza del Espíritu, en la presencia del Padre.

En *Conde Rebaudengo* se respeta la libertad de cada uno en la expresión y maduración en la propia espiritualidad. Hay unos confesores maravillosos; uno sobre todo, don Valentín Panzarasa. Gran fortuna ha sido para la Facultad el que predominase en ella ese aspecto positivo en la tarea de la construcción de personalidades; sin moralismos rígidos, sino orientados a la comunión y colaboración de conciencias; y sobre todo, con un ardentísimo amor hacia Alguien, o sea, Cristo. Y ello se ha logrado gracias a la presencia de algunas personas. Por la enseñanza específica que imparten —la religiosa—; o por el espíritu que infunden en la propia materia filosófica que explican; o por el testimonio de sus propias vidas, tratan de demostrar que Cristo debe ser, *en la verdad y la caridad*, el amor más ardiente y acuciante en la vida del hombre; de la forma más positiva posible.

Los textos de la catequesis que se estudian en *Rebaudengo* son los que enfocan la vida cristiana más cristocéntricamente. Resulta importante destacar este hecho cuando en otros ambientes se vivía un minucioso moralismo.

Todos los profesores coincidían más o menos con esta corriente que hoy es común en la Iglesia.

Caracterizaba la enseñanza del centro la vivencia de Cristo, incrementada por el estudio, y la meditación de sus misterios mediante el auxilio de la Filosofía; no sólo en clave de artículos de fe, sino principalmente del amor. Este método lleva a muchos a una formación centrada en Cristo. Se leen las obras de Karl Adam, Columba Marmion; libros sustanciosos que logran la madurez espiritual de las personas. Se intenta hacer comprender que el cristianismo se cifra en una persona, más que en un conjunto de doctrinas; en una realidad hecha amor, a la que es necesario acercarse con amor y con toda el alma.

«Queríamos ofrecer a nuestros alumnos una visión cristocéntrica. Sobre todo nuestro querido don Panzarasa insistió en esta idea. Nuestro lema era: *Veritas caritatis et caritas veritatis* (la verdad en la caridad y la caridad en la verdad). Se consiguió un ambiente caldeado, sereno, activo, positivo.

Y gradualmente van surgiendo otras preocupaciones, que parecían novedades: el descubrimiento cada vez más profundo del misterio cris-

tiano, del hombre, de la historia y de la riqueza del mensaje salesiano, al que estábamos aferradísimos.»

No todos los salesianos, incluidos algunos Superiores Mayores, se manifestaban favorables a semejante apertura.

Hasta don Pedro Ricaldone llegaron ciertos rumores alarmistas. Al Rector Mayor se le considera un hombre rígido en todo cuanto podía atañer a los principios y vivencias del espíritu de Don Bosco. Pero no pone mayores obstáculos al desarrollo formativo de la Facultad de Filosofía de *Rebaudengo*. Y si en alguna ocasión tiene que hacer pesar su autoridad, lo hace en el sentido de que no se diera a esas doctrinas excesivo cauce, descuidando la formación religiosa y salesiana.

En *Rebaudengo* no se vive en una vida cenobítica y aislada; sino inserta en el mundo. Pero con todas las preocupaciones y atenciones que requiere la edad de los educandos y la etapa de formación en que se encuentran.

¿Qué superiores de *Rebaudengo* se preocupan de la formación de los clérigos en el sentido indicado?

Se puede afirmar sin riesgo a equivocarnos que todos los profesores marcaron su impronta en los estudiantes, aunque algunos dejaron mayor huella.

Por supuesto, don José Gemmellaro, decano de la Facultad de Filosofía, destacaba por su enorme apertura.

Hombre joven, de unos treinta años, sabe entusiasmar a sus alumnos. Ejerce sobre ellos una influencia poco común, capaz de abrir amplios horizontes sobre los problemas humanos, religiosos, personales y sociales. Incluso, anima y arrastra a otros superiores a hacer otro tanto.

Diserta frecuentemente sobre el mundillo en que se mueven los filósofos, sociólogos y universitarios. Orienta a sus alumnos hacia las lecturas serias, les facilita la asistencia a congresos, y les hace participar en las disputas públicas que se desarrollan en la Universidad de Turín.

Con frecuencia, invita a la Facultad a las máximas personalidades del mundo científico, cuyas conferencias orientan las mentes de los alumnos hacia el pensamiento y la problemática de la sociedad en que se desenvuelven.

Don Gemmellaro fue un verdadero lanzador de hombres.

Otra personalidad influyente será don Valentín Panzarasa.

Es un hombre abierto; extremadamente equilibrado; extraordinariamente humano; profundamente cordial, aunque serio.

Su principal incidencia sobre los alumnos la ejerce en el confesionario, como director espiritual. También sus clases constituyen una interesante e incisiva cátedra de formación. De la escuela de Maritain, había formado laicos de gran valía en la Universidad Católica de Chile. Uno de ellos, Silva Enríquez, ingresará en la Congregación Salesiana y llegará a ser Cardenal Arzobispo de Santiago de Chile.

Don Panzarasa imparte una formación verdaderamente *cristiana*, totalmente centrada en Cristo, en la Gracia, en la Cristología de San Pablo, en el Cuerpo Místico. No alcanza el estilo brillante, fascinante, de Don Gemmellaro. Pero forma conciencias seguras y firmes.

Como confesor, no habla mucho. Deja caer suavemente sus pocas palabras. Poquísimas, pero muy centradas y comprometedoras.

Había publicado en Chile una obra titulada *Justicia Social* y otros

escritos. Estos libros corren de mano en mano entre los alumnos del Ateneo. El escucha complacido las objeciones que le plantean al respecto y las hace objeto de animados debates. Cualquier problema, de cualquier índole, expuesto por aquellos jóvenes de dieciocho, diecinueve o veinte años, encuentra solución en Don Panzarasa.

Estas dos personas, sin menoscabar la influencia que ejercieron otros profesores, dejaron en los estudiantes profunda huella desde un punto de vista científico y de apertura.

El que entonces era Director de la casa, don Antonio Toigo, nos apunta otro hombre benemérito que pudo proyectar su auténtico espíritu salesiano sobre todos aquellos jóvenes que formaban la macrocomunidad de *Rebaudengo*: clérigos, coadjutores y aspirantes, en número de más de cuatrocientos. Se trata de don Juan Alberto Francese.

La España salesiana le recuerda y venera. Se le consideraba como un auténtico patriarca que infundía incansablemente en aquellos jóvenes corazones juveniles el amor a la Virgen, la *Mamma*.

Don Juan Alberto fue otro valioso regalo de Italia a España. Durante muchos años ocupará en diversas casas el cargo de Director. Desde 1942 a 1948 rige como Inspector de la Provincia Tarraconense, que comprendía Cataluña, Aragón, Valencia, Navarra y Baleares. Hasta el final de su vida, no cesa de trabajar. Ochenta y cuatro años. De inteligencia preclara, profundo conocedor de la historia, de piedad tierna y profunda, se constituyó en verdadera personalidad salesiana.

Don Juan Canals, en la hermosa carta necrológica de don Juan Alberto, escribe: «Nos ha dejado el ejemplo de tantas virtudes, que resulta difícil precisar la que le distinguió en su larga vida (...) Siempre me impresionó, desde que le conocí a fondo, su *humildad*, que le hacía pasar inadvertido, y *amor extraordinario* a Don Bosco, del cual a nadie he oído hablar con tanto entusiasmo. Lo confirman aquí en Turín, recordando los años que pasó en Rebaudengo durante su ausencia de España a causa de la guerra. María Auxiliadora y Don Bosco eran sus amores».

Finalmente, otro salesiano influye notablemente en la personalidad de Luis: don Antonio Cojazzi. Se dice que era un hombre de cualidades extraordinarias. Lo que sí es cierto es que conocía profundamente a la juventud. Atrajo y polarizó la atención y simpatía de los jóvenes italianos. Escribía para ellos. Les dirigió unas sesenta obritas; en alguna de ellas lanza iniciativas e ideas que van calando en la mentalidad juvenil. En ninguna biblioteca faltaban las obras de don Cojazzi. También en España se leía la *Rivista dei giovani* en su texto italiano.

* * *

Nos hemos detenido intencionalmente en la descripción del ambiente de *Rebaudengo* y de las personalidades que lo creaban. No nos cabe duda de que la benemérita casa salesiana supuso para Luis el inicio de su vertiginosa carrera hacia su completa formación y su inapreciable labor apostólica ulterior.

Lo afirma él mismo en una carta a don Pedro Ricaldone. Escribe desde Salamanca. Terminaba entonces sus estudios teológicos en la Universidad Pontificia. Fecha, 22 de junio de 1949:

«Los años más fecundos para mi formación religiosa e intelectual

fueron los pasados en Rebaudengo. Conservo un recuerdo gratísimo de todo aquel tiempo por la piedad, el salesianismo y ambiente; y he procurado siempre no dejar mal al Ateneo con mi conducta y con mis estudios en casa y en la Universidad.»

Los distintos testimonios que poseemos sobre las personas que más directamente influyeron en la formación de Luis apuntan a Don Gemmellaro, como formador intelectual; y Don Panzarasa, como director espiritual. Por obra de Don Gemmellaro, los clérigos salían a trabajar los domingos en los Oratorios Festivos de la ciudad. Este contacto con la juventud constituyó la primera experiencia apostólica de Chiandotto.

De Don Panzarasa asumió la visión cristiana del mundo y de la vida religiosa, anticipo prematuro del Concilio Vaticano II. Su comportamiento y sus conferencias posteriores irán dirigidas en este sentido.

Don Cojazzi influirá notablemente en la personalidad de Luis por su amor y dedicación a la juventud.

* * *

El 15 de mayo de 1982 tuve una larga entrevista con don José Gemmellaro en nuestra Universidad de Roma. A sus setenta y dos años, todavía era decano de la Facultad de Filosofía. De su copiosa información ya hemos extractado algunos párrafos referentes al ambiente que reinaba en el Ateneo. Entresacamos ahora la opinión que este ilustre profesor guarda de Don Chiandotto.

«Hablo con gusto de Luis. Mi recuerdo sobre él se centra, de manera especial, en su período de formación, *Conde Rebaudengo*, Facultad de Filosofía, en el Ateneo Salesiano de Turín, durante el período que va desde 1938 al 1942.

Le catalogo entre los hermanos más dotados por su voluntariedad, clarividencia y lucidez; voluntad profundamente abierta a la cultura, auténticamente religiosa, tenaz, consagrada al servicio, a la gloria y al amor de Dios. Un espíritu de simplicidad en el vivir dentro de su rica humanidad, sin exageradas manifestaciones; gran personalidad.

Descollaba por su capacidad de intuición, de síntesis, en la ciencia filosófica. Sus escritos tenían un peso de verdad, de demostración muy fuerte; su culminación fue la tesis filosófica sobre Hegel, cuya dirección corrió a cargo de nuestro queridísimo e inolvidable don Amerio.

Su espíritu de rica simplicidad, de aguda inteligencia, de fraterno diálogo con los demás recuerda aquel período inicial de nuestra Facultad: la concepción de una cultura no separada de la vida y mucho menos de la fe y de la religiosidad; una cultura sapiencial, que afablemente se convertía en luz y origen de fuerte crecimiento humano, espiritual y religioso; y por otra parte, en instrumento de sólida preparación para apostolados futuros con espíritu de modernidad, actualidad y apertura a los hombres de nuestro tiempo. Esta era la preocupación continua del Rector Mayor, don Pedro Ricaldone, que para nosotros fue, aparte de gran bienhechor y promotor de la Obra, un gran maestro y buen padre, aún cuando su figura pudiera aparecer alguna vez ensombrecida por cierto autoritarismo. Latía en él un gran corazón, un alma inmensa, una fuerte voluntad.

Don Chiandotto no se situó a una altura fascinante y atractiva, de

carácter extraordinario. Realizaba todos los días extraordinariamente lo ordinario. Era una personalidad que descollaba, pero sin exasperar a nadie. Su cultura iba encaminada al servicio de la Congregación, de la Iglesia, al crecimiento personal en el diálogo fraterno de mayor inserción en la Congregación, según el estilo y autoridad de Don Bosco y de sus sucesores. Y ésta fue la característica constante de su vida. Un hombre cada vez más comprometido en negociar los talentos de oro que el Señor le había regalado.

Estoy seguro de que Luis, durante aquellos años de sus estudios filosóficos, llegó a una maduración siempre creciente y satisfactoria en el sentido más pleno de la palabra. Y en los últimos años de su vida (fue Superior mío en el Ateneo) estaba plenamente sumergido en una vivencia cristológica y salesiana. Esto aparecía en él de una manera relevante.»

* * *

A las ponderadas valoraciones de Don Gemmellaro sobre la personalidad de Luis, podemos aportar las impresiones de otros testigos que convivieron con él; algunos de ellos cultivaron una profunda amistad con Don Chiandotto.

Las características temperamentales que hemos apuntado en otras etapas de su vida aparecen constantes, matizadas por la madurez: «El niño crecía en edad, sabiduría y gracia ante Dios y los hombres». Permítaseme la cita bíblica.

Luis sobresale fácilmente entre los primeros: agudo, sereno, apasionado, ameno conversador, de gestos vivaces y persuasivos, y de finura aristocrática. Se hace escuchar por su expresividad en la conversación; «vivía lo que decía». Se manifestaba muy familiar con todos; inspira y da confianza a todos; su actitud de servicio abarca todos los campos. No brilla por cualidades aplaudidas en ambientes juveniles, como deportivas o declamatorias; pero se granjea la estima por sus éxitos en los estudios. En este campo se cuenta entre los más asiduos y tenaces. Incluso cuando se ha suscitado algún alboroto en el estudio, él sonríe, pero no participa; se mantiene clavado en su mesa de trabajo. En época de exámenes, se entrega al estudio hasta las tres o las cuatro de la madrugada, hasta sufrir de insomnio e inapetencia. Los superiores se lo prohibieron, porque su salud se resentía mucho con tales excesos.

Don Marco Bongioanni, hoy Director de la Agencia de Noticias Salesiana (A.N.S.), nos recuerda el dinamismo y profundidad de Chian-dotto. «Eramos compañeros de estudios en la Facultad de Turín, el curso 1940-41. Animados por él, formamos un grupo editorial que humorísticamente llamamos SEI porque éramos seis quienes lo integrábamos. Cada quince días se *publicaba* un periodiquín interno de animación y unión para los estudiantes de Filosofía y Pedagogía. Nada de repeticiones escolares ni problemas paralelos. Chiandotto marcaba, en *editoriales* muy precisas, las líneas de cada fascículo; y el suyo era siempre un estímulo para poner estudios y experiencias científicas al servicio de la vida concreta —nuestra y ajena— en el marco de la salesianidad más genuina. Si quedaba un espacio en blanco, él hallaba siempre la frase justa, salesiana, rica y sabrosa para llenar aquel vacío. Tanto que luego reíamos en el grupo su *hórror vacui* (horror al vacío).

Quien conserve algún ejemplar de aquel viejo periodiquín descubre, aún hoy, el aflorar del publicista, y sobre todo, del animador *a lo Don Bosco*.»

* * *

El éxito coronó sus esfuerzos.

En el año académico 1938-39, se examina de doce asignaturas. En las cinco estrictamente filosóficas, obtiene la máxima calificación de *treinta sobre treinta*; en otras cuatro, *veintisiete*; y en las tres restantes, *veintitrés*, *veinticinco* y *veinticuatro*.

En el curso 1939-40, hace la tesina sobre *Ideas pedagógicas en la encíclica Divini illius Magistri*. Alcanza la calificación de *veintinueve sobre treinta*.

En 1942, al término del cuarto curso de Filosofía, defiende la tesis del doctorado: *La persona humana en la concepción hegeliana de la Filosofía y de Historia*. Obtiene una *Summa cum laude*. Calificación máxima.

Este trabajo le ha supuesto mucho esfuerzo. Ha tenido que frecuentar la biblioteca de la Universidad de Turín y otras bien surtidas. Deberá valerse de los escritos originales de Hegel. Ello le supondrá el estudio personal de la lengua alemana. Maravilló a sus mismos profesores.

Para lograr su propósito, se muestra muy audaz e inteligente. Quiere enfrentarse con Hegel porque se da cuenta de que este filósofo, uno de los padres de la Filosofía moderna, tiene una enorme importancia en la Historia.

Pensamos que su tesis sobre Hegel, vertida en cuanto es posible en moldes cristianos, ejerció un fuerte influjo en su vida.

Bajo el amparo de la Madonna de la Misericordia

Luis cursa sus estudios filosóficos en Turín cuando estalla la segunda guerra mundial.

La gran guerra iba a ser una lucha por la hegemonía continental entre la URSS y el III Reich; y por la marítima, en el Océano Pacífico entre Japón y Estados Unidos.

Ante los resultados fulminantes de los alemanes, Mussolini decide entrar en el conflicto al lado de Hitler, pese al escaso entusiasmo de los italianos.

El 12 de junio de 1940, tiene lugar el primer bombardeo aéreo sobre Turín. Los daños en esta ocasión son escasos.

Diez días antes, el 1 de junio, don Pedro Ricaldone había expresado su dolor ante las ruinas que la guerra iba produciendo en la Obra salesiana de las naciones en conflicto: «Estamos asistiendo con el corazón desgarrado al derrumbamiento de centenares de Casas, al hundimiento de Obras que habían costado inmensos sacrificios, a la dispersión y también a la muerte de tantos hermanos envueltos en la inmensa tempestad».

En Italia, en el año 1942, tanto los salesianos como las Hijas de María Auxiliadora, permanecen en su campo de labor, a pesar de mil vicisitudes; y amoldan su actividad a las nuevas necesidades. Así surge, lo mismo que en otras naciones beligerantes, la *Casa del soldado*. Verdadero refugio material y moral de los pobres muchachos movilizados. En una de ellas, la de *San Juan Bosco*, en Turín, se reúnen más de cien soldados, antiguos alumnos casi en su totalidad. Las Hijas de María Auxiliadora se ofrecen a trabajar en hospitales y a recoger huérfanos que la guerra va sembrando por doquier.

Estos acontecimientos bélicos forzosamente tendrán que hacer mella en el corazón sensible de Luis.

Vivirá de inmediato algunas de las consecuencias del conflicto mun-

dial en su propio país; concretamente en el lugar de su primer campo de apostolado. Más tarde se reflejarán en el penoso viaje rumbo a España por las dificultades que han de surgir para él y sus compañeros. Desde España, contemplará el derrumbamiento material y moral de su patria, digna ciertamente de mejor suerte.

Vayamos por pasos.

Luis ha terminado su tesis doctoral. Curso 1942-43. La Provincia Lombarda le ha reclamado como profesor de Filosofía. Los superiores acceden. Y Chiandotto es destinado a la casa salesiana de Nave. Allí iniciará su trienio de magisterio práctico.

Nave se halla a unos treinta kilómetros de los lagos Garda e Iseo, a unos ocho de la ciudad de Brescia, hacia el norte. Unos seis mil habitantes albergaba en el año 1942. En sus tiempos había sido una *statio* militar romana. Aún se conservan raros y preciosos objetos antiguos. También ha podido gloriarse de una antiquísima iglesia, la *Pieve de la Mitria*. Se construyó probablemente sobre un templo pagano, dedicado al dios *Mithra*, que simbolizaba la luz creada y la verdad entre los pueblos persas e indos.

Los salesianos han llegado a Nave el año 1938. Se instalan en una finca privada, que en el siglo XIII había sido convento de dominicos. La casa se destinará a la formación filosófica de clérigos profesos.

A mil doscientos metros de altura, campea sobre la villa la *Madonna della Misericordia*. Es un santuario muy venerado por las gentes del lugar. Nave se halla ceñida por un cinturón de altas montañas. A pesar de su industrialización siempre creciente, el aire puro que desciende sobre ella conserva el clima sano e incontaminado. Dicen que en la época de nuestro biografiado ofrecía una belleza y poesía de la que ahora carece.

El año 1942, don José Manzoni ejerce el cargo de Director. Los estudiantes se reparten en dos cursos. Suman en total noventa y uno: cuarenta y siete en primero, y cuarenta y cuatro en segundo.

Tres décadas después, son cincuenta y tres los discípulos de Luis que siguen trabajando en diversas obras de apostolado de la Congregación.

El ambiente que reina en el estudiantado es auténticamente salesiano.

Se estudia mucho; se come más bien poco (soplan vientos de guerra); y se canta maravillosamente bien. Existe una coral numerosa y potente, dirigida por don Angel Ferrari. Don Begni hace sudar a los estudiantes con las matemáticas y la física; el veterano don Antonio Cava sin los *tortura* con el griego y el latín. La *mascota* de los clérigos es el anciano don Alejandro Veneroni. Había conocido a Don Bosco y con él se había confesado. Se recuerda a Don Tirone por sus visitas; a monseñor Coppo por sus largas charlas sobre la Patagonia; a don Alejandro Stefanelli, pionero del Mato Grosso; insignes figuras de grandes salesianos... Añoranzas. Hermosos tiempos que ya se fueron.

* * *

Regalo durante un curso. Eso dicen que fue Luis para el estudiantado filosófico de Nave por su celosa entrega en la enseñanza de la Filosofía, por su carácter dinámico que paliaba el impacto que la funesta guerra producía en los alumnos, por su serenidad y cordialidad

y el gran espíritu salesiano, que transparentaba de continuo, contagiando a los demás.

Sobre este año de Luis en Nave, no sabría calibrar el valor de una voz discordante sobre todas las demás laudatorias. La anotaré. Puede tratarse de algo más que de una apreciación subjetiva sobre la pedagogía de nuestro biografiado.

El estudiantado era de reciente fundación; el plan de estudios para los estudiantados filosóficos se hallaba en sus comienzos, y por ello, en fase de experimentación.

A Chiandotto le encomiendan las materias filosóficas. Tiene que comenzar por la árida explicación de los más elementales rudimentos de la filosofía escolástica.

Se le recuerda como entusiasta profesor, de ideas claras y exposición precisa. No se mostraba demasiado exigente, dadas las circunstancias de la guerra que se vivían. Los textos están escritos en latín; y en latín deben impartirse las clases por prescripción de los superiores. Para facilitar la labor, Luis prepara unos resúmenes para orientación y mejor asimilación de la materia. En ellos los alumnos encuentran una clara y sabrosa síntesis del libro. Se gana rápidamente el afecto y la estima de todos —superiores y alumnos—, tanto por sus habilidades pedagógicas como por sus altas dotes en materia de enseñanza. Su dedicación especial la constituyen los más atrasados; los atiende de forma particular.

Frente a estas remembranzas encomiásticas de la pedagogía del joven Chiandotto, encontramos esa voz *discordante* de la que he hablado más arriba. Se trata de un alumno de Luis, cuyo recuerdo actualmente es difuso y que nos sitúa en un plano quizás más acorde con los comienzos de un enseñante inexperto:

«Es cierto que yo he sido alumno de filosofía en los lejanos años de mi estudiantado filosófico en Nave, pero también es cierto que muy poco me acuerdo de su enseñanza. Tuvimos muchos profesores más o menos preparados. De Don Chiandotto tengo este preciso recuerdo. Había llegado hasta nosotros recién *salido del horno* con su tesis doctoral sobre Hegel. De este filósofo no conocíamos nada. Estudiábamos en aquel entonces la Filosofía Teorética, no la Historia de la Filosofía. Llega don Luis y sus lecciones rezuman a Hegel. Yo no le entendía nada. Cuando le oía explicar, contemplaba delante de mí a un cleriguillo que agitaba las manos, con aquellos ojillos detrás de unas gafas ya gruesas. Y, sonando en el espacio, Hegel por aquí, Hegel por allá; y yo, persiguiendo a aquel fantasma de filósofo sin poder atraparlo. ¿Querrá creermelo? Al finalizar el año había llegado a la convicción de que Hegel había sido el mayor filósofo de todos los tiempos... ¡Inexperiencia didáctica! Vi a Don Chiandotto muchos años más tarde, ya enfermo, a su paso por Verona. Recordamos aquellos lejanos años, sin nombrar, por supuesto, a Hegel.»

Los inviernos en Nave son crudos. La casa carece de calefacción; la guerra obliga a soportar inconcebibles penurias. Luis se convierte en empedernido animador de toda suerte de juegos de movimiento, marchas y... ¡mucho canto! Comparte con sus alumnos las alegrías y las penas de las restricciones que, en todos los sectores, impone la situación bélica.

Un año hermoso, sostenido por su gran entusiasmo y dinamismo.

Aquel clérigo debilucho, siempre sonriente, disponible, acogedor constante, de carácter manso y jovial, pleno de celo y entusiasmo se capta la simpatía y el afecto de todos.

Su enorme carga de salesianidad auténtica, su serenidad de espíritu afloran en sus conversaciones, coloquios y consejos. A través de ellos, se traslucen el empeño y compromiso personal cristiano de Luis. Joven todavía, pero de una personalidad madura, se le reconoce con alegría y sin insidias envidiosas una gran superioridad, que a la vez es deseada como un testimonio de vida cristiana.

* * *

Pronto llegan hasta Nave los ecos de tristes acontecimientos. Ocurre el 20 de noviembre de 1942.

El temible aullido de las sirenas moviliza hacia el refugio a salesianos y muchachos residentes en el Oratorio de Valdocco. Al cesar la alarma, se contabilizan los daños. No hay víctimas humanas. Pero en los edificios, incendios, destrucciones y ruinas. La intervención activa de superiores y hermanos sustrae a los que viven en la Casa Madre de la acción devoradora de las llamas. El Ateneo Pontificio sufrió destrozos y daños; los clérigos se ven obligados a desescombrar. También, los Oratorios de *San Pablo* y de *Miguel Rúa*. También los otros colegios salesianos y los de las Hijas de María Auxiliadora han sufrido perfectos.

Al día siguiente, todos los niños de los colegios salesianos abandonan la ciudad. Fue una verdadera providencia. Sucesivas incursiones acrecientan los daños de nuestras casas. En medio del caos, surgen verdaderos actos de heroísmo. Sacerdotes, clérigos y coadjutores se ponen a las órdenes del Rector Mayor, de los superiores y del maestro de Obras, don Pablo Valle. Recorren los tejados apagando los incendios; acuden en auxilio de una de las alas del Cottolengo presa de las llamas; auxilian a varias familias cuyas casas están siendo devoradas por el fuego...

El 30 de noviembre, a primeras horas de la mañana, una bomba de mil kilos reduce a escombros el pabellón de dormitorios de estudiantes; y las aulas de la planta baja quedan arrasadas hasta los cimientos.

Los superiores están preocupados por el personal salesiano. La inquietud más grave del Rector Mayor la constituyen los seiscientos jóvenes de la Casa Madre. Logra reunir a casi todos los estudiantes en el Colegio de Cumiana, al SO y a poca distancia de Turín.

La noche de la fiesta de la Inmaculada, Turín sufrió uno de los más tremendos bombardeos. Viene a agravar los males. Las artísticas vidrieras de la Basílica de María Auxiliadora quedan destrozadas. Veintiseiete cohetes incendiarios caen sobre el templo. Uno perfora el techo y se hince en la bóveda sobre el altar de San Juan Bosco. Los hermanos tuvieron que correr a dominar más de cincuenta incendios esparcidos por distintos puntos de la casa, y acudir en auxilio de las familias vecinas y de los locales de la Editorial Salesiana; además del Instituto del *Refugio* y del *Buen Pastor*, incendiados en gran parte.

En el trágico día 20 de noviembre, el Rector Mayor hacía a Dios el voto de edificar un templo sobre la colina de I Becchi.

Todos estos acontecimientos los medita Luis muy profundamente. Y los recoge en sus apuntes íntimos:

«En la tormenta con que la tierra ha quedado devastada está preparándose una nueva humanidad social y cristianamente renovada... Mientras la humanidad sufre al engendrar la nueva sociedad, es deber fundamental de todo cristiano comenzar a echar en sí mismo las bases del nuevo orden mediante la formación de una vida cristiana y católica intensamente vivida. Debemos desarrollar la vida de Cristo en nosotros si queremos que El crezca en el mundo. Es este el único motivo de, por fin, después de haberlo pensado y orado largamente, deponer las armas; y me dispongo a escribir lo que, de mucho tiempo atrás, siento necesidad de escribir, y no me han faltado mil impulsos de comenzar. Pero es que esta necesidad, en los últimos tiempos, se ha agigantado tanto, se ha hecho tan imperiosa, que me veo obligado a ceder...

Yo quiero poseer una ciencia vivida, una ciencia llevada a la unidad de mi vida, de la vida en sí misma, del Verbo de Dios.

Asimilar lo más posible cuanto estudio y medito, confiándole la forma integral, extensiva, comprensiva y de relación con el Verbo, de modo que en mí, y en mí en cuanto miembro de Cristo, crezca el Verbo, obrando la verdad en la caridad y, de este modo, aumente la glorificación de Dios.

Escribiré porque con frecuencia siento en mí una tal plenitud de luz y alegría intelectual y espiritual que casi me aplasta y, por otra parte, no debo ni quiero vayan a derramarse por tierra tantos dones, tantas luces, tantas iluminaciones, tantos esplendores, rayos de luz, fulguraciones en las que el Verbo de Dios se me muestra a través de las cosas...

Hoy, día del nacimiento para el cielo de Don Bosco, gigante de la caridad, te ruego, oh Padre-Verbo-Amor, dirijas mi mano a fin de escribir siempre tan sólo lo que me será útil para, siempre más y siempre mejor, penetrar, amar y vivir católicamente aquella vida de amor, que me llevará a la beatitud de Tu ser más glorificado en mí y en la sociedad contemporánea. 31-1-1943.»

A través de estos apuntes, se ve clara la línea ideológica, a la par que dinámica, en la que desea moverse el joven clérigo salesiano.

Luis piensa que el nuevo orden, que ha de surgir de la situación catastrófica en que se agita el mundo, ha de nacer de una conversión individual de cada cristiano.

El se decide a llevar a cabo su propia transformación. Consistirá en centrar toda su vida, cada una de sus acciones, en Cristo, Verbo de Dios.

Siente la necesidad de percatarse de la riqueza de gracia que el Verbo de Dios está volcando en él. A pesar de todos los acontecimientos funestos que gravitan sobre la humanidad en lucha y que hieren vivamente su alma, jamás desaparece de lo más íntimo de su ser una intensa alegría intelectual y espiritual, cuya fuente está en el Padre, en el Verbo y en el Espíritu de Amor.

Desconocemos si prosiguió en su propósito de llevar una memoria o diario íntimo para registrar en ellos cuanto pudiera serle útil en orden al cultivo de una progresiva espiritualidad. No hemos encontrado en los archivos nada al respecto. Sólo lo que añadimos a continuación.

Es cierto que, a la hora de su muerte, dispuso que fueran quemados casi todos sus papeles. Encargo que se cumplió.

Podríamos bucear en lo más profundo del alma de Luis. Descubriremos en ella una generosidad con Dios que, tal vez, pueda considerarse como heroica.

«Ayer representaron *El Caballero del Amor*. Todos quedaron satisfechos. Yo sentía que me quemaba... Fue un verdadero acontecimiento. Y yo gozo, quiero gozar profundamente. Hubo un tiempo en que, después de haber visto un hermoso drama, consideraba con un tanto de orgullo y de envidia la feliz suerte de los actores y me volvía a sumergir en el renovado tormento de mi alma, en mi eterno porqué.

Oh, Dios, ¿por qué a éstos les has concedido tantos dones y les has hecho tan felices, dueños de los espíritus y señores de los corazones?... Un verdadero efluvio de admiración, estima y simpatía... Y yo no puedo ni siquiera hablar ni dejar traslucir un poco de mi llama ardiente interior sin que se coloree, como de rubor y de vergüenza, mi rostro. ¡Comprender que poseo una idea que puede y debe revolucionar el mundo; sentir el deber y la necesidad de soltarla, de dejarla invadir las apagadas regiones de las almas, y no poderlo hacer. Oh Dios, ¡qué angustia!

Mas desde hace tiempo, tú vas acostumbrando a mi alma a estas cosas. Corta cada día un hilo que me tenga atado a la tierra, a lo exterior, a lo que aparece, para desprenderme de lo contingente y aclararme en el Absoluto, en tu Cristo (2 Cor 2). Y en el desgarró cotidiano del desprendimiento comienzo a comprenderte y a amarte. Comienzo a amar mi vocación sobre esta tierra de redención. Es necesario expiar, redimir, elevar para beatificar al hombre en la única esencial acción de glorificar a Dios. Ahora bien, todo esto no lo realiza la actividad exterior, sino el amor, el sacrificio, que es donación. La actividad exterior es lo que aparece, es el accidente, es el instrumento; pero el regulador, la causa meritoria es el amor, aquel amor profundo y escondido que, sólo él, hace fecunda la acción. Este amor es todo mi poder. El amor intenso, profundo, abrasador, totalmente desinteresado y puro, que se olvida de sí hasta el punto de renunciar o mejor, aceptar no ser correspondido en el amor; ser desconocido, ignorado, oculto, encerrado y guardado en las profundidades inaccesibles del alma. Este amor, puro amor —donación— sacrificio, éste es mi amor, ésta es mi vocación, ésta es mi vida.

Oh Señor Jesús, Vida, Verdad, Amor, Tú, con delicadeza y solicitud divina, día a día me estás introduciendo en esta misión. La inteligencia, la voluntad, el corazón. Ahora bien, yo reconozco, acepto y quiero realizar la idea con la que en el seno del Padre, desde la eternidad, Tú, Verbo, me has querido. Dame tu fuerza, la constancia para actuar perfectamente tu voluntad, mi misión. Dame el valor para ruborizarme cada día, el valor para verme cada día como un instrumento inepto e incapaz de comunicar tu Vida con las obras exteriores, de estar siempre contento de cumplir tu voluntad, contento de ser fiel a mi vocación personal, a mi peculiar modo de amarte y glorificarte, de amar y de hacerte amar en mí, en las almas, en el universo. Por tanto, toda mi misión consiste en merecer en el ocultamiento y en el dolor cotidiano de mi alma; amar y sufrir por no ser apto para comunicar a los otros

este amor, dejando la aplicación de la eficacia de este amor a los otros miembros en tu sola acción ignorada, misteriosa y mucho más cierta. Sé a quién me he entregado. Oh Dios, oh María Inmaculada Auxiliadora de Lourdes, oh Don Bosco, oh Iglesia entera, Cuerpo Místico de Cristo, concededme —e interceded para ello cada día— la fuerza para no temer tartamudear y para estar dispuesto a aceptar las humillaciones, el rubor, la vergüenza, cada día por toda la vida, aún cuando fuera larga, a fin de que en mí, ser de la creación, todo, todo glorifique con, desde ahora, siempre, con creciente intensidad de perfección, a Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Amén.»

(Terminado el 11-2-1943. Virgen de Lourdes.)

No le quitó el Señor la cruz del tartamudeo. Sí le concedió la sorprendente eficacia de la palabra y de la acción. Lo veremos, a través de su vida apostólica, cuyos inicios los podemos colocar en su año de estancia en Nave y su término en el mismo lecho de muerte.

* * *

Impresionaba su forma de soportar la dificultad de expresión. Llegaba a ruborizarse, pero no se acomplexaba. Jamás su tartamudeo despertó hilaridad en sus alumnos; clara señal de que apreciaban su personalidad; incluso sufrían con él cuando no arrancaba al hablar. «Entonces resultaba que el tartamudeo era un defecto que casi le teníamos que agradecer porque suponía una total entrega a pesar de las dificultades.»

En las oraciones que se sabía de memoria es donde Luis encontraba más tropiezos. Bastaba que le iniciaran la palabra para que se desapareciera la dificultad. El lo sabe. Por eso, en las clases, coloca frente a él a un *apuntador* que le sirva de *lazarillo*.

«Dificultades no os faltarán, decía a un grupo de teólogos próximos a ordenarse sacerdotes. Pero vosotros sois jóvenes y valientes. Tenéis buenas cualidades, mejores que las mías, pues ya véis que, a veces, ni siquiera sé hablar en público.» En este momento de la charla se notó en el ambiente una atmósfera de admiración, de simpatía, de reprobación a la última frase. «Nos emocionó sobremanera aquella humildad en una persona con tantos valores espirituales.»

Tan sólo un año permaneció Luis en Nave. Su personalidad, sin embargo, deja en el filosofado huella muy profunda de simpatía. Se sintió su partida. Resultó muy dolorosa. Todos los alumnos se conmovieron, convencidos de que perdían a un gran profesor; pero, sobre todo, a un incondicional amigo.

Nadie quiere creerlo. ¿Quién podría sustituir a Chiandotto entre los clérigos de Nave?

Rumbo a España, su segunda patria

Luis había coronado brillantemente sus estudios en Conde Rebaudengo con el Doctorado. Era Prefecto General de la Congregación don Pedro Berrutti. Don Renato Ziggiotti, Consejero Escolástico.

Don Ziggiotti propone a Partenio Muscinelli marchar a España como profesor en la Inspectoría de Madrid. Año 1942. Muscinelli es compañero de curso de Luis como él, recién doctorado en Filosofía.

Partenio es buen salesiano, muy inteligente; pero también muy sensible. Nunca ocultó que había estudiado la filosofía tan sólo por obediencia. Su máxima afición se centra en las matemáticas. Es cierto también que, por obediencia, toda su vida explicará la asignatura no preferida. Murió siendo director de la casa de Frascati, Villa Sora.

Muscinelli presenta a los superiores sus excusas para no abandonar Italia. Sus padres son ya de avanzada edad y siente alejarse de ellos. Y, además, en plena guerra. Comunica sus inquietudes a Luis Chiandotto. Este se ofrece a sustituirle si los superiores acceden.

La noticia corre entre los demás compañeros. El mismo Partenio se la comunica a Nicolás Loss, unido en estrecha amistad con Chiandotto. «Luis amaba mucho a su propia familia, y sobre todo a su padre.» Por eso le extraña y sorprende aquel gesto de disponibilidad.

No resultaba nada fácil obtener la licencia para salir de Italia en aquella coyuntura de conflicto bélico. Por ello fue destinado a Nave en espera de ocasión más propicia.

¿Qué motivó esta decisión de los superiores de enviar a España un experto en la ciencia filosófica?

Nuestro país había sufrido una trágica sacudida a raíz de una guerra civil de tres años de duración. Sus consecuencias fueron funestas en todos los órdenes. No es nuestro intento analizar y estudiar causas y efectos, ni la imputabilidad que pudo corresponder a ambos bandos contendientes. En otras obras hemos narrado cuanto vimos con nuestros ojos y oído con nuestros oídos en aquel largo y penoso período. Una historia desapasionada, desinteresada y del todo objetiva aclarará,

a su tiempo, muchas incógnitas. Por lo que a nuestro caso se refiere, hemos de reconocer que abundaron los asesinatos en las filas de los seculares católicos; pero sobre todo en las filas de los consagrados mediante el sacerdocio secular o los consejos evangélicos. Una persecución religiosa jamás soñada, ominosa, que segó la vida de doce obispos; de cuatro mil ciento ochenta y cuatro sacerdotes del clero diocesano; de dos mil trescientos sesenta y cinco religiosos y de doscientas ochenta y tres religiosas; aparte de un gran número de seculares católicos.

Los salesianos pagaron su tributo a la violencia. Antes de la guerra había cerca de ochocientos religiosos repartidos en unas cincuenta casas. La estadística publicada hacía subir a noventa y siete las víctimas salesianas: treinta y nueve sacerdotes, veintidós clérigos, veintiséis coadjutores, dos hermanas, tres aspirantes, tres cooperadores y dos empleados.

Es enteramente cierto que la persecución y la sangre de los salesianos mártires —empleamos esta palabra en el verdadero sentido clásico de martirio— hicieron surgir una maravillosa floración de nuevas vocaciones. Su número fue imponente. Los superiores no daban abasto para buscar casas donde acogerlas y dinero para mantenerlas.

La escasez de personal se hacía sentir, sobre todo en las casas de formación.

Durante la guerra, en Italia, sobraba personal. Los superiores piensan en ayudar a España para restañar el vacío dejado por tantos salesianos desaparecidos. Se prepararon dos grupos de diez clérigos. El primero no consigue autorización de salida. Lo constituían jóvenes en edad militar. El segundo está formado por clérigos más jovencitos. Después de muchos meses se logra el ansiado permiso.

Y comienza un penoso éxodo. 13 de julio de 1943: un grupo de diez salesianos sale de Turín rumbo a España. Ocho clérigos, con un año aún incumplido de profesión religiosa —proceden del estudiantado de Foglizzo—; un coadjutor, maestro carpintero; y, al frente de todos, Luis Chiandotto, que ha terminado en Nave su primer año de magisterio docente.

Cuatro de los clérigos van destinados a la entonces llamada Inspección Tarraconense (territorios de Cataluña y Valencia): Blas Beltramo, Luis Gallinari, Carlos Gianolo y Flavio Rigo; otros tres, a la Inspección Céltica (las actuales de Madrid, León y Bilbao): Luis Lagutaine, Enrique Mellano y Reinaldo Vallino; a uno le encaminan a la Inspección Bética (las actuales de Sevilla y Córdoba): Nicolás Visconti. El coadjutor, maestro carpintero, queda en la casa de la Santísima Trinidad de Sevilla.

La noche del 12 al 13 la pasan en Valdocco. Su sueño se ve interrumpido por la alarma de sirenas, que anuncian un bombardeo. Los aviones descargan su mortífero bagaje sobre Turín. A placer. Las bombas arrasan la ciudad. Cunde el pánico; un verdadero desastre.

Durante esa noche en la Casa Madre, nuestros jóvenes huéspedes se ofrecen con presteza para sofocar las llamas que han hecho presa en la Basílica de María Auxiliadora, en las habitaciones de Don Bosco y lugares aledaños.

Amanece el día 13. Don Pedro Ricaldone celebra la Eucaristía para todos los salesianos, testigos del penoso suceso nocturno. Pronuncia en

ella unas emotivas palabras. El acto litúrgico se está desarrollando precisamente en el altarcito erigido junto a las habitaciones de Don Bosco. Asisten también a él los expedicionarios.

A mediodía, en su camino hacia España, logran llegar a la estación de ferrocarril de Porta Nuova. Dantesco espectáculo el que presencian sus ojos. Una ciudad en llamas, inmensos boquetes en la castigada tierra, efecto de las bombas. Silencio sobrecogedor, angustia contenida. Nadie osaba decir palabra.

Túnel de Sempione. Triste despedida a la patria, a los salesianos conocidos, a sus padres y parientes, a los amigos. El tren que los ha de conducir a Modane (Francia) va hasta los topes. Personas que huyen aterrorizadas por la apocalíptica visión. Poco a poco, el convoy se va vaciando en sucesivas estaciones. Tan sólo los diez salesianos llegan a la frontera francesa. Se advierte en sus rostros un tinte de angustia y penosa tensión.

Fino observador, Luis los distrae con sagacidad. Va desgranando sus sabrosos comentarios sobre la belleza natural del paisaje que se ofrece a sus ojos, los nombres toponímicos y un poco de historia de las ciudades que atraviesan: les rememora la Saboya de nuestro epónimo San Francisco de Sales. Y todo ello, con mucha sencillez, fraternidad y serenidad.

Pasan la noche en Chambéry, mal acomodados en los asientos de la estación.

En días sucesivos se les ofrecerán nuevas penosas vivencias. El reposo nocturno tendrá lugar en la estación o en alguna sacristía cedida por algún caritativo párroco.

Refieren los expedicionarios que mantenían su espíritu sereno. Don Luis había logrado crear en ellos una intrépida fortaleza misionera. Todo sufrimiento les parecía pequeño en sus ansias de pisar tierra española y ayudar en ella a hermanos que tanto habían sufrido en la guerra civil.

Ya en Francia, abandonan la zona de ocupación del ejército italiano y penetran en la zona invadida por los alemanes.

En este momento, intervienen, afortunadamente, el valor y la presencia de ánimo de un capellán militar salesiano. Don Ricaldone le había encargado la misión de velar, desde su puesto de mando del ejército italiano, sobre los diez expedicionarios.

Vive todavía don Pedro Cagnoni. Desde la casa salesiana de Sesto San Giovanni, en Milán, me escribe que está fuerte de salud y dispuesto a vivir varios años más para trabajar con todas sus energías «en la gloriosa Congregación Salesiana». Sería muy prolijo el relato de los sacrificios que se impuso este magnífico salesiano por salvar la situación angustiosa de sus hermanos en religión, a los que ni siquiera conocía. Todos ellos están acordes en ponderar el valor, celo y caridad de Don Cagnoni.

Cuando la expedición salió de Turín, el cónsul alemán les había asegurado que el salvoconducto para el paso de la frontera franco-española se encontraba ya en Cerbere. No era verdad.

Una semana más de espera en la sacristía de la parroquia.

El pequeño grupo de jóvenes levanta las sospechas de los alemanes. Son arrestados. Los conducen a Perpignan, y los recluyen en el dormi-

torio del Seminario con la orden de permanecer allí. Tan sólo podrán abandonar su confinamiento, para las tres comidas del día, hasta la casa de unas religiosas, previo control en el cuartel de los alemanes. En aquel dormitorio organizan su vida: prácticas de piedad, estudio y una alegre convivencia.

El alma de todo aquel entusiasmo juvenil en constante peligro fue Luis. Les habla de la Congregación, de su vocación salesiana, de los superiores mayores a los que él había conocido. Todo con una gran serenidad de ánimo.

Por su parte, Don Cagnoni se mueve libremente por todo el territorio francés ocupado. En alguna ocasión llegó incluso hasta Italia, sin el debido permiso de sus superiores militares. De haberlo pedido le hubiera sido denegado. Gestiona incansablemente la concesión del ansiado documento imprescindible para el paso de la frontera. La verdad es que aquellos jóvenes hermanos sufrían a causa de tanta espera. El capellán, con su sueldo de oficial, corre con los gastos de la comida y se presta a dar curso a las cartas que los jóvenes expedicionarios escribían a sus familias.

Durante aquella larga demora, don Luis desempeñó un papel nada fácil. Como responsable de la expedición se mantenía al tanto de las nuevas dificultades que surgían; pero él callaba para no angustiar más a los suyos.

Joven clérigo, era la primera vez que viajaba más allá de su patria, y con tan grave responsabilidad. Pero su prudencia, su cordialidad, su buen trato, su actitud de servicio, de sacrificio y generosidad saben acallar y superar, con gran espíritu de fe y de oración, todas las dificultades, impaciencias y desesperanzas de sus hermanos.

La inactividad, el *dolce far niente* y la convivencia fraterna predisponían a los jóvenes a gastarse cualquier clase de bromas, ligeras y pesadas. Había que matar el tiempo. Naturalmente, a veces las bromas acaban en veras. Y justo en esos momentos, se hacía presente la persona de Luis con toda su riqueza. La palabra tranquilizadora, la sonrisa afable, la página de Don Bosco devolvían la paz y serenidad al grupo.

Y la misma paz transmitía a los interlocutores franceses, que sufrían enormemente a causa de la ofensa nacional inferida por la invasión de los ejércitos alemán e italiano.

Come con los jóvenes, en el mismo refectorio, un sacerdote francés. Con frecuencia dirige a don Luis diatribas y frases mortificantes. Chiandotto es el único del grupo que habla francés y alemán. Por las voces y los gestos desmesurados se apreciaba que existía un grave problema. Al día siguiente, los jóvenes salesianos hicieron algún comentario desfavorable referente al sacerdote, pensando que no comprendía el italiano. Termina la comida y llama aparte a don Luis. Y le reprocha la conducta de los salesianos; exige más respeto hacia su persona. Le confiesa que ha estudiado en Roma, que conoce perfectamente la lengua y que no habla italiano porque los consideraba invasores de su patria. Naturalmente don Luis pidió a sus jóvenes más prudencia. «Esta actitud nos hizo suponer lo que él había aguantado con tanta virtud. Más tarde, ya en España, jamás logramos sonsacarle ningún comentario que descalificara a aquel sacerdote. Al contrario; nos recordaba los numerosos servicios de otros sacerdotes franceses que nos ha-

bían recibido en sus casas y nos habían ofrecido la poca comida de que disponían, sobre todo cuando era inminente el toque de queda y carecíamos de albergue y de alimentos. La serenidad y virtud de don Luis nos parecieron de veras heroicas, sobre todo, si pensamos en su juventud y en la dificultad excepcional del momento.»

La espera se alarga. El Rector Mayor insinúa a Don Cagnoni la conveniencia de que el grupo regrese a Turín. El intrépido salesiano le expone su opinión en contrario. Rotundamente, que no. No se podía defraudar la ilusión de aquellos jóvenes. Tenían derecho a cruzar la frontera.

Su espíritu se encoge cuando el capellán les comunica la opinión de Don Ricaldone; pero presto recobran la serenidad. Don Cagnoni les asegura que jamás consentirá el regreso. Está dispuesto a viajar hasta Berlín para aclarar el asunto.

Finalmente, pasados cuarenta y cinco días de permanencia en Francia, llega la ansiada comunicación. Ya pueden cruzar la frontera.

¿Qué había sucedido?

El consulado italiano había comunicado a Berlín la concesión del salvoconducto; pero Berlín no había cursado el oficio a las autoridades de la frontera de Cerbere. Conviene tener en cuenta que se estaba en plena guerra, y había asuntos más importantes que abordar.

Por su parte Don Cagnoni no se da por satisfecho dejándolos en el tren. Una vez obtenido el debido permiso, los acompaña hasta Portbou. Allí puede adquirir abundante provisión de chocolate y plátanos para convidar a su comando militar, y así obtener el perdón de sus frecuentes ausencias, siempre organizadas de manera que no quedaran incumplidos sus deberes de capellán militar.

Este mismo año, 1943, empiezan los desembarcos aliados en el continente europeo. Primero, en su parte más débil: Sicilia y el sur de Italia son ocupados. Mussolini se ve obligado a dimitir, y el ejército italiano se rinde. Los alemanes toman posiciones en Italia, donde se defienden hasta casi el final de la guerra. Al ser tomada Roma, el rey de Italia abdica; Mussolini es asesinado al huir a Alemania y su cadáver profanado (año 1945). Turín es abandonado por los alemanes el 27 de abril del mismo año.

En ese momento nuestros expedicionarios ya se encuentran en España.

Don Luis, con muy buen sentido, aconseja a sus compañeros que envíen un saludo a sus familiares por medio del capellán. «Fue la última noticia enviada a nuestras casas hasta el final de la guerra.»

La llegada a España les proporciona respiro y tranquilidad. Salían de clima de luchas, de bombardeos, de terror; pero también aquí encuentran casas destruidas, quemadas, arrasadas... Podía verse que también la guerra había dejado sus tristes secuelas en España.

El encuentro con los salesianos españoles fue algo inolvidable: «Nos parecía ver en ellos a héroes que habían luchado por la fe. Les preguntábamos por nuestros hermanos mártires; y ellos nos detallaban el sacrificio de tantas vidas heroicas y cuánto habían tenido que sufrir —los salesianos— en sus personas e instituciones. Nosotros, jóvenes entusiastas, los veíamos como gigantes que amaban inmensamente a la Congregación, que habían sufrido por ella y ofrecían ahora todas sus

energías para el resurgir de nuestras obras. Don Luis nos subrayaba continuamente esta idea. Nuestro azaroso viaje cedía importancia frente al heroísmo de estos hombres. Se reducía a una aventura de chiquillos. Agradecemos a Dios nuestro contacto con estos hermanos al haber sido enviados a colaborar con ellos en el trabajo salesiano.»

La finca de «El Encinar»

La llaman así por sus muchas encinas. Se encuentra a poco más de un kilómetro del pueblo de Mohernando (Guadalajara), a la derecha de la carretera que conduce desde Mohernando a Humanes. Dista de la capital veintiún kilómetros por carretera, y dieciocho por ferrocarril. El pueblo de Mohernando no alcanza los ciento cincuenta habitantes.

El seminario salesiano cambia de aspecto según el punto de mira. Observado desde el pueblo, se ve escondido en una suave hondonada; desde el apeadero del ferrocarril, campea en la cumbre de una colina.

La denominaban antaño *finca de Mochales* porque la había comprado el Marqués de Mochales, esposo de la fundadora del seminario.

Un año después de su fundación, 1930, era ya noviciado, estudiando de Filosofía y escuela para niños y adultos del pueblo. Estos acudían a las clases nocturnas.

Cuando don Luis llega a *El Encinar*, habían desaparecido ya las escuelas nocturnas. En cambio, un grupo de aspirantes estudiaba los primeros cursos de latín.

En el archivo salesiano de Roma, hemos encontrado copia de unas cartas que don Pedro Berruti, Prefecto General de la Congregación, remite a don Modesto Bellido, Provincial de la Inspectoría Céltica. La primera lleva fecha del 3 de octubre de 1942: «Se están haciendo las gestiones para enviar un buen clérigo para la escuela de Filosofía en Mohernando. En este mes está defendiendo el doctorado en Filosofía en nuestro Pontificio Ateneo. Es bueno, va de buena gana y ciertamente será de gran ayuda». La otra es del 30 de diciembre: «Espero que pronto parta el clérigo Luis Chiandotto, doctorado en Filosofía en el P.A.S., que te podrá ayudar en el estudiantado filosófico».

De estos escritos se desprende que el curso de estancia de Luis en Nave se debió tan sólo a la dificultad del inmediato permiso para su entrada en España a causa de la guerra.

El 25 de agosto de 1943 llega Luis a Mohernando con los tres estudiantes, también italianos, que comenzarán su segundo curso de filosofía.

Con la llegada a Madrid y luego a Mohernando, termina la misión de Don Chiandotto como responsable de la inesperada aventura. Y comienza la de formador.

El ambiente de España calará hondo en su espíritu. Asumirá plenamente y se integrará sin reservas en esa nueva tierra. El ambiente de sencillez, de pobreza y sobre todo de gran fraternidad que reina en esos años en la vetusta casa solariega de Mohernando cautiva a todos de manera singular.

Los jóvenes salesianos italianos vienen prestados durante la guerra a las Inspectorías españolas, necesitadas de personal salesiano. Ejercerán sus primeras actividades y aprenderán el idioma. Luego, finalizada la guerra, seguirán su viaje a las misiones de Hispanoamérica. En cambio, don Chiandotto viene simplemente a hacer su trienio práctico en Mohernando que necesita de un profesor de filosofía. Pero tal estadía, limitada en sus comienzos e intenciones, llegará a ser definitiva para él. Ni siquiera los estudios de teología motivarán su regreso a Italia; los realizará en España, que pasará a ser de verdad su segunda patria.

Me complace resaltar una realidad palpable. Don Luis Chiandotto ha constituido el último eslabón de esa áurea cadena de magníficos salesianos que Italia, empezando por don Ernesto Oberti y don Felipe Rinaldi, ha ido regalando a España para los trabajos de iniciación y consolidación de la Congregación Salesiana en la Península Ibérica. La obra de don Luis, durante sus veintidós años de estancia en España, ha supuesto la culminación de la generosidad y correspondencia de entrambas naciones.

* * *

Al día siguiente de su llegada, los jóvenes forasteros se ven obsequiados por toda la comunidad de Mohernando. Les recrean con una velada en su honor. Por la tarde, un paseo merienda, «en el que nos reímos, cantamos y rezamos a la Virgen de la Granja; y a la puesta del sol, regresamos a casa».

Desde que puso sus pies en España, don Luis hizo el propósito de hablar siempre castellano. Sin demora, se lanzó a su trabajo de clases y asistencias.

Su español, aunque inteligible, dejaba entonces bastante que desear. Por eso pedía que le corrigieran sus fallos de lenguaje. Y los tenía buenos: en una clase de ceremonias, ensaya los ritos de las Vísperas Solemnas; y dice a los acólitos: «Llega el turíbulo —el que debía manejar el incensario—; se sitúa delante del Santísimo y *se desarrolla*». Le corrigen: «Se arrodiilla». Don Luis continúa: «Después va delante del celebrante y le *da tres tiros dobles*». Carcajada general incontenible. Había traducido literalmente del italiano *da tre tiri doppi*. Afirmaba convencidamente que «dormía a pierna *desatada*»; a la potranca le decía la *chica* de la yegua... Se preocupaba por aprender nuevos vocablos que enriquecieran su léxico. La picardía juvenil de sus alumnos le gastaba algunas bromas inocentes. Le dicen que las bellotas se llaman *calabazas*; así lo acepta don Luis hasta que descubrió la ingeniosidad, que celebró con una sonora carcajada.

Se entrega inmediatamente a la lectura de los clásicos españoles. Se lamentaba ante sus alumnos que no supieran apreciar el contenido

filosófico y teológico que encierran algunas obras, principalmente los *Autos Sacramentales*. Gozó indeciblemente con la lectura de *El Quijote* hasta el punto de tener que reprimir en público la risa que le provocaban algunos pasajes.

Los estudiantes se interesan por conocer la trágica situación de Italia y de la Congregación. Don Luis les narra sus experiencias en el bombardeo de Turín con el realismo propio de quien lo ha vivido. Realmente resulta encantador su trato sencillo, siempre unido a una inteligencia preclara y la más sólida virtud.

La relación de los hermanos recién llegados con los salesianos y novicios de la finca de «El Encinar» pronto se trocó en fraternidad verdadera.

* * *

La España surgida de la guerra civil se encuentra con la imposibilidad de importar materias primas y productos industriales. Carece de medios para pagarlos. La guerra mundial hace muy difícil el comercio. Al concluir la gran contienda, el régimen español sufre un bloqueo internacional por sus afinidades con las potencias totalitarias derrotadas. Como consecuencia de esta situación, surge la necesidad de racionar, tanto las materias primas que se conceden a las empresas como los bienes de consumo de uso individual.

La miseria que están padeciendo los españoles en estos años tiene su causa fundamental en la disminución de los rendimientos en la agricultura. La industria sufre una serie de problemas semejantes. A partir de 1953, con la apertura de las relaciones entre España y EE. UU., comienzan a disminuir las rigideces del sistema autárquico, que fue definitivamente abandonado a partir de 1959.

Don Luis venía de Nave. Había experimentado ya allí las inevitables penalidades que siembran las guerras. Los habitantes de «El Encinar» sufren también hambre y mucho frío, cuando la calefacción todavía era un artículo de lujo. Se come de lo que brinda la cosecha de la finca. El pescado, por supuesto, brilla por su ausencia.

¡Un día degustaron sabrosas sardinas! En un pueblo vecino, ha volcado una furgoneta llena de ellas. Se venden a *precio de saldo*. Aquella noche, el director y padre maestro, don José Arce, anuncia en las *Buenas noches* la grata noticia: mañana, primer viernes de mes, habrá fiesta; se comerán sardinas y... ¡habrá un cuarto de hora más de recreo! Lo que no sabemos es si este cuarto de hora fue por comer sardinas o por ser primer viernes de mes. En Mohernando se viven escenas franciscanas de antaño, dignas de unas *florechillas salesianas*.

A pesar del hambre, reina la alegría. Don José Arce se las ingenia para derramarla a raudales. Quien poco tiene, con poco se contenta. ¡Verduras y pan! Eso sí. Pan. De verdad, blanco, exquisito y abundante. Se amasa y se cuece en casa. Blanca y sabrosa cochura, que hace exclamar a uno de los recién llegados: «¡Pane bianco!» Sí, pan blanco y sabrosón. Se lo llevaban, como regalo, incluso al Nuncio de su Santidad, cuando alguien se desplazaba a Madrid por algún asunto. Y el padre inspector, don Modesto Bellido se lo ofrendaba a los superiores mayores en sus viajes ocasionales a Turín. ¡Cómo llegaría de duro!

pero los superiores gozaban como hoy, cuando se les dispensa la atención de libar, al final de la comida, una copa de licor español.

La tierra no da si no se la trabaja. En Mohernando se reza, se estudia, y se trabaja, cuando es menester, con verdadero sacrificio.

«Nos levantamos a las cinco para ir a espigar.» Esta expresión la recoge la crónica del verano de 1944. La verdad es que la misma frase se podría haber repetido todos los años. Porque se trabajaba, y mucho; en toda clase de trabajos. Los novicios dedicaban más tiempo a las faenas; pero también los estudiantes de filosofía arrimaban el hombro. Con el verano llegaban los exámenes, pero también la siega. Había que hacer las dos cosas. Y en la época de la uva, la vendimia; cuando la bellota, recoger bellotas; y cuando la aceituna, varear los olivos...

En la formación humanística de los jóvenes la música ha tenido siempre un lugar destacado. El canto se ceñía ajustadamente a los cánones del más bello espíritu oratorio de los primeros tiempos de la Congregación.

A través de la crónica de la casa, he podido constatar el imponente esfuerzo que hubo de suponer el ensayo de tantos y variados motetes, misas y demás piezas musicales para las veladas y sobremesas. Abundaban las partituras a tres y cuatro voces. Las funciones de iglesia y de teatro resultaban de antología; especialmente la Semana Santa y el mes de mayo. Los responsorios de Palestrina, Vitoria y Pagella marcaron época.

Todo lo dirigía Luis. Se sentaba al órgano Alfonso Casanovas, entonces novicio y magnífico músico; hoy entusiasta misionero en Ma-naus (Brasil).

Imagino que a Luis le hubo de suponer gran sacrificio aceptar el cargo de maestro de canto. Anteriormente lo había desempeñado don Maximiliano Francoy, consejero y catequista de la casa.

No creo que el nuevo profesor poseyera elevados conocimientos técnicos musicales, pero sí muy buen gusto. Se cuenta una anécdota de aquella época sobre los ensayos de Luis. Se está preparando un motete a cuatro voces. *Ego quasi rosa* (Yo como una rosa). Hay que comenzar «presto, ma piano», luego, «in crescendo». Don Luis da la entrada. ¡Horrible!, el maestro se enfada y con razón: «Sois unos brutos». Todos callan. El recobra la serenidad e invita a recomenzar: «Ego quasi». Sonó una estrepitosa carcajada en el coro y se acabó el ensayo por aquel día.

Apreciaba mucho las composiciones musicales españolas. En cuanto a cantos recreativos, saboreaba las canciones regionales. A su vez, él y sus paisanos enseñaban a los demás compañeros canciones italianas que pronto se hicieron célebres en toda España.

* * *

Don Maximiliano Francoy —don Maxi familiarmente— explicaba la Filosofía a segundo curso; don Luis, a primero. Ambos demostraban bien a las claras una muy notable competencia en la materia. Don Maxi no había frecuentado ninguna universidad. Era voz común que los superiores pensaron en enviarlo a Lovaina. La encasez de personal en las casas de formación había ido demorando el cumplimiento de este

común deseo. Bien lo sintió él. Un buen día se desahogó conmigo. Don Maxi fue autodidacta. Destacó como profesor de Latín en el aspirantado. Y dominaba la Filosofía. Aunque, a mi juicio, carecía de ese enfoque amplio, orientador que proporciona la Universidad. Explicaba con mucha claridad; presentaba la materia «triturada» y hasta «masticada». Por ello sus alumnos digerían todo con facilidad. Si don Maxi hubiera estudiado en Lovaina pienso que habría brillado en la docencia. A mi entender, la tragedia de la vida de don Maxi consistió en que los superiores le encomendaron el gobierno de varias casas y de la inspección de Madrid, y no el estudio, la ciencia y la docencia. Llegó a ser Provincial. Pero demostró ser mucho mejor docente que hombre de gobierno. De todas formas, un gran sacerdote y fiel salesiano.

Don Luis comienza sus lecciones de Filosofía, intentando abrir amplios horizontes a sus discípulos. Desea orientar sus mentalidades hacia una reflexión más profunda. Dedicó especial interés en conectar con las doctrinas de los filósofos españoles contemporáneos. Su enseñanza elevará grandemente la categoría del estudiantado.

Con esta metodología, algunos estudiantes encuentran dificultades para comprender sus lecciones; sobre todo al principio. Acostumbrados a la claridad, sencillez y practicidad de don Maxi, las disertaciones de don Luis sobre el problema de la vida y las teorías filosóficas más avanzadas les resultan duras de digerir. Don Maxi es claro en la exposición; pero no profundiza tanto; se ciñe más al texto. Posee una preclara inteligencia natural, pero se ve condicionado por su temperamento. Chianotto se siente libre, aunque el ambiente le coarta un poco. No desea el protagonismo, pero su personalidad resulta brillante. Sabe infundir entusiasmo en todo lo relacionado con la cultura; enseña a estudiar de manera distinta a la acostumbrada, a salir del molde del texto para hurgar en los libros de consulta.

Ambos profesores dialogaban con frecuencia. Afirman los alumnos que los consideraban «dos verdaderos cerebros». Tres personas influyeron decisivamente en la formación de aquellos jóvenes salesianos: don José Arce, en el Noviciado; don Maxi y don Luis, en los cursos de Filosofía.

Además, don Luis explicó griego a los novicios. Y también en este campo se entregó con denuedo a sus alumnos. Experimentaba verdadero placer con la lectura de los clásicos. La verdad es que sus discípulos no disfrutaban de su mismo entusiasmo.

Para motivar la creatividad y el cultivo de la inteligencia en los estudiantes ideó una revistilla de carácter interno. El escribía profundos artículos de fondo. En ellos se intuye al hombre con una intensa vida interior y de oración. El resto de sus artículos descubren a un enamorado de la inteligencia y muy leído, a pesar de la escasez de libros que existía en el estudiantado.

En Mohernando, como en las demás casas de formación, se fomentaban mucho las representaciones teatrales, plato obligado de todas las fiestas. También asumió don Luis esta actividad, al menos en alguna ocasión.

* * *

Todos los testimonios coinciden en afirmar que se apreciaba en el joven clérigo-profesor una personalidad madura y formada. Que vivía lo que enseñaba.

Su extrema sencillez le impulsa a compenetrarse con sus alumnos y ponerse a su nivel. Vive la fraternidad y la amistad con todos, sin preferencias ni distinciones. A sus compañeros de viaje les exhorta a hacerse españoles con los españoles; a asimilar todo lo bueno que encontraran en el ambiente que, aunque no exento de privaciones y estrecheces, mantenía el genuino espíritu salesiano y la acogida fraternal.

Sus ocasionales charlas de formación transparentaban su vivencia salesiana y de fe: amor a la Congregación y un impresionante amor a Jesucristo. Ellas contribuyeron no poco a jerarquizar en aquellas mentes juveniles los valores humanos desde y para la perspectiva de la vida religiosa.

Hablaba con calor y fervor apostólico contagiosos de Don Cojazzi y de sus Círculos juveniles, de los «Superiores Mayores», de sus compañeros de estudio, de su pasado salesiano...

En las excursiones a la montaña, gustaba de escalar las máximas alturas. De seguro que, en estas ocasiones, recordaría con nostalgia su patria y sus veranos en las cumbres de los Alpes.

Quiero terminar este capítulo sin resúmenes, sin extractos; con los testimonios completos de quienes fueron su Director en Mohernando y su Inspector. Nos pueden servir como compendio de todo.

«Don Luis —afirma don José Arce— vino de Italia sumamente preparado en todo sentido: gran talento, cualidades estupendas de ciencia, de voluntad, de simpatía, de espiritualidad; y aunque pudo costarle dejar su país, perfeccionarse en el idioma español (con su gota de tartamudez) e integrarse en otras comunidades, logró superarlo todo con su entrega y fidelidad al Señor y a la Congregación, y realizar su vida sacerdotal-apostólica en un grado eminente, guiado por el Espíritu...»

«Llegó Luis a España en los comienzos de mi cargo como Inspector de la Inspectoría Céltica, dice don Modesto Bellido. Desde los primeros momentos de tratarlo, consideré su presencia como uno de los regalos más grandes que el Señor hacía a la Inspectoría en aquellos momentos tan difíciles. La mayor parte de las casas estaban surgiendo de entre las ruinas. Era ciertamente un premio a nuestros mártires. Pobrísima la casa de Mohernando. Se amoldó perfectamente a las nuevas circunstancias. Mucho y bueno podrán contar los que eran clérigos en aquellos años y hoy tienen graves responsabilidades.

Sólo presentaré un particular. Dados los años de estudios en Filosofía en Italia, y como había ejercitado su apostolado entre los jóvenes, era natural prosiguiera sus estudios teológicos cuanto antes. Así ciertamente lo deseaba. El se daba también cuenta de la situación en que iban a quedar los jóvenes salesianos de Mohernando. No había posibilidad de una sustitución decorosa. Pues bien, él mismo, con anticipación, se me acercó para decirme: *No se preocupe. Me quedaré entre los clérigos por los años que sean necesarios.*

A esto lo llamamos disponibilidad y espíritu de servicio. El hecho de ofrecerse a venir a España y el de retrasar la anhelada llegada al sacerdocio por amor a la Congregación hablan por sí mismos.

* * *

Total, que llegó el momento de partir para Salamanca y comenzar sus estudios teológicos.

Desde allí escribe a José Sanz Bayón, que había sido alumno suyo y luego compañero de docencia en Mohernando: que los recuerda a todos; que se alegra de las noticias que recibe de él, de don Maxi, de los demás salesianos, quienes le decían que la casa marchaba muy bien.

«Te confieso que esta noticia es la que mayor gozo me ha causado desde que me marché de Mohernando; me parece que yo vivo aún allá con vosotros y gozo de vuestras alegrías como si fueran mías o aún más...»

Un último dato.

Don Luis se había entregado definitivamente a la Congregación con la emisión de los votos perpetuos el 16 de diciembre de 1943. Fue a las ocho de la tarde, en la capilla de la casa de Mohernando.

La admisión corrió a cargo del Consejo del Estudiantado de Nave. Como había residido allí el curso 1942-1943, inmediatamente antes de trasladarse a España, se mantenía para este efecto sometido a su jurisdicción.

Las actas recogen las observaciones de sus superiores. Queda admitido a la emisión de los votos por unanimidad: «Demostró siempre gran espíritu de piedad, de sacrificio y celo, y habilidad no común en la asistencia y en la enseñanza».

En la universidad y en el colegio

Por aquellos años (1945-49), la Universidad Pontificia de Salamanca vive un ambiente de austeridad y severo sacrificio. La excesiva exigencia en materia de estudios exaspera a los alumnos. Estudian de la mañana a la noche; viven angustiados.

Se carece de textos: el profesor explica en latín, y el alumno debe recoger las anotaciones que puede; los exámenes y disertaciones, preguntas y respuestas también se realizan en lengua latina.

Conviene tener presente que los señores obispos y los padres provinciales de las Congregaciones religiosas enviaban a la Universidad a los más selectos de sus diócesis y demarcaciones. Por tanto parece fuera de toda lógica la angustia en que se vivía.

A pesar de ello, reina un general *conformismo*. La exigencia era hija de los tiempos.

Sobre este asentimiento generalizado se levantan mentalidades jóvenes, inconformistas, *rebeldes*, que luchan contra la estrechez y el *dogal* de las estructuras ambientales de la época. Y todo —valga el contraste— con respetuosa obediencia.

Y surgen brotes de contestación.

Varios estudiantes elaboran un serio análisis del horario escolar vigente, y lo denuncian con toda crudeza como inhumano: un seminarista con cinco horas diarias de clase, rezo del rosario, asistencia a la Eucaristía, desayuno, comida y cena, y siete horas concedidas al descanso nocturno, ¿de dónde podía sacar el tiempo necesario para aquella clase de estudios serios, difíciles y de categoría vital para un futuro profesor de seminario, personal de curia o encargado de asuntos delicados por el propio obispo o superior religioso? Evidente, y del todo lógico que domingos y fiestas se conviertan en días de estudio. Y las vacaciones de Navidad. Hay que llenar la falta de tiempo de los días feriales.

Esta angustiada situación lleva a los seminaristas a plantear una

rebeldía, «la primera huelga estudiantil que haya existido jamás en aquella universidad eclesiástica».

A nivel de estudiantes, «se funda una revista, *Incunable*, y se instituyen *círculos de discusión*. En ellos se debate toda clase de temas; se habla de «lo divino y lo humano».

Entre las mentes selectas, privilegiadas de los estudiantes de Teología llegados a Salamanca destacaban dos: Antonio Javierre y Luis Chiandotto, ambos salesianos.

No hacían vida común con los seminaristas universitarios; residían en el colegio salesiano de María Auxiliadora. Pero estaban totalmente integrados en la comunidad estudiantil, participando de todas sus tareas e inquietudes.

Formaban la pareja inseparable de salesianos estudiosos y talentudos, entregados, de manera ejemplar, al estudio. «Se percibía en ellos un estilo concreto, peculiar, que llamaba poderosamente la atención. ¿En qué se caracteriza este estilo? Son religiosos ejemplares, muy pegados a la tradición y a toda la pedagogía y fisonomía específica de los salesianos; y no lo disimulan. Pero, al mismo tiempo, participan de todos los programas, ilusiones, encuentros y discusiones de sus discípulos.»

Javierre se mostraba tal vez más brillante. A Chiandotto se le identificaba por la sonrisa siempre a flor de labios.

Vivían los dos en un clima de verdadero fervor y de auténtica espiritualidad con una enorme carga de simpatía. «No se les quiere; se les adora». Esta estima hacia ellos era universal. Se habían convertido un poco en el símbolo de la alegría y casi de la meta que todos ambicionaban.

Don José Artero, en aquel entonces Rector Magnífico de la Universidad Pontificia, siente verdadero aprecio por ellos, y se los pondera a don Emilio Corrales, Director del colegio salesiano, como dos valores sobresalientes que destacaban en la Universidad. Los profesores del Centro los elogian también, por su preparación intelectual, como los «número uno» del mismo.

El prestigio de los dos salesianos traspasaba los límites de la Universidad Pontificia. La ciencia de Javierre y de don Chiandotto constituía la comidilla de Salamanca.

Salamanca es una ciudad inmensa en algunos aspectos y pequeña en otros. Inmensa por sus universidades, por su solera cultural, por sus hombres intelectuales; pero, a la vez, reducida porque, en los estamentos culturales, nadie pasa inadvertido. Cuando destaca una persona de fuerte intelectualidad, sirve de comentario a todo el mundo. Salamanca no ignoraba la valía de Javierre y de Chiandotto.

Hablemos de don Luis.

Reseñar los rasgos sobresalientes que han quedado en el recuerdo de cuantos le trataron equivaldría a redundar en las cualidades que ya hemos recogido en otros capítulos.

Su carácter sonriente, amable, servicial, bondadoso y desinteresado se completa con su espíritu de trabajo, su mente clara y su rara categoría intelectual, a pesar de su juventud. Ejerce gran influjo sobre los jóvenes mayores del colegio salesiano y de la ciudad, que trasladan su admiración y entusiasmo por él a todos los círculos universitarios. Su

bagaje de madurez en el campo de la Filosofía estimula a algunos profesores de la Universidad Civil a conocerlo personalmente y a consultarle. Conocedor profundo de la ideología de Hegel, uno de los filósofos más difíciles de todos los tiempos, se convierte en el centro de consultas de dichos catedráticos de las distintas especialidades universitarias. Los recibía, los escuchaba y aclaraba todos los puntos oscuros y dudas que le presentaban. Algunos de ellos conservan hoy notas y resúmenes explicativos que él les había elaborado de su puño y letra para ayudarles en su labor docente o en la preparación para las oposiciones a la cátedra universitaria.

Hemos hecho referencia a la revista *Incunabile*, en la que escribían las plumas más selectas de la Universidad. En ella participa Luis con dos artículos: *El drama del relativismo llevado a las tablas*, de Pirandello, y *La prensa de la juventud italiana en la Acción Católica*. Muy profundo el primero; el segundo, escrito con gran corrección literaria y con amplia información de publicaciones italianas para las juventudes católicas. Entre ellas se citan *Tecnica di apostolato* y *Bolletino dirigente*.

He verificado en los archivos de la Secretaría de la Universidad las calificaciones obtenidas por Luis. Son brillantes.

El otro de la pareja. Antonio Javierre, hoy Arzobispo Secretario de la Sagrada Congregación para la Educación Católica. Vamos a dejarle un espacio para que nos hable de su íntimo amigo:

«Antes de que lo hiciera el Concilio, habíamos hablado muchas veces sobre los tres rasgos de Cristo: Cristo Maestro, Cristo Sacerdote y Cristo Rey. Y no me resulta difícil ver cómo iba madurando en él ese magisterio, ese sacerdocio y esa realeza de servicio, que supo llevar a la práctica; pero que allí en Salamanca, veía como un capullo que iba abriéndose.

a) *Cristo Maestro*. Nos tocaron tiempos difíciles en Salamanca. Al llegar, nos encontramos, ya en el examen de ingreso, con antecedentes no muy gratos, poco simpáticos. Nos iban preguntando inquisitorialmente para comprobar si habíamos ido a la Universidad a estudiar o, más bien, a asistir a los muchachos, a dar clase, a llevar el Oratorio Festivo...

Recuerdo que tuve un momento de inspiración cuando me inquirían. Solté un puñetazo en la mesa y protesté: Pero bueno, ¿es que en esta Universidad no dan trabajo suficiente y es necesario buscar otro modo de emplear el tiempo? Mis inquisidores reaccionaron: "Menos mal que vienes dispuesto a estudiar".

Es decir, que nos recibieron más bien con recelo. Y fue una providencia que los superiores mandaran allí a Chiandotto. Su preparación anterior, que era excelente; su dedicación, su porte espiritual y, sobre todo, su madurez en todos los niveles superaron aquella que he llamado hostilidad, expresión que no tengo por qué corregir.

Aquellos celos cambiaron totalmente de signo en muy poco tiempo. Luis estudiaba con pasión. La madurez de su perfil espiritual le llevaba al estudio. Y sabía, por tanto, escoger exactamente y colocar su reflexión en profundidad en lo que era esencial, en los estudios.

No resultaba brillante en la exposición; tal vez por causa de la lengua. No solamente porque la española no la dominaba todavía con

soltura, sino, incluso, por aquella su dificultad en la pronunciación. Pero siempre fue muy sólido y muy seguro en su discurso: en lo que decía y en lo que quería decir.

Tenía conciencia refleja de sus límites, agravados además en Salamanca por los servicios que hubo de prestar a la Inspectoría. Yo iba de otra Provincia; y pude bien claramente decir, desde el principio, que todo mi tiempo, por voluntad de mi superior, había de dedicarlo a los estudios. El no pudo hablar este lenguaje. Se encontraba en una casa de su Inspectoría. Y efectivamente, fueron muchas las tareas en las que tuvo que distraer sus estudios. Y él lo sentía. Podía experimentar, incluso, la discriminación. Eramos dos estudiantes: uno, en plan de privilegio; él, en cambio, tenía que preocuparse de las clases de Filosofía de los estudiantes, de la música y de alguna asistencia en el estudio a los alumnos internos.

A pesar de aquella discriminación tan sensible, yo no le oí jamás una queja. Y supo entregarse con ejemplaridad en ambas dimensiones, y tratar de suplir con esfuerzo, con abnegación, lo que le restaban en tiempo. He de decir que jamás, que yo recuerde, avanzó un reproche, una queja respecto a los superiores. Jamás.

b) *Cristo Sacerdote*. Su preparación al sacerdocio, durante aquellos cuatro años, fue apasionada. No sólo en lo sustancial, es decir, en la teoría de los estudios de Teología y Espiritualidad, sino en los detalles.

Recuerdo nuestra preparación a la misa en lo referente a las prescripciones litúrgicas, que hubimos de realizar por nuestra cuenta. Manejaba volúmenes para el conocimiento de los ritos, de las ceremonias. Echamos mano de nuestro don Emilio Alonso, que nos ayudó con mucha paciencia. Incluso, viendo que no todos los gestos salían como él deseaba, sobre todo en Chiandotto, le obligó a buscarse un espejo y repetir y repetir delante de él hasta su perfecta realización.

Tenía Luis una visión muy clara, muy exigente, y aspiraba a la meta sacerdotal con ilusión y generosidad. No perdía detalle en la preparación y aprovechaba experiencias ajenas. Sobre todo en el contacto providencial que tuvimos en Salamanca con sacerdotes estupendos y ejemplares. Hoy se encuentran en la Conferencia Episcopal o bien en muchas canonjías y otros puestos de responsabilidad en España; entonces eran compañeros nuestros que habitaban en el seminario o en el Colegio Mayor de los Irlandeses.

c) *Cristo Rey*. Pastoral. Servicio. En el Instituto Salesiano de la calle Cámara no encontrábamos el clima más propicio para la realización de los estudios en la Universidad Pontificia; pero constituía un contexto excelente, muy realista, para proyectar la pastoral futura, sobre todo en el sentido en que él y yo lo proyectábamos: los jóvenes, no los seminaristas.

En su caso, la actividad fue incansable. Me di cuenta de que, al cabo de poco tiempo, a causa de la autoridad moral que poseía por haber sido profesor de Filosofía de los clérigos que trabajaban en el colegio, por su propia madurez y por la simpatía que irradiaba, en realidad se constituyó él en el «director espiritual» de los que hacían el trienio práctico.

Los clérigos, que eran numerosos, le rodeaban; y él gozaba de una

auténtica autoridad moral para orientarles y animarles a continuar la formación que habían alcanzado antes.

Por otra parte, ejercía la actividad de magisterio; la Filosofía la explicaba al alimón con don Manuel Caamaño.

En la Universidad, los compañeros le buscaban. En los recreos casi se lo disputaban; y las conversaciones no eran jamás frívolas, sino de personas selectas, de lo mejorcito que había entonces en España preparándose al sacerdocio. Y le buscaban con esa preocupación de escuchar de él palabras muy equilibradas, muy profundas, muy experimentadas, sobre lo que eran la Pedagogía y la Catequesis salesianas. Todo esto les entusiasmaba porque conocían a Don Bosco en teoría; pero Luis podía darles, además, datos totalmente desconocidos para ellos. Lo sabía hacer con gracia, con experiencia, con sencillez, hasta contagiándolos con el sistema salesiano, que él sabía presentar con garbo.»

A pesar de aquella discriminación tan sensible, yo no lo consideraba una falta. Y supo contrarrestar con ejemplaridad en ambas dimensiones, y tratar de suplir con espíritu, con abnegación, lo que le restaban en tiempo. Me da la impresión de que yo recibí, avanzo un reproche, una deuda respecto a los superiores. Jamás.

b) Cristo sacerdote. Su preparación al sacerdocio, durante aquellos cuatro años, fue apasionada. No sólo en lo sustancial, es decir, en la teoría de los estudios de Teología y Espiritualidad, sino en los detalles.

Recuerdo nuestra preparación a la misa en lo referente a las prescripciones litúrgicas, que hubimos de realizar por nuestra cuenta. Mirábamos volúmenes para el conocimiento de los ritos, de las ceremonias. Echanos mano de nuestro don Emilio Alonso, que nos ayudó con mucha paciencia. Incluso, viendo que no todos los gestos salían como él deseaba, sobre todo en Chindotto, le obligó a buscarse un espejo y repetir y repetir delante de él hasta su perfecta realización.

Tanto Luis una visión muy clara, muy exigente y aspiraba a la meta sacerdotal con ilusión y generosidad. No perdía detalle en la preparación y aprovechaba experiencias ajenas. Sobre todo en el contacto profesional que tuvimos en Salamanca con sacerdotes estudiosos y ejemplares. Hoy se encuentran en la Conferencia Episcopal o bien en muchas parroquias y otros puestos de responsabilidad en España; entonces eran compañeros nuestros que hablaban en el seminario o en el Colegio Mayor de los Irlandeses.

c) Cristo Rey. Pastoral. Servicio. En el Instituto Salesiano de la calle Gámarra no encontramos el clima más propicio para la realización de los estudios en la Universidad Pontificia; pero constituía un contexto excelente, muy realista, para proyectar la pastoral futura, sobre todo en el sentido en que él y yo lo proyectábamos: los jóvenes, no los seminaristas.

En su caso, la actividad fue incansable. Me di cuenta de que, al cabo de poco tiempo, a causa de la autoridad moral que poseía por haber sido profesor de Filosofía de los clérigos que trabajaban en el colegio, por su propia madurez y por la simpatía que irradiaba, en realidad se constituía él en el «director espiritual» de los que hacían el trémino práctico.

Los clérigos, que eran numerosos, le rodeaban; y él gozaba de una

Un maestro, con todas las letras mayúsculas

Luis explicaba Filosofía a los cursos superiores del colegio de Salamanca. Dicen que fue uno de los hombres que mayor impacto causó en sus alumnos. Le idolatraban; tanto por el contenido de sus enseñanzas como por la metodología de sus explicaciones. «Era un MAESTRO, con todas las letras mayúsculas.»

Su perfecto dominio de la materia y su claridad de ideas le llevaban a desmenuzar las distintas corrientes filosóficas para facilitar la comprensión en los alumnos. Primero les dicta unos apuntes; más tarde elabora un texto propio. En las explicaciones, vivas, claras y densas, transmite algo así como un efluviio magnético. Sus alumnos salen entusiasmados de las clases. Utilizaba un método peculiar. Comenzaba su explicación razonando las ideas de cada una de las escuelas filosóficas; y les dejaba pensar, estudiar, profundizar. Cuando ya sus alumnos habían asimilado —durante veinticuatro o cuarenta y ocho horas— aquella doctrina, venía la refutación, una a una, de todas aquellas teorías consideradas heterodoxas. «Indicios claros de que dominaba plenamente la materia.»

Para llegar más directamente a sus muchachos, no se contenta con dar clase. Organiza círculos de estudio con quienes muestran mayor interés en las materias filosóficas. Jueves y domingos salen a merendar a las orillas del Tormes; y allí se dialoga, se discute, se aclaran dudas...

A pesar de sus estudios en la Universidad y la docencia en el colegio, encuentra tiempo para cultivar su afición a las letras. Leía cada semana, por término medio, una obra de literatura española, tanto para ampliar sus conocimientos sobre nuestra cultura y perfeccionar su castellano, como para relajarse tras el esfuerzo del estudio.

* * *

El colegio de María Auxiliadora tiene solera en Salamanca. Se la tiene muy ganada. Cuenta, a través de su larga historia, con un gran número de antiguos alumnos que han corrido por sus patios. Su lista llenaría muchísimos folios. De sus aulas han salido personalidades conocidas y desconocidas del mundo de la política, de las ciencias, de la abogacía, de la medicina...

Sus grandes éxitos —brillantes exámenes oficiales, fervorosas prácticas de piedad, sentidas funciones religiosas, asidua frecuencia de sacramentos; las imborrables novenas de la Inmaculada y María Auxiliadora; la imponente, masiva y esplendorosa procesión por las calles de la ciudad el 24 de mayo...— es menester contrastarlos con algunos fallos pedagógicos.

Equivocarse es cosa de hombres. Por eso no escasearon entonces desaciertos en Salamanca, respecto a la aplicación del *Sistema Preventivo* de Don Bosco, en la educación de los muchachos. Cosa, por otra parte, muy común en las familias y demás centros escolares. El autoritarismo y la represión corrían parejos con los tiempos y el régimen imperante; constituían en gran porcentaje la base educacional de la familia y de la escuela. La disciplina férrea y los castigos, a veces corporales, fundamentaban la autoridad y el prestigio de padres y profesores.

El colegio de María Auxiliadora no marca una excepción. Se infringen duros castigos. Luis lo ve. Lo experimenta. Y se rebela. Se confiesa enemigo de cualquier medida disciplinaria que de alguna forma pueda distanciar al educando del educador.

Tampoco se calla.

«Esto, además de antisalesiano, es antipedagógico. Lo único que se consigue es que los chicos te cierren el corazón. Y si eso ocurre, ¿para qué trabajamos con ellos? Nuestra labor resulta totalmente inútil.»

Lo suyo son los jóvenes. Los busca, se acerca a ellos, los acoge. Cualquier actividad resulta agradable para alcanzar la meta que él se ha trazado como salesiano. Como Don Bosco: «Os amo porque sois jóvenes».

Y le vemos ejerciendo de *librero*.

Junto a la entrada del antiguo teatro del colegio, se ha instalado un cuchitril. En él se encierra Luis. Y allí reparte libros, papeles, lapiceros... sonrisas y consejos.

¿Por qué desempeñó aquel servicio? ¿Nadie lo quiere aceptar y él no lo rehúye por humildad? ¿O lo asume como un medio más para contactar con sus alumnos? Nadie lo dice. Pero, vamos; no se ve normal que una persona enfrascada en los estudios universitarios y que goza del prestigio de los profesores de ambas universidades, de los superiores, compañeros y alumnos; no se ve normal, digo, que se aficione a semejante actividad. Y más si tenemos en cuenta los problemas que aquella encomienda le podía acarrear. El tener que cobrar o anotar los nombres de los alumnos —que a veces o nunca pagaban— debía suponer para él notable molestia.

También ejerció de maestro de canto. Lo había hecho ya en Moherando; y no le costaría mucho, si no era el tiempo robado al estudio. Entusiasta de la liturgia, realza las funciones de iglesia con cantos polifónicos. Sus interpretaciones fueron muy alabadas por todos. Don

Aníbal Sánchez Fraile, organista de la catedral, ponderaba las ejecuciones de los cantos dirigidos por Luis. Don Aníbal estaba muy vinculado a los salesianos. Afamado músico y genial compositor, les dedicó la misa *Auxilium Christianorum*, a tres voces mixtas.

Y se fundó la *Coral de Don Bosco*; un auténtico acontecimiento.

En el colegio se le daba absoluta primacía al estudio; había que mantener alto el prestigio del centro. ¿De dónde sacar tiempo para los ensayos? Don Luis lo encuentra: el recreo de la merienda. Y cuarenta chavales sacrifican su recreo, necesario recreo y casi *intocable* recreo, para cultivar la música. Cosecharon verdaderos éxitos artísticos.

Bien se lo tenían merecido.

* * *

Don Pedro Ricaldone, siendo Rector Mayor de la Congregación, favoreció con todas sus fuerzas la enseñanza religiosa e impulsó la difusión del catecismo. Misión esencialmente salesiana.

Entre 1938 y 1940, surge en el *Colle Don Bosco*, junto a la casa natal del santo, el imponente Instituto Salesiano de Artes Gráficas. Se constituye en sede de la Librería de la Doctrina Cristiana. Y alberga en su recinto un Centro Catequístico Salesiano, al servicio de la Congregación y de la diócesis de Turín. En diez años, el Centro organizará cien congresos catequísticos y unas treinta exposiciones. Muchos millones de publicaciones surgirán de esta sede: opúsculos, revistas, filminas...

También a España llegan los vientos apostólicos y catequéticos de Italia. Las directrices del Rector Mayor tienen validez en todo el mundo salesiano.

Luis ve las puertas abiertas para desarrollar lo que él siempre creyó su vocación: la formación humana y cristiana de los jóvenes. Y se presta a la labor catequística del colegio. Se entrega a ella.

Primero, el recinto colegial. Luego, las parroquias de la ciudad. «La mies es mucha; pocos los obreros.» Hay que preparar catequistas. Recluta voluntarios entre los alumnos mayores y los prepara a conciencia. Organiza una escuela de Catequética. Casera, para adentro.

Pero, de nuevo, tiene que luchar contra el horario escolar. Los muchachos catequistas no pueden descuidar los estudios. Deberán verificar sus exámenes en centros del Estado; y el fracaso es inadmisibile. El prestigio del colegio va en ello.

Nuevamente recurre a las horas extras: las tardes de jueves y domingos, días de asueto escolar. ¡Cuántos interesantes partidos de fútbol y funciones de cine se perdieron aquellos muchachos en pro de su formación catequística!

Cosecharon los frutos de sus privaciones al final de curso. Presidido por el obispo de la Diócesis, Fray Francisco Barbado Viejo, se constituye un tribunal examinador. El prelado quedará impresionadísimo de los conocimientos de los jóvenes. Y en los diplomas que certifican su aptitud como *Catequista para la Congregación*, el obispo añade: *Valedero para nuestra diócesis*. De su puño y letra.

En la «formación humana y cristiana de los jóvenes» no existen cotas para Luis. ¿Qué será de los muchachos cuando acaben sus estudios en el colegio? Y promueve conferencias de orientación vocacional.

Encontró buena ayuda en la vocalía de Cultura de la Asociación de Antiguos Alumnos.

Las más destacadas figuras de Salamanca desfilan por las aulas del último curso de Bachillerato. Catedráticos de Derecho y de Medicina, militares, abogados, sacerdotes... Cada cual, en su campo y en su especialidad, abre horizontes sobre las distintas carreras a elegir: importancia de la propia vocación, ventajas, inconvenientes, dificultades.

El aspecto social de la formación tampoco lo descuida. En España, por esa época se está padeciendo mucha necesidad. Secuelas de la guerra civil. A nivel del Estado, se pone en movimiento la organización *Auxilio Social* para ayudar a las familias y personas más necesitadas, sobre todo de alimentos. Pero este organismo estaba institucionalizado. La burocracia y la escasez de medios mermaban su eficacia.

Por eso, en el colegio, como en otras instituciones, se organizan campañas de caridad. Luis está presente; empuja a sus catequistas y congregantes de las Compañías religiosas. A la entrada de los comedores se colocan unos cestos. Ante ellos van desfilando los casi trescientos chavales internos o mediopensionistas; y voluntariamente depositan su aportación: fruta, embutidos, tabaco, dinero... Los cestos se van llenando... Todo ello irá a parar a los inválidos y ancianos más pobres.

Y no solamente prodigan ayuda material. Las visitas a estos centros se amenizan con representaciones teatrales, actuaciones de la rondalla del colegio y otros pasatiempos que harán vivir a los enfermos y ancianos tardes deliciosas.

«La obra de don Luis en el colegio de Salamanca logró objetivos más que difíciles. Con su ausencia se malograron.»

«El centro de las cosas no es el hombre sino Él»

Desde sus años de formación en Foglizzo, don Luis ha asimilado las vivencias salesianas. Ha demostrado que es un gran conocedor de Don Bosco y de su espíritu. En su vida religiosa se refleja. Cumplidor. Observante.

Puntual a las prácticas de piedad comunitarias. No siempre le resulta fácil; el horario de la universidad no coincide con el horario del colegio.

En su *cuenta de conciencia* es exacto; siempre con ocasión del retiro mensual.

La *cuenta de conciencia* consistía en una comunicación con el director de la comunidad. No se trataba de una *dirección espiritual* propiamente dicha. Se reducía, reglamentariamente, a un coloquio sobre la *vida exterior*; lo que todo el mundo *podía conocer*. Existía desde los primeros tiempos de la Congregación. Esta práctica había caído en la rutina por la época que estamos historiando; y se iniciaba una corriente de dejadez que la hacía ineficaz.

Luis es exacto y puntual en su *cuenta de conciencia*. Y no solamente se limita a lo exterior. Voluntariamente la extiende a sus vivencias interiores. Sus conversaciones con el director, en esas ocasiones mensuales, «eran altamente deliciosas y edificantes. Con sencillez y naturalidad. Nada sabía a artificio, ni mucho menos a frío cumplimiento de una obligación».

Parece que cuando habla de Jesucristo estampa un sello particular, peculiar, personalísimo. Siempre habla de *El*. En pronombre. «Cuando El y tú tengáis más contacto...» «Cuando El y tú os entendáis mejor...» La palabra *Cristo* la pronunciaba pocas veces; tampoco el nombre propio *Jesús*. Frecuentemente se refería a *El*. La persona de Jesús es Alguien tan íntimamente vivo dentro de sí, en lo más profundo de su ser, que el nombre le resulta demasiado largo; como un estorbo. Ni

Jesucristo, ni Cristo, ni Jesús. El. Y en su tono había mucho de familiaridad.

«El centro de las cosas no es el hombre, sino El.»

Esta afirmación surgió de sus labios en una disputa estudiantil sobre Filosofía. Alguien afirmó: «El hombre es la medida de las cosas». La reacción de Luis fue fulminante:

«La única medida de las cosas es una vida cristocéntrica. El centro de las cosas no es el hombre, sino *El*.»

No viene al caso entrar en disquisiciones sobre la validez o relatividad de este criterio. Importa resaltar que toda la vida de Luis se centraba en El, en Cristo. Al menos desde su estancia en Rebaudengo y Nave.

Sus escritos rezuman esta vivencia. En la onomástica de su amigo Sanz Bayón, le escribe a Mohernando:

«Pediré a San José que haga fecundo tu trabajo; ya para bien tuyo, ya en provecho de esos queridos hermanos. Por mucho que se les ame, no les amaremos nunca como les ama Cristo, cuyo amor es el modelo de la intensidad y pureza del nuestro. Te auguro en el día de tu fiesta que puedas terminar el trienio (y luego toda la vida de apostolado salesiano) con un optimismo salesiano, superior a toda prueba. Yo desde luego, cada día me forjo más optimista y me parece que si falta esto... nos cortamos las alas antes de empezar a volar.»

Llega un día en que su amigo cae enfermo. Mal de gravedad y no de corta duración. Y le escribe.

«Es una buena prueba y un regalo del materno amor de Cristo, pues El no prueba más que a los que quiere con predilección.

Me alegra que estés sereno y tranquilo; no me esperaba menos de ti. Procura hacer de tu soledad y de tu inanición forzada una forma de fecundo apostolado. Lo que ayuda a salvar a las almas no es la acción exterior en sí misma, sino los méritos, que se pueden hacer igualmente trabajando como un negro que jugando o echando una siesta aunque dure todo el día, con tal que se haga con mucho amor a Dios y conformidad a la voluntad amorosa de la Providencia. Recuerda a Santa Teresita y a Don Beltrami. No se puede decir quién salvó más almas entre San Francisco Javier y Santa Teresita. Los dos son patronos de las misiones. ¡Qué poco pensamos en eso!

Pero si te hablo de misiones es sólo como ejemplo, porque el influjo de una obra buena, hecha en lo más oculto, como una sonrisa, o una mirada amiga al Amigo Jesús, lejos de los ojos de los hombres, se extiende a todos los miembros de Cristo Místico, no solamente a los misioneros y a sus fatigas, sino también a nosotros, a tus amigos, a tus clérigos, que ya están bregando y quizá quemándose un poco en la gran *prueba de fuego*. De tu correspondencia a la gracia momento a momento depende la victoria sobre una tentación fuerte de algún miembro de Cristo, la conversión de un joven infiel, el aliento moral o las fuerzas de un misionero, el éxito o la perseverancia de algún discípulo tuyo... Y también para mí quedaría algo, estoy cierto, pues mucho lo necesito».

* * *

Una estampa sencilla: San Juan Bautista acariciando a un corderito. En el reverso, el lema escogido por Chiandotto y Javierre para su ordenación sacerdotal: «Y Jesús... mostró quedar prendado de él, y le

dijo... Ven y sígueme» (Mc 10, 21). Más abajo, el nombre de los ordenados, del prelado ordenante y el lugar de la consagración. Como remate, esta leyenda: «El mejor premio que Dios concede a una familia es un hijo sacerdote» (San Juan Bosco).

El motivo de ambas frases se adivina fácilmente: un reclamo vocacional para los muchachos del colegio. Habían convivido con ellos muy de cerca durante cuatro años. Todos admiraban a los dos salesianos; sobre todo a Don Luis, su profesor, su asistente, su gran formador.

Luis prepara intensamente su ordenación sacerdotal. Sus cartas de petición para los Ministerios (Ordenes Menores se llamaban entonces) respiran una profunda humildad:

«He esperado tanto ingresar a esta etapa final hacia mi sacerdocio... Llego con dos o tres años de retraso con relación a mis compañeros de noviciado; y, a pesar de esto, no me veo aún preparado, ni mucho menos.»

Recibe la tonsura clerical en la capilla del Palacio Episcopal de Salamanca, en marzo de 1946. Oficia el obispo de la diócesis, Dr. D. Francisco Barbado Viejo. El mismo prelado le confiere las siguientes órdenes hasta el diaconado:

Ostiarado y Lectorado, el 1 de marzo de 1947.

Exorcista y Acolitado, el 5 de abril de 1947.

Subdiaconado, el 11 de julio de 1948.

Diaconado, el 19 de diciembre de 1948.

Todas ellas en la misma capilla del Palacio Episcopal.

«Con mucha alegría, pero también con mucho temor veo acercarse, cada vez más, el día tan soñado de mi sacerdocio (...).

Entonces tendré que haber ya aprendido a pensar como Dios, a ver las cosas desde el punto de vista de Dios, a juzgarlo todo de una manera y con una mentalidad diametralmente opuesta a la del mundo y por él absolutamente ignorada.

Todo esto lo sé, y aún más, lo deseo alcanzar. Como también, a veces, viendo al sacerdote trabajar en sus diversos campos, desearía tener cien vidas para poder trabajar entre clérigos, entre bachilleres, aspirantes, chicos de nuestros colegios, y al mismo tiempo, llevar ayuda también a nuestros pobres misioneros, perdidos en la inmensidad de esos mundos de almas.

Pero si voy después a la realidad, ¡qué poca cosa!, ¡qué estrechez de horizonte!, ¡qué lejos aún del ideal! Realmente la paciencia hay que ejercitarla primero y principalmente consigo mismo; y, viéndose impotente para alcanzar ideal tan sobrehumano, rezar y pedir al dueño de la mies que se digne preparar gradualmente él mismo a sus obreros y enseñarles poco a poco cómo imitar su divina labor de Sacerdote y Hostia.»

Así se expresa en la carta de petición de las Ordenes Menores. No hemos encontrado en los archivos ningún otro documento de sus peticiones de Ordenes.

Un torbellino de actividades arrastra la preparación a la ordenación sacerdotal en el Colegio de María Auxiliadora.

Se aprovecha tan maravillosa ocasión para organizar un congreso vocacional. Todo el colegio participa. Se trae como invitado extraor-

dinario a Monseñor Marcelino Olaechea, salesiano, arzobispo de Valencia.

Los muchachos viven intensamente aquellas jornadas vocacionales que culminan con la ordenación de los dos salesianos por don Marcelino. Tuvo lugar el 24 de abril de 1949. El obispo de la diócesis había autorizado a que la ceremonia tuviera lugar en la iglesia del colegio.

Aquel año nacieron no pocas vocaciones sacerdotales. Unas para nuestra Congregación; otras para la diócesis o diversos Institutos religiosos.

Luis celebra su primera misa solemne al día siguiente, en la misma iglesia del colegio. Pequeña se quedó para acoger la masiva asistencia de jóvenes y fieles de Salamanca, muchos de ellos amigos personales del misacantano. Se solemniza la Eucaristía con el estreno de la Misa *Auxilium Christianorum*. Don Aníbal Sánchez la había compuesto —lo dijimos ya— dedicada a los salesianos. La interpreta la escolanía del colegio.

Por la tarde, una velada-homenaje. Se representa el juguete cómico-musical *Los Ratas*. Se estrena su partitura, compuesta por Antonio González, también salesiano.

Todo fue estreno ese día: sacerdocio, misa, juguete cómico-musical.

Unos días más, y Luis marcha a su pueblo natal. También allí celebra la Eucaristía para sus padres, familiares y amigos. Hace seis años que no ve a los suyos.

La estampa recordatorio contiene estos textos: «Instaurare omnia in Christo» (Ef 1, 10) (Hacer la unidad del universo por medio de Cristo). «Cooperare con la Grazia divina nel formare Cristo nei regenerati in Battesimo» (Pío XI) (Cooperar con la Gracia divina en formar a Cristo en los regenerados por el Bautismo).

Desde Rebaudengo —lo hemos visto ya— Cristo fue para Luis el centro y núcleo de su vida. Podía repetir con San Pablo: «Vivo, pero no yo; es Cristo quien vive en mí» (Gal 2, 20).

* * *

Luis permanece un curso más en Salamanca, ya sacerdote.

Siguen persiguiéndole los afanes apostólicos, aún más que antes de su ordenación. Es el hombre del dinamismo, de la oración, del sacrificio, de la entrega total a los demás.

Y vive con ilusión su vida cristocéntrica. El 12 de abril de 1950 le escribe a su amigo José Sanz Bayón:

«Parece que, consciente o inconscientemente, hemos hecho todos el mismo propósito: el de ser santos el día en que lo sean también todos los demás. Así que esperándonos unos a otros, no nos movemos nunca del sitio y no damos siquiera un paso adelante.

Al nacer Jesucristo, la noche se iluminó; al morir, el día se oscureció. La cultura y los adelantos modernos nos dan la ilusión de estar de día; pero, ¿no viviremos en un secular *Viernes Santo*, el día del deicidio, prolongado y fijado a través de los años? Y si, mirando al horizonte interior del mundo, vemos que disminuye su luz y que se va apagando al menos en muchos sectores, ¿no será la culpa también de aquéllos a quienes dejó Cristo sobre la tierra para que fueran *lux mundi*?

Yo soy uno de éstos y tú también. ¿Dejaremos que nuestra despreocupación haga inútil la cruz de Cristo? Pepe, todo el tiempo que tengas es poco, debe saberte a poco; toda la intensidad que pongas en tu prepara-

ción sacerdotal debe parecerle pequeña. Te lo dice uno que se está preparando al primer aniversario de su ordenación.»

Sí. Se va a cumplir. Luis no lo olvida; no olvidará nunca esa fecha. Y se la trae a la memoria a Javierre, que por entonces reside en Roma. La carta está fechada el 25 de abril:

«Carísimo Antonio: ¿Te acuerdas? 24-25-26 de abril de 1949. Hace un año. Ayer ordenados; hoy yo, mañana tú, celebrábamos nuestra primera misa. Un año ya. Siento en el alma mucho agradecimiento a Dios y una gran insatisfacción de mí mismo. En fin, he procurado celebrar ayer y hoy otra *primera misa*. Se corre el peligro, a menudo, de vivir nosotros los salesianos como *maestros, profesores* más que como *sacerdotes*. ¡Y pensar que tendríamos que impregnar toda nuestra labor educativa de espíritu sacerdotal...»

Los dos amigos se carteaban anualmente con ocasión del aniversario de su consagración sacerdotal. Y habían hecho el pacto de mutua recordación en la plegaria.

Separados, vivían en estrecha unión espiritual.

Disciplina interiorizada

Luis debe abandonar Salamanca. Le requieren los superiores como profesor de Teología en Carabanchel (Madrid).

El no desea esa obediencia; pero la acepta. Su ilusión la tenía puesta en trabajar con jóvenes, muchachos mayores: de bachillerato, pre-universitarios... En el campo apostólico, le tiran los grupos comprometidos en las *Compañías religiosas*.

Pero se trata de la *obediencia*. Y obedece; aunque le cuesta.

Sólo un levisimo, casi imperceptible, matiz en su sonrisa mostraba su disconformidad. Hubiera preferido una escuela profesional. O los chiquillos de un Oratorio Festivo. Más que seminaristas universitarios. Su fe robusta y su sentido de servicio hacen remontar fácilmente su desilusión. Y se entrega a su papel con absoluta generosidad.

Patriarcal y solariega la casa salesiana de Carabanchel Alto en Madrid. En el curso 1928-1929, albergaba tan sólo una *Schola minor* de siete estudiantes de Teología. En el curso 1935-36, cincuenta.

El conflicto bélico había sembrado la dispersión en sus moradores seminaristas. Varios de ellos recibirán la palma del martirio.

En el curso 1939-40, aquella deteriorada casa se puebla con cincuenta y seis estudiantes de Teología. ¡Pero cuántas privaciones!

La matrícula va creciendo de modo increíble en los años sucesivos.

El curso 1949-50 comienza con ciento cuarenta y cinco estudiantes.

Número tan exorbitante demanda una primera desmembración. Se funda en Martí-Codolar (Barcelona) el Estudiantado Teológico para los salesianos de la Inspectoría llamada Tarraconense (Barcelona-Valencia).

Al llegar don Luis a Carabanchel Alto, se encuentra a pesar de la citada división, con ciento treinta estudiantes, pertenecientes a las Inspectorías Céltica y Bética (las actuales de Madrid, León y Bilbao; y las de Córdoba y Sevilla) y otros de diversas naciones.

Con la desmembración del seminario teológico, se reajustan también las personas. Don Ambrosio Díaz, que ejercía el cargo de consejero en Carabanchel, pasa a Martí-Codolar. Ocupa su puesto don José Luis

Bastarrica. Interinamente. El 26 de julio de 1950, llega don Luis Chianotto a Carabanchel. Viene a sustituir a don Ambrosio como profesor, y a don José Luis como asistente de estudiantes.

Pero todos los colegios reclaman personal. Hay penuria de salesianos. No se pueden satisfacer todas las necesidades. Los estudiantes de Teología requieren personal cualificado. Y no existe. A primeros de septiembre, el Provincial comunica a Carabanchel que no puede enviar a nadie más. Y se reajustan los cargos. Don José Luis Bastarrica ejercerá de vicario y administrador, don Luis de consejero escolástico y don Salvador Bastarrica de asistente de estudiantes.

Debo confesar que entonces ocurrió una escena bastante curiosa y delicada a la par.

Los cargos de consejero y administrador se habían dejado a nuestra libre elección. Don Luis y yo. El cargo de prefecto abarcaba dos incumbencias: vicario del director y administrador de la casa. El de consejero era más complejo. Venía a ser un coordinador general de cara a la buena marcha del colegio: una conjunción de director de estudios, jefe de disciplina y animador de actividades extraescolares.

Entre Luis y yo se entabló una fraterna discusión. Cada cual intentaba ceder al otro el cargo de prefecto. No tanto —pienso ahora— por la categoría y rango que entrañaba el ser vicario del director, sino por la cuasi-incapacidad de ambos para la administración de las cosas temporales de la casa.

Hubo una mutua exposición de razones y dificultades. Y se zanjó la cuestión. Yo cedí. Y me encontré investido del cargo de prefecto, consciente de mi incompetencia.

¡Cuántas veces he pensado en las beneficiosas secuelas de este acuerdo! Don Luis, desde el cargo de consejero, podrá desarrollar una inmensa labor docente y apostólica; incompatible, por supuesto, con otras incumbencias. Más tarde me percaté que «Dios escribe derecho con líneas torcidas» y que con frecuencia maneja su «mano izquierda».

Dios fue bueno conmigo. Aquel mismo año, víctima de una grave afección hepática, tuve que renunciar a mi cargo de prefecto.

También Dios fue bueno con don Luis.

El consejero en los colegios salesianos es el responsable de la buena marcha de las clases y de la disciplina. A él incumbe, asimismo, la organización y dirección de todos aquellos recursos pedagógicos, imprescindibles en todo centro educativo, que vienen a ser como el lubricante del monótono y trabajoso vivir cotidiano: los espectáculos, las excursiones, los deportes y demás diversiones. Es evidente que el consejero de un teologado ha de poseer cualidades especiales por razón de lo delicado de su cargo.

* * *

El colegio de Carabanchel era una casona vieja, destartalada. Casi inhabitable. Aparecen grietas en algunos techos. Partes del edificio amenazan ruina. No sólo amenazan. Hubo habitaciones de profesores que, de hecho, se desplomaron. Por favor del cielo sus moradores no se encontraban dentro.

El estado sanitario es lamentable. La humedad y el frío pueden cobrarse víctimas. Treinta estudiantes han de ser sometidos a tratamien-

to por tuberculosis contraída antes de sus estudios teológicos. Existe un serio peligro de contagio o reaparición de la enfermedad. Otros padecen otros males, sobre todo digestivos.

El frío en Madrid, en invierno, es crudo. Las habitaciones y dormitorios se encuentran desangelados, desamparados ante la dureza invernal. Es tal la rigidez del frío que a uno de los dormitorios se le bautiza *La Siberia*. Ni siquiera existe un adecuado servicio de duchas. Pocas. Sin agua caliente. Mal presentadas, y en un lugar expuesto a todo tipo de corrientes, en un extremo de la casa. Allí deben desplazarse profesores y estudiantes desde sus respectivas habitaciones y dormitorios; más por amor heroico a la limpieza personal que por puro placer.

En noviembre de 1952, la casa recibe la visita canónica extraordinaria de don Juan Antal, catequista general de la Congregación. Viene en nombre del Rector Mayor. Las actas de aquella visita recogen la impresión de aquel visitante. Y dejan constancia de la extrema pobreza del estudiantado. Apunta también algunas soluciones y normas de convivencia: que los libros de texto sean personales, no de uso común y generacional; y que se repare con carácter de urgencia el techo del salón de actos, cuyas grietas amenazan peligros.

Pues ni se repartirán libros nuevos, ni se reparará el techo del teatro. Se cubrieron las grietas con una mano de cal... No llegaba para más el dinero. Ni la economía de la casa ni de las Inspectorías podían hacer frente a tales necesidades.

Si la vida en aquel recinto era austera, las normas que reglaban la convivencia rayaban en la severidad. Disciplinaria y religiosa.

Hoy no lo entendemos. Pero era así. Corrían tiempos de duro autoritarismo y vientos de intransigencia religiosa y moral. En todos los ambientes; en seminarios religiosos y diocesanos; en esferas eclesiásticas y civiles; en casas de personas consagradas como en las familias y matrimonios cristianos, y aún no cristianos.

Algunas normas emanaban directamente de los superiores de Turín; otras del provincial, del director de la casa o del claustro de profesores.

Ahí van algunos botones de muestra.

El *silencio sagrado*. Desde las oraciones de la noche hasta después de la meditación de la mañana. Terminantemente prohibido decir una palabra, ni estudiar. Las visitas a Madrid están igualmente vedadas sin especial permiso y por asuntos de justificada necesidad.

Ni siquiera se permite a los estudiantes hablar con los niños del oratorio festivo. Los periódicos están sancionados. ¡No digamos los deportivos! Según las épocas, también el fútbol se vio vedado o permitido. En escasas ocasiones presenciaban los estudiantes una película de cine; había que aprovechar los domingos para el estudio...

En los paseos de los jueves, no se puede ir más allá del río Manzanares, que se considera la línea natural entre el núcleo urbano y la periferia.

Hoy, algunas de estas prohibiciones las consideraríamos inhumanas.

Semejantes rigideces crearán tensiones entre alumnos y profesores. Se habla; se critica; se murmura... Pero no se pasará de ahí. No llegará la sangre al río, porque el Manzanares marca la línea entre lo prohibido y lo tolerado. Si bien, la picaresca estudiantil buscará ocasiones para transgredir la norma.

Sin embargo, existe mutua comprensión. Los superiores actuaban muchas veces forzados por las circunstancias; por modos de concebir la vida religiosa. Se movían dentro de unos cauces institucionalizados... Obraban de buena fe.

Las actas de las visitas canónicas reflejan el «óptimo espíritu y ejemplar observancia religiosa, sacerdotal y salesiana; y buen ambiente de familia» que reinaba en el estudiantado.

Pero no todo lo que reluce es oro. En los formadores se aprecian limitaciones, defectos, éxitos y desaciertos que afectan al pleno de la Comunidad.

No menos, en los educandos.

¿Cómo ven los superiores a sus alumnos de Teología?

El 21 de febrero de 1956 se celebra en Salamanca una reunión de directores de las casas de formación. En las actas se recogen los informes de cada uno de los directores. Transcribimos lo referente a Carabanchel Alto: «El señor director del Teologado —don Maximiliano Franco— hace notar que es conveniente se cuide más a los clérigos en el trienio práctico. Algunos en estos años terminan por olvidarse de que caminan hacia el sacerdocio. Muchos pierden el hábito del estudio; otros llegan con incapacidad intelectual bien probada en sus estudios de Filosofía; la mayoría con poco espíritu eclesialístico y excesivo afán de espectáculos, cine, fútbol, etc. Sería de desear que durante el trienio en los colegios tuviesen alguna reunión formativa, y que asistieran con más regularidad a las prácticas de piedad».

La verdad es que el informe del para mí severo director es pesimista en exceso; mas lo escrito, escrito está.

* * *

¿Y el papel de don Luis? El consejero —lo hemos dicho— debe velar por la buena marcha de la disciplina. ¿Y cómo exigirá el cumplimiento de las normas establecidas a personas mayores de edad?

A él le gusta la disciplina sustancial; la fundamental. Siempre ha sido un hombre responsable y serio. Exigirá; pero con mucha humanidad.

Disciplina interiorizada, la llamaríamos.

Mide sus intervenciones en público. Le cuesta tremendamente corregir. Odia la disciplina por la disciplina. «Hay cosas que no entiendo; y una de ellas es la inflexibilidad.»

Don Luis representa el equilibrio y la serenidad en la exigencia de las normas. Buscaba no ser el superior, sino el compañero, el amigo, el hermano. Su sonrisa, su mirada penetrante, sus gestos —elocuentes— sirven de baremo para que los estudiantes sepan sopesar el grado de culpabilidad en sus actuaciones.

Disciplina interiorizada...

Don José Fernández era profesor de Ascética y Mística. De edad avanzada, buen confesor; hombre excesivamente metódico, de vida recogida. «Don Pepito», le llaman familiarmente. A sus espaldas, claro; para no disgustarle. De pocas carnes y mucho espíritu. Y un poco *duro de oído*.

Buena ocasión hallan los estudiantes en sus clases para descansar

de otras más fatigosas y de mayor exigencia. Y para poner a prueba su santa paciencia, don Pepito se enfadaba; y amenazaba:

«Que me voy. Que me marchó...»

Y terminaba por marcharse.

Llegaba don Luis. Se ponía serio; le subían al rostro los colores; tartamudeaba. Hacía una reflexión sobre el comportamiento en la clase. Pero sin chillar. «Esa forma de conducta no es propia de personas adultas, ni de aspirantes al sacerdocio. Eso no se hace, y menos con un anciano.»

Y ahí quedaba todo. «Comprendía nuestra actitud; pero no la podía tolerar, y menos con aquel profesor.»

Se ponía colorado... Se le suben los colores a la cara...

Sí; cuando se le contradice o se enfada. Pero nunca se le ve perder la compostura. Hartas ocasiones hubo para ello en Carabanchel. Un centenar largo de estudiantes reunidos en el aula general, con tantas ganas de expansión como de estudio; más dispuestos a la broma que a la seriedad, daban pie suficiente para hacer perder más de una vez los estribos.

Pero Don Chiandotto intervenía con su peculiar estilo y su palabra familiar: «Hermanitos»...

Un *hermanitos* cadencioso, sereno; que no significaba ni reprimenda ni enfado, sino una invitación a la responsabilidad y al estudio serio...

Y se estudiaba mucho. Es la verdad.

El seguía su estilo de exigir la disciplina. No infundía miedo a la posible negación de las órdenes sagradas; era simplemente el razonamiento, la reflexión persuasiva, el calor humano.

Disciplina interiorizada, la llamaríamos.

Con firmeza, pero con delicadeza; sin herir susceptibilidades. No amenazaba; convencía.

Esto fue el día de Domingo Savio. Los estudiantes se empeñaron en celebrar la fiesta sin clases. Suena la campana para entrar en las aulas. Se reúnen todos en el pórtico. Pero nadie hace ademán de subir a las clases. Alguien entona el himno a Domingo Savio. Todos lo corean...

Baja don Luis. Se enrola en el grupo, cantando como uno más... Luego, sonrisa franca, amplia, serena. Y un gesto señalando las escaleras... Todos subieron sin rechistar, como un solo hombre.

Y el episodio de la rata. Sucedió una noche en el dormitorio, durante el *silencio sagrado*. Al encender la luz, para ir al descanso, una enorme rata corre asustada. No es fácil adivinar si el animalejo se asustó de los estudiantes, o los estudiantes ante la aparición del animalejo. El caso es que el roedor se vio sometido a una implacable persecución... ¿Para qué describir la escena?... La rata, acosada, fue muerta. Lo que sucedió en el dormitorio ni se parecía al *silencio*; ni desde luego, al *silencio sagrado*. Don Luis, prevenido, llega a tiempo a la ejecución del inofensivo bichejo y a los consiguientes comentarios tan sabrosos como inoportunos...

Primero, escuchá, paciente y comprensivo. Luego, una invitación paternal y prudente para que todo el mundo entre en sus celdas... No les costó a los estudiantes guardar el *orden establecido*. La serena presencia de don Luis fue más que suficiente.

Intenta *crear disciplina*. No admite la inmadurez ni el infantilismo

de personas adultas que, además, van a consagrarse en el sacerdocio. Porque era un hombre muy consecuente, no puede transigir las inconsecuencias de algunos. Corrige, avisa, llama la atención. Persuade.

«Una institución como ésta exige una disciplina colectiva. Pero esa disciplina no sirve para nada si los que la sufren no se convencen de que son ellos los que la tienen que crear.»

Se le ve sufrir por el falso enfoque de una disciplina exagerada. Su mentalidad no encaja en aquellas estructuras. Vive por encima de ellas.

Disciplina interiorizada...

Por su trato delicado y fino, sencillo y comprensivo; por su jovialidad y alegría, se le apreciaba y se le quería.

* * *

También se creará enemistades. Yo las llamaría incompatibilidades. El «Dios que hace llover sobre justos e injustos» es una prerrogativa del Padre celestial. En exclusiva.

Parece que en don Luis se daba cierto *nepotismo intelectual*. O sea, que tenían un ojo derecho y otro izquierdo.

Es indiscutible que, entre ciento cincuenta personas, sentirá un afecto y una predilección especiales por algunos. El mismo lo reconoce: «Entre los doce apóstoles, hubo algunos que tuvieron también un trato más íntimo con Jesús. Y no creo que nadie se atreva ahora a criticarle».

Dicen que no marginaba a nadie; pero reflejará cierta *debilidad* por algunos. Alguien se considera preterido u olvidado, pero la puerta del despacho de don Luis no se cerrará para nadie. Los que gozaron de sus *preferencias* afirman que esta predilección se transformaba en durísima fuente de exigencia. No en privilegios ni en prebendas. Los que sufrían sus *indiferencias* —muy pocos— aseguran que estas pretericiones se convertían en severa fuente de intransigencia, mayor vigilancia y más frecuentes prohibiciones.

De hecho, podemos hablar de incompatibilidades.

Don Luis lo daba todo. También exigirá todo en todos los campos. Con él no cabe un doble juego. No es hombre ni de filias ni de fobias.

Cuantos conectaban con su finura de espíritu encontraron en él una perfecta sintonía, una predilección. Ni exclusiva ni excluyente. Acepta personas con madurez. Capaces de expresar valores intelectuales, artísticos, religiosos y sacerdotales:

«Se me presenta la ocasión de formar, de manera especial, a un grupo que se me ha entregado. Y lo hago.»

Su actividad extraescolar abarca varios campos. Necesita gente preparada. Colaboradores desinteresados e incondicionales. Sabe acoger a todo el que se le acerca con intención de superarse, de colaborar. Estos son sus *enchufados*.

¿Otros valores? Existen. Pero no pertenecen a la escala de don Luis. Cuestión de incompatibilidades.

«Cuando una persona vale, hay que hacerla madurar.»

Y cuántos estudiantes maduraron a su sombra en el campo humano, apostólico y salesiano.

* * *

Además de ejercer el cargo de consejero escolástico, don Luis imparte clases de Teología Dogmática. Los superiores han pensado en él para el Teologado como hombre de amplia formación y vasta cultura. El prestigio adquirido en Salamanca le ha hecho merecedor de ello. Sabemos que él hubiera preferido dedicarse a los jóvenes de los colegios, pero la obediencia le clava en Carabanchel.

El primer año dedica todas sus energías a la enseñanza del Dogma. Sus clases resultan brillantes, lúcidas, extraordinariamente llamativas.

Los estudiantes andaban flojos en Filosofía, base de la Teología Escolástica. Los tres años de intervalo entre los estudios filosóficos y los teológicos han echado casi en olvido los conocimientos adquiridos en el filosofado. Las clases de don Luis llenan este vacío. Y abren horizontes.

A partir del curso siguiente, parece que sus clases carecen de la brillantez de antaño.

Varios factores intervienen en este bajón.

Don Luis ya se ha afincado en Carabanchel, tras un año de permanencia. Y, como otros profesores, se dedica a la labor espiritual fuera del Teologado. Por otra parte, los superiores le encomiendan la dirección de los grupos apostólicos juveniles. A nivel provincial, primero; más tarde, nacional.

Don Luis desarrolla una intensa actividad —febril, diría yo—: charlas, conferencias, dirección espiritual, contacto con jóvenes...; más su cargo de director de estudios; más sus clases...

Esta labor exterior resta intensidad a la interior. Los alumnos se dan cuenta; los superiores se dan cuenta...

El también se da cuenta.

El 4 de febrero de 1952, escribe a su amigo Javierre: «Los tratados *De Verbo Incarnato* y *De Christo Redemptore* les han gustado a los teólogos. Ahora estoy con el *De Gratia*. Pero me preparo muy poco; y esto es un gran mal...».

Los propios estudiantes le presentan sus quejas. Don Luis reconoce su deficiencia:

«Hago cada día propósito de la enmienda; pero es uno de los propósitos que no he sabido cumplir...» Y sonríe.

El trabajo le absorbe. No se prepara las clases. Pero no las descuida: «Tenemos que ser suficientemente humildes y sinceros para admitir que hacemos las cosas peor de lo que podemos y sabemos».

De todas formas, su director, don Tomás Baraut, y su inspector, don Emilio Corrales, afirman que nunca recibieron quejas en este sentido; «jamás, de nadie»; aunque reconocen que los rumores podrían ser ciertos: «Pudiera ser que, en alguna ocasión, por tener que dedicar tiempo a sus actividades apostólicas, hubiera fallado la *brillantez* que le caracterizaba (...). No cabe concebir en él *dejadez* o *abandono* en algo tan importante como la docencia...».

Su bagaje filosófico y teológico es profundo. Sus explicaciones no adolecen, pues, de falta de base, sino de preparación inmediata. Pero él sabe suplir con creces. Ese día, se aparta del texto. Aborda las cuestiones filosóficas. Actualiza el dogma. Hace reflexiones pastorales. Invita a *vivir* los dogmas de la Iglesia de manera ardiente y apasionada.

Es cierto que algunos alumnos hubieran deseado que se ajustara más al libro de texto; pero...

«Es apto aquél que, además de entender, *vive*, asimila, hace suyo lo que entiende y estudia.»

Don Luis asume su responsabilidad como profesor. Siente hondamente la preocupación de lo que representa el dogma en la formación de sacerdotes, en la predicación, en la catequesis, en la orientación a los jóvenes... Intenta llevar la Teología al hombre de hoy, purificándola de toda la ganga especulativa.

Un hombre puesto al día.

Todas las revistas que llegan al seminario pasan por sus manos. Las de tipo apostólico e informativo, una ojeada; y a la biblioteca. Retiene las de pensamiento; a veces, varios días; hasta haber leído los artículos que le han interesado. A veces, encarga al bibliotecario que le busque libros o artículos referentes a algún tema concreto. Quiere mantenerse al día...

Su labor, más o menos eficiente en las clases, se completará con la faceta de don Luis como formador de apóstoles. En alguna ocasión, en momentos de nerviosismo, se lamentó ante alguno de que los superiores le cargasen excesivamente con trabajos que superaban sus fuerzas.

Don Luis hacía hacer

Imaginación y conciencia de formador nunca le faltaron a don Luis.

El consejero de un colegio no es un mero funcionario escolar. Todo el mundo sabe que este cargo desborda los límites del *profesor, director de estudios y jefe superior de disciplina*. Según las personas, cobrará relieve peculiar. Su campo de acción irá desde el simple cumplimiento de su deber, que consta de la letra de las Constituciones hasta la vertiginosa actividad que se adivina en el espíritu de la ley.

Don Luis no se contenta con poco. Desea que su acción resulte eficaz en el Teologado. Si al consejero le incumbe arbitrar recursos, él lanzará iniciativas, proyectos y realizaciones. Medios imprescindibles para la formación de *futuros formadores*.

Esta es la idea clave de don Luis. Su madurez humana, salesiana y sacerdotal quiere proyectarla sobre quienes deberán poseer madurez para educar.

Y sobrepasa los límites de las ciencias teológicas.

Está abierto al mundo. Conoce el curso por donde discurren las corrientes del pensamiento contemporáneo. Y en sus charlas presenta a los estudiantes una radiografía del mundo que les tocará vivir.

Todo su afán es que se lea; que se lea mucho. No solamente en lo tocante a materias teológicas; sino que también obras literarias y filosóficas de autores que plantean problemas religiosos, sociales a políticos... A algunos les sugiere que le den cuenta de los libros que han leído; luego, les ayuda a hacer la crítica en un fraterno coloquio personal.

Empeño siempre creciente en el estudiantado fue la adquisición de numerosas y meritorias obras para la biblioteca. El 18 de septiembre de 1959, se adquiere la colección casi completa del *Migne*, en su serie latina —doscientos cinco tomos— y en la griega —ochenta y cinco tomos—. A ciento noventa y dos mil pesetas ascendía entonces su valor. La Inspectoría aportó ciento veinticinco mil. Es menester adjudicar el gran mérito de este enriquecimiento de la biblioteca al P. inspector, don Maximiliano Franco.

Resulta difícil encontrar respuesta generalizada en la gran masa de estudiantes. Por eso, don Luis intenta mentalizar, concienciar. ¡Qué buen resultado le habían dado en Salamanca aquellas charlas y orientaciones a los jóvenes preuniversitarios!

Y así, van cayendo por Carabanchel el entonces presidente de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas, don Fernando Martín-Sánchez Valencia —«impresionaba verle atravesar la sala del estudio general en su silla de ruedas»—; el arzobispo de Valencia, don Marcelino Olaechea, quien dio varias charlas, tan largas como interesantes, sobre cuestiones modernas vitales; don Aresio González de Vega, ex alcalde de Avila, metido de lleno en la cuestión social; relevantes antiguos alumnos como don Javier Pérez Fontán y don José Antonio Torrente...

Si el auditorio era selecto, más selectos eran los prohombres que ocupaban la tribuna de oradores.

Una bocanada de aire fresco penetraba en el Teologado con aquellos hombres. Recordemos que los estudiantes tenían prohibido leer la prensa y que sus cortos intereses se centraban principalmente en el deporte.

El cine, por entonces, comenzaba a desplazar al teatro. También en los colegios salesianos. Las *mostras* y certámenes internacionales, dentro y fuera de España, conceden al *Séptimo Arte* un influjo social y cultural nada despreciable.

Don Luis intuye que este *medio de masas* puede ser capaz de modificar ideas y valores. Hay que ponerse al día; o adelantarse para que *otros* no nos tomen la delantera.

En los apuntes personales de un estudiante se recoge que «el 22 de octubre de 1957, el mismo don Luis nos da una conferencia sobre el cine. Algunas ideas: el cine hoy día es algo que se está imponiendo. Contra los hechos no valen los argumentos. La importancia de nuestra formación en estos tiempos toma un cariz propio y muy especial. Y quién sabe si no nos tocará hacernos cargo de tan delicada labor. Como experiencia, aportó las dificultades que hubieron de sufrir los salesianos de Italia para llegar a la posición que habían conquistado».

Y de la teoría a la práctica. El colegio salesiano del Paseo de Extremadura, a lo largo del año, ofrece a los estudiantes de Teología una muestra de las películas más famosas. El Paseo de Extremadura se encuentra a buena distancia de Carabanchel. Había que atravesar terrenos irregulares y de difícil recorrido, embarrados en pleno invierno. Pero merecerá la pena. Después de la proyección, el cineforum; provechoso y de gran altura; dirigido, a veces, por don José María Pérez Lozano, una de las primeras autoridades en la materia.

También en Carabanchel se realizaba alguna vez esta actividad.

Años más tarde, el Concilio recogerá estas inquietudes de don Luis y de otros abanderados de los medios de comunicación social.

Un enamorado de la música era Don Chiandotto. Conocía su valor formativo. Corre pareja en él la ilusión por el esplendor en la liturgia. Don Luis armoniza sus dos inquietudes: «música-liturgia». Y las fomenta.

El canto gregoriano se interpretaba ya en el Teologado, pero de forma un tanto mecánica; con más o menos acierto. Don Chiandotto desea que se conozca el gregoriano en su esencia, en toda su prístina

riqueza. Y llama a especialistas en la materia. Al padre Santamaría, primero; luego al padre Prado, ambos benedictinos. La flor y nata de la conservación, transcripción e interpretación del canto sagrado. Una vez por semana preparaban a los seminaristas en la difícil interpretación del gregoriano. ¡Y vaya si se notó! Daba gusto asistir a las funciones litúrgicas, domingos y fiestas.

Pero la vista de don Luis atisba más allá del Estudiantado. Se encuentra en la tesitura de formador de futuros encargados de la música en los colegios.

Hay personas atrevidas, arriesgadas. Y don Luis lo es en grado superlativo.

Quiere abarcar todo el ámbito salesiano, en su afán de promover la música. Y organiza un Congreso Nacional, que no es poco decir. No nos precisan la fecha. Pero debió suceder por las navidades de 1951. En él se dan cita afanados músicos y bisoños compositores. Se nombra a don Felipe Alcántara y a don Juan Manuel de Beobide, bien conocidos en el ámbito salesiano. En la parte teórica, entra una ponencia sobre *El valor educativo de la música en la formación de los jóvenes*. En la parte práctica, los estudiantes de Teología interpretan un concierto de música polifónica religiosa y popular.

En una de las asambleas del Congreso, se lanza una audaz idea: un *cancionero religioso nacional*. La idea se convertirá en maravillosa realidad. *Cantad al Señor* se llamará. Se utilizará con gran aprecio en todas las casas salesianas. Por tanto, también en las de las Hijas de María Auxiliadora. Abundan en él misas gregorianas, motetes al Santísimo —en latín y castellano—, cánticos a la Virgen, villancicos...

Es evidente que «Don Luis llevó a cabo esta colosal actividad por su gran amor a la Congregación».

El 4 de febrero de 1952, escribe a su amigo Antonio Javierre:

«Por Navidad hemos hecho una asamblea de catequistas y asesores de las Compañías de la Céltica. Ha resultado muy bien y esperamos que ahora comience a dar sus frutos. Desde luego, ya se nota en las casas un verdadero renacer de nuestras Asociaciones. Con todo no me hago ilusiones. Mientras no haya hombres formados, no se puede realizar una labor eficaz y duradera. Me espanta el solo pensar que a mí también me toca lograr esta formación que todos estamos deseando a nuestros jóvenes sacerdotes...

En seguida, después de la asamblea de las Compañías, tuvimos unos días de reunión en Madrid los delegados de música de cada una de las tres Inspectorías para confeccionar la lista de los cantos que van a formar el futuro Cancionero Salesiano Religioso. Hemos escogido unos cuatrocientos cantos entre los tradicionales, y los cantados o *cantables* en nuestros colegios y en los de las Hijas de María Auxiliadora. Tengo aquí una subcomisión musical que está trabajando activamente en ellos, transportando algunos y pidiendo permisos a los autores, casas editoras... También hemos repartido el trabajo de selección para el Cancionero Recreativo.»

No para este don Luis. También organiza audiciones de discos, dentro del estudiantado. Música clásica y moderna.

La banda de *San Fernando* se había hecho muy famosa. El señor Gandía, antiguo alumno, había logrado preparar a los alumnos del colegio de San Fernando de Madrid; hasta excitar la curiosidad y provocar la admiración de muchas instituciones y centros culturales de la capital y provincias. A Carabanchel llegaban, al menos, una vez al año. Ordinariamente, con ocasión de las ordenaciones sacerdotales y prime-

ras misas. Y aquello se hacía con solemnidad. Nunca faltaba la presentación de las piezas que se iban a interpretar. Quería don Luis que los estudiantes saborearan sobre todo la música clásica.

Le vemos inserto en una febril actividad. Lo hemos dicho ya: charlas, dirección espiritual; más su cargo de consejero; más sus clases; más la labor de las Compañías a nivel nacional, de las que hablaremos en otro capítulo.

Don Luis hacía. Y nos dicen que *hacía hacer*.

* * *

En el Estudiantado teológico funcionaban las tradicionales Compañías religiosas; pero con la misión específica de una seria información y preparación a las diversas actividades salesianas.

Las Compañías en el Estudiantado teológico se encauzan directamente a la formación de los estudiantes en orden a la vida salesiana. Al padre catequista incumbía la organización y funcionamiento de las mismas.

La crónica de la casa nos dice que, en el curso 1950-51, existían las Compañías de la Inmaculada para los estudiantes de primero y segundo curso; y la del Santísimo para los de tercero y cuarto. Se explica la distribución si se tiene en cuenta que a la última pertenecían los que se preparaban próximamente a la ordenación sacerdotal.

Cada Compañía se extendía en un abanico de Círculos. En ellos se estudiaban diversos temas: Sacerdocio, Coadjutores, Misiones, Antiguos Alumnos, Archicofradía de María Auxiliadora, Cooperadores... Uno de ellos era el específico de *Compañías*. Se orientaba a preparar dirigentes para los colegios. Este grupo llevaba la revista *Dirigentes*. Este Círculo de estudio realiza trabajos monográficos sobre los distintos aspectos de la actividad salesiana. Don Luis, a los que componen el grupo, les hace espigar en las *Memorias Biográficas*, en Circulares de los superiores y en otros documentos salesianos.

Surgen así monografías sobre los *Antiguos Alumnos*, fascículo de unas cuarenta páginas; *El coadjutor salesiano*, figura poco conocida y escasamente estudiada entonces según la mente de Don Bosco; y otros títulos que los testimonios nos nombran con un impreciso etcétera.

Don Rodolfo Fierro publicó por entonces, a través de la BAC (Biblioteca de Autores Cristianos), una voluminosa obra titulada *Biografía y escritos de San Juan Bosco*. Para tan valioso trabajo echó mano de los estudiantes de Teología, bajo la inmediata dirección de don Luis. Dos ediciones tuvo la obra. Es cierto que hoy ha quedado superada por el estudio más concienzudo realizado por los salesianos Juan Canals Pujol y Antonio Martínez Azcona. Pero hizo mucho bien durante muchos años.

«Fue la revista *Dirigentes* la palestra de entrenamiento donde don Luis curtía a sus alumnos colaboradores. Se elaboraba totalmente en el Teologado. Nos daba carta blanca para prepararla. Te ponía en el disparadero, como Don Bosco lo hacía con sus jóvenes. Y empezábamos a buscar papeles, revistas, fotos... para confeccionar cada número.»

Tras *Dirigentes*, surgieron *Técnica de Apostolado* y los folletos de *Vacaciones*, la colección *Actuar, Arte y Fantasía*..., y tantos otros que

se gestaron en Carabanchel. «Don Luis no se limitaba a lanzar iniciativas y propuestas. Estaba siempre disponible y cercano. Invitaba, compeñía, pero se encontraba siempre a nuestro lado para sugerir argumentos, para dar expresión al contenido, para limar el estilo, o para apuntar expresiones más de acuerdo con la psicología y el gusto de los adolescentes y jóvenes.»

Muchos salesianos recordarán una revistilla que llevó el título de «*Mies salesiana*». He ojeado en el *Aula de salesianidad* de Mohernando (Guadalajara) los fascículos editados. Son sólo diez. Comenzó a publicarse el año 1950. El último número, correspondiente al año 1953, marca el final de la hermosa iniciativa. Desconocemos las causas de la corta duración de la revista.

En el primer número, primera página, titulada *Pórtico*, entre otras cosas, el padre inspector, don Emilio Corrales, dice:

«Sed constantes en seguir la trayectoria que os vaya trazando la presente publicación. Desea penetrar en vuestra alma e informaros de un mundo nuevo. Ella os dará a conocer cómo se forjan, en los yunques de la oración, de la ciencia y la virtud, las almas de los jóvenes salesianos para llegar a ser OTROS DON BOSCO que irradian, como él, bálsamo de caridad y dulzura sobre el pobre corazón de los hijos de este siglo.»

La revista se presenta bien: buen papel; letra muy clara; mucha fotografía; artículos que dan a conocer la obra salesiana, escritos por algún antiguo alumno, salesianos y estudiantes de Teología.

Dicen que don Luis dirigió la publicación.

* * *

Uno de sus escritos más importantes es la traducción de la *Historia de la Filosofía*, de Franco Amerio. Don Amerio había sido el director de don Luis en su tesis doctoral sobre Hegel.

Profesor ya en Carabanchel, don Luis mostró gran interés por la traducción de la obra de su antiguo profesor. ¿Por qué?

Lo dice él mismo en la presentación del libro.

«Creemos que la presente *Historia de la Filosofía* fue una verdadera novedad en España por la originalidad de su método. El título italiano *Lineamenti di storia della filosofia* indica mejor la intención del autor y lo que es la obra en realidad. En todas sus páginas, no consignando sino las noticias más indispensables de la vida de los pensadores, se detiene sobre sus sistemas, de los que hace ver la génesis, la concatenación interna de sus ideas y el influjo sobre los sistemas posteriores (...). El mensaje cristiano no es afirmado *a priori*, ni puesto como fácil piedra de toque en la crítica de los sistemas; ni tampoco es considerado como un sistema más, sino que ocupa el centro de la obra, y se le ve surgir en todas las páginas del libro. Al acabar el estudio de esta *Historia de la Filosofía*, el lector, lejos de quedarse desorientado en el laberinto de tantos sistemas diversos, advierte que ha descubierto y seguido el hilo de la verdadera filosofía (...). La traducción castellana lleva unas adiciones sobre los principales filósofos españoles (...). Las reimpresiones y ediciones italianas del presente libro arrojan un conjunto de 80.000 ejemplares de tirada en pocos años.»

Coordinó don Luis la obra. Su traducción la efectuaron algunos estudiantes de Teología. Don Francisco de la Hoz revisó el estilo literario.

Las «Adiciones sobre los principales filósofos españoles» constituyen un trabajo personal de don Luis.

Difusión muy notable adquirió la obra en España. Y contribuyó en gran manera a la formación de cuantos estudiantes de teología trabajaron en ella.

¿Quién puede dudar ahora de que la actividad de don Luis iba dirigida a la *formación de formadores*?

El creía en sus alumnos. Se fiaba de ellos. A veces, asumía la postura del *abogado del diablo*. Cuando alguien le exponía un proyecto o le presentaba un artículo para su publicación, de entrada, sorprendía; incluso la persona podía sentirse herida por el «desplante». Tras unos días, llegaba la acogida, el placet. Don Luis buscaba seguridad en las ideas, no corazonadas o veleidades novedosas.

Alguien le oyó decir:

«Yo he podido evitar, algunas veces, que una persona sufriera. Pero la he dejado sufrir. Estos procesos de sufrimiento son muy necesarios para la maduración espiritual.»

Y lo llevaba a cabo todo con enorme buen sentido; sin vanguardismos ingenuos y con gran respeto a la tradición salesiana. Pero también con sentido de riesgo. A más de uno le pudieron parecer arriesgadas y peligrosas algunas de las iniciativas de don Luis. «A nosotros, salesianos jóvenes de entonces, nos abrían horizontes nuevos; contacto con los muchachos, apostolado en los suburbios, catequesis, prensa juvenil y formativa...»

Don Luis era un hombre que *hacía hacer*.

El bullebulle de ideas y proyectos almacenados en su cabeza rebasa su capacidad de acción. Pero no *reparte trabajo*; lo *comparte*. Y acierta a dar a cada uno conforme a su preparación, al gusto personal.

El hubiera deseado darse por entero a la juventud. Y se dedicó al trabajo silencioso de laboratorio en el Teologado.

Somos lo que amamos

Don Luis ejercerá nueve años el cargo de consejero en Carabanchel. Desde el principio se ha ido ganando a sus alumnos. Irá despertando simpatía, admiración, afecto, confianza. Por este orden. Hablamos en términos generales, pues toda regla tiene su excepción.

Los que alcanzaron la última etapa, la confianza, nos hablan de la acogida cordial, de su talla excepcional como formador. Para algunos don Luis ha dejado en ellos *huella indeleble*.

Y es que no se limitaba a ser mero enseñante o un líder activo que arrastra a sus admiradores en el alucinante torbellino de su acción. Se considera sacerdote. Sobre todo. Y se le ve sacerdote. Esta realidad en don Luis no se encuentra separada de las demás facetas.

Fomentó una renovación de la Teología imbuida del amor a Cristo. Se explicaba entonces en los centros eclesiales una teología más bien sistemática, muy especulativa. El la torna carismática. Muestra cómo el dogma no es un preciosismo intelectual; sino que se dirige a la meditación del misterio de Cristo; y siempre en orden a la pastoral. Exigirá las tesis; pero irá más allá: a la preocupación por trasladar la doctrina a los jóvenes. El aspecto cristológico en que él envuelve sus lecciones es un anticipo de las ideas del Concilio.

Sabe personalizar ajustadamente sus actuaciones; responde a cada situación concreta. Acoge. Escucha siempre con alegría. Sabe valorar los talentos de cada uno. Pero le disgustan las actitudes farisaicas.

Fue en una de las sesiones de cine en el Paseo de Extremadura. Nevaba; nevaba mucho. Pero el tiempo no privó a nadie de asistir a la película. Ya conocemos el camino de Carabanchel al Paseo de Extremadura. Hubo quien imitaba al bueno de don Tomás Baraut, director de la casa: «Creía que hoy no íbais a ir al cine porque está nevando, pero he visto que no ha quedado nadie».

Un tal, escandalizado, comenta ciertas escenas de la película al llegar a casa. Llegan estos comentarios a oídos de don Luis. Ignoramos cómo. Lo cierto es que, al día siguiente, al comienzo de la clase de dogma, da

un toque de atención. Recuerda que la asistencia al cine no era obligatoria; que él tiene plena confianza en la persona que censuraba las películas; y que cuando se proyectaba un film, todos lo podían ver con entera tranquilidad; pero que, lógicamente, se requiere cierta madurez y discernimiento. Sobraban los escándalos farisaicos.

Conecta y simpatiza. Disculpa y ayuda en lo posible. Concilia. Y sabe armonizar caracteres tan dispares como los de don Anastasio Crescenci (don Anás) y don José Fernández (don Pepito).

De don *Pepito* comentaba don Luis:

«Este hombre no ha realizado estudios especiales de Moral; sin embargo, abunda en experiencia.»

Ciertamente, don Anás y don Pepito eran temperamentalmente opuestos; pero coincidentemente dos santos y excelentes confesores.

Se aprecia en don Luis la sencillez, la sinceridad; «busca honradamente la verdad».

Era de rigor la conferencia semanal del director a los estudiantes. Solía tocar aspectos de la vida religiosa-salesiana. Al final, comentaba generalmente algún punto de interés para la marcha de la casa: estudios, prácticas de piedad, observancia... Don Luis siempre asistía. Es más; dice su director que le «orientaba atinadamente sobre los puntos en que había que hacer más hincapié; los más urgentes, los más adecuados a las circunstancias».

Don Luis posee una fina sensibilidad sacerdotal; vive constantemente la preocupación de transmitir la gracia de Dios; se siente depositario de un tesoro a comunicar.

Por eso, algunos estudiantes se acercan a él; a su espíritu. El ha sido el primero en acercar su espíritu a ellos:

«Poseemos sólo lo que damos. Damos sólo lo que somos, somos sólo lo que amamos. Por eso hemos de amar ideales grandes, vastos, inmensos, nobles; y seremos grandes y nobles. Hemos de amar a todas las almas y amar a Dios y seremos... como dioses, como Dios.»

Vocaciones ha salvado don Luis. Unas para el sacerdocio y la vida salesiana; otras para el matrimonio y la vida seglar.

Dicen que tenía la gracia del discernimiento y la valentía necesaria para *cortar el paso* a quienes creía no debían seguir adelante en su vocación al sacerdocio. Cuántos ex salesianos le han agradecido aquel consejo. Y cuántos salesianos hoy desarrollan su labor sacerdotal, también gracias a don Luis.

Quien había superado la fase de admiración y aprecio hacia él volcaba en él sus problemas; y se dejaba orientar y dirigir.

Algunos estudiantes le escogieron como verdadero director espiritual. Al director de la casa le comunicaban su vida exterior: la obligatoria *cuenta de conciencia*. A don Luis le abrían su espíritu, su vida, sus crisis, sus desánimos, su vocación...

Desconfianzas y fricciones le valió esta actividad. *Legalmente* ¿invadía el campo del director?

No usurpaba las funciones del director de la casa. Es más, aconsejaba que aquellas consultas y problemas que le planteaban los comunicaran también al director para mayor seguridad en la solución...

Como resumen de todos los testimonios que poseemos al respecto,

queremos aportar uno que viene a sintetizar lo que fue don Luis como formador.

«Llegué a la teología con una ilusión enorme. Ello me movía a aprovechar todas las ocasiones de formación que encontraba en aquella casa.

Todo me parecía muy bien, incluso las habichuelas negras de la noche, que nos dieron durante los cuatro años de mi permanencia allí; incluso las trece pasas del señor Lorenzo, despensero; o el melón, que duraba como postre hasta Navidad. Todo me parecía muy bien porque fundamentalmente lo que yo deseaba era llegar a ser sacerdote; y para ello eran obligados cuatro años de formación.

Nos faltaba una actitud crítica. Y en este sentido puedo decir que don Luis me hizo un hombre. Persona que ha influido en mí lo increíble. Si yo tuviese que señalar a dos o tres personas que han incidido en mí seriamente, don Luis sería probablemente la primera.

Cuando descubrí esa joya de don Luis, intuí que tenía delante de mí una persona excepcional. Y entonces tuve una conversación con él. Recuerdo que en mi cuaderno anoté: *Hoy he tenido el encuentro de Damasco*. En el sentido de que transformó mi vida en muchos aspectos.

Nunca me confesé con él. Pero mi verdadero maestro, en el sentido más grande de la palabra era él. Créo que entonces me enamoré yo de la teología (...). Me metió por la lectura seria, me entusiasmó con el pensamiento profundo, con el ir a la razón de las cosas, a los porqués profundos. Para mí sus clases —hasta que se metió en tantas actividades— eran magistrales.

El que don Luis me hiciera un hombre lo entiendo en dos sentidos: en el campo meramente humano y en el campo de la vida espiritual, de la preparación al sacerdocio en la Congregación Salesiana.

En el primer sentido, tiene el enorme mérito de haberme ayudado a ser un hombre crítico, sin acrimonia; pero, en alguna manera, también sin compasión. En una conversación abordamos la cuestión de que no porque un superior hiciera una cosa estaba bien hecha. Las cosas están bien o mal, las haga quien las haga, si están bien o mal hechas.

La actitud crítica que don Luis despertó en mí, después me ha valido mucho, pero creo que uno llega a ser hombre cuando ha aprendido a ser crítico. El otro punto en el que me ayudó fue en ser muy exigente conmigo mismo, más que con los demás.

De don Luis aprendí: actitud crítica y exigencia personal. En el orden humano dos cosas muy importantes.

En el aspecto espiritual influyó en mí en el sentido de centrarme en la persona de Cristo y de hacerme descubrir la libertad según el evangelio, sin atenerme a aquellas meticulosidades de entonces.

Don Luis, por temperamento, nunca fue leguleyo. De alguna manera diría que no necesitó de la ley para ser auténtico. La autenticidad provenía de su meditación sobre el misterio de Cristo y de su capacidad para asumir los valores del evangelio. El los transmitía.

Sabía orar seriamente en orden a la acción pastoral. Me inició en lo que debe ser la oración salesiana: contemplación en la acción, o la acción en un ambiente contemplativo.

Yo aprendí de él lo que me parece que no han entendido muchos sacerdotes en estos años de crisis: que el sacerdocio tiene una cara interna y otra externa. Este pensamiento lo traduciría yo hoy con ca-

tegorías teológicas, de otra forma: el sacerdocio tiene una dimensión ministerial; pero tiene también una inequívoca dimensión mística con Cristo, el Adorador del Padre.»

En el propósito de no personalizar, cualquiera de los estudiantes que intimaron con don Luis podría firmar y rubricar esta declaración de quien ha ocupado altos cargos en la Congregación.

* * *

El apostolado de don Luis se centra evidentemente en la formación de los futuros sacerdotes salesianos. Con toda intensidad. Intramuros de un seminario teológico, que alberga a casi un centenar y medio de estudiantes.

Pieza clave es don Luis en esta casa de formación. Atrevido aserto. Pero creemos que lo narrado hasta ahora y lo que queda por decir lo corroboran.

El Teologado se encuentra bien atendido. Los educadores pagarán una sobretasa a su labor formativa dentro del seminario: su labor exterior.

A nuestro cuidado espiritual están encomendados los ciento veinte muchachos de los Huérfanos Militares de Santa Bárbara, muchachos que lindan los veinte años; además, los chicos del *Parque de Automovilismo*; se añaden, en todo o en parte, las Capellanías de las Religiosas del Santo Angel, Escolapias, Oblatas, Carmelitas del Doctor Esquerdo, Religiosas *Cruzadas de la Iglesia*; nos reclaman de los colegios para predicar tandas de ejercicios espirituales, y un largo etcétera.

Es obvio que estos mismos trabajos apostólicos externos servirán, a la vez, como campos de experiencia envidiables. Mejor orientados, y entusiasmados, ayudaríamos más a la formación de estudiantes en orden a su futura misión.

En torno a los años cincuenta surge la emigración de las zonas agrarias a las industriales; y, a partir de 1953, la marcha hacia centros urbanos se hizo irrefrenable. La llegada de emigrantes provocó el chabolismo. El pueblo de Carabanchel se constituyó en aquella época centro de atracción para inmigrantes. Media hora, del centro de la capital. Un par de combinaciones de tranvías, que no escaseaban, facilitaba el desplazamiento. A ciertas horas, unos autobuses funcionaban desde la plaza del entonces pueblo hasta muy cerca de la Plaza y metro de Opera.

Nuestro trabajo apostólico, por tanto, alcanzaba en gran parte a gentes venidas de fuera instaladas en la zona perentoriamente.

Resultaría difícil recoger en esta historia toda la labor evangélica desarrollada por don Luis en aquella inmensa barriada, donde se encontraba enclavado nuestro seminario.

Con su preclara inteligencia y no menor intuición psicológica adivinaba las necesidades espirituales y temporales de cuantos se acercaban a él; o que él llegaba a conocer.

Don Luis hace valer su poder de captación; con jóvenes y con familias amigas. Al filo de la amistad humana busca la formación cristiana. Su labor espiritual desborda los límites del Estudiantado teológico. Piensa en *todos*.

«La vida es un pensar en los demás, es entregarse a los demás, es

un irse gastando poco a poco, pero buscando el bien y la felicidad de los demás.

Yo no sería plenamente feliz nunca por una felicidad que me perteneciera exclusivamente, sin poderla participar ampliamente a los demás. Una cosa sensible, sin ir acompañada de valores espirituales, no pesaría nada en mi felicidad; y menos si me dejara la impresión de sentirme esclavo de algo material.

Hemos de aprender a vivir y a sentir la vida del espíritu en el Cuerpo Místico. Cristo es nuestra vida, nuestro amor, nuestro lazo de unión para todos los cristianos por encima del tiempo y del espacio.

¡Qué misión más hermosa! *Si scires donum Dei...*»

Estoy convencido de que muchos de los estudiantes de Carabanchel recordarán a *Paulino*, Paulino Rodríguez de Haro. Era muy conocido en el Teologado. Ostentaba el cargo de presidente de Acción Católica, y estaba comprometido con los muchachos del *Parque de Automovilismo* (hoy se denomina Instituto Politécnico número 1 del Ejército de Tierra).

Paulino conserva en su memoria a don Luis; y las consultas que le hacía cuando encontraba un problema de índole espiritual o apostólica: «Me impactó su visión sobre la juventud. Y me instaba a que me dedicase al apostolado en el Centro; que después irradiara mi actividad a otras partes». También recuerda a los estudiantes de Teología que, jueves y domingos, llegaban al *Parque* a impartir clases de religión y entretener a los muchachos con juegos y actividades. «Hacían una gran labor.»

De don Luis nos dicen alumnos del «Parque» que les hablaba de la forma de amar la vida, de amar a Dios, a María Auxiliadora... Les daba charlas de cara al futuro, al noviazgo, al matrimonio...

Las Hermanas del Santo Angel le habían escogido como confesor extraordinario. «Los testimonios de amable acogida, de fe profunda, de gran caridad, los problemas de cada hermana que acudíamos a él eran conocidos de todas.» Había también novicias. Entre ellas, una confiará totalmente en él. La hermana Araceli Delgado. Cuando don Luis se traslade a Salamanca y a Roma, continuarán las consultas y la dirección espiritual. A ella le debemos la mayor parte de las cartas transcritas en esta biografía. De vez en cuando, también don Luis le comunicaba sus inquietudes y vivencias. A través de este epistolario descubrimos también su profunda espiritualidad.

«La razón de mi vida es ser otro Cristo, que anda por las calles de mi ciudad, en este siglo, en este ambiente, para que los hombres de ahora, de esta cultura, con estos defectos y pecados de la edad presente, sientan llegarles la acción benéfica de la Muerte y Resurrección de Cristo. Hagamos felices a cuantos encontramos. Irradiar felicidad. Ayudar a los demás a ser felices, procurando con amor y caridad acercarlos a Cristo, fuente y asiento de toda felicidad.»

Don Luis despliega un inmenso abanico de situaciones en su apostolado exterior.

Resumamos con la hermana Araceli. «De personas ateas que admiraban a don Luis y conversiones de no practicantes, incluidos sacerdotes de mala vida, hay a montones a lo largo de su vida. Jóvenes y personas maduras que llevaban una vida en total desarreglo, volvieron

al buen camino por su medio. El sentía la alegría infinita de verles en paz con Dios y amor a Cristo; pero jamás se atribuía mérito alguno. Se consideraba como un obrero, un ministro del Señor que hace su trabajo lo mejor que puede y sabe para gloria de Dios.

Gozaba haciendo el bien, haciendo felices a los hombres, arrancando las almas del infierno y ayudando a todos los necesitados que topaba en su camino. ¡Cuántas veces me hablaba de sus almas, de los tres huerfanitos que le consideraban su auténtico padre en la tierra, y de tantos otros!»

Don Luis enflaquece; «por exceso de trabajo», dice su director. Es poco comedor, por naturaleza. Forzándole mucho, logran que en el desayuno, además del café con leche, tome una tortilla. Entre bromas y chistes, la acepta.

Pero no disminuirá su tensión apostólica:

«Cada día aumentan mis responsabilidades y deberes, y se acorta mi tiempo. Estoy con tanto trabajo que no me deja ni respirar; pero estoy sereno. Siempre tengo más trabajo del que puedo hacer.

Estoy lleno de trabajo, pero no puede conmigo; yo le puedo al trabajo.

No estés nunca en ocio... Lanzarse al trabajo y a la oración. Ser intransigente consigo mismo. Caridad, caridad y mucha esperanza. Tenemos que rendir al ciento por uno; y si lo podemos hacer en diez años, no lo hagamos en cien. Démonos prisa. Matémonos trabajando. Gastémonos por Dios y por nuestros hermanos los hombres. Cuanto primero terminemos, mejor. Mucho trabajo. Estar siempre ocupados. Evitar el ocio. Mucha mortificación. Vivamos deprisa.»

¿No será este «matarse trabajando», «vivir aprisa» lo que le costó *un riñón* y la vida a don Luis?

Líder de movimientos juveniles

Don Luis llega a España el año 1943.

Entre 1936 y 1945, se advierte en el Estado español una clara identificación entre el Régimen y la Iglesia. Tal maridaje se formalizará con la firma del Concordato en 1953.

De 1945 a 1949, don Luis cursa sus estudios de Teología en Salamanca, en la Universidad Pontificia, en la que un selecto grupo de alumnos se empeña en conciliar el auténtico cristianismo con una sana apertura eclesial.

Entiendo que este movimiento estudiantil tendía a despertar al clero español de una cierta modorra y rutina en que se debatía.

A partir del año 1950, el catolicismo español comienza a dividirse. Un sector, *conservador*, mantiene a ultranza su fidelidad al Régimen. El *sector progresista* recibirá su *espaldarazo* del Concilio Vaticano II. Coincide esta época con el nombramiento de don Luis como director de estudios y profesor en el Teologado de Carabanchel Alto.

La ideología del Régimen durante estos años se aferra, fiel, a sus principios antiliberales y antimarxistas. Tradicionalismo y Falangismo han sido sus fuentes inspiradoras. En consecuencia, la organización política que surge resulta básicamente autoritaria. Todos los poderes se concentran en el Caudillo.

La Iglesia encontrará muchas facilidades en orden a su misión de evangelización. La jerarquía española se estanca, durante los años 50, dentro de unos moldes muy estrechos; en unas estructuras encorsetadas; sin amplios horizontes. En sus disposiciones, abunda el detallismo. Las normas emanadas de la *Comisión Episcopal de Ortodoxia y Moralidad* sobre la *decencia cristiana* son buena prueba de ello.

Frente a estos vientos del Este, tranquilos, cálidos, bonancibles, se levantan borrascosos vientos del Oeste. Rezuman estas corrientes una cierta timidez. ¿Cómo reaccionará la jerarquía ante los nuevos planteamientos catequéticos?

En 1958 aparece la *Revista de Pastoral Juvenil*, del I.C.C.E. En 1960, se edita *Sinite*, del Instituto Catequético de San Pío X, dedicada a la

educación de la fe en el marco escolar. Este mismo año se publica el *Boletín Nacional de Información Catequética*, hoy *Actualidad Catequística*. En 1961, aparecerá en Barcelona *Phase*, revista dirigida por el Centro de Pastoral Litúrgica. En Madrid, nacerá *Pastoral Misionera* en 1963.

La Iglesia española, un tanto adormecida después de la guerra civil, siente, en el mismo umbral del Concilio, la necesidad de inyectarse nueva sangre y consistencia a través de una reflexión abierta y pública.

En este marco, el año 1960, surge *Técnica de Apostolado*, de cuño salesiano. Nuestra revista abarca un espacio eclesial concreto, genuinamente casero: la pastoral juvenil salesiana. En estos años, el asociacionismo salesiano, pionero del asociacionismo juvenil, se concentra en un foco de convergencia: las *Compañías de la juventud salesiana*.

La revista *Técnica de Apostolado* tiene como fundador a don Luis Chiandotto. Le había precedido otra publicación más modesta, *Dirigentes*, con la misma paternidad. De ellas hablaremos más adelante.

El sacerdote Antonio Montero, hoy obispo de Badajoz, fue nombrado director de P.P.C. (Propaganda Popular Católica); una institución eclesial que vivía la preocupación de la formación cristiana de los jóvenes, particularmente la prensa juvenil. En su labor de promoción, contacta con los salesianos. Tres personas en concreto, muy significativas y relevantes en el campo de la acción pastoral juvenil. Ellas son don José Antonio Rico y don Luis Chiandotto, en Madrid; y don Pascual Malo, en Barcelona.

De Chiandotto nos dicen que «sus juicios sobre el tema de *La pastoral juvenil en el mundo de la prensa* eran atinados y certeros. Y muy al día». «Seguía muy de cerca la marcha de la Iglesia, su empuje renovador, su afán de llevar adelante una pastoral viva.»

* * *

Las Compañías —en la mentalidad de Don Bosco— son el medio de formación de la élite; son un vivero de apóstoles; contribuyen, finalmente, a la transformación del ambiente.

Las Compañías no se abren a todos los muchachos indistintamente. Sus miembros se comprometían a un tenor de vida ejemplar, centrado ante todo en el «ejercicio de las virtudes». Los medios de formación eran: cumplimiento de los deberes del propio estado y el buen ejemplo; compañerismo, obediencia, esmero en la pureza, frecuencia asidua y diligente de la confesión y de la comunión, y actos piadosos.

Funcionaron en el Oratorio de Valdocco, y después en las demás casas salesianas, las de *San Luis*, *San José*, *Santísimo Sacramento* y la *Inmaculada*. Cada una con su propio reglamento.

La de la Inmaculada se restringía a un grupo reducido de individuos selectos. Sus compromisos son más serios. Se entregan a un apostolado más directo y, a la vez, sacrificado; pero realizado con simpatía.

Desde los comienzos de la obra salesiana en Utrera (Sevilla), las Compañías funcionaron en España. Con el tiempo, no adquirieron o perdieron la vitalidad que habían tenido en los tiempos de Don Bosco.

El movimiento de las Compañías se había revitalizado con Don Ricaldone como Rector Mayor (años 1947-48). Había habido un precedente en Sicilia, en los años en que Don Manione ejerció allí el cargo de

inspector. Don Ricaldone comprueba el buen resultado obtenido en Sicilia; y toma más en serio la labor. Pero se mantiene en una línea tradicional.

Por el año 1950, el movimiento de las Compañías apenas estaba comenzado y en el sentido de los primeros tiempos. Don Leoncio da Silva, Rector de la Facultad de Pedagogía en C. Rebaudengo, trabajará por ampliar más los horizontes. *Le Compagnie* ha de ser el título de la primera revista dedicada a ese tema.

Más tarde, llegarán las reuniones de los principales encargados de las Compañías de Italia, Francia y España. Estas concentraciones solían realizarse en Lyon. Don José Aubry actuará de consultor. De España acudirá Antonio Sánchez Romo, alumno de don Luis en el Teologado de Carabanchel. En estas convenciones se elaborarán las campañas anuales.

Don Renato Ziggionti, Rector Mayor de la Congregación, se dirige a todos los salesianos y les expresa la necesidad de entregarse a la labor de las Compañías religiosas.

Estas insistentes exhortaciones coinciden con el nombramiento de don Luis como profesor y formador del Teologado.

En el mes de diciembre de 1952, el Rector Mayor escribe satisfecho: «Recibimos de varias Inspectorías noticias de un amplio trabajo que se realiza para valorizar las Compañías y adiestrar en las mismas a nuestros jóvenes en orden a la vida de las organizaciones de la Acción Católica, que deberán tener en ellos los mejores dirigentes cuando entren en la vida del mundo; pero es que, además, sabemos que muchos de estos jóvenes pasan de la Compañía al Noviciado, vienen a reforzar nuestras filas con espíritu ardiente y propósitos firmes de apostolado».

El reflujo del florecimiento de las Compañías se manifiesta en congresos, reuniones, revistas de formación... Encontrará un estímulo eficaz en la canonización de Domingo Savio (año 1954).

* * *

Después de la guerra civil, la Congregación en España hubo de reconstruirse. El número de casas y salesianos había quedado muy disminuido.

Desde su llegada, en 1943, don Luis toma conciencia de que el trabajo de las Compañías constituiría una potente palanca para potenciar la formación de los muchachos. Ya en Salamanca, estudiante de Teología, ha instituido una Escuela de Catequistas. En Carabanchel intentará hacer pasar las Compañías de un ritmo rutinario y casi frío a un tono de compromiso apostólico. Las transformará en cantera de apóstoles: para los propios congregantes y para los seglares.

Don Luis tiene una idea muy clara. Primero, de la necesidad de la formación en la fe de los apóstoles; después, de la relación entre masa y fermento. Con visión de futuro: los salesianos nos dedicamos a las masas, pero con una minoría. De aquí surgen el asociacionismo, los dirigentes, la formación de grupos... No simplemente como una promoción de selectos; sino como un medio de trabajar pastoralmente en los colegios, en las grandes masas.

Hay que formar un grupo de salesianos que muevan esta máquina.

Existe una problemática en los ambientes de la Congregación sobre

si la pastoral salesiana había de dedicarse a las minorías. La discusión dura varios años. Después del Concilio desaparecerá la duda. Pero antes, ha de aparecer siempre en asambleas, congresos, reuniones; incluso se acentuará en la preparación del XIX Capítulo General.

De alguna manera, don Luis se anticipa a este Capítulo.

Para él, desde el punto de vista de los jóvenes, y de los educadores, el problema se sitúa en los *agentes de pastoral*, en los *grupos*, en los *fermentos*, no en las estructuras.

Desde su cargo de consejero, y luego de director del Estudiantado Teológico de Carabanchel, atalaya los nuevos tiempos. Engendra y da vida al Secretariado Nacional de Compañías, germen del actual y dinámico Centro Nacional Salesiano de Pastoral Juvenil.

Ve la necesidad de unificar todas las asociaciones de Compañías de España. Y crea la Junta Directiva. El actuará como secretario. Actuará. Moverá el engranaje.

Por entonces, aún no existían los delegados oficiales de zona; no había cuajado la calificación de *pastoral juvenil*. Pero él ya ha puesto en pie dos revistas especializadas; reúne a las comisiones de muchos y de consiliarios; organiza congresos de líderes...

Y contagia a cuantos le rodean.

«Su talla intelectual y su dinamismo, sus hondas raíces en la vida religiosa y en el sacerdocio, su sereno equilibrio y su actividad apostólica impresionan a cuantos le tratan. A los chicos, a los estudiantes de Teología, a los delegados y consiliarios, a los seglares amigos...»

Le quema el celo por el Reino de Cristo en su parcela mejor, la juventud. Y el ansia de actuaciones tangibles y concretas.

Se excusará, tímidamente, casi con íntimo pesar. Desde su puesto de director en Carabanchel o Salamanca, poco puede hacer. Y estimula, empuja, ofrece ideas y cauces.

No es un soñador. Ahí quedan sus obras. Se sabe en el camino recto. Y con sana intrepidez apoya siempre iniciativas, experiencias. Las refrenda ante los superiores. Claro, que cuenta con su confianza.

Quien escriba la historia de las Compañías no podrá prescindir de la figura de don Luis en España.

* * *

Don Luis se convierte en el promotor del movimiento juvenil español. Organiza, directamente, el I Congreso Nacional de Compañías, en Madrid (1953). Y orienta los de Sevilla (1957) —desde el lecho donde se encontrará postrado— y Barcelona (1961). Funda, como hemos dicho, la revista *Dirigentes* (1952) y *Técnica de Apostolado* (1960); y alentará las primeras publicaciones de Compañías. Hombre de ideas y de acción:

«Las cosas me entran siempre por la inteligencia, pero me pasan en seguida al corazón y acaban en las manos.»

El I Congreso Nacional de Compañías de la juventud salesiana tendrá lugar del 5 al 7 de abril de 1953. Ha de organizarse a conciencia a nivel nacional. Irá precedido de una actividad desbordante en todos los campos.

Se reunirán primero los catequistas (consiliarios) de los colegios;

con un año de antelación. Madrid, Barcelona y Sevilla, las tres sedes de las demarcaciones provinciales, les recibirán en las respectivas asambleas.

Luego, los jóvenes, con congresillos locales. Uno en cada casa salesiana. Las actividades se multiplicarán: carteles murales, torneos deportivos, festivales gimnásticos, concursos de declamación, artísticos y literarios; visitas a barriadas pobres y asilos; enseñanza de catecismo en diversas parroquias...

Todas las vocalías deberán contribuir con sus experiencias, positivas o negativas, a las sesiones de estudio en la magna asamblea de Madrid.

De los congresillos locales, a los congresos provinciales. Los dirigentes de las Compañías se concentrarán en las capitales inspectoriales; también han de acudir nutridos grupos de congregantes delegados de las casas.

La revista *Dirigentes* irá marcando pautas oportunamente.

Las variadas actividades locales desembocarán en certámenes provinciales. Y en el nacional de Madrid. Una magna exposición habrá de recoger las más destacables obras murales y pictóricas. Testimonio gráfico.

Ha llegado el día de la gran concentración nacional.

Un contingente de más de seiscientos jóvenes acude a la capital de España. Son los representantes de los colegios salesianos de la inmensa mayoría de las provincias españolas. Se añaden los congregantes de los centros de Madrid.

Don Leopoldo Eijo y Garay, patriarca-obispo de la diócesis de Madrid-Alcalá preside el Congreso. Los superiores de la Congregación están representados por el director espiritual general, don Juan Antal, y los tres provinciales de España: don Emilio Corrales, don Florencio Sánchez y don Claudio Sánchez.

El Congreso se inaugura con la celebración de una Eucaristía solemne. La preside don Juan Antal. Más de mil muchachos participan en ella. La coral del Estudiantado Teológico de Carabanchel interpreta la *Misa X* del maestro Pagella, salesiano.

Los salones de las Escuelas salesianas de la Ronda de Atocha, sede de la asamblea, recogen la gran exposición. Aparece en ella, de forma gráfica, toda la organización de las Compañías, sus actividades, sus trabajos, sus logros...

Las reuniones son dobles. En las sesiones particulares toman parte exclusivamente los dirigentes de todas las Compañías de España; en las asambleas generales intervienen todos los socios que han acudido al Congreso.

Las ponencias se centran en temas de organización y en las diferentes formas de transferir a la gran masa de los alumnos de los colegios el mensaje y el compromiso de los congregantes: *Piedad, Pureza, Apostolado*.

El día 7 de abril tiene lugar la clausura. A las cinco y media de la tarde se han concentrado congresistas y simpatizantes en el salón-teatro del colegio de la Ronda de Atocha. Preside el obispo de Madrid.

Los alumnos del propio colegio ponen en escena la opereta *Trino de Plata*, del maestro Alcántara, salesiano.

Monseñor Eijo y Garay, en el discurso de clausura, conmueve al auditorio. La crónica recoge sus palabras:

«Era yo estudiante de Latín en el seminario de Sevilla, y ya la fama de Don Bosco, que aún vivía, comenzaba a extenderse por el mundo. Y mi santa madre, gran admiradora suya, me encargó encarecidamente esta sencilla práctica: "Hijo mío, que ninguna noche te entregues al descanso sin haber pedido la bendición a María Auxiliadora y a Don Bosco". Desde entonces hasta hoy, ni un sólo día he dejado de cumplir el piadoso encargo.»

La organización del Congreso recayó totalmente sobre don Luis. «Le llevó muchas horas y muchos sinsabores.»

* * *

Han pasado cuatro años. 1957. Se conmemora el 75 aniversario de la llegada de los primeros salesianos a España y el primer centenario de la muerte de Domingo Savio. Por ello se organiza otro congreso nacional. Ahora en Sevilla, en el colegio salesiano de la Santísima Trinidad. El 1, 2 y 3 de marzo.

Las líneas de organización se calcan del anterior congreso: olimpiada nacional, certámenes, concursos... Sesiones particulares y plenarios...

El último día miles de jóvenes participan en la Eucaristía, oficiada por el prelado de la diócesis, don José María Bueno y Monreal. La plaza de España sevillana es un hormiguero de fervor. En la homilía, el obispo ensalza la figura de Domingo Savio, paradigma del congregante de las Compañías. El acto es retransmitido por Radio Nacional.

A continuación, las calles de la ciudad se enardecen con un desfile multitudinario de bandas de música, orfeones, banderas y estandartes. Dos mil jóvenes celebran el entusiasmo por rondas y avenidas...

La plaza de toros de la Real Maestranza se encuentra repleta de juventud; hasta la bandera. Los tendidos se entusiasman ante la exhibición gimnástica y la final de atletismo... Se lidia una becerra para sintonizar con el ambiente...

Por la tarde, en el salón-teatro de las Escuelas Salesianas se clausura el congreso. Con discursos de Ricardo García Calderón y de José Luis Hernández Sánchez, presidente nacional de las Juventudes Salesianas. Y con la representación de la opereta lírico-musical *Pulgarcito*, con libreto de Jesús Escoto y música de Niebla Ríos, ambos salesianos.

Cierra el acto don Juan Antal. También asisten los tres provinciales de España.

Como ya hemos indicado, don Luis no estuvo presente en el congreso de Sevilla. Se encontraba enfermo en Carabanchel. Pero sugirió ideas, programó, alentó. No pudo presenciar el fruto de su trabajo, el grandioso congreso...

El movimiento apostólico juvenil continuará con renovado empuje. Los congresos han levantado el ánimo y entusiasmo de muchachos y salesianos. Don Luis no cesa en su dinamismo...

Las crónicas de Carabanchel apuntan posteriores actividades. Don Luis es ya director de Teologado.

«Noviembre 1959, día 25. En Atocha, por la tarde, tienen una reunión los delegados inspeccionales de las Compañías de toda España,

presidida por nuestro señor director, don Luis Chiandotto. Grandes esperanzas para el porvenir de las Compañías en nuestra patria.

1 de abril de 1961: Marcha el señor director a Lyon (Francia) a una reunión de delegados de Compañías de Italia, Francia, Bélgica y España.

Día 7. Llega el señor director, de Francia. Nos cuenta sus impresiones.»

Hombre de ideas y de acción

Don Luis, como ya hemos apuntado, había fundado dos revistas.

La primera la bautiza con el nombre de *Dirigentes*. Ve la luz el año 1952; en el mes de marzo. Nace canija. Con ocho páginas, y de tirada muy reducida, cincuenta o sesenta ejemplares.

La revistilla se elaboraba en Carabanchel; colaboran los estudiantes de Teología. Don Luis idea, corrige, amplía o recorta los trabajos de los colaboradores.

Las pruebas se llevaban a los talleres de Atocha, el primer jueves de cada mes. El segundo, se recogen, se empaquetan y se envían a los colegios. No es ambiciosa, en primera instancia. Va dirigida a los encargados de las Compañías, a los dirigentes; no a los congregantes.

«Mandar es un acto de servicio. El dirigente sirve a los socios pensando que, en ello, sirve a Jesús... Nuestro lema: *Por el apostolado a la santidad.*»

Este pensamiento lo leemos en el editorial del primer número. La idea, claramente, pertenece a don Luis.

En diciembre de 1960, tiene ya diecisiete páginas, varias y buenas fotografías. Se ha dado un paso más: ya no sólo va concebida para los dirigentes. Aumenta la tirada y pretende abarcar a la parte más selecta de los colegiales. Ya es una revista. Honda, formativa; un estupendo arsenal de directrices y orientaciones para los grupos de las Compañías.

En doce años, se han editado ya cien números. En el número 100 de la revista escribe el mismo don Luis:

«¡Cuánto se ha andado desde el *Dirigentes* de ocho páginas hasta el actual, que en adelante constará de treinta y seis! ¡Qué progresos en la presentación desde los modestos orígenes tipográficos hasta el offset de este número centenario!»

Sigue diciendo que *Dirigentes* debe ser la revista de todos los congregantes ya que se edita *Técnica de Apostolado* para dirigentes.

«En cuanto a la parte formativa —*Dirigentes*— ha cambiado de

tono. Hoy prefiere los temas, reportajes o artículos que traigan la formación por vía indirecta en vez de los esquemas o exhortaciones concentradas de los primeros tiempos. Para las sugerencias, esquemas y subsidios ya está *Técnica de Apostolado*, que se ha desglosado de *Dirigentes*. Así *Dirigentes* se mantiene más ágil y juvenil, adaptada a los muchachos a quienes va dirigida.

¡Lo que ha tenido que luchar don Luis para mantener sus revistas! Los subsidios económicos han sido muy escasos. La Inspectoría cruzaba una fuerte crisis. ¡Menos mal que le ayudaban los directores de los colegios más pudientes!

Pero él sigue siempre incansable. Además de las revistas, afronta otras publicaciones. Folletos con títulos y contenidos atractivos. No quiere que sus muchachos paren ni en verano. La *cultura del ocio o educación del tiempo libre*, diríamos hoy:

- «— Vacaciones de verano. ¡Tres meses por tu cuenta!
- Para pasarlas en grande.
- Para cultivar tus propias aficiones.
- Para combatir el ocio.
- Para desterrar el aburrimiento.
- M.A.O.-D.V.C., siglas que ya no son una incógnita (Movimiento Anti Ocio - Descubrid Vuestras Cualidades).
- *Vacaciones, V-59. En órbita, Ruta blanca, Tú al timón, Agenda de Verano...*
- *Arte y Fantasía*, dos tomos. Con juegos, acertijos, construcciones, chistes, dibujos, filatelia...»

Folletos espléndidos y avanzados...

Con motivo de la Cuaresma, se preparan opúsculos monográficos, como orientación a los retiros, charlas cuaresmales, ejercicios espirituales: *Más allá, Proa al cielo...*

Estos folletos vienen a complementar a la revista *Dirigentes* en sus campañas anuales.

El librito *Actuar* se edita con ciento veintiocho páginas. Lo confeccionan los estudiantes de Teología. La presentación explica sus objetivos. La hace el mismo don Luis:

«La acción es escuela magnífica de formación. Lo que el muchacho con su propio trabajo y esfuerzo personal dice, dibuja, construye, se le graba honda y vitalmente en la inteligencia y en la memoria y le estimula a vivir, en su conducta, lo que inspiró o movió su acción.

Pero, a veces, resulta difícil hacer actuar a los chicos. Al educador, generalmente, le escasea el tiempo. Y prefiere, con frecuencia, realizar él mismo lo que ha proyectado, antes que mandarlo hacer a un muchacho. Ejecutando él su propio proyecto, lo hace más aprisa y a su gusto. Pero, de esa manera, educa menos.

Para ahorrarle al educador tiempo y explicaciones, este Secretariado Nacional emprende la publicación de la colección *Actuar*.

Sus tomitos presentarán una serie de trabajos ya hechos. No quieren matar la iniciativa de los educadores, ni la fantasía de los alumnos. Al contrario: quieren estimularla con sus modelos, con sus sugerencias...

¡Cuántas veces se tiene necesidad de hacer anuncios, rótulos, carteles, etc!

Por eso, *Arte y Fantasía* es una pequeña mina.

Finalmente, en estas mismas páginas queda grabada la expresión del agradecimiento de este Secretariado Nacional a los estudiantes de Teología del Seminario Salesiano de Madrid-Carabanchel Alto, quienes con su celo apostólico, gusto artístico y con el sacrificio de paseos y recreaciones han hecho posible la hermosa realidad de este trabajo.

Luis Chiandotto

Madrid, Carabanchel Alto, 31 de enero de 1959
Festividad de San Juan Bosco.»

Don Renato Ziggiotti escribía a don Luis una hermosa carta el 24 de octubre de 1959. Le felicita por su labor. Se refiere en concreto a la revista *Dirigentes*. Todavía no había nacido *Técnica de Apostolado*.

«Carísimo Don Chiandotto:

He querido leer de *cabo a rabo* *Dirigentes* del mes de octubre y considero una obligación enviarte un aplauso calurosísimo, a fin de que lo hagas extensivo a tus competentes colaboradores.

Creo que vuestro esfuerzo por poner en manos de los dirigentes de vuestras Compañías (superiores, asesores y directores) tan abundante y selecto material, que inspire las conferencias y las actividades espirituales de cada mes, merece un buen aplauso.

De esta manera, en sus encuentros y discusiones, se prepararán a nuestro primer apostolado: a educar en la virtud, a saber comprender el bien y el mal, a participar óptimamente en polémicas que atañen a la defensa de nuestra fe y de nuestra moral, a demostrar que la vida pura y santa es el manantial único de la verdadera alegría, a organizarse en la actuación del bien; a ser, en suma, verdaderos soldados de la milicia de Jesucristo, misioneros siempre y en todas partes, de la verdad y de la caridad.

En unión de mente y corazón, tuyo y vuestro afmo.

D. Renato Ziggiotti.»

Técnica de Apostolado nace en 1960.

Su dirección corre a cargo de don Luis hasta el año 1965, el de su partida a Roma, como inspector de la Universidad Salesiana.

En un primer momento, no tiene establecida periodicidad. En el verano de 1960 sale el primer número. Hasta octubre de 1962 aparecen solamente ocho números; todos confeccionados de manera sencilla, a litografía.

Su director y fundador, Luis Chiandotto, escribía entonces:

«Empieza en forma muy modesta y sencilla, por ahora. Pero lleva un título muy ambicioso. Porque aspira a ser más, mucho más, y puede serlo.

Lo fundamental en estos primeros números es dar material para las reuniones y para la marcha del ambiente colegial.»

En 1962, don Luis amplía el campo de los destinatarios de *Técnica de Apostolado*.

«No consideramos como ideal, por tanto, el que *Técnica* sea revista exclusiva de los señores catequistas y ni siquiera la revista de los consiliarios y asesores de Compañías: aspiramos a algo más.»

Técnica se propone salir con mayor periodicidad. Alternará los números de ambientación de la campaña con otros monográficos: temas tan interesantes como *Ejercicios*, *Bibliografía*, *Vocaciones*.

Se advierte también una ampliación en el equipo de redactores. El Teologado de Carabanchel ha pasado a Salamanca, y con él el director de la revista, don Luis Chiandotto; más tarde asumirá estas funciones don José Antonio Rico. En Madrid-Atocha, queda la sede del Secreta-

riado-Centro de Juventud Salesiana. La coordinación de la revista la lleva Antonio Sánchez Romo. Colaboran ya los estudiantes de los Teologados de Posadas (Córdoba) y Martí-Codolar (Barcelona).

La tercera fase de consolidación de la fisonomía de *Técnica de Apostolado* la tenemos en el inicio del curso escolar 1963-64. En este número se reconoce que la revista «sale al encuentro de unas exigencias reales y responde a unas necesidades sentidas». Se habla de una organización de la redacción y de la colaboración.

Se advierte la conciencia de entrar en una nueva fase, «fase en la que queremos extender nuestro interés y nuestro estudio a todo el campo de la pastoral juvenil, incluyendo pero rebasando, todo lo que se refiere al movimiento de las Compañías de la juventud salesiana. Precisamente porque nos interesa la problemática de la juventud actual y todos los matices de su ambiente, psicología y situación, hemos solicitado la colaboración de especialistas en distintas ramas científicas».

Con este enfoque queda decididamente atrás el momento en que *Técnica* era revista exclusivamente para la familia salesiana. Desde este número abre sus puertas a todos los ambientes, sin perder la identidad de donde ha brotado. En la cabecera de la publicación se cambia el rótulo *Secretariado Nacional de Compañías* por el de *Centro Juventud Salesiana*.

Cuando el XIX Capítulo General decide dar un nuevo impulso al movimiento pastoral en la Congregación, España ya tiene montada su infraestructura, su organización de base. Todo por obra de don Luis. Por eso, la transición a las nuevas orientaciones del Capítulo se llevará a cabo de forma serena y rápida.

La revista *Técnica de Apostolado* cambió de nombre en 1977, recibiendo el de *Misión Joven*, con el que actualmente se la conoce. Goza de un merecido prestigio en los ambientes de Pastoral juvenil. Tiene una amplia difusión en España y en todos los países de habla hispana, dentro y fuera del ámbito de la *Familia Salesiana*. El responsable de la revista es el Centro Nacional Salesiano de Pastoral Juvenil.

En definitiva, la evolución histórica de la revista y del Centro Nacional ha sido la siguiente:

- De *Técnica de Apostolado* a *Misión Joven*.
- Del inicial *Secretariado Nacional de Compañías* al *Centro Juventud Salesiana* para llegar al actual *Centro Nacional Salesiano de Pastoral Juvenil* y a la *Delegación Nacional de Pastoral Juvenil*.

Todo lo anterior encuentra en don Luis la raíz de su inspiración y de su dinamismo pastoral y salesiano.

Una floración de actividades apostólicas y movimientos juveniles de grupo con variados nombres han surgido del servicio pastoral que don Luis prestó a la Iglesia mediante la Congregación.

Se puede afirmar, sin riesgo de error, que en el enfoque de la Pastoral Juvenil actual se está volviendo a la línea de don Luis. Con otro módulo, con otras formas, con otro lenguaje, con otra inculturación. Su intuición consistió en insertar a los jóvenes en movimientos, formación de grupos: que los muchachos se muevan, actúen, sean fermento en la masa. El *ayer* de don Luis, su decir de hace unos años, se refleja totalmente en el *hoy* de la Pastoral Juvenil. Su labor está presente.

La clarividencia de don Luis proyecta su idea más allá de los colegios: los ex alumnos.

Le ahoga la preocupación de que el movimiento de las Compañías muera al terminar los estudios. Siente el imperativo de una especie de Compañías entre los antiguos alumnos. La Asociación de Antiguos Alumnos ya gozaba de prestigio. Pero para don Luis carecía de algo fundamental: la formación de selectos. Del fermento que enzimara la masa. Y funda ese movimiento.

Quiere que los estudiantes de Teología se convenzan de la enorme importancia de la Asociación de Antiguos Alumnos. Y dentro de las Compañías del Estudiantado, introduce el Círculo de Antiguos Alumnos. Consiliarios y cargos directivos de la Asociación vendrán a Carabanchel a informar a los estudiantes sobre esta labor.

Tampoco le faltan a don Luis las consultas de grupos y dirigentes de la Asociación a nivel regional y aún nacional. Grandes problemas reclaman grandes soluciones.

Y don Luis las puede dar.

Apertura y obediencia: ve claro, sufre y espera

El Concilio Vaticano II realizó un esfuerzo colosal. Le correspondió la ardua tarea de actualizar la Iglesia en sus distintas facetas. También en la relacionada con la vida religiosa. Así habla el Concilio: «Así, pues, los religiosos, con espíritu de fe y amor a la voluntad de Dios, obedezcan humildemente a sus superiores según la norma de la regla y de las constituciones, empleando las fuerzas de la inteligencia y voluntad, así como los dones de la naturaleza y de la gracia en la ejecución de sus mandatos y en el cumplimiento de los cargos que se les han confiado, sabiendo que así trabajan para la edificación del Cuerpo de Cristo, según el designio de Dios. Así la obediencia religiosa, lejos de menoscabar la dignidad de la persona humana, la lleva, por la más amplia libertad de los hijos de Dios, a la madurez (...).

Oigan los superiores de buen grado a los hermanos y promuevan su colaboración para el bien del instituto, quedando no obstante, en firme, la autoridad para ordenar y mandar lo que se debe hacer.»

Una de las misiones fundamentales de la vida de don Luis fue su dedicación a los estudiantes de Teología. Primero en España; luego en el Pontificio Ateneo Salesiano de Roma (P.A.S.).

Don Luis llega al Teologado de Carabanchel con un aire nuevo. Quiere romper el cerco; soltar las amarras del detallismo que existe. Sabemos que no es un hombre encerrado en esquemas ni en paréntesis de tiempo. Vive abierto al futuro; aprovecha cuantas posibilidades le ofrece el presente. No es hombre de freno, sino de acelerador.

«Se le veía como el representante de una incipiente apertura a los problemas reales de la vida y del mundo. Que entonces suponía una novedad.»

Se le tiene por un *progre*. No un *progre* novedoso, sino dentro de una doctrina ortodoxa muy segura.

Conocemos ya el ambiente de Carabanchel. Abundan las prohibiciones. Con ello también las inhibiciones. También sabemos cómo él exigía las normas establecidas. Disciplina interiorizada, la llamábamos.

Su formación contrasta con la realidad que vive. Su mentalidad choca con el rigorismo existente respecto a la vida salesiana y a la vida religiosa en general. Para sí es disciplinado y severo; pero respecto a los demás y a las estructuras, se siente como encorsetado y oprimido; entre barras muy rígidas y frías. «Y a él le sobraba humanidad; le sobraba inteligencia, y le sobraba vida interior para moverse con mucha más libertad; y sin perder nada, en absoluto.»

Don Luis se presenta como un adelantado de su tiempo; un precursor del Concilio y de los Capítulos Generales salesianos posteriores.

La *Ratio fundamentalis Institutionis et studiorum*, la ley orgánica de los estudios y formación de los religiosos ordena que los que se encuentran en período de formación realicen prácticas apostólicas, «con fines formativos».

Se practicaban ya en el teologado. Don Luis les da un mayor impulso.

El Concilio Vaticano II fue un Concilio muy seguro en sus principios. Y muy abierto en la aplicación de sus doctrinas. Fue un Concilio para el pueblo; pastoral; no dogmático, como Trento.

Esta idea podría definir a don Luis. Hombre seguro en sus principios como salesiano, como hijo de la Iglesia; pero interiormente libre y abierto para moverse en unas estructuras un tanto escayoladas. El Concilio aún no había sido convocado.

Interiormente libre. Dentro de un ambiente concreto, que no favorecía demasiado la acción ni la expresión de la libertad. Ambiente estrecho, demasiado legalista, excesivamente proteccionista. No comparte ciertas medidas de los superiores; las considera improcedentes porque van dirigidas a salvaguardar una disciplina exterior; sin convicción, sin una vivencia interior. Pero las acepta por *obediencia*.

Esta aceptación de la obediencia tiene sólo motivos de fe.

En unas *Buenas noches* se dirige a la comunidad de Carabanchel:

«En nuestra vida hemos de dar más entrada a Dios, para que El la dirija según sus designios: teniendo una fe viva que esté pronta a renunciar al camino que uno cree el mejor para seguir el camino que nos marca la obediencia. Esta fe implica la humildad. Apliquemos esta fe y humildad a lo que los superiores manden.»

Don Chiandotto no se presenta como el típico superior indefenso ante la vida, que lo remedia todo echando mano del rutinario: «Los superiores dicen». Le interesa fomentar todo lo bueno, venga de donde venga. Le desagradan ciertas actitudes inmovilistas de algunos superiores; pero aceptará la situación bajo su fe en la obediencia:

«Como la fe es creer lo que a mi razón le parece absurdo, así la obediencia es dejarse dirigir por Dios a través de unos hombres por caminos que a mi voluntad le repugnan. Como me entrego a creer porque Dios es infalible, así me dejo guiar... porque Dios es Padre.»

* * *

El profesorado de entonces aparece muy unido. «Cuantos gobiernan el Teologado son salesianos excelentes, piadosos, inteligentes, profundamente religiosos.» Pero a la fuerza tiene que haber entre ellos discrepancias ideológicas. También ellos viven dentro de unas estructuras tan rígidas, que hoy resultan incomprensibles. Por su amor a la

Congregación hilan demasiado fino. Se atienen a normas que emanan de arriba.

¿Quién no recuerda a don Tomás Baraut? ¿A don Maximiliano Franco? ¿Y a don Alejandro Vicente?

Don Tomás era un santo varón, un hombre de Dios. Sencillo, bonachón, inteligente con su pizca de ingenuidad, y de gran corazón. Pero, como todos los superiores padece el mal del exceso de celo, del detallismo, de la exagerada observancia.

Don Maximiliano ejerció de director del Teologado durante seis años. Don Luis y don Maximiliano ya se conocían. Habían convivido en Mohernando. Todos sabemos que era un gran religioso, buen sacerdote y amante de la Congregación. Pero tiene el «no» a flor de labios. De carácter fundamentalmente bueno, se manifiesta tímido. Más que tímido, temeroso. Cualquier falta de inobservancia le lleva a pensar que se desmoronan las estructuras, el Teologado. En montañas se le convierten los granos de arena. Las *nimiedades* del *silencio sagrado* del dormitorio, del estudio; la puntualidad... significan para él los pilares de la observancia. Era un hombre de mucho corazón; pero se esforzaba en disimularlo. Estaba siempre a la defensiva; con los formadores y los estudiantes.

En Carabanchel se aprecia a los formadores. Se les ve gente buena; sencillos, cercanos. Pero, a la hora de las actuaciones prácticas, resulta difícil encontrar una armonía en los criterios.

Don Luis trata de poner aceite en las posibles estridencias. Es el hombre conciliador. Tiene el arte de respetar siempre la regla; pero, a la vez, abre a la libertad interior para que las personas no estén esclavizadas servilmente a aquéllas. Busca siempre recursos, fórmulas, motivaciones. No interviene nunca en los momentos de tensión; pero sí intervendrá para serenar. Expone las razones de la actuación del superior y del alumno; calibra el grado de acierto que pueda existir en cada lado. Y suaviza.

Precisamente en esta actitud se sitúa lo que alguno llama la *fluctuación* de don Luis: «desea complacer a todos; dar la razón a todos; e indirectamente, se la quita a todos. Ahí suele quedar mal».

No hay que extrañarse de que en la conducta de don Luis puedan producirse alguna vez estas paradojas. El hombre se encuentra colocado en la *transición*. Se mantiene fiel, profundamente fiel a la Congregación, a las estructuras, al ejercicio de la autoridad..., y a su misión formativa. Y surge en él la contradicción.

Es el choque entre la fe y la razón.

La fe es obediencia; la obediencia es fe.

El año 1968 predica unos ejercicios espirituales en San Ignacio (Lanzo-Turín). Es ya inspector del P.A.S. En la charla de la obediencia resume ideas que ya había expresado anteriormente en Carabanchel:

«Yo, como inspector, tengo muchos defectos y los otros también tendrán alguno. Pero gobernamos según una tradición que lleva un siglo y que viene desde Don Bosco. Nosotros intentamos gobernar ateniéndonos a la experiencia secular de la Iglesia. Y esta experiencia, que llega también un poquito hasta nosotros, tal vez es una experiencia más rica para gobernar que aquella que puede ser tu pequeña corta experiencia. Creo que, en general, es enriquecer nuestra personalidad

cuando nos abandonamos, de una manera consciente y libre, a la dirección de Dios a través de los superiores.

¿Queremos obedecer como verdaderos religiosos, queremos hacer la voluntad de Dios en los superiores? Amemos la voluntad de los superiores. Si queremos hacer la voluntad del superior, amémosla. Es el gran mérito salesiano, es el mejor. Amemos la voluntad de nuestro superior y padre. Y entonces la haremos con gusto.

Si vivimos este voto de obediencia religiosa en serio, profundamente por motivos sobrenaturales, por fe, debemos llegar a esto: Señor, haz de mí lo que quieras. Estoy dispuesto a obedecerte aún cuando me viese obligado a permanecer en el lecho toda mi vida. Muchas veces mi vida resultará una vida despreciada, oculta, escondida, sin que brille. O una vida de otro género. Si me quieres, en cambio, a dar una clase allí, en aquel lugar escondido, estoy dispuesto a ello, si tú me expresas esa tu voluntad. Yo la acepto... Porque mi obediencia a Dios es la gran prueba de mi amor sin condiciones a Dios.

No estemos demasiado preocupados de nuestro yo, de nuestra personalidad. Queremos que nos estimen, que nos honren, queremos ser algo en la vida. La mejor manera de serlo es la de obedecer a Dios a través de los superiores.

Esto no va contra la primera conferencia sobre el diálogo. No. Los hijos exponen a su papá lo que piensan. De acuerdo con esto; pero después del diálogo, obediencia; y obediencia con un fin sobrenatural.

La obediencia religiosa, consagrada a Dios por motivo de amor, es la gran prueba de nuestro amor sin condiciones al Señor. Y es nuestra gran y profunda inserción en la alianza y nuestro gran contributo a la salvación de los hombres. Es nuestra mejor respuesta a Dios hecha no sólo en nombre propio, sino también en nombre de la Madre Iglesia.»

«Esto no va contra la primera conferencia sobre el diálogo.» Esta aclaración expresa la lucha interior de don Luis. La obediencia es fe; pero la fe es razonable:

«Decir que todo se viene abajo por falta de obediencia, de sumisión, de humildad es una solución demasiado simplista para ser verdad. No hay que barrer todo deseo de sobresalir; hay que aprovechar las propias cualidades, hay que mandar gente a estudiar. En el criterio para juzgar a la gente tienen que tener cabida las buenas intenciones del sujeto, aunque no sólo...»

En otro momento advierte:

«El superior debe ser prudente, teniendo en cuenta la personalidad de todos. No es, en primer lugar, el guardián de la observancia, sino el educador del amor.»

* * *

Aparece ciertamente una *contradicción* en don Luis. Entre su innegable apertura y la práctica de las exigencias de su cargo. Desde arriba le apremian; pero él se mueve libre, no se siente condicionado, no le pueden encerrar en círculos estrechos. Ni es hombre de fórmulas hechas ni de rutinas; ni tampoco de novedad por la novedad. Deslinda atinadamente lo claro y lo oscuro de los problemas. No contiene un espíritu aprisionado por la meticulosidad, ni estrecho de miras. Ni

acepta caminos trazados; sólo proyectos o ideas de proyecto. El luego trazará su propio camino.

Respetar la regla. Ama la obediencia. Sin embargo, no se deja esclavizar por el lastre del pasado. No se arrodilla servilmente ante las palabras de los superiores como única fuente de verdad. Procura sembrar ideas renovadoras, pero acepta la situación. Nunca desobedece:

«Hay que dejar que las ideas maduren. Tú las expones. Luego, ten paciencia. Llegará un día en que los mismos, que antes pensaban de otro modo, cambien de parecer. Tú, sé prudente; y no te impongas. Sembrar y esperar; que, a su tiempo, llegará la cosecha.»

Don Luis entiende el argumento de autoridad desde la fe.

«El superior es un signo sacramental. Y el juzgar al superior por las cualidades humanas sería igual que juzgar a los sacramentos por la materia. Al superior no hemos de juzgarlo por el signo, sino por lo que representa.»

En 1951, era director don Tomás Baraut. Para su onomástica se prepara una velada en su honor. La fiesta de Santo Tomás se celebraba entonces el 7 de marzo. Era costumbre que el vicario del director pronunciara unas palabras en nombre de toda la comunidad. Yo, entonces, ejercía de vicario; pero me encontraba convaleciente de una peligrosa operación. Don Luis suplió mi ausencia. Su discurso está dactilografiado. A mano, unas palabras marginales que de veras le agradezco: «En nombre del señor prefecto, nuestro querido don José Luis Bastarrica, cuya ausencia todos sentimos...». Y luego, la idea fundamental de su intervención:

«¡Cuánto empeño, cuántas preocupaciones tiene nuestro director en el desempeño de la difícil misión de representar entre nosotros al mismo Dios-Padre, y más próximamente a nuestro padre Don Bosco! Los que estamos más cerca de él lo sabemos mejor. Cuanto mayor es el número de los hijos, más difícil y más raro se hace el contacto personal del padre con cada uno de ellos. Por este motivo, quizá alguno pueda sentir algún momento de soledad, sentirse aislado o preterido; quizá alguno no siempre sienta el calor de la familia como su corazón está deseando. A los que esto piensan o sientan en algún momento, yo quisiera en la misma intimidad en que ellos tienen estos pensamientos, poderles enseñar un instante el corazón de nuestro señor director por dentro. ¡Qué pronto se desvanecerían preocupaciones y tristezas! Pero todos nos damos cuenta, quién más, quién menos; y todos queremos corresponder a sus preocupaciones, hoy con esta velada, mañana con nuestras oraciones, y siempre con nuestra vida.»

Así lo entendió él siempre.

Ocurrió años después. Los estudiantes querían representar una pieza de teatro: *El motín del Kaine*. En la obra se cuestiona la autoridad en una difícil situación: el capitán de un barco da órdenes inconsecuentes con el momento. Peligro de naufragio. En tal coyuntura ¿a quién hay que obedecer?, ¿a la autoridad o a la razón?

Don Luis lee el libreto. En él está retratado el estilo del entonces director del Teologado. Creará tensiones. Aconseja releer la obra antes de efectuar el reparto... Se arreglan algunas escenas y se representa. Hasta al director le gustó. La autoridad quedaba a salvo.

Don Luis debe sufrir conflictos de conciencia. Acata con plena do-

cilidad las indicaciones de sus directores. Y las exige a los estudiantes. Exige como si él estuviera convencido. Pero interiormente sufre. Ni un comentario, ni una murmuración. A veces, un desahogo. O un berrinche: «Llegaba a su despacho, soltaba un puñetazo sobre la mesa, le subían los colores a la cara, desmadejaba una perorata... Y concluía, cambiando de tono:

«¡Qué le vamos a hacer! Esta es la voluntad de Dios... No se hable de este asunto. Tengamos respeto a los directores, sean quienes sean y obren como obren.»

* * *

Los conflictos le llegan a don Luis por todos los caminos.

No solamente por tener que exigir a los estudiantes *nimiedades*. También el profesorado se ve sometido a rígidas estrecheces. De algún superior mayor han emanado órdenes concretas que afectan principalmente a los profesores. Los apostolados externos quedan suprimidos. Los formadores de las Casas de Formación deberán dedicarse *exclusivamente* a los seminaristas. Inspector y directores también exigirán estas normas.

Este continuo frenar exaspera a don Luis.

¿Y su labor exterior? ¿No vale la pena? ¿Cómo abandonar a tantas personas que buscan en él al sacerdote, al director espiritual, al amigo que resuelve sus problemas, en ocasiones situaciones-límites de enorme responsabilidad moral?

El hubiera obedecido. No puede hacerlo en conciencia. Los superiores de Turín aprobarían su conducta: los conocía bien. Este conflicto interno le sume en continuos sufrimientos, en problemas de conciencia. Duda si salir a un apostolado de urgente y máxima responsabilidad.

«Mira, estate tranquilo. Vete. Y no se lo digas al director porque te va a decir ¡no!» Así le aconsejan sus propios compañeros de docencia. ¡Satánicos consejos tentadores! Pero, ¿es que no existe también una virtud que lleva el nombre de epiqueia?

¿Y su labor de las Compañías y grupos religiosos?

Don Luis echa mano del diálogo. Habla con el provincial, con el director... Y va ganando terreno.

Busca el contenido de la ley; no la letra. A esto se le llama, precisamente, la virtud de la epiqueia.

«Vamos a ver. ¿Cuál es la finalidad de una ley, de un decreto, de una orden? Buscar el *bien*. Si tú en un momento determinado, ves que la letra de esa ley es contraria al bien, el legislador no exigirá la ley en ese momento.»

Estas dificultades las supera atendiendo a su vida íntima de unión con Cristo. A él le entusiasma Don Bosco. Ve que nuestro fundador tenía soluciones para todos los problemas. Y está convencido de que él no se equivoca, interpretando a Don Bosco y a Cristo.

Don Luis es un creyente. Cree en la obediencia. Pero también cree en los signos de los tiempos, en el futuro.

Mons. Bonamín, que fue más tarde obispo titular de Bitá, auxiliar y provicario castrense de Argentina, pasó cierto día por Carabanchel. Don Luis le invita a dar una charla a los estudiantes.

El padre Bonamín, en su discurso, vierte ideas renovadoras, que causan impacto en el auditorio: «La Congregación está dando una *svolta*, un viraje. El Rector Mayor, Don Ziggotti, es el primer superior general que no ha conocido a Don Bosco; pertenece a una nueva generación. Hace alusión a los escritos de don Pietro Stella sobre nuestro Fundador, que se han considerado muy críticos. Afirma que ha llegado el momento de no considerar a Don Bosco como un mito, algo intocable, sino de presentar a las nuevas generaciones un Don Bosco histórico. Opina que existe en los superiores un cierto temor de enviar a Italia a jóvenes, de dieciocho a diecinueve años, a cursar estudios de Licenciatura e incluso de Doctorado. Y deja caer una frase *escandalosa* que levanta polvareda: “No conviene cortar las alas a las águilas, ni encerrarlas en una jaula muy bonita cuando son brillantes aves...”».

Sus palabras provocan inquietud. El director del Teologado habla con los provinciales. Ellos se personan en Carabanchel y alertan a los estudiantes sobre *determinadas teorías*.

Don Luis se identificaba con los criterios del padre Bonamín. Pero se siente responsable del revuelo que se ha formado. El había invitado al conferenciante. Y escribe a los superiores de Turín para aclarar el malentendido. Ha encontrado las ideas del padre Bonamín serias y serenas. Sin pizca de crítica negativa contra los superiores. La idea de la *svolta* era correcta e histórica.

Mons. Bonamín recuerda hoy aquella anécdota. Sigue convencido de que sus impresiones sobre el viraje que estaba dando la Congregación por las circunstancias de entonces eran acertadas. El tiempo las ha confirmado. No sólo la Congregación; la Iglesia entera realizó esa *svolta* en el Concilio.

Cuando en 1965 don Renato Ziggotti presente la renuncia a su cargo de Rector Mayor, nadie dará crédito a sus oídos. «El soldado, el capitán, el guía... se retira.» Alguien le pregunta por qué. «Ya ha pasado la generación que se formó con Don Bosco —responde—. Yo debo dar este ejemplo. Hoy la Congregación vive otro ambiente. Se necesita el relevo de timoneles. Además, amigo, nadie nace y muere en una poltrona...»

Respecto a la idea de enviar jóvenes a estudiar, don Luis la ha defendido muchas veces. Durante toda su vida de formador sintió la preocupación de que los provinciales enviaran salesianos a estudiar a centros universitarios, sobre todo eclesiásticos. Más tarde, bien preparados, desarrollarían la labor de profesores en los seminarios, sobre todo en los Teologados.

* * *

La apertura de don Luis no es contestataria. Se mantiene respetuoso. Con todos. Admira a sus superiores. En uno de sus desahogos afirmaba, refiriéndose a un provincial:

«¡Con este hombre es imposible...! Pero es imposible, sobre todo, por la enorme fe con que hace las cosas; está convencido de que sirve a la causa de Dios; y de ahí nace su rigidez con la que contrastan otros aspectos de la realidad.»

Y dicho provincial afirmaba de don Luis: «Nunca jamás Chiandotto

se opuso a las orientaciones que dábamos los superiores. Era un carácter alegre, cariñoso. Jamás. No lo recuerdo. Es que no lo recuerdo.»

Sin embargo, sus luchas interiores desembocan en un sentimiento de fracaso. Las incomprensiones de los superiores y de los estudiantes le llevaron a afirmar confidencialmente, en el año 1964:

«He fracasado en el intento de crear ese sacerdote nuevo: más culto, más embebido en los problemas de la Iglesia, con capacidad de diálogo, de discusión...»

Una carta, escrita poco más de tres meses antes de su muerte, resuelve muchas dudas sobre las luchas y sufrimientos de don Luis.

Va dirigida a Marucha. Marucha es una religiosa que confió a Don Chiandotto sus dudas vocacionales. La carta es la respuesta a varias otras que la religiosa le ha escrito.

Don Luis, próximo a la muerte, ya no puede manejar sus manos. Y dicta la carta a un salesiano de confianza. Sólo cuatro letras ológrafas rubrican el texto epistolar mecanografiado: «Luis».

«Confidencialmente te diré más. Piensa que mi vida, en los años transcurridos en España, fue ver un montón de pequeñeces, trabajando y luchando continuamente —aún con superiores— para recoger frutos sólo después de muchos años. En esa lucha, y a pesar de todo, nunca he dejado de amar de verdad a las personas. Ahora te puedo asegurar que los frutos de aquellos esfuerzos están llegando y estoy contento de haber hecho lo que hice y de haber amado cuanto he amado.»

Creo que en estas líneas encontrarás, lector, la explicación a la vida entera de don Luis, desde su apostolado en España, a la que amó con pasión, hasta su lento y amoroso martirio en Roma, cuando la Iglesia entera —y por tanto el P.A.S., que era célula viva de la misma— sufrió las marejadas del Concilio; inevitables, pero precursoras de frutos insospechados y sólidamente duraderos.

El sí a la enfermedad

Se registra esta noticia en la crónica del Teologado de Carabanchel. El día 7 de noviembre de 1956: Comienza el Ejercicio de la Buena Muerte. Dio la conferencia reglamentaria don Rodolfo Fierro. Cae gravemente enfermo don Luis Chiandotto».

Recuerdo perfectamente la escena. La sala grande que sirve de estudio a los estudiantes de Teología. Don Rodolfo habla desde la cátedra. Con frecuencia solía invitársele a dar el retiro mensual. Pernoctaba en nuestra casa, pues se prestaba gustoso a que le utilizáramos como confesor extraordinario. En el amplio local, noventa y un estudiantes le escuchan, sentado cada uno ante su mesa de estudio. Detrás, en sillas, el personal de la casa. Junto a mí, se encuentra don Luis.

En un momento de la charla, le miré y advertí que estaba pálido. Le pregunto si le ocurre algo; y le aconsejo que se acueste en el acto. Lo hizo al terminar la plática.

Un poco más tarde, entré en su habitación. Me acerqué al lecho; y me confió, con el ruego de que no se lo comunicara a nadie, que había orinado sangre. Yo le respondí que aquello no podía ocultarse. Recuerdo que me dijo que ofrecía su dolor por los estudiantes de Teología.

A los pocos días, se traslada a una de las dos habitaciones instaladas en el local situado frente al despacho del director. En la estancia llamada de *las cristalerías*. Se le había puesto este nombre porque su pobre y llamativo adorno lo constituía un balcón con cristales coloreados por una vidriera de respetable antigüedad. Se le asigna la habitación de la derecha, según se entra en la estancia de las *cristalerías*.

El mal se agrava. A la cabecera del paciente se turnan algunos estudiantes. El enfermo delira. En su delirio exclama:

«Señor, te ofrezco estos dolores por la formación de los teólogos, por la expansión de la Iglesia, por el Papa, por la Congregación, por todos los superiores mayores. Mi vida te la he ofrecido a ti totalmente; con alegría en algunos momentos; con dolores en otros. Sirva esto de

expiación para la gloria de Dios Padre y para gloria tuya...» Estaba en su mente también la nación húngara, invadida por entonces por los comunistas rusos.

No sabe el enfermo que alguien recoge las palabras de su ofrenda.

Los médicos aconsejan internarlo para someterlo a una operación quirúrgica. Se elige la clínica de la Inmaculada Concepción, en la calle O'Donnell.

A las doce del mediodía del día 19 se le administra la unción de enfermos. Le advierto que su estado es grave, aunque no se encuentra a punto de muerte; que conviene que reciba los sacramentos.

«Prepárame tú.»

En el breve intervalo, pide que suba el barbero. Quiere estar aseado para la ceremonia.

Don Chiandotto sigue serenamente el rito de la unción; va contestando a las palabras del ritual. Antes se ha confesado. Probablemente recibiría también la comunión, aunque la crónica no lo dice. La comunidad reza en la capilla por el enfermo. Alrededor de la una y media, una ambulancia le traslada a la clínica de la Concepción.

En Carabanchel están preocupados por la enfermedad de don Luis. Se comienzan rogativas y oraciones públicas.

El mal se ha complicado con pleuresía y flebitis. Don Luis no puede ser operado. Habrá de permanecer una temporada en un centro antituberculoso: el sanatorio Iturralde. Tres meses serán suficientes.

El sanatorio antituberculoso distaba unos veinte minutos de nuestra casa. Pertenecía a Carabanchel Bajo. Se clausuró en 1967.

Vaya un recuerdo para aquellas Hermanas Mercedarias que con tanto cariño y sacrificio cuidaban a los enfermos tuberculosos. Allí acudíamos con gusto los sacerdotes del Teologado cuando requerían nuestros servicios ministeriales.

Increíble la estela de simpatía que, en tres meses, dejó don Luis entre enfermos, religiosas y médicos.

Muchos de los salesianos que cursaron sus estudios en Carabanchel recordarán con gran afecto a don Ruperto y al doctor Codina. El doctor Codina partió ya para la casa del Padre. Nada nos puede decir.

El doctor Casañas —don Ruperto— conserva el recuerdo de don Luis: su cordialidad, su bondad, su entrega; y que «en su visita diaria a los enfermos se detenía con él para disfrutar de su conversación».

Don Luis Chiandotto sufre intensos dolores. Sufre callando, con paciencia, con resignación:

«Más sufrió el Señor en la Cruz.»

La enfermedad le impide levantarse; pero no es obstáculo para que reciba visitas. Su amabilidad atrae a toda clase de personas. Algunas acuden a confesarse.

En el ambiente del sanatorio flotaba la idea de la muerte; morían los enfermos; todo el mundo lo sabía; reinaba el pesimismo. Don Luis infunde ilusión y alegría. Anima y conforta. Y él sirve de ejemplo.

Residía en el sanatorio otro salesiano, también enfermo, Pablo Corral. Ambos se comunican con frecuencia:

—¿No tiene usted dolores, don Luis?

—Mira, Pablo, nunca pude imaginar que el cuerpo humano pudiera resistir tanto dolor.

Hay también quien afirma que «en él se veía a Cristo doliente».

En el corto espacio de tres meses, ha dejado huella. Ha aprovechado cualquier ocasión para hablar de Dios, para acoger, para animar, para consolar física y espiritualmente... «Un sacerdote a pleno pulmón.»

* * *

El día 28 de febrero de 1957 abandona el sanatorio, ya repuesto del proceso neumónico. Permanece unos días en el Teologado; por supuesto en la cama.

Se va a celebrar por esas fechas el Congreso de Compañías de Sevilla. Ya sabemos cómo resultó y cómo don Luis, desde la cama, ha sugerido ideas, ha orientado ponencias y ha infundido ánimos a los dirigentes de las Compañías.

Restablecido de su pleuritis, puede someterse ya a la intervención quirúrgica. Le trasladan a la clínica de la Concepción. Y el día 5 de marzo entra en quirófano. Son las once de la mañana. Le asisten el director y don Juan Gil. La operación parece haber sido plenamente satisfactoria. Le ha intervenido el doctor don Enrique Pérez de Castro, profesor jefe del servicio de urología del Hospital Provincial de Madrid. Años después emitirá el siguiente informe: «Don Luis Chiandotto Favro fue intervenido por mí a consecuencia de una tumoración renal derecha que producía copiosísimas hematurias. La refrectomía indicada tuvo que ser demorada por un episodio pleurítico derecho que, según el especialista, no tenía carácter específico. Se llevó a cabo el 5-3-57 sin incidentes, siendo posible la enucleación del riñón sin dificultad por encontrarse el tumor capsulado (...). Los controles periódicos, generales y locales, en estos nueve años fueron siempre satisfactorios. Madrid, 28 de marzo de 1966».

El período postoperatorio fue lento y doloroso. Ya desde la primera noche de la operación, don Luis aparenta tranquilidad. Hay turnos de vela a su cabecera. El insiste en que no necesita nada. Sufre y disimula. Ni un lamento cuando arrecia el dolor; sólo musita jaculatorias. Y entre jaculatoria y jaculatoria, un recuerdo para sus estudiantes. «Todo lo sufría por la Congregación, por las almas y por los teólogos...» Pero se retuerce de dolor cuando le curan. «Tiene la sensación de que se parte en dos.»

El filósofo, el teólogo, el hombre se encara frente a frente con el problema del dolor; en su propia carne. Y lo acepta de un modo total. Absolutamente. Con plena libertad, desde un enfoque únicamente espiritual y cristológico:

«Esta es mi misa. Esta es mi misa. La misa mejor que he podido celebrar en mi vida.»

A su amigo Javierre le escribirá:

«Tantas oraciones y tanto interés por tu parte me han alentado en estos cinco meses de *dogma vivido*.»

A los médicos los trae despistados; desconcertados los tiene. Con testa vagamente a las preguntas de los facultativos. Responde a lo fundamental; pero los médicos quieren más: «Este hombre nos está haciendo la cusca. No sabemos dónde le duele, ni cuál es el grado de dolor que padece».

Dos días antes de su operación escribe una carta a una religiosa, sor María de la Virgen del Puerto (Araceli Delgado):

«Apreciada hermana en el Señor:

Al no contestar a sus cartas, podía usted pensar que me he muerto. Pues no, todavía no me he muerto. El día 19 de noviembre me administraron la Extrema Unción. Estuve unos días que si me voy o no me voy; y por fin, me he quedado. Pasado mañana, día 7, me operan de riñón, aquí mismo en la Clínica de la Inmaculada Concepción, en donde estoy hospitalizado. Si salgo bien de la operación —como es de esperar— me quedan los restos de una flebitis —a la pierna izquierda— que llevo arrastrando desde más de tres meses. Pero, vamos, lo peor, g.a.D. ya ha pasado.

Quizá se le ocurrirá preguntarme el por qué de tantos males. ¿Quién puede conocer y comprender los designios de Dios? ¿Será como una expiación de mis culpas o de los pecados de mis penitentes, de mis amigos...? ¿Será un modo de pagarle a Dios tantas gracias que me ha concedido en mi ministerio? (Precisamente antes de caer enfermo fui instrumento de tales conversiones, que bastarían por sí solas para justificar mi vocación al sacerdocio). ¿Será, quizá, para pagar por adelantado alguna gracia extraordinaria? No lo sé. Me fío de Jesús, le doy crédito. Lo cierto es que será para algún gran bien. Por de pronto, me he acercado más a El; y estoy contento. Pues nunca se parece uno tanto a Cristo como cuando sufre. Somos entonces como una prolongación de su Pasión; somos verdaderos miembros sangrantes de Cristo Crucificado.

Rece y haga rezar para que si Dios me confirma el don de esta segunda vida, que parece ofrecerme, me lo conceda para trabajar mucho y bien en el seno de su Iglesia. Desde luego, por lo que a mí me corresponde, estoy resuelto a gastar en el trabajo por Cristo, único sentido de mi vida, cada fibra de mi ser y cada instante de mi existencia. Que El disponga y quiera que así sea.

Dispense si, por una vez, he hablado tanto de mí mismo.»

Años más tarde confesará confidencialmente a algunos estudiantes que hubiera deseado morirse:

«Me hallaba tan feliz, tan deseoso del abrazo con el Padre...»

* * *

El día 23 de marzo el paciente regresa al Teologado. En el acto eucarístico de la tarde se entona un solemne *Tedeum* de acción de gracias por su retorno.

El día 25 da a la comunidad de Carabanchel las *Buenas noches*. Sonrisas y miradas de satisfacción se cruzan entre los estudiantes. En las palabras de don Luis hay un desahogo fraternal. Muestra su gratitud, no sólo a los superiores; toda la comunidad ha vivido intensamente la angustia de la enfermedad. No se han recogido las palabras de aquella noche; sólo una frase.

«Dios premia al que cumple su voluntad con resignación.»

Al día siguiente se celebra una *disputatio biblica*. Asiste también don Luis. Por primera vez —después de su larga enfermedad— aparece en un acto comunitario.

El mal va remitiendo, y el enfermo se recupera. Ya podrá volver a sus afanes y tareas. Más que *volver*, continuar. Don Luis no ha cesado de trabajar cuanto ha podido.

A finales de junio, tras un período de convalecencia, sale en avión para Italia. Conviene que pase una temporada con sus familiares. Los aires natales y la compañía de su familia le han de ayudar a reponer sus fuerzas.

El 8 de junio ha escrito una carta a Javierre:

«¿Mi salud? Como Dios quiere. Por ahora bien, en lo que se refiere al riñón. Lo único que me queda por solucionar es lo de la pierna izquierda en su flebitis. Parece que no hay más remedio que dejarme operar otra vez: total, se empeñan en dejar en callejón la principal vía venosa de la pierna. Dicen los entendidos que el conjunto de las demás pequeñas venas puede suplir muy bien. Parece verdad que en el mismo organismo humano cabe cierto régimen democrático. Con tal de que no haya muchas huelgas y muchos cambios de ministerios; si no...»

Regresa de Italia en agosto, el día 16.

Tres días después, se concentran en Zamora sacerdotes para un cursillo veraniego de Teología: «Asisten como profesores: don José Luis Bastarrica, don Juan Gil y don Luis Chiandotto».

Reemprende así sus antiguas tareas: profesorado, predicaciones y demás actividades del Seminario.

Pero no acaban aquí las secuelas de su enfermedad. La salud de don Luis no recobrará ya su *status* anterior. Le acompañarán las molestias físicas durante sus años de estancia en España y culminarán en lento martirio durante sus seis años restantes de existencia en su patria como inspector del Pontificio Ateneo Salesiano (P.A.S.).

Habrà épocas, durante su directorado en Carabanchel y luego en Salamanca, en que su salud se resentirá notablemente.

En algunas de sus estancias con la familia se le renovará el mal. Le sucede en agosto de 1963. El día 16 vienen a Salamanca noticias de que don Luis ha sufrido un fuerte cólico al único riñón que le queda. Acaba de llegar junto a su familia y tiene que ser trasladado urgentemente al hospital de Verona. En septiembre vuelven las noticias. Esta vez hablan de su mejoría. El día 14 del mismo mes, en el Teologado de Salamanca se recibe con aplausos al director. Regresa bien, en lo que cabe.

El día 12 de noviembre se le reproduce el mal que le aquejó este verano. Tiene que guardar cama. La recaída es grave; y el día 20 se le traslada a Madrid. En las *Buenas noches*, el vicario, don Salvador Bastarrica, informa a la comunidad. El viaje ha resultado satisfactorio. El enfermo ha quedado en observación. Tiene gran conformidad con la voluntad de Dios. Gran parte de sus sufrimientos los aplica por el Teologado.

* * *

Ha regresado don Luis el día 24, y da las *Buenas noches*:

«Gracias por vuestras oraciones. Parece que hubo un resto de infección, que ya está curado. El médico dice que estoy bien, que tengo cuerda para muchos años. Dios tanto se complace en su Madre, que quiere repartirnos sus dones a través de Ella; y yo he recibido la gracia de la salud.»

Ya en Roma, en el P.A.S., cuando su salud se va gastando, sentirá la necesidad de recoger algunas impresiones sobre su vida. El ya no puede escribir, y las dicta. Lo hace con la finalidad de que se las lean en el lecho de muerte. Entre otras revelaciones maravillosas, consta ésta:

«El año 1956 caí gravemente enfermo. Tenía el riñón derecho completamente destrozado. No pudiendo ser operado por la fiebre muy alta, de-

bida a una pleuritis, estuve reducido al borde de la tumba. En aquellos momentos tuve la sensación de que Dios *me salvaba porque me quería*. No contaban en cierto sentido mis méritos o deméritos. Dios, al margen de mis obras o incorrespondencias, me salvaba porque me amaba. Esta sensación la experimentaba profundamente en todo mi ser y me daba un sentido de seguridad en el amor de Dios hacia mí que me comunicaba una gran serenidad y me llenaba de alegría. En esta experiencia del amor de Dios veía mis infidelidades, mis no correspondencias a la gran gracia en el crisol del amor de Dios. Esta sensación del amor de Dios hacia mí no se ha desvanecido desde entonces en mi vida.»

Estas preciosas páginas, dictadas por don Luis, van escritas a mano, con letra muy grande y muy legible, por la directora sor Ana Grassi, como consta en el mismo documento. El subrayado pertenece al original.

Sin comentarios.

Yo, como catequista del Teologado, seguí paso a paso aquella terrible enfermedad; y puedo afirmar con entera convicción que Luis dio un sí total a la voluntad de Dios.

Un manantial..., hasta la vida eterna

«El ser viviente es el que crece desde dentro hacia afuera y no de afuera para dentro.»

Geniales, algunas frases de don Luis; y sobre todo, significativas, como ésta. Se la soltó a los estudiantes de Teología en unas *Buenas noches* hablando de la mediocridad y fracaso de algunos sacerdotes.

«Estos sacerdotes carecen de piedad, de amor a Cristo; y al darse a la acción se van vaciando poco a poco por dentro, hasta quedarse totalmente vacíos. Les falta la Gracia-caridad, amistad con Cristo. Esta es como un manantial interior que siempre mana agua viva que salta hasta la vida eterna. Llena la copa de tu alma hasta hacerla rebosar en obras externas de apostolado. Ésta alma, por mucho que se dé, nunca quedará vacía, pues tiene dentro un manantial...»

Pienso que se necesita una buena dosis de atrevimiento, y hasta osadía, para lanzar tamañas afirmaciones. Supone que quien las pronuncia no sólo está convencido, sino que vive lo que predica, a no ser que se trate de un hipócrita.

¿Tenía don Luis su *copa* llena de esta riqueza interior? Le rebo-saba, diría yo.

Ya he dejado escrito que las orientaciones y vivencias que de joven asumí durante sus estudios en Conde Rebaudengo marcaron la trayectoria de su vida cristocéntrica. Ha afirmado don Gemmellaro que «en el Estudiantado se cultivaba un ardentísimo amor a *Alguien*, es decir, a Jesús».

El mismo don Gemmellaro nos traza, en síntesis, el perfil de Luis estudiante: «Realizaba día a día extraordinariamente lo ordinario... Su cultura iba encaminada al servicio de la Congregación, de la Iglesia; al crecimiento personal en el diálogo fraterno, de mayor inserción en la Congregación, según el estilo y autoridad de Don Bosco y de sus sucesores; y ésta fue la característica constante de su vida. Un hombre cada vez más comprometido en negociar los talentos de oro que el Señor le había concedido».

No es Don Gemmellaro el único que nos dibuja la personalidad interna de don Luis. Quienes le conocieron después, ya sacerdote, han echado su cuarto a espadas; y sin detenerse en matices y detalles, me han proporcionado diseños extraordinariamente interesantes.

Ahí va uno: «El hombre que creyó y amó. El hombre que vivió al máximo las tres grandes virtudes: Fe, Esperanza, Caridad. La fidelidad a Cristo. El hombre optimista cien por cien, o como diría alguien, el *optimista impenitente* (...). Fue el hombre identificado con Cristo en el sufrimiento y en el lecho de los dolores (...). Un doble de Cristo que, como El, pasó por la vida haciendo el bien y gastándose en redención por las almas. Con una obsesión: la gloria de Dios y la felicidad de los hombres».

Algo llamaba poderosamente la atención en don Luis: «su profunda vida interior, su gran autenticidad y unión con Dios, su vivencia de Cristo».

Sí. Cristo lo es todo para él. Es hombre de fe profundísima. No se anda con concepciones ascéticas raras. Vive un Cristo muy cercano. El Jesús que está presentando la Cristología moderna: un Cristo profundamente preocupado por el hombre; un Cristo que, siendo Dios, se le ve humano, tan cariñoso, tan preocupado por cumplir la misión del Padre, de hacer que el hombre sea hombre. No se anda por los Cristos especulativos, escolásticos o de elucubración mental. Camina por la vida con un Cristo al que quiere ser vivido y encarnado en el hombre de hoy.

El 4 de junio de 1959 escribe una carta a sor Araceli sobre la *vida espiritual*. Pudorosamente le viene a decir que está transcribiendo su propia forma de vivir, su misma vida «que es Cristo»:

«¡Quién pudiera comunicarle tantos pensamientos sobre la vida espiritual, que es Cristo, y tantos sentimientos capaces de transformar una vida! Pero existe como un pudor natural que prohíbe casi el descubrir —y más por escrito— lo que uno tiene de más personal, de más íntimo, y por eso mismo más oculto (...). Sólo diré que estas ideas son mías, muy mías, y muy vividas, intensamente iluminadas por mi inteligencia, día a día, en constante meditación y casi incandescente por el fuego de mi corazón (...). El, si no es mi vida, por lo menos es el programa de mi vida. Esta es la razón de mi vida: ser otro Cristo que anda por las calles de mi ciudad, en mi siglo, en este ambiente, para que los hombres de ahora, de esta cultura, con estos defectos y pecados de la edad presente, sientan llegarles la acción benéfica de la Muerte y Resurrección de Cristo (...). Ver el mundo, las personas y los acontecimientos en Cristo. Con otras palabras: Ver a Cristo en cada persona. Jesús sigue viviendo en la persona de sus miembros: Jesús sonríe con los niños, que miran con ojos limpios y alma inocente; Jesús enseña en los maestros que enseñan; Jesús sigue sufriendo en las personas que padecen; sigue perseguido y sigue muriendo en los miembros de la Iglesia perseguida; sigue santificando en las personas de sus miembros. Es el mismo Jesús quien prolonga su vida en la persona y en la vida de sus miembros. Hemos de ver a Cristo en todos...»

Y pone fuego en la explicación de la Cristología. «Se adelantó a su tiempo por la importancia que dio a esta materia teológica. La figura de Jesucristo que él nos exponía en las clases, conferencias, sermones resultaba iluminadora, fascinante. Sus clases calaban. Más que aprender, medité.»

No se para don Luis en la mera enseñanza. Comunica a los estu-

diantes lo que lleva dentro, a Cristo. Tiene clara la idea de lo que Cristo debe ser para el sacerdote.

Le preguntan en una conversación privada sobre las *características* claras de la vocación sacerdotal de una persona.

—Vamos a ver. ¿Tú sabes si para ese *teólogo* supone algo Jesucristo? ¿O Jesucristo no le dice nada?

—No, parece que para éste no significa nada serio.

—Pues dile que no puede ser sacerdote; que se marche.

No duda don Luis de que la vocación está marcada esencialmente por la *vivencia de Cristo*. En sus estudiantes, le preocupa la interioridad con Cristo, entusiasmo, contagio, pasión por El. Que orienten su vocación al sacerdocio hacia la identificación con Cristo.

Y eso por la fe que él posee. Es hombre de fe. Bien conocía don Luis la frase de la carta a los Hebreos: «La fe es la garantía de lo que esperamos; la seguridad de lo que no vemos» (Hb 11, 1).

Seguridad y garantía tiene don Luis. No lo disimula; lo confiesa abiertamente. En un charloteo de corrillo, alguien le insinúa:

—Usted no tiene fe, porque habla de una manera que no concuerda con aquello de que *la fe es creer lo que no vemos*. Usted da la impresión de poseer la evidencia de lo que está diciendo.

—Si tú llamas a eso fe, yo te diría que no tengo fe. Yo la fe, la traduzco en confianza. Yo me fío.

No fue una salida de emergencia. Se lo tenía bien pensado y meditado. Lo dejará plasmado en otra carta. La carta toda es una clarividente y sencilla catequesis sobre Jesús de Nazaret. Extractamos algunos párrafos:

«Y Jesús, ese hombre tan perfecto, tan equilibrado, tan sabio, tan bueno, dijo que era Dios y lo probó con milagros y resucitó y nos reveló el mensaje del Padre que es el mensaje de la salvación de los hombres, y fundó una Iglesia y le dio una misión en la historia. Y nosotros, aún viviendo y sufriendo el drama de nuestra vida, tenemos el consuelo y la firmeza de la esperanza.

A Dios infinito le comprendemos tan sólo en mínima parte; desborda nuestra inteligencia (...). Pero lo poquito que se nos alcanza de Dios y de su acción en el mundo es tan maravilloso, tan estupendo, tan colosal, y es prueba tan clara y tan grande de su infinito amor para con nosotros, que nuestra inteligencia se rinde y el hombre se le entrega por la fe en un abandono total en los brazos de su amor de Padre y de hermano (...).

Hay una certidumbre más clara que el sol: una vez intervino en el mundo de una manera increíble; una vez intervino en mi vida, amenazada de condenación eterna, con su increíble amor, tan infinito que el corazón más exigente no puede desear más: Dios mismo se hizo hombre, me vino a buscar, me habló y se entregó por mí, murió en cruz por mí.

Es esta certeza tan clara, tan grande, tan consoladora, que es como para enloquecer. ¿Qué más le puedo pedir? No le entenderé siempre; pero ya nada podrá oscurecer esta certeza. Veo tan claro su amor, me lo ha probado tan terriblemente, que es una prueba de amor llevada hasta la locura. Por eso, no le entenderé siempre, pero sin más, me fío de El. ¡Le creo! Me entrego a El, sin condiciones; me rindo a su amor aunque fuera a ciegas, aunque no comprenda ya nada de su conducta conmigo. Me fío. ¡Le creo! (...). Sé que me ama, que cada acto suyo es un acto de amor para conmigo, aunque no lo entienda, aunque me haga sufrir.»

* * *

La misa y la oración. Dos manantiales en donde don Luis bebe el amor de Dios y de Cristo. Su vida de oración se trasluce en su manera

de ser, en su modo de obrar, en su forma de pensar. Su piedad se transparenta en la exposición de la doctrina, en las oraciones antes de la clase, en su recogimiento durante la meditación y el rezo del Breviario, en las visitas a Jesús en el sagrario (no fallará a la *tradicional* después de las comidas) y en las jaculatorias a lo largo del día...

«Hombre de Dios, hombre de fe profunda, hombre de contacto habitual con el Señor; nada hacía —fácil o difícil— sin conectar con El. Cuando se le presentaba un problema, le faltaba tiempo para ponerse en sintonía con el Señor.»

Así sucedió en aquella ocasión. Don Luis se encuentra ante un problema difícil. Ha quedado con su secretario para una conversación, a hora fijada. Pasa el tiempo, don Luis no ha acudido a la cita. Al cabo de dos horas aparece ante la impaciencia de su secretario que le tacha de informal y le reprocha su falta de puntualidad.

«He estado ante el sagrario, solo. No pienses que ha sido una evasión. He estado estas horas diciéndole al Señor: *Señor, no encuentro la solución. Por favor, dame pautas*».

Y la misa. «Sus misas no sonaban a palabras vacías; eran pura vida...».

«¡Qué horrible es acostumbrarse a decir misa, caer en la rutina!»

Don Luis escribió un librito sobre la Eucaristía.

La edición coincidió con el período de su propio dolor, la larga enfermedad que alcanzó su vértice, no su fin, en la amputación del riñón derecho afectado por el cáncer.

Misa y rosario lo tituló. En ciento diez páginas recoge don Luis pensamientos, convicciones y dogmas convertidos en experiencia de Dios a través de su propia vida.

Rezar el rosario durante la Eucaristía constituía una tradición en los salesianos, y en otros institutos religiosos. Había nacido la idea del mismo Don Bosco. Las misas, en latín y el sacerdote de espaldas al pueblo, suponían un rito casi ininteligible para la gente; más para los muchachos, que estaban obligados a la misa diaria y se encontraban pasivos. Don Bosco intuyó esta forma de participación, que se estableció como costumbre y tradición en nuestras casas.

En este contexto, don Luis quiso armonizar en *Misa y rosario* la acción del sacerdote con la meditación de la Eucaristía a través de los misterios del rosario. Los destinatarios del librito no son los muchachos; son los educadores en la fe. Les corresponde a ellos explicar al pueblo sencillo el tesoro que encierran en sus misterios la misa y el rosario.

A propósito. Recuerdo que cuando lo tuvo escrito, me pidió que lo llevase a la Curia del Obispado de Madrid para la censura y aprobación. Accedí un poco de mala gana. Por aquella época, había comenzado un fuerte movimiento litúrgico que centraba la atención de los fieles en el santo sacrificio; desechaba, por tanto, cualquier acto piadoso que se practicara durante la celebración. Por eso pensaba yo que el libro no sería del agrado del censor eclesiástico. Así fue, pero emitió el «nihil obstat». Es evidente que el librito en cuestión no pudo tener mucha resonancia; pero ahí está, válido aún en nuestros días en su pensamiento teológico, sólido, denso, fácilmente digerible, y vivido an-

tes por él en su persona durante aquella enfermedad que fue *su misa*, según su propia expresión.

«La vivía a fondo, concentradísimo, pero sin cosas extrañas.» Alguien que le ayudaba a misa le observó, en cierta ocasión, como inquieto, preocupado, muy emocionado. Ya en la sacristía, le hace notar su observación a don Luis.

«¿Y te parece que me produce poca preocupación este grupo de *teólogos* que acaban de ordenarse de diáconos? ¿No es para preocuparse pensar en el futuro de estas personas a las que Dios llama al sacerdocio?»

Extendía la vivencia eucarística a todas las personas y a todas las situaciones del día. «Decía que cuando trabajaba con los estudiantes se sentía unido al acto creador de Dios, y cuando se encontraba mal vivía el acto redentor de Cristo, porque entonces sólo podía ofrecer sus dolores.»

La Eucaristía no es un mero rito para don Luis. Es fe, amor, sacrificio. El Sacrificio, con mayúscula, y el sacrificio, el hombre convertido en *hostia*; «pensamientos, afectos, palabras y obras se convierten en pequeñas hostias que ofrecerá el sacerdote cada día con su hostia grande en la patena de su misa».

«Desde que el Verbo se hizo hombre y murió en la cruz, no hay verdadero amor sin sacrificio. En la cruz se encuentra y se demuestra el amor. Cada día es Viernes Santo. Cada día es Pascua de Resurrección en el altar de nuestro sacrificio.»

El amor a Cristo no va solo. Han quedado plasmados, fotocopiados diría yo, en el alma de don Luis los dos grandes amores de Jesús: el amor a María, su madre, y el amor a la Iglesia, su Cuerpo.

* * *

El amor a la Virgen Auxiliadora lo había asimilado don Luis en el noviciado, de su padre maestro, Don Biancotti, y de su director don Pedro Olivazzo.

«Su amor a María no tenía límites. La mezclaba en todas sus cosas. Le dedicaba cada día oraciones especiales. Y trataba de propagar su devoción, su amor, a todas las almas con quienes trataba.» En un segundo plano, sí; el centro para él era Cristo; pero María gira alrededor de su Hijo formando una unidad, como el electrón gira alrededor del núcleo.

Don Luis sostenía que María era la razón de la «Esperanza» (*Tota ratio spei Maria*); que Dios se sirve de María para alentar la esperanza entre los hombres. Y aplicaba a María Auxiliadora ese matiz por el que María era la Razón de la esperanza: como Auxiliadora. El hubiera deseado un estudio mariológico salesiano sobre este argumento.

Gran número de sus conferencias, charlas y *Buenas noches* a sus estudiantes versaban sobre la Virgen, en concreto bajo el título de María Auxiliadora; con una teología adecuada, pero, al tiempo, con la conciencia de hijo de María, que traslucía, que contagiaba.

«El cuerpo de María fue el más precioso sagrario, el más rico cáliz y copón que contuvo el cuerpo de Jesús. El Cuerpo de Cristo fue antes Cuerpo de María. De ahí la gloria de la Asunción. La Carne de Cristo

que tomo en la Comunión y la Sangre de Cristo que bebo fueron antes carne y sangre de María. ¡Comunión con Cristo y con María!»

Y confiaba en su amor como en el de Cristo. En unas *Buenas noches* comunicó a los estudiantes que padecía de un cálculo al riñón, que no lograba expulsar con los medicamentos. Llegó a sus manos una botella con agua de Lourdes; la tomó con confianza, y a los dos días expulsó la piedra. Apostilló que la Virgen le había concedido esta gracia, «aunque no le era necesaria para convencerle de que la Virgen le amaba».

«La Reina de sus amores, la *Mamá* como diría tantas veces, era la Virgen para don Luis.»

¡Cómo vibraría su espíritu aquel 15 de agosto de 1969 en las cumbres de los Alpes! Había transcurrido en el P.A.S. un curso bastante borrascoso; quizás tuviera clavado en el alma el aguijón del desánimo ante la responsabilidad de su cargo de inspector. Pero, en las alturas goza; y lanza hacia Dios y hacia los hombres su canción de sereno optimismo. Escribe desde Oulx:

«Ayer día 15, fiesta de la Asunción de la Virgen, nuestra *Mamá*, después de misa, hice una escalada a la montaña, en los Alpes, entre Italia y Francia. Quería recoger con mis manos unas *estrellas alpinas*, flores que crecen tan sólo en las alturas sobre los tres mil metros y que resisten a cualquier vendaval, calor y hielo (...). Las bese el sol ardiente de la montaña o las azote el viento huracanado y frío de las tormentas o queden sepultadas bajo la nieve, allá quedan siempre inmutables, blancas como las nieves de los glaciares, suaves como una caricia con sus pétalos de terciopelo y recias como una roca. ¡Cuántos símbolos hermosos! (...). Allá arriba en las altas montañas, me sentí más cerca de Dios, después de la fatiga, y más cerca de la Asunción. Allá arriba, tendido cara al cielo sobre una piedra, a solas, le hablé a la Virgen de usted y su futuro. Cuando, por la noche, bajé hasta nuestra casa, a los mil metros, aunque algo cansado físicamente, me encontraba contento, feliz y con fuerzas juveniles para arrostrar con optimismo el porvenir.»

Y con Cristo y María, «amor apasionado a la Iglesia».

* * *

«Tenemos que amar a la Iglesia como la amó Cristo. No se puede amar a Cristo sin amar a la Iglesia. Tenemos que gastarnos por ella; tenemos que ser en ella, con nuestra vida, una respuesta de gratitud a Cristo por cuanto El la amó e hizo por ella. Hay que estudiar el Concilio...»

Entusiasmo pone él al comentar la Constitución Dogmática *Lumen Gentium*, nacida del Vaticano II.

Posee don Luis intensa conciencia eclesial, marcada fundamentalmente por la Cristología y por una fuerte profundización de la realidad sacramental. De aquí le viene su clarísima idea del ministerio sacerdotal y de lo que supone ser sacerdote en la Iglesia y para la Iglesia.

Antes de la celebración del Concilio, predicaba:

«Espíritu católico. Somos Iglesia: antes que de la Congregación, somos de la Iglesia. O mejor: servir a la Iglesia a través y por medio de la Congregación.»

En sus charlas a los estudiantes de Teología, como educador de educadores, insiste en que hay que «formar laicos apóstoles», misioneros,

«preparar la levadura, el fermento»; que nuestros jóvenes de los colegios «tomen contacto con la parroquia, que se integren en asociaciones parroquiales y que ayuden al párroco».

¿Cómo compaginar colegio y parroquia?

«Tenemos que favorecer este trabajo parroquial; por ejemplo, facilitando con generosidad la salida de nuestros chicos, aun los internos, a las reuniones que, de vez en cuando, se realizan en las parroquias (...). Aquí contará mucho la prudencia de los superiores. Pero es necesario, y seguramente el Concilio abrirá nuevos horizontes.»

Vive las jornadas misioneras. No se cansa de repetir que «la Congregación es para la Iglesia» y que «vivir la idea misionera salesiana es vivir la dimensión eclesial de nuestra Congregación».

Somos Congregación misionera; desea la máxima generosidad posible, hasta el infinito. Se lamenta de la escasez de sacerdotes misioneros. Afirma que «hay que estar dispuestos a ir donde nos pidan».

«Somos para la Iglesia. Así como se reparten los bienes materiales, deberían repartirse los espirituales. España es multimillonaria; América vive en condiciones infrahumanas.»

Y amor al Papa.

«Con qué cariño y veneración hablaba del Papa.» No concibe el amor a la Iglesia sin la obediencia y amor al Pontífice. El vicario de Cristo será para él una figura a quien ama, defiende y obedece como verdadero representante de Cristo.

Sabemos que tuvo varias entrevistas con Pablo VI a quien admiraba, por su personalidad.

Sí. «Don Luis era un hombre de Iglesia, de arriba abajo.»

Y de estos amores nutría su *vida interior*. Y así surgió en él «ese manantial que mana hasta la vida eterna».

Director por santa obediencia

Toda la Inspectoría desmadeja un rumor, en agosto de 1959: «Don Luis Chiandotto será el nuevo director del Teologado».

Los estudiantes no están en Carabanchel. Terminado el curso, se han repartido por los distintos centros de la Inspectoría. Tampoco algunos profesores se encuentran en la casa. El mismo don Luis ha buscado la tranquilidad y el descanso en la Casa de Sarracín (Burgos).

La noticia salta de colegio en colegio, de boca en boca. Muchos no dan crédito a los rumores. Puede ser un bulo. Todos los veranos se devanan novedades de cambios y reajustes del personal de las casas; muchos de ellos falsos, incluso tendenciosos. ¿Quién lo va a creer? Es un hombre enfermo. No podrá soportar la difícil carga del directorado...

Los rumores eran ciertos.

Don Luis está ausente de Madrid. Entre sus tareas estivales ha encontrado un hueco para descansar. Ha elegido el Colegio de Saldañuela; un antiguo palacete renacentista reconstruido por la Caja de Ahorros Municipal de Burgos. Convertido en Escuela de Agricultura, ha sido encomendada a los salesianos hace cuatro años. Unos diez kilómetros dista de la capital de Castilla, y uno del pueblo de Sarracín a cuya demarcación pertenece.

En la paz de la casa solariega y en el ambiente campestre busca don Luis descanso, lejos del bullicio de Madrid.

Pero el teléfono acorta las distancias.

El provincial, don Alejandro Vicente, está al otro lado del hilo telefónico. Comienzan hablando de asuntos sin trascendencia. No tarda en llegar el verdadero motivo de la llamada: Que «después de consultar con los superiores, habíamos determinado todos nombrarle director del Teologado de Carabanchel».

Don Luis se sorprende. Se pone nervioso. Tarda en responder. Luego, se disculpa: que no reúne cualidades, que su salud es precaria, que no vale... Ruega encarecidamente. Suplica humildemente.

Se intercambian insistencias y ruegos. Corta la discusión el provincial: «Ya que se había consultado con los superiores, debía acceder».

Don Luis queda perplejo. Afirman que lloró.

—Le ruego con toda mi alma que no me nombre director.

—Mire. Yo no le consulto. Se lo mando por obediencia.

—Si a usted le parece que debe ser así, así lo acepto. Si Dios lo quiere, obedeceré.

«Don Chiandotto era un santo; un hombre siempre alegre, buen religioso; le idolatraban en todas partes. Este era el motivo de que nosotrosuviésemos deseos de que se pusiera al frente del Teologado», comenta don Alejandro Vicente.

Los rumores desaparecieron y dieron paso a los comentarios. La noticia confirmada es recibida con alegría por profesores y alumnos. Todo el personal de la casa está conforme con el nombramiento.

No lo está don Luis, que suspira, sufre y llora. Las exhortaciones de don Luis Grena, director del Colegio de Sarracín y compatriota suyo, y la aceptación de la voluntad de Dios le aquietan.

El día 31 de agosto llega a Carabanchel el nuevo director. Se celebran su nombramiento y llegada, así como la despedida de don Maxi, director cesante. A don Maxi la obediencia le encomienda el colegio de Estrecho, en Madrid. Don José Antonio Rico pasa a desempeñar el cargo de consejero, en el lugar de don Luis.

El último día de septiembre se incorporan los estudiantes al Seminario de Carabanchel. Figuran en el elenco veintisiete alumnos en cuarto curso; veinticuatro en tercero; veintiocho en segundo; treinta en primero. Por Inspectorías, sesenta y siete pertenecen a la Provincia de San Juan Bosco (Madrid); cuarenta y uno a la de Santiago el Mayor (León), y uno a Brasil.

Les rinden honores a los directores entrante y saliente. Una sobremesa muy sencilla, muy espontánea y sinceramente sentida. Está presente también don Alejandro Vicente, el provincial.

Como es de rigor, en el brindis, tomaron la palabra los dos homenajeados. Don Luis, con su humildad característica, manifestó que le costaba resignarse a aquella obediencia. Ya se encargaría don Alejandro Vicente de devolverle los ánimos...

* * *

Ha quedado inaugurado el curso lectivo en Carabanchel.

Parece que algunos albergan la ilusión de que *algo* cambie en el Teologado. El espíritu abierto del nuevo director infunde ciertas esperanzas.

Las actas del Consejo de la casa nos hablan de una asamblea que se ha celebrado el 1 de septiembre. Preside don Luis, ya como director, y reúne a todo el personal educador. Esboza las líneas generales de su programa. Quiere abrir caminos nuevos.

En primer lugar, tiene un recuerdo para don Maxi. Resalta del antiguo director el espíritu de observancia religiosa. Todos deben poner empeño por conservarlo, empezando por la exacta observancia de las Constituciones.

Debe existir unión de mente, de criterios; en lo fundamental de la vida salesiana, claro; y de corazón. Unidad y bienquerencia mutua, a pesar de los defectos.

Elevar el nivel cultural del Teologado. Volcarse en la tarea docente y formativa; no sólo en las clases... Saber renunciar a las tareas ex-

ternas, respetando las distintas ocasiones de ejercer el ministerio sacerdotal.

Lograr que los estudiantes acepten la labor de los formadores con buena disposición. Don Bosco revela el secreto: «Quererlos y hacernos querer. Queramos lo que ellos quieren; estudiemos sus intereses y, si son buenos, procuremos complacerles. Esto no significa que tengamos que seguir una política de concesiones».

Sí que hubo mayor apertura, una cierta mayor libertad. Se ganó en espíritu de familia, dicen algunos. Pero, bien entendido, cuando llegaba el momento de exigir, él sabía estar en su puesto. Don José Antonio Rico, en el cargo de consejero, le facilitaba la labor de *no concesiones*.

Dos años más permanecieron los estudiantes de Teología en Carabanchel. Luego vendrá Salamanca. Allí cambiarán un poco las cosas. Serán los años del Concilio. Pero en Madrid sólo se da una tímida apertura. Cambian las personas, no las leyes; y don Luis ha dicho que hay que conservar la fidelidad y la exacta observancia de las Constituciones.

En la visita oficial, canónica, que cada año cursan los provinciales a las casas, queda constancia de que se mantiene la situación anterior.

El 7 de mayo de 1960 es don Alejandro Vicente quien afirma en el libro de las visitas que «el cambio de director no ha supuesto variación en la orientación de la Casa». Ve que «reina verdadero espíritu de familia» y recuerda a los superiores que «estudiantes que salen a ayudar a los Oratorios de Madrid los domingos y días festivos regresen a tiempo al Teologado».

Tras un año de directorado en el colegio de Estrecho, don Maximiliano Franco y sucede en el cargo de inspector a don Alejandro.

También él deja escritas sus impresiones en su primera visita canónica: «Gracias a Dios, encontré excelente espíritu, observancia religiosa, ambiente sacerdotal y un afanoso trabajo común para alcanzar la finalidad del Teologado. A nuestros buenos y abnegados superiores les animo a que sigan dedicados de lleno a esta misión: la de formar sacerdotes del Señor. Y el Señor premiará su trabajo y su renuncia a otras cosas.»

Resulta fácil intuir los sentimientos que animan a ambos inspectores: «Conservar el espíritu».

De apertura, poco. Habrá que confiar en que don Luis rompa los hielos. Los impacientes se exasperan; los optimistas aguardan tiempos mejores.

Pero se dan casos de intransigencia.

Eran bastantes los estudiantes que salían a colaborar en los colegios de Madrid, en los Oratorios Festivos. Debían regresar a Carabanchel para la hora de Vísperas. Sin embargo, en algunos colegios, en fiestas importantes, proyectaban películas, se organizaban campeonatos futbolísticos. Los directores invitaban a los estudiantes de Teología a participar en estos espectáculos. En el Teologado tenían terminantemente prohibido asistir a esas funciones, porque de lo contrario, no llegaban a tiempo al canto de Vísperas.

Debió ser por la fiesta de la Inmaculada. Corren rumores de que algunos han contravenido la norma. Los llama don Luis, uno a uno. Les

interroga. A quienes confiesan su culpabilidad les aconseja que por el momento no pidan las Ordenes Sagradas correspondientes. Así no se llevarán después un berrinche. Eran disposiciones de *arriba*.

Algo semejante ocurre con la lectura de la prensa. Había un artículo en las Constituciones, vigentes en aquel entonces, que legislaba este extremo: «La lectura de los periódicos y los medios de comunicación social se regularán según la prescripción del inspector». Y las prescripciones del inspector eran tajantes: prohibido leer los periódicos a los estudiantes de Teología.

Menudo alboroto se armó el día en que, de la sala de profesores, faltó el periódico. Alguien lo había sustraído. Se llevó a cabo un registro por los dormitorios. Y se descubrió al autor del secuestro...

Parece que existe una contradicción en los formadores. Por una parte, insisten en que lo importante es la formación; por otra, todos los lunes aparecen en la cartelera mural los resultados de los partidos de fútbol del domingo. Allí van los estudiantes a embeberse. ¿Por qué no ponen también artículos de fondo o editoriales de los periódicos? Los alumnos se sienten defraudados; algunos hasta escarnecidos.

¿No responderá esta actitud de los superiores a las líneas directrices de don Luis: «Queramos lo que ellos quieren...?» Bastantes estudiantes vivían con pasión el deporte.

Los formadores se atenían a lo mandado: «Prohibido leer periódicos»; aunque a nivel interno, veían una puerta abierta: «Exhibir lo que más anhelan».

* * *

El Teologado de Carabanchel se extingue. Padece de senilidad. El viejo caserón va a ceder su vetusta sabiduría teológica a un recién nacido seminario en la cuna hidalga de la vieja cultura castellana.

El curso 1960-61 será el último en que los estudiantes de Teología cursen sus estudios en Madrid. Desde hace varios años, se está edificando en Salamanca una instalación capaz de albergar cómodamente a todos los seminaristas que penosamente acoge la casona de Carabanchel.

Todo empieza a ser *lo último*: las últimas navidades, la última fiesta de Don Bosco, la última Semana Santa, las últimas ordenaciones... Estas tienen lugar el 24 de junio de 1961. Con ellas se cierra oficialmente el año escolar. Dieciocho estudiantes del último curso reciben la consagración sacerdotal. Pertenecen a las Inspectorías de Madrid y León.

Las Hermanitas del Asilo de los Ancianos Desamparados ceden su iglesia para la función religiosa. Nuestra capilla no se prestaba para la solemnidad del acto, ni ofrecía capacidad suficiente. Actúa como ministro consagrante monseñor Juan Manuel González de Arbeláez.

* * *

Salamanca, Salamanca,
renaciente maravilla,
académica palanca
de mi visión de Castilla.

Así cantaba Unamuno a la ciudad del Tormes. En esta sabia ciudad se ha levantado el nuevo Teólogo.

¿Por qué? ¿Qué razones impulsaron a los superiores a trasladar el centro de estudios teológicos a Salamanca?

El profesorado de Carabanchel se oponía a este traslado. Deseaban una construcción de nueva planta, pero sus preferencias se centraban en Madrid. ¿Por qué en Salamanca?

Las razones parecían obvias a los superiores. A la hora de proyectar un nuevo Estudiantado había que pensar en su ubicación. Madrid, por entonces, no tenía Universidad Pontificia. Salamanca, sí. De hecho, las más importantes congregaciones religiosas se han planteado el mismo dilema. Y la ciudad se ve rodeada de seminarios mayores: «el cinturón del incienso», «académica palanca de Castilla».

El nuevo edificio tiene forma de U mayúscula. La fachada se alarga ciento veinticinco metros, sin contar el pequeño edificio anejo que servirá de vivienda para las religiosas salesianas; los cuerpos laterales miden noventa metros cada uno. El patio interior se orienta hacia el hermoso y feraz valle de Tormes, que serpentea caprichoso fecundando la campiña. El espacioso patio abarca setenta por setenta metros. La famosa Plaza Mayor de Salamanca le tiene casi envidia, porque, a su lado se ha quedado pequeña; ya no parece la mayor plaza de Salamanca.

El cuerpo central del edificio levanta cuatro plantas. En él se han instalado la residencia de los alumnos, con capacidad para trescientos; los despachos del catequista, de la administración y dirección; y amplias salas para gabinetes. El ala derecha alberga el salón de actos y la iglesia.

En Carabanchel se habla de capilla, modesta, reducida, recoleta. La de Salamanca se da aires de iglesia-colegiata. Tiene capacidad para cuatrocientas cincuenta personas. Su presbiterio, concebido de cara a las ordenaciones sacerdotales, es amplio y espacioso. La aguja de la torre se eleva a cuarenta metros de altura.

El ala izquierda del nuevo seminario consta de tres plantas. En ellas se han distribuido el refectorio y la cocina; el estudio general, aulas y biblioteca; enfermería con su capilla particular y otras habitaciones.

En el interior del edificio una admirable inmensa galería de seis metros de ancha y doscientos treinta de larga abraza al patio.

Las fachadas están construidas de zócalos de granito y paredes de ladrillo visto rojo; y abren a los exteriores quinientas cuarenta y una ventanas...

El resultado final ha sido un edificio ampuloso, de líneas nobles y vista sobria y elegante. Un seminario *salomónico*. Los que van a vivir en este verdadero palacio, ¿no añorarán el viejo casón de Carabanchel con su casi miseria cenobítica? Los impulsores de esta inmensa obra han sido don Alejandro Vicente, provincial; y don Jesús Marcellán, ecónomo inspeccional. La supervisión de los trabajos la realizó don Félix Azpeleta.

El dinero para la construcción ha salido de las limosnas de los bienhechores; especialmente de la magnificencia de los señores marqueses de Alava.

Doña Concepción Narváez y Ulloa tuvo por primer marido a don

José María de las Bárcenas, quien a mediados de octubre de 1936, murió fusilado en el cementerio de San Isidro en la época de la *represión roja* en Madrid. Tenía cuarenta y seis años.

La marquesa contrajo segundo matrimonio. Esta vez con don Narciso Zulueta y Martos, marqués de Alava.

La contribución de doña Concepción Narváez y su esposo a los gastos del Teologado pudo ascender a unos treinta millones de pesetas, sobre un coste total presupuestado de unos cuarenta millones, dice don Emilio Alonso.

Palabras textuales de don Alejandro Vicente: «El Teologado de Salamanca se hizo con las limosnas de los bienhechores, especialmente, con las de los señores marqueses de Alava».

Los salesianos no olvidarán jamás a estos insignes bienhechores. Don Luis en particular. Reinaba entre ellos mutua amistad y admiración recíproca.

Don Luis les invitaba, año tras año, a la fiesta de las ordenaciones sacerdotales. Y ellos actuaban de padrinos de los misacantanos. La marquesa, de salud precaria, no siempre asistía; nunca faltó a la invitación don Narciso. Le encantaba venir a Salamanca. Aprovechaba cualquier circunstancia para pasar uno o dos días en el seminario. Se mostraba muy sencillo en el trato con los estudiantes y profesores. Y en las sobremesas, que se le ofrendaban, llegaba a emocionarse hasta las lágrimas.

Cuando don Luis sea ya inspector del P.A.S., los señores marqueses se interesarán por él, por su actividad, por su salud. Existía recíproca correspondencia. Don Luis recibirá en Roma un telegrama que le comunica que don Narciso se encuentra en extrema gravedad, a punto de muerte, y que desea verle antes de morir. Los padres de don Luis están en Roma pasando unos días con su hijo. Los despedirá; y vendrá inmediatamente a España, a la cabecera del enfermo moribundo. Al ver a su amigo, el marqués se reanima; supera la crisis, entra en franca mejoría y se restablecerá; vivirá todavía algunos años más.

En septiembre de 1961, el Teologado cierra su crónica en la etapa de Carabanchel; recoge los actos de despedida. Y se abre la etapa de Salamanca. Es el 12 de septiembre, fiesta del Dulcísimo Nombre de María: «El Seminario teológico de Madrid, después de treinta años de existencia fecunda en su vieja sede, se traslada al nuevo y magnífico edificio construido en Salamanca».

Don Luis ha elegido un día dedicado a la Virgen para la inauguración del nuevo seminario. A primeros de mes, don José Antonio Rico se ha adelantado al resto de la comunidad para preparar la casa; le acompañaba don Mariano García, coadjutor. La primera noche pernoctan en el colegio de María Auxiliadora.

La mañana del día 12 llega de Carabanchel la primera remesa del mobiliario en un camión de transportes: camas, colchones, sillas...; setenta y siete cajas de libros de la biblioteca, y los enseres necesarios para la celebración de la misa. Con el camión viene también el ecónomo, don Cosme Robredo. Don Tobías Hernández está ya en Salamanca.

«El Día del Dulce Nombre de María, bajo su maternal protección,

empezó a funcionar el nuevo seminario; el primer acto oficial, la celebración de la santa misa.»

Este año el curso académico del Teologado empieza más tarde. La fecha oficial ha sido siempre el 1 de octubre. Pero ese día, la casa no está todavía suficientemente habilitada para acoger a los estudiantes. Se prolongan las vacaciones.

El día 2 de octubre llega por tren el resto de la comunidad que aún permanecía en Carabanchel.

El cronista nos cita sus nombres: «El director, don Luis Chiandotto; don José Luis Bastarrica, don Juan Gil, don Casto Moro, don Anastasio Crescenci —el gran patriarca de la casa de Carabanchel—, don Lorenzo Hernández —para todos el *señor Lorenzo*— y don Ubaldo Carrera. Don Juan Castaño había llegado unos días antes».

Salen a recibirlos el director del Colegio de María Auxiliadora, don Emilio Alonso, y otros hermanos.

La pequeña cocina, que se ha instalado en lo que será enfermería del seminario no admite puchero grande. Por eso, parte de la comunidad confraterniza la cena con los hermanos del colegio de María Auxiliadora.

Después de las oraciones, el director dirige a los hermanos las *Buenas noches*: «Invita a todos a dar gracias a Dios por el magnífico regalo de este nuevo Teologado».

Un detalle, que omite la crónica, nos lo proporcionan dos estudiantes que acompañaban a los superiores.

«Antes de traspasar el dintel del Teologado, don Luis se detuvo y nos invitó a rezar un Avemaría a la Virgen Santísima para que todos sus moradores —y sobre todo los estudiantes— se mantuvieran en todo momento en la gracia de Dios.» Y comparó la hermosura del edificio con la blancura del alma «que excluye el pecado».

* * *

«Hoy —precisa la crónica el 14 de octubre— es el día en que hacen su entrada los teólogos.»

Día bullanguero, de saludos y comentarios.

La casa ya está preparada para que pueda comenzar el curso. Regularmente solo; porque aún queda mucho por hacer.

Este día llega también el provincial, don Maxi.

Al anoecer, tiene lugar la Bendición Eucarística. Será el primer acto comunitario, histórico, que se realice en Salamanca con toda la comunidad del Teologado. Como la iglesia todavía está en obras, se instala provisionalmente la capilla en la llamada «Sala de Don Bosco».

El día 15 transcurre en trabajos de organización.

El 16 comienzan las clases con completa regularidad. Sólo las clases; el tiempo reglamentado para el estudio, por las tardes, se dedica a las labores «domésticas». Cuántas cosas hay que arreglar todavía. Y cuántas horas habrá que robar al estudio para poder afirmar que la casa está definitivamente terminada.

El campo de fútbol. Un trabajo digno de la mayor ponderación. A la derecha del edificio se extiende un terreno amplio y espacioso. Pero irregular. Habrá que desmontar, rellenar, nivelar y apisonar. Cientos de camiones de escombros, piedras y tierra entraron en el patio de Sa-

lamanca. Allí, con palas, azadas, rastrillos y rulos, carritos y carretillas, se turnaban los estudiantes. Don José Antonio Rico dirigía los trabajos. Si se multiplican el número de operarios por las horas trabajadas en los tantos meses de trabajo saldrá un costo muy elevado. No hablo de economía; sino horas de estudio. No habrá sido en vano este esfuerzo. El rendimiento en el estudio también depende del necesario esparcimiento y el obligado desahogo del estudiante.

El Rector Mayor de la Congregación, don Renato Ziggiotti, viene recorriendo las casas salesianas de España; visita Salamanca el 21 de octubre.

Se le recibe en la explanada del seminario. Se han concentrado allí todos los alumnos y alumnas de los colegios salesianos de la ciudad, unos dos mil, y los estudiantes de Teología. Hay también una representación de los antiguos alumnos y numerosos amigos de la Obra Salesiana. Acompañan al Rector Mayor don Modesto Bellido, miembro del Consejo Superior de la Congregación, los provinciales de España y numerosos directores de colegios.

De entrada, todos los asistentes corean el himno a Don Bosco. Representantes de los distintos colectivos suben al estrado preparado al efecto y dirigen palabras de bienvenida y congratulación al Superior General.

Por su parte, don Ziggiotti responde a los saludos; y «evoca las glorias tradicionales de la ciudad, encomiando tanto la hermosura de la edificación como su situación privilegiada».

Al día siguiente tendrá lugar la bendición de la iglesia del seminario. Sencilla y severa ceremonia. La realiza el Rector Mayor. A mediodía se celebra en el recinto sagrado la primera misa, solemnizada por el coro del Teologado. Preside la Eucaristía don Ziggiotti. Ocupa lugar preminente, en el amplio presbiterio, el obispo de la diócesis, doctor Barbado Viejo, los señores marqueses de Alava, el representante del gobernador militar, el presidente de la Audiencia Provincial, los rectores de las dos Universidades, el fiscal, el magistrado de Trabajo y otras autoridades de la ciudad. En la homilía, don Modesto Bellido agradece a los señores marqueses de Alava, y a todos los asistentes su presencia.

Después, las autoridades cursan una rápida visita por las instalaciones del seminario.

No ha de faltar tampoco la comida «de gala», con la tradicional sobremesa. Intervienen representaciones de los distintos colegios de Salamanca. La banda de música del colegio de San Fernando, de Madrid, ameniza la velada con un extraordinario concierto. Aires españoles.

Al caer la tarde, se procede a la bendición de las demás dependencias de la casa. ¿Por qué se habrán detenido, de manera especial, en las aulas y en la biblioteca? Será porque los emporios de la Teología necesitan una bendición más solemnizada, más agua bendita. El Espíritu Santo derramará más copiosamente en ellos sus dones de *ciencia* y *sabiduría*.

No quiere acabar su visita el Rector Mayor sin dirigir una palabra serena a los estudiantes. Lo hace por aulas.

Después de la comida familiar del día 23, el Superior General abandona Salamanca.

* * *

El seminario tiene adosada una casita nazaretana. Van a venir a ella las Hijas de María Auxiliadora para encargarse de las domésticas labores de cocina y ropería. Tanto hombre... No estará de sobra la presencia femenina, delicada y casta.

Hacen su entrada las hermanas el día 16 de noviembre. La comunidad teologal las recibe con alegría.

Desde el primer momento, don Luis alentará y ayudará a la pequeña comunidad. No es de ahora. Ya durante su estancia en Carabanchel, ha atendido a las hermanas espiritualmente. Ahora, de algún modo, caen bajo su responsabilidad como director del teologado. Tampoco ahorrará esfuerzos, como verdadero padre y hermano, en su etapa de inspector del P.A.S. en Italia.

NOTAS AL CAPITULO 19

Monseñor ARBELÁEZ

Hablar del Teologado Salesiano y no mencionar a Mons. D. Juan Manuel González Arbeláez supondría una omisión injusta o cuando menos, desagradecida.

Mons. Arbeláez apreciaba, amaba paternalmente, a los salesianos; y los salesianos del Teologado le correspondíamos en su cariño, filialmente.

Estoy seguro que, al leer estas líneas, generaciones de estudiantes recordarán y bendecirán su nombre.

Había nacido en Río Negro (Colombia). Estaba doctorado en Sagrada Teología. Ejerció el cargo de Rector del Seminario de Medellín. El 29 de octubre de 1933 fue consagrado obispo en la misma ciudad; luego, ocupó otras tres sedes; Obispado de Manizales, Arzobispado de Bogotá y Arzobispado de Popayán. En la capital, Bogotá (1934-44), defiende heroicamente los derechos de la Iglesia contra el divorcio, la enseñanza laica y la secularización de los cementerios. Y con su repulsa logra que el Concordato con la Santa Sede no sea ratificado. Sus tensiones con el gobierno colombiano le llevan al exilio *voluntario*. Y viene a España como arzobispo titular de Oxyrinco. En Madrid, reside con los padres agustinos desde 1945.

Los salesianos de Carabanchel pronto entablamos amistad con monseñor Arbeláez. Se constituirá en el *obispo ordinario* para impartir las Ordenes sagradas a nuestros estudiantes de Teología.

Su vasta cultura, su simpatía y santidad servían de estímulo para todos nosotros.

Entre don Luis y monseñor Arbeláez existía un intenso afecto mutuo, motivado —pienso ahora— por tantas cosas en común.

Gozaba el buen monseñor en el Teologado. «Las *lindas* conversaciones con don Luis y don Juan Gil, si comenzaban por cualquier tema, terminaban en Dios o en la Virgen, incluso en el comedor.»

La sencillez era su característica. Y la austeridad su norma de vida. No tenía un céntimo. Todo lo daba.

Había fundado en Madrid una Institución; una especie de cooperativa para que los pobres de la capital pudieran adquirir una vivienda digna. El dinero le llegaba de Colombia, de sus amigos y personas adictas a él...

Cayó enfermo en Roma, en la última etapa conciliar.

Como única queja a sus agudos dolores, comentaba: «Soy feliz de poder ofrecer mis dolores y el mismo sacrificio de mi vida por el Papa, por el Concilio y por Colombia».

Su celda del hospital de los Hermanos de San Juan de Dios, en la Isla Tiberina, se constituyó en santuario y centro de espiritualidad y ejemplo para sus numerosas visitas.

Se hacía repetir la jaculatoria que resumía sus propios sentimientos: «Jesús, te amo infinitamente en el Espíritu Santo para gloria del Padre».

Resulta curioso que don Luis también repetirá esta plegaria a la hora de la muerte.

Se querían de veras, don Luis y monseñor. Y aunque no nos consta por ningún testimonio, es seguro que aquél le visitó en el hospital. No sé las veces; una, desde luego; porque don Luis me transmitiría posteriormente un «recado de parte de monseñor Arbeláez».

Don Luis conocía bien a monseñor. Ya les había dejado dicho a los estudiantes en Salamanca:

«Es ciertamente un hombre de talla, de una santidad muy subida. No sólo está preparado doctrinalmente, sino que, lo principal y lo más importante, es un hombre verdaderamente santo. Hemos de tener en cuenta que también para nosotros esto es lo principal: la santidad, el espíritu de fe.»

Murió el 4 de enero de 1966 hacia las dos de la tarde. Una muerte serena sin extorsión alguna. Era el único día que no había podido co-mulgar: Cristo le esperaba aquella tarde en el Banquete celestial.

Ante sus despojos, el presidente de Colombia pedía se introdujera la causa de canonización del primer santo de la nación.

Don ANAS

Tampoco me perdonarían generaciones y generaciones de estudiantes de Teología si no dedicara unas líneas a don Anastasio Crescenzi, don *Anás*, tan querido como admirado por todos. Su figura merece una gran biografía de buena pluma.

Según el mismo don Luis, «los estudiantes le rodeaban de atenciones, de respetuoso afecto y de innumerables muestras de estima y delicadeza (...). ¡Cuántas veces una preocupación de un superior o cierta tensión en el ambiente encontraban la solución y la distensión en la

serenidad y la sabiduría de un consejo suyo o de una de sus *Buenas noches*.

Hombre sabio, de experiencia; ingenioso, finamente irónico, sutil y siempre optimista... No acabaría nunca la retahíla de anécdotas suyas que podrían referir los estudiantes que le conocieron, desde 1929 a 1964.

Don Anás había ocupado el cargo de director en varias Casas de Formación, durante muchos años. Estaba doctorado en Filosofía y Teología. «Y esta formación básica le proporcionaba una sana apertura a todo aquello que es bueno y bello y grande en la vida y en el progreso de la historia.»

Su presencia y actividad en los Teologados de Madrid y Salamanca fueron un regalo de Dios.

Don Anás era el confesor de don Luis. Este le quería muchísimo. Cada año, en las *Buenas noches*, recordaba a los estudiantes el cumplimiento y santo del ya anciano don Anás; y configuraba en pocas palabras algunas de sus cualidades humanas.

«Mañana, onomástico de don Anastasio. Es un anciano simpático, y no molesta. Subrayo en él el espíritu de trabajo. En septiembre, me pedía dar clase. Salesiano que no trabaja no es salesiano... Y su respeto y sencillez para con los superiores. Los jóvenes, hoy, hablan demasiado fácilmente y ligeramente de los superiores mayores. Antes hablaban menos (tenían más fe) y trabajaban más. Ahora, al revés.»

Don Anás entró en el *descanso del cielo* el 14 de mayo de 1964.

Yo tuve la suerte de administrarle los últimos sacramentos. Y bien recordarán los asistentes al rito que, incluso en aquellos momentos que precedieron a su muerte, no podíamos contener la risa por las ocurrencias que brotaban de su espíritu eminentemente salesiano.

Don Luis trazó aquel día, ante la Comunidad, la semblanza de don Anás. Este fue su esquema:

«Don Anastasio pertenecía a la segunda generación de salesianos. Nos han construido una Congregación numerosa, estimada por Dios y por los hombres. A todos nosotros nos toca seguir construyéndola. Tarea difícil. Gracias a Don Bosco, don Anás entró en el colegio de Roma.

Conservó la fe, trabajó bien, y Dios le da el premio. Don Anás nos da ejemplo del cumplimiento del deber. Amor a la Iglesia (romano en pleno sentido), a Don Bosco y a la Congregación. Fidelidad a la Regla, adhesión a los superiores. Difícil entonces conciliar el amor a la Congregación y apertura. Era abierto. Vida serena como su muerte (la de los justos).

Alegre para serenar el ambiente con sus *Buenas noches*.

Fue un buen regalo de don Rúa a España. Allá por el año 1899.»

Claras luces y oscuras sombras

España se va vaciando a comienzos de la década de los sesenta. Un fuerte movimiento emigratorio agita a la población. Los bajos salarios y la miseria obligaban a cientos de miles de españoles a buscar su medio de vida en países extranjeros. Esta emigración se mantendrá hasta 1973; con algunos altibajos.

Como contrapartida, España comienza a convalecer de su avitaminosis económica. Tres factores van a incidir en esta recuperación: el *boom* turístico, que convierte a España en el pulmón veraniego de Europa; las remesas de dinero enviadas por los emigrantes a sus familias; y las inversiones extranjeras, principalmente industriales, que abrirán la posibilidad de nuevos puestos de trabajo y frenarán la emigración fuera de nuestras fronteras. Es la entrada de divisas por estos tres factores lo que motivará el incremento económico español.

Pero «lo que no se va en lágrimas se va en suspiros». La tentación llega al campo. La tecnocracia española dará de lado a la agricultura. Está demasiado ocupada por el desarrollo industrial. La falta de mecanización, la absurda parcelación que existe en el agro español y, sobre todo, la ilusión de la *Tierra de Jauja* provoca una rápida despoblación del campo. Los campesinos españoles emigran a las áreas urbanas o al extranjero. Las grandes ciudades se encuentran a rebosar. Surgen el chabolismo y los graves problemas urbanos, sobre todo de la vivienda y la sanidad.

Puede afirmarse que el período 1960-73 marca el triunfo definitivo de la revolución industrial en España.

Este incremento de la industria reclama una mano de obra más especializada. Disminuye el número de representantes de las viejas clases trabajadoras. Y nace la nueva clase media: empleados de oficinas, dependientes de comercio, profesiones liberales, y trabajadores no manuales... La elevación del nivel de vida reclamará la creación de abundantes servicios: medicina, enseñanza, turismo...

Este cambio económico y social exigirá muy pronto modificaciones paralelas en las estructuras jurídicas y políticas.

* * *

La industrialización ha causado un fuerte impacto en la sociedad española. La crisis del mundo rural y la urbanización han transformado profundamente el cuadro de los valores morales, sociales y económicos.

Está ocurriendo algo semejante en el terreno eclesial. La convocatoria del Concilio Vaticano II conmueve a la Iglesia. Una corriente demasiado conservadora ve convulsionarse las robustas columnas de la institución tridentina.

Muchos acontecimientos han ocurrido en España a partir de los sesenta. Hasta nosotros han llegado las inevitables marejadas del Concilio; por otra parte el régimen político se ha debilitado. No puede transigirse con una dictadura tan prolongada, ni política, ni eclesial, ni religiosa; han empezado a soplar los aires de una democracia, imperfecta por su novedad.

* * *

¿Y la crisis vocacional?

Allá por los años cincuenta, delegados de congregaciones religiosas y seminarios *peinaban* los pueblos en busca de vocaciones sacerdotales. El sacerdote gozaba de gran autoridad y prestigio. Muchos de aquellos chavales pueblerinos buscarán en el seminario una salida a su futuro, en bastantes única alternativa para resolver su vida. Comenzaba la crisis del agro y el éxodo rural.

Durante los años sesenta, aquellos muchachos están estudiando Teología. En plena transición, la figura del sacerdote va decayendo.

Habría que realizar un estudio profundo y serio sobre la repercusión del cambio social español en el ambiente vocacional.

La Congregación Salesiana en España tenía asegurada la supervivencia a largo plazo, pensaban muchos superiores. El sistema jerárquico funciona por sí mismo: se respetan las reglas, las tradiciones... Todo va bien. Pero el *orden* y *mando* puede dañar a la Congregación cuando se ve sometida a un proceso de cambio.

¿Se piensa que nuestra Sociedad Salesiana va a funcionar inmovible dentro de este nuevo marco; que nada se alterará?

Don Luis no comulga con esta opinión.

Está muy sensibilizado ante el futuro de la Congregación a corto y a largo plazo. Lo observa en función del entorno social, económico y político, que efectivamente condicionará a los salesianos en España. Trata de adecuarse a estas mutaciones para defender la efectividad de la obra apostólica y el número de los operarios evangélicos.

Intuye los cambios que se avecinan.

El año 1962, no se precisa la fecha, da una charla a los estudiantes sobre el problema vocacional. Todavía no se había dado en España la crisis de vocaciones. En ella vierte ideas que entonces podían *sonar a chino*.

Va analizando el desarrollo de la historia humana. Que primero se

da un florecimiento coincidente con la civilización de tipo rural. Que luego viene otra época en la que surge la crisis provocada por la civilización industrial; esa crisis ya se estaba dando en otros países. Pasada esta etapa, tendrá lugar el fenómeno de recuperación vocacional; ocurría ya en Estados Unidos, donde una civilización superindustrializada animaba un nuevo florecimiento de vocaciones, con mayor orientación a la vida contemplativa.

En conversaciones particulares y en comentarios de pasillo abundará en estas ideas. «Estaba convencido de que la situación política de España con Franco no iba a durar demasiado; él era consciente de las limitaciones que encerraba aquel régimen.» «Comentaba lo que estaba ocurriendo en otros países en el plano religioso, social y de costumbres. Que vivíamos en una *ciudad-convento*; que no creyéramos que siempre sería así...»

Carlos Fiore, director del Centro Catequístico Turín-Leumann, nos precisa:

«Yo sabía que Chiandotto conocía muy bien la situación de España y de las generaciones españolas salesianas. Hablamos. Le pregunté si también en las generaciones españolas se agitaban los fermentos que sacudían entonces el resto de Europa. Recuerdo con mucha precisión lo que me dijo, pues me afectó mucho: "En España se advierten en este momento sólo los primeros síntomas de ese fermento; pero la situación no ofrece señales preocupantes. El gobierno está fuertemente en manos de Franco; pero cuando caiga Franco y cambie la situación política, en la España salesiana habrá revuelo, reacciones, grave desorientación. La Congregación tendrá que atravesar un momento muy borrascoso; la contestación juvenil, también en el ambiente salesiano, será muy fuerte y traerá consigo muchos abandonos".

Estas palabras me causaron impacto porque yo entonces estaba firme en la idea de una España salesiana muy fiel, muy tranquila, no agitada por problemas. Lo cual quizá era cierto en aquellos años. Este equilibrio saltó en los años posteriores. Y volví a pensar en Don Chiandotto cuando llegué a saber la crisis tan fuerte que la Congregación tuvo que afrontar en España. No pienso que Don Chiandotto tuviese el don de la profecía; pero sí tenía la capacidad de profundizar en los signos de los tiempos y de intuir el desarrollo de las situaciones políticas y sociales.»

Es cierto. En sus charlas y conferencias semanales, don Luis traspasando los pupitres y las mesas donde se sientan los estudiantes; con perspectiva histórica. Ataca con dureza las posturas cómodas. Busca comportamientos coherentes con una vocación de creyente, sacerdotal y salesiana:

«Tenemos seminario bueno, cómodo. Ello debe ser una ayuda para una mayor finura, para una mayor educación; pero un seminario así no es para formar señoritos.»

Habla a continuación de las tentaciones de comodidad, de superficialidad. Dice, sin embargo, que reina buen espíritu.

* * *

Dirigir un estudiantado de Teología no es cosa fácil. Don Luis se da cuenta, lo sabe. Y se lo confía a los estudiantes en una de sus charlas semanales:

«Difícil y delicada misión la de la formación espiritual en un seminario. Me siento incapaz. Me abrumba la responsabilidad. Os pido ayuda. Al ver actuar a los sacerdotes que hemos tenido el deber de formar, nos consuela contemplar las grandes almas sacerdotales que, a pesar nuestro, salieron bien. Y appena constatar que otros, que no son malos, no son todo lo buenos que podrían ser.»

En Salamanca encontró don Luis más dificultades en su gestión que en Madrid. El esplendor, que había ostentado de consejero, parece que se veló un tanto al llegar a director.

Difícil adivinar las razones. Hay quienes apuntan algunas.

Primero, la responsabilidad que se le ha venido encima. Tiene idea clara sobre el discernimiento vocacional y busca suficiente seguridad en la orientación, formación y selección de los futuros sacerdotes. No se doblega ni se acobarda. Obra conforme a lo que su conciencia le pide respecto a la formación de sacerdotes salesianos.

Segundo, en su preocupación de que el Teologado no se *desviara*: precisamente porque soplan brisas de liberalización de normas y de conductas y amenazan peligro para los jóvenes en formación. Por eso, aconseja mayor exigencia en la disciplina. Con cierta amplitud, sí; pero con rigor en todo cuanto pueda dañar la vida comunitaria, la vida de estudio, de los apostolados.

Tercero, la inmadurez de bastantes estudiantes. Don Luis es consciente de la limitación del personal con el que tiene que trabajar. Llegan al Teologado jóvenes de veintidós y veintitrés años con taras de masificación, de situaciones complejas, de indefinición vocacional, deficientes en su espiritualidad. Colocados en la *gran masa*, ¿qué podrá suceder? Los miembros del Consejo no conocían suficientemente a sus estudiantes —por el gran número de éstos— en orden a sus dotes de candidatos al sacerdocio.

Cuarto, el equipo educador. El director debe asumir y defender las ideas de su Consejo, aunque no siempre esté de acuerdo con ellas. Por otra parte, se advierte un proceso de cierto cansancio e insatisfacción del personal educador; lleva muchos años trabajando con los seminaristas.

Luces y sombras se turnan en el directorado de don Luis. Apertura y cierto conservadurismo; dura exigencia y tierna comprensión; esfuerzo aunado y dispersión individualista. Peligrosas dicotomías.

Va buscando don Luis una formación más personal, abierta, comprometida y familiar. A los estudiantes se lo repite machaconamente en las charlas semanales:

«Hay buena voluntad. Os vais dando cuenta de que es mejor exigirse a sí mismos que depender de otros en la propia formación. Hay que buscar el bien por el impulso interior, y no por un control. En este autocontrol vamos subiendo. Se llega a un nivel más alto que en Madrid.»

«Más hombre-comunidad; menos hombre-masa.»

De hecho, los dos primeros años de estancia en Salamanca están siendo serenos:

«Hoy por hoy, reina en casa una gran tranquilidad, mutua confianza entre superiores y teólogos, y una suma libertad. Pues bien, estamos dispuestos a defender esta libertad y tranquilidad contra las infracciones de silencio en el dormitorio, bromas pesadas o poca delicadeza..., que son cosas que demuestran que el teólogo que las hace está inmaduro para la vida del teólogo. Mejor que vuelva al trienio.»

El es el primero en acercarse, en dar confianza, en abrirse a los estudiantes. Lo hemos dejado ya escrito en el capítulo de *don Luis, formador*.

Aquí en Salamanca, ya director, seguirá la misma línea de acercamiento personal; sin invadir las interioridades del individuo. Tiene un pudor enorme; pero cuando se le deja penetrar en el terreno íntimo, en el corazón del otro, no conoce barreras. Entrar en el corazón. Eso es lo que él deseaba:

«La única forma de conocer a una persona —o por lo menos la más directa de llegar al conocimiento de la persona— no es el análisis racional; sino la *via del corazón*.»

También causará decepciones. Había gente malcontenta. Algunos encontrarán gran diferencia en su comportamiento personal; entre antes, de consejero, y ahora, de director. La desilusión les hará apearse de la confianza, para mantener con él unas relaciones puramente *oficiales*.

No queremos abundar en estas ideas. La actitud de don Luis ya está suficientemente expuesta y contrastada. Caeríamos ahora en la reiteración. Más adelante podremos volver sobre el tema, aportando nuevos datos.

Claras luces

De serena apertura podríamos titular esta época de don Luis como director.

Su pensamiento lo dejó transparente con ocasión del fallecimiento de don Anás. Lo recoge la crónica de la casa:

«Festividad de Santa María Dominica Mazzarello. Muere don Anastasio Crescenzi. El señor director nos ha tejido en las *Buenas noches* un sentido elogio de las benemerencias de tan querido anciano. El significaba el lazo físico de la unión con Don Bosco, siendo uno de los últimos salesianos de la segunda generación que, después de haber trabajado infatigablemente para hacer grande a la Congregación, nos entrega en herencia una Congregación ciertamente así, querida de Dios y de hombres, sobre la que María Auxiliadora prodiga abundantemente sus bendiciones maternas (...). Nos indica el camino con su vida: gran adhesión a Don Bosco y a sus Reglas, amén de una profunda devoción a María Auxiliadora. Y unida a esta adhesión inquebrantable a Don Bosco, una apertura grande y permanente como para decirnos que en las nuevas formas de adaptación de la Congregación a las exigencias de los tiempos, acertarán aquellos que tengan estima a la tradición y al espíritu de Don Bosco, y los profesen con sincera adhesión.»

Don Luis siempre sintió la necesidad de formar sacerdotes-pastores de almas. Pensaba que el aspecto pastoral debía prevalecer sobre los textos escolares; que era necesario enfocar lo que se estudiaba hacia la pastoral.

Empuja a los estudiantes a familiarizarse con autores literarios. Debemos anotar que estaba terminantemente prohibida la lectura de obras de literatura —novelas— durante los cursos teológicos. Aquel armario, el *treinta y seis*, el que estaba en el centro del paraíso bibliotecario; el anaquel de la ciencia del bien y del mal: de todos se podía leer menos de éste. Don Luis jugaba a ser *tentador*. Insidiosa serpiente maligna que busca *abrir los ojos* a sus inocentes alumnos... Sólo el director podía dar los permisos. El levantaba la veda. Y con gusto, además. Que lo digan algunos... Ya lo dicen.

Y aún va más allá. No se cierra a iniciativas de otros profesores, que comulgaban con la misma idea. Y se celebran actos académicos de *presentación de libros*, por si alguno no se había enterado de que se encontraban en la biblioteca. Y se fomentan sesiones de teatro leído. Obras que han marcado época en la cultura contemporánea y que resultan de difícil representación: «Historia de una escalera», «Diálogo de Carmelitas», «Esperando a Godot»...

Todo esto al margen de los estudios teológicos. No los descuidó tampoco, por supuesto. Guardini, Schmaus, Karl Adam eran autores conocidos por bastantes seminaristas y *devorados* por algunos; por los *ratones de biblioteca*, que los había.

Eran los años del Concilio. Don Luis lo seguía al detalle y hacía que lo siguieran los estudiantes; en vivo. Aquellos años desfilaron por el Teologado un buen número de obispos que él procuró que pasaran por allí. Relataban la marcha del Concilio en todos sus aspectos, y su propia manera de apreciarlo. Se vieron por Salamanca lo menos a catorce monseñores, de Asia, América, España... La visión de cada uno enriquecía a los estudiantes: nuevos enfoques teológicos, litúrgicos, pastorales...

Los ejercicios espirituales cerrados constituyeron otra magnífica experiencia en orden a la formación y reflexión sacerdotal de los seminaristas. Como catequista, propuse a don Luis una nueva fórmula de ejercicios espirituales. Los de cuarto curso los realizarían en *completo silencio* durante seis días; los anteriores a su ordenación sacerdotal. Resultaba una novedad en la Congregación. Don Luis accedió; sin ninguna dificultad. Hubo quien se mostraba escéptico; alguien preconizaba un rotundo fracaso. Todo lo contrario. Continuaron practicándose en años sucesivos. Del Teologado saltaron a las tandas estivales para los salesianos; y se organizarán por toda la geografía española a todos los niveles. Les agradó la iniciativa a los superiores mayores. E incluso, a pesar de su entonces tradicionalismo a ultranza, también las Hijas de María Auxiliadora tuvieron *ejercicios cerrados* en alguna de sus casas.

Una anécdota significativa. Nos la cuenta el propio protagonista. Don Luis coincide con un antiguo estudiante de Teología en un viaje en tren. Sucedió esto pasados unos años. Aquel alumno ya era sacerdote y director. Acababa de celebrarse el XIX Capítulo General. Don Luis ojeaba los documentos. En la conversación deja caer algunas afirmaciones: que el Capítulo General había sido el primer eslabón de la puesta a punto de la Congregación. Que la Congregación retratada en aquellos documentos era la que él quería; que allí deseaba llegar él. Que don Ricceri era un Rector Mayor en la línea de lo que debía ser la Congregación; y que el mismo don Ricceri les tenía encomendados a varios salesianos que le orientaran sobre libros, artículos o conferencias interesantes para su enriquecimiento y el provechoso gobierno de la Congregación.

Al hilo de la charla, el sacerdote comentó que estaba preparando una tesis sobre el *socialismo sueco*. Y don Luis:

«Vaya, hombre. Menos mal que ya empezamos a tener directores que, aparte de gobernar, estudian y escriben. Así tiene que ser la Congregación; el director que no estudia, que no piensa, que no escribe, se adocena.»

Dos fines persigue don Luis para el Teologado. Que todos los enseñantes posean el prestigio y la eficacia que presta el título académico correspondiente a la asignatura que explican. Y que haya una renovación del profesorado. Alumnos capacitados habrán de frecuentar una universidad eclesiástica, al término de sus estudios de Teología, para efectuar el relevo; los profesores actuales llevaban ya muchos años en su labor, con el consiguiente desgaste y cansancio.

La primera cota ya se había alcanzado. Todo el claustro estaba ya en posesión del título correspondiente. El segundo paso falta por dar. Don Luis lo intentará; y *morirá* en su empeño...

Quien no vivió aquellos tiempos no alcanzará a vislumbrar las dificultades que entrañaba esta empresa. Muy pocos eran los destinados por los superiores a estudiar en las Facultades universitarias. Además, a éstos no siempre se les dejaba opción libre para cursar las materias hacia las que se sentían más inclinados.

Mucho batalló don Luis con los superiores en este sentido; antes y durante su etapa de director. Se habían colado en su mente ciertos planes en vistas a la composición de un cuadro de profesores jóvenes para el Estudiantado de Salamanca. Estaba empeñado en potenciarlo. Ponía sus ojos en estudiantes aptos para tal empresa; o pescaba de acá y de allá de otras casas de formación; no para esquilmarlas; sí para dar a Salamanca más vida. El Teologado se había constituido en la niña de sus ojos, la niña mimada de las casas de formación.

¿Algo corto de vista resultó en esto don Luis? Pensamos hoy que su preocupación debía haberse volcado también en otras estructuras formativas inferiores: estudiantados de Filosofía y aspirantados. Tanto más, cuanto que a los aspirantados se enviaba a gente *muy buena*, pero sin ninguna cualificación, sin haber realizado sus estudios en ninguna universidad. De todos modos no podemos robarle el mérito de querer rejuvenecer la Teología.

No lo alcanzará a ver. Espina muy punzante, terriblemente lacerante, supuso para don Luis no haber logrado en su período de director ese cuadro de profesores según sus deseos.

Tampoco conseguirá saborear la miel de que el Estudiantado Teológico de Salamanca se constituyera en filial del Pontificio Ateneo Salesiano de Roma, con la consiguiente impartición del título académico de bachiller. La concesión llegó el día de Santo Tomás de Aquino del año 1966. Don Luis ya no era director. Pero él anduvo los pasos y sufrió las dificultades. Costosa labor meritoria.

* * *

La línea de apertura de don Luis, aunque moderada, es recta, sin bandazos. Piensa que sus actuaciones anteriores, desarrolladas con algunas dificultades, podrá llevarlas a cabo ahora sin torceduras.

Y ahí queda su aperturismo.

Evidentemente el director se veía rodeado de un equipo de profesores que se responsabilizaba directamente o apoyaba ciertas actividades. Esto suponía mayor esplendor en algunas y más eficacia en otras.

La música alcanzó cotas impensadas.

El 27 de noviembre de 1962, don Luis daba una charla sobre el tema.

«Nos quedamos atrasados en cuanto al gusto musical. Cada época tiene sus preferencias. *Con Don Bosco y con los tiempos*. *Con Don Bosco* no significa que cantemos las canciones que entonaba Don Bosco; y *con los tiempos* no quiere decir que no tengamos que hacer una selección en la música moderna. No seamos extremistas. Término medio. Para educarnos en el gusto moderno, tenemos que oír, tocar música moderna. De este modo, también nosotros podremos educar a los demás.»

Vamos a intentar recordar: Aquel *trío* vocal formado por estudiantes, y el *ochote*, después. Y la *orquestina* con sus conciertos de ritmo moderno. Incluso llegó a interpretar los números musicales en la representación de la zarzuela *La alegría de la huerta*. Y la audición de discos de música clásica y de zarzuela, con su correspondiente *discofórum*. Y las frecuentes manifestaciones de folklore regional: las *muñeiras* gallegas con *aturuxo* incluido, y los bailes vascos, émulos de sus *espatañantzaris*; interpretados todos con sus gaitas, txistus y tamboriles. Y la grabación de los discos del padre Deiss.

El pensamiento de don Luis era que había que captar los aires nuevos en la música litúrgica. Eran los años de la renovación, y surgían ya los nuevos intentos de adaptación de ritmos nuevos al canto sagrado.

El padre Lucien Deiss era un sacerdote francés, músico y bien preparado en Sagrada Escritura, muy conocido en su país y sus canciones eran muy apreciadas. Ya tenía grabados varios discos. Francia nos aventajaba en años luz en este aspecto.

El padre Deiss ha venido a España con la idea de grabar sus canciones en castellano. Llega a Salamanca, donde abundan los seminarios mayores y sería fácil encontrar un coro digno. Le orientan hacia el Teologado Salesiano; su coral ya goza de fama en la ciudad. Como necesita un grupo mixto, se piensa en las Misioneras Seculares; atendían una casa de espiritualidad en el Alto del Royo, a dos pasos de nuestro seminario. Un coro mixto. Atrevida novedad. Don Luis ve la conveniencia de colaborar en una renovación sana de la música religiosa. Y se acepta la iniciativa.

Sucedé esto en las navidades del curso 1964-65. Y comienza la preparación. Los ensayos tendrán lugar en la casa de las misioneras; desde muy temprano hasta la hora de la comida; y después, toda la tarde. Ardua y seria tarea. Luego vendrá la grabación. *Un solo Señor, Pueblo de Reyes, Hija de Sión* se lanzarán con éxito al mercado del disco de la música sacra moderna.

Provechosa resultó la experiencia. Y hermosa la convivencia. La dirección musical corrió a cargo del propio compositor. El padre Deiss estaba empeñado en que el texto de los cantos constituyera *una verdadera creación*. La interpretación debía ser un *grito jubiloso de hombres resucitados*.

Se notó en lo sucesivo. Bien empleadas estuvieron aquellas navidades.

Alguien recuerda que también se retransmitió por radio algún concierto vocal de música sacra. Debió suceder en una de las fiestas de Santa Cecilia, patrona de la música.

No alcanzará tanta suerte el deporte. Sí que se fomentó. Las drás-

ticas prohibiciones carabanchelianas habían desaparecido. El fútbol ya no resultaba tabú; cobró carta de legalidad. Incluso se organizarán campeonatos entre las *selecciones* de los diferentes cursos. El baloncesto recibirá un gran impulso; claro, que hubo que preparar convenientemente la cancha de juego.

Pero el problema surge cuando los estudiantes pretenden jugar con chandal, sin sotana ni guardapolvos.

Eso ya era harina de otro costal. El director y otros profesores se mostraban partidarios de la concesión; pero pesaba una prohibición superior.

Don Luis aconseja consultarlo con Don Fedrigotti, vicario general, que estaba a punto de hacer la visita canónica extraordinaria. Se le esperará con expectación. Rotunda será la negativa. Don Luis aceptará la decisión de juez tan principal, sin transigencias. Hubo total decepción en los estudiantes, y acerbos críticas.

Estas *historietas*, hoy inexplicables, enrarecían el ambiente.

* * *

Donde sí existió de hecho mayor apertura fue en los *apostolados externos*. Ya salían los seminaristas, en Carabanchel, a los Oratorios Festivos de los colegios de Madrid. Pero cierta inquietud social de proyección hacia afuera surgirá en Salamanca.

Se comienza con lo tradicional, los colegios salesianos.

Dos había en la ciudad. *Aristocrático y señorial* —en realidad su alumnado era de la clase media modesta— resultaba el colegio de María Auxiliadora; el otro, el de Los Pizarrales, abierto en un barrio netamente obrero. Buena labor se realizaba en ambos; cada cual en su esfera social.

Luego se hicieron realidad otros proyectos que rebasarán los *muros salesianos*. Se buscan los sectores de la ciudad donde los estudiantes de Teología puedan desarrollar una verdadera labor pastoral en orden a su formación. Y así surgirán sucesivamente obras que podemos calificar de genuino apostolado salesiano.

El *Barrio de La Vega*, polígono de absorción de Salamanca, más allá del Tormes. Costosa y hermosa tarea la que se ha desarrollado allí. La obra va a comenzar de la nada; sólo la escéptica buena voluntad del párroco, don Ramón, y el enorme caudal de entusiasmo de los enviados. A los pocos meses, contaba ya con un Centro Juvenil con sus propios estatutos y actividades de todo tipo para muchachos mayores de dieciséis años; además de una catequesis para los pequeños.

En la zona llamada *Casa del Cura*, otros estudiantes frecuentaban reuniones en fraternal convivencia con seminaristas diocesanos; las presidía y orientaba don José María Setién, hoy obispo de San Sebastián. Inquietudes sociales se vivían en estos coloquios: el mundo del trabajo, del obrero, escuelas profesionales, movimientos de la J.O.C... Se ponían en común las respectivas experiencias, enriquecedoras todas para los diversos grupos.

El *Puente de Ladrillo*, otro barrio periférico de Salamanca, frente al Teologado; su iglesia, recién construida, se encomendó al celo apostólico de un joven sacerdote, identificado con el mundo obrero. Don

Heliodoro apreciaba mucho a los salesianos. Para llevar a cabo sus proyectos en el barrio recabará ayuda de nuestro Estudiantado.

La parroquia de *Sancti Spiritus*, el *Barrio del Castigo*, nombre que habla por sí mismo; el pueblo de Cabrerizos, a pocos kilómetros de nuestro seminario servirán de palestra apostólica para los estudiantes de Teología.

Se puede afirmar que la juventud de Salamanca se encontraba en ocasiones en *manos de los salesianos*. Dan fe de ello las magnas concentraciones en la festividad de San Juan Bosco, fiesta del aprendiz; primero en el colegio de María Auxiliadora, luego en la Alamedilla, en el Pabellón de Deportes...

Organizaba la Compañía de San José. Quince estudiantes la componían. En vísperas de la fiesta, recorrían los talleres de la ciudad y hablaban a los aprendices sobre la figura del *Apóstol de la juventud*. A veces hubo que superar la indiferencia y negativas de algunos patronos.

El día 31 de enero llegaba la concentración. Se celebraba la Eucaristía con una masiva participación de aprendices. Los sacerdotes del Teologado echaban mano para atender espiritualmente a los concentrados en la administración de los sacramentos.

Y no sólo a nivel de la juventud.

También en el mismo Seminario se organizará alguna tanda de *misiones cuaresmales* para el vecindario. Grupos de estudiantes recorrían el barrio casa por casa, invitando a los vecinos a las charlas.

Y la orquestina, que fue a la cárcel; no por *asesinar* a los compositores, desde luego, sino para amenizar la tarde a los internos. Y se recuerda la anécdota de aquel recluso que, entusiasmado por la actuación de los músicos, sube al tablado, se dirige a los presos, y afirma emocionado que él es antiguo alumno salesiano; recuerda con añoranza sus años de colegio; ensalza las virtudes de sus formadores, y apostilla en plena euforia: «...Y yo todo lo que soy se lo debo a los salesianos». Histórico.

Un fuerte clima de apertura suponían todas estas actividades. Los que habían vivido en el Estudiantado de Carabanchel ni se lo podían imaginar.

Don Luis sigue de cerca estos apostolados. Habla en particular con los *apostólicos*, y busca en ellos los motivos que les impulsan. Rechaza el *activismo*; insiste en que «el sentido pastoral debe vibrar en toda acción apostólica».

Pero un *no-sé-qué* bulle en el ambiente general por estas actividades. También se deja traslucir en el director y en algunos superiores. Desde luego, en don Luis hay un conflicto. Por un lado, él es un hombre inquieto y sembrador de inquietudes; no admite aspirantes al sacerdocio apáticos o ajenos a la realidad social apostólica. Por otra parte, tiene miedo.

¿Miedo a qué?

¿Miedo a tensiones internas? ¿Fidelidad a las normas establecidas? ¿Indecisión en la apertura?

La verdad es que soltar amarras podría resultar peligroso en todos estos aspectos...

* * *

El impulso que recibieron las *Compañías* en etapas anteriores del Teologado no habían decrecido.

La *Compañía de San José*, con su *Círculo Profesional*, abrirá horizontes hacia el mundo del trabajo; y sobre todo, restituirá a la figura del salesiano coadjutor el genuino sentido del espíritu de Don Bosco.

Don Luis «tenía un cariño especial a los coadjutores». Ya en 1960 había desarrollado estas ideas en unas *Buenas-noches*:

«Los coadjutores: su importancia enorme en la Congregación. La dificultad de su vocación por su poca cultura, por su trabajo más bien material, por su breve formación.

Urgencia: Seminario para coadjutores; mejor promoción, mayor comprensión por parte nuestra, mayor cariño.»

Desde los tiempos de Don Bosco, la figura del coadjutor salesiano ha ido esclareciéndose muy lentamente. Nuestro Fundador había dejado muy clara la noción del salesiano coadjutor. Una idea tan genial, que tiempo llevó el ser comprendida por los propios salesianos...

Don Luis estaba convencido de que la figura del coadjutor había que fundamentarla en unas bases de espiritualidad: *la espiritualidad laica consagrada*. Ahora se ve clara esta idea; por aquellos años se desconocían las verdaderas señas de identidad del coadjutor. Se le consideraba salesiano de segunda categoría. Don Luis intuye que esta clarificación era necesaria en la Congregación en España.

«Se anticipó a los Capítulos Generales posteriores. Las ideas que Don Viganó, actual Rector Mayor, ha escrito en las Actas del Consejo Superior eran las que él nos iba desgranando en las reuniones.»

A los componentes del *Círculo profesional* les anima a elaborar un trabajo monográfico sobre el salesiano-coadjutor. No se llegará a publicar. Pero el delegado de la Inspectoría al XIX Capítulo General se servirá de él como base de estudio para el Capítulo. En este documento se vierten ideas que luego recogerán el Capítulo General Salesiano y, a nivel eclesial, el Concilio: Caminar hacia el descubrimiento de la espiritualidad laical, los ejes profundos del *laico consagrado*. Esta sería la figura del coadjutor. No se trata de diferenciar las tareas a ejercer dentro de la Congregación; sino se ha de arrancar de la espiritualidad: unos parten de una espiritualidad de tipo sacerdotal y otros de una espiritualidad de tipo laical. Y se propugna que los coadjutores desarrollen el mismo ciclo formativo que los clérigos: un posnoviciado y una formación pedagógica y catequística a la altura de la misión salesiana.

También se organizará un congresillo de formación profesional. En el Teologado se concentró un buen número de coadjutores de varias Inspectorías de España. Y salieron al aire las ideas que entonces inquietaban ya a este sector de la familia salesiana.

Se ambientó el congreso con una exposición sobre el mismo tema.

Animador de todo este montaje fue don Luis con quien el grupo profesional había comentado cada punto de las ponencias.

El 3 de noviembre de 1964 decía a los estudiantes en unas *Buenas-noches*:

«Asistía al Capítulo Inspectorial —como representante del colegio de Atocha— un coadjutor. Sus intervenciones fueron todas muy bue-

nas y comedidas; prudentes. Todas las propuestas acerca de los coadjutores fueron muy bien recibidas.

Debemos todos esforzarnos por lograr del coadjutor un apóstol se-
gla- r cualificado. No sólo un hombre de taller con mucha responsabi-
lidad, pero sólo en ese ámbito; sino un verdadero apóstol se-
gla- r. Para ello debemos también colaborar y prestarles nuestra ayuda, ya mate-
rial, ya moral.»

Hoy día la figura del coadjutor ha alcanzado el relieve que él ya
vislumbraba. Don Luis debe figurar, por justicia, en la historia de la
identidad del coadjutor salesiano, al menos en España, con otros be-
neméritos hermanos que aún viven, sacerdotes y coadjutores.

... y oscuras sombras

Hemos apuntado que don Luis se mostraba exigente cuando llegaba el caso.

Pero exigía a todos, comenzando desde arriba.

Había dado una charla al personal de la casa el 1 de octubre de 1960, todavía en Carabanchel. Tuvo lugar al año de su nombramiento como director. El tema, *Nuestro influjo formativo*. Se han recogido sus ideas.

«1. Ejemplaridad

Forma más el contacto personal con una gran personalidad o carácter que la palabra o la acción. Formamos más con el ser que con el dar. Por eso, ejemplaridad.

a) *Ejemplaridad individual*

En el criterio o la mentalidad. Debe ésta ser prudente, ponderada, serena, equilibrada; y, sobre todo, debe ser natural, cristiana, guiada por la fe.

Hoy día nos quejamos de que en las Casas no hay espiritualidad, mientras sobran la mentalidad y el criterio mundanos.

Nuestra observancia religiosa de vida, también externa, influirá mucho: puntualidad en las comidas y actos de piedad, silencio sagrado, hablar en voz baja siempre dentro de casa. Ejemplo externo de la buena educación. ¡Cuánto hemos de insistir en las buenas maneras!

b) *Ejemplaridad colectiva del claustro, del personal*

Daremos ejemplo de unión, aún dentro de la variedad de caracteres.»

Después de decir que el personal, formando comunidad, se enriquece con las diversas cualidades de unos y otros, añade:

«Seamos comprensivos; comprendamos al hermano. No nos extrañemos de que él no sepa hacer lo que tú sabes, o que no valga lo que tú vales; porque él tendrá unas cualidades que tú no tienes, y también él podría pretender que tú las tuvieras... Tampoco neguemos que el hermano tenga una cualidad por no tenerla en grado superlativo. Otros tendrán menos que él.

2. Nuestro influjo en el ambiente

Principio básico: el acto tiende a crear la idea y el sentimiento correspondiente.

Formemos un buen ambiente exterior: ceremonias, vida común, canto, etc., y esto influirá poderosamente para que nuestros educandos sientan interiormente y se formen por dentro. Hemos de crear ambiente humano de cultura, de trabajo, y ambiente religioso y eclesiástico. Para eso, trabajemos todos a una, en unas consignas fundamentales; dos positivas y dos negativas.

Desprestigiemos la vida fácil; la vida mediocre; al hombre adocenado, sin ideales, sin deseo de superación. El comodismo es uno de los signos de los tiempos en que vivimos. Comodismo naturalista.

Desprestigiemos la pasión por el deporte. Justa estima del deporte en el lugar que le corresponde en la jerarquía de valores, pero lucha contra el exceso, ya en la prensa, ya en las charlas, ya en la vida.»

Hay quien opina que don Luis es hombre muy cerebral, de poco corazón; y muy exigente.

Procuraba equilibrar cerebro y corazón. Correcto lo de exigente, sobre todo cuando corregía la ordinariedad, con la chabacanería. En su íter formativo no tiene cabida la vulgaridad.

En unas *Buenas noches*, presenta un problema humano que él está viviendo de cerca. Y aprovecha la ocasión para denunciar una actitud ambiental del Teólogo.

«Llevo mucho tiempo en contacto con una persona que se halla entre la vida y la muerte, y en una situación de rechazo total a la gracia... Es increíble que vosotros, que os estáis preparando al sacerdocio, os alejéis de esta suerte de problemática: la salvación de las almas; y os dejéis de llevar de rencillas que a nada conducen.»

No se para don Luis en las bajas esferas de la personalidad; ni acepta la mediocridad. Su sentido de exigencia le aboca al buen perfeccionismo. No sólo hay que hacer las cosas; hay que hacerlas *lo mejor posible*. «No se trataba de desanimar al que no diera la talla. No, no, no.» Este perfeccionismo constituía un impulso a la superación y a la madurez.

Lo increíble trabajará don Luis contra la inmadurez de sus estudiantes.

«Si contásemos fuera en qué pequeñeces se ahogan los *teólogos*, haríamos reír.»

Madurez religiosa-sacerdotal. No era blando en la admisión a las órdenes sagradas. Emitía juicios equilibrados y bien ponderados a la hora de juzgar a los candidatos. Soy testigo de ello. Hay que reconocer que algunos estudiantes accedían al sacerdocio por cierta benignidad de los superiores, incluso con dudas en su consistencia religiosa. Ya

en Roma, se interesará por estas personas. Cuando se le decía que el tal había abandonado el ministerio sacerdotal comentaba:

«En los escrutinios para el sacerdocio no se puede ser benigno; hay que mostrarse radicalmente exigente.»

Y la finura de espíritu. Gozaba con las bromas, con los chascarrillos, los chistes... Pero su fina sensibilidad, su elegancia espiritual, su aristocracia intelectual se rebelan ante lo vulgar y lo que era de mal gusto. En las excursiones muestra claramente su disgusto al oír letrillas repetitivas y hasta algo chabacanas; en las sobremesas de las fiestas, se le ve reír complacido ante chistes o frases irónicas y críticas, mientras no mermaran el respeto a las personas o instituciones; si alguien se *pasaba*, también sabía llamarle la atención.

No transige tampoco con actos o actitudes que contravengan los reglamentos o normas establecidas. Buenos palos dará ahí, en público y en privado.

La masificación que padecía el Teologado dificultaba la formación integral de los estudiantes. Esta masificación favorece el descontento, las críticas, el *pasotismo*. Los superiores se ven obligados a exigir el cumplimiento de las normas. Don Luis propicia esta exigencia. Sin excepción, aunque en algún caso se hubieran podido pasar por alto ciertas transgresiones.

Pero no. No admite ni la más mínima duda; ni de pensamiento.

Recuerdo que una noche, por mi cargo de catequista, me acerqué a visitar a un enfermo, antes de acostarme. El paciente sostenía la opinión de que se observaba demasiado rígidamente el *silencio sagrado* nocturno y que él no veía inconveniente alguno en que, desde el lugar donde se rezaban las oraciones de la noche, se fuera al dormitorio charlando en voz baja. No tengo idea de haber tenido discusión alguna con él. Cuando me dirigía a mi habitación, don Luis se disponía a entrar en la suya. Por curiosidad, se me ocurrió formularle una pregunta parecida a ésta: «¿Qué piensas de un estudiante que sostiene esta teoría?» Su respuesta fue rápida y fulminante:

«Que se marche a su casa.»

Me sorprendió la contestación. Y aún perdura en mí esta sorpresa. Estoy seguro de que don Luis jamás hubiera actuado así. Nunca me dio explicación alguna de aquel *ex abrupto*. ¿Sería aquella contestación fruto del nerviosismo de una jornada y unos días cargados de problemas?... Le preocupaba intensamente el problema de la obediencia. Corríamos entonces un período de transición.

Hay quien afirma que «si don Luis se hubiera encontrado en una comunidad de doce personas habría hecho milagros; habría creado un clima en el que el corazón, el testimonio y el ejemplo hubieran bastado para arrastrar a la gente.»

No alcanzó esa fortuna. El ambiente del Teologado era muy complejo.

* * *

Buena le cayó al director en el caso de los *bañecianos*. Muy mal lo pasará don Luis.

Todo empieza la víspera de una excursión. Año 1965. Para el día

14 de mayo está programado un *paseo largo* a la sierra de Béjar (Salamanca). La noche precedente, en las *Buenas noches*, don Luis recuerda a todos la prohibición de bañarse; que nadie se tomara esa libertad. El hecho es que algunos se pegaron el chapuzón. Al regreso, esa misma noche ya se comenta en diversos corrillos una posible *represalia* por parte de los superiores. Ciertamente es que los que se bañaron no recibieron las Ordenes correspondientes; excepto algunos que ocultaron su falta. También es cierto que don Luis aconsejó en público que los tales no escribieran la carta de petición reglamentaria.

El curso terminó con ambiente enrarecido.

Lógicamente no escasearon los chistes. ¡Faltaría más! Desde entonces los estudiantes se agruparán en tres denominaciones, parodiando corrientes teológicas antiguas: *bañecianos*, los bañistas; *molinistas*, los que escogieron aquel molino de la sierra para pasar el día; *montañistas*, los que eligieron las cumbres de las montañas.

Pero las bromas no bastaron para evitar la acritud reinante en el Estudiantado. El suceso saltará y se convertirá en comidilla de la España salesiana.

La división de los estudiantes no queda en mera denominación humorística. Las opiniones se decantarán en diversas líneas: unos piensan que el director no ha prohibido claramente el baño; de hecho, él conocía que había gente que se bañaba clandestinamente en el Tormes y nunca había advertido nada en público. Otros, que la prohibición ha sido manifiesta, seria y formal. También hay quienes se hacen cruces ante la desproporción entre *infracción* y *castigo*. Los más están convencidos que el director se ha visto impelido por su Consejo al aplicar tan rígidamente tamaño escarmiento.

Aún hoy, por los testimonios recogidos, se mantienen las mismas opiniones. Aunque lógicamente el suceso ha pasado al baúl de los recuerdos como una divertida anécdota más del Teologado.

Lo que resulta extraño es el comportamiento de don Luis. La mayor parte no da crédito a sus oídos cuando en las *Buenas noches* reafirma la prohibición del baño. «No; imposible. Ese no es el estilo del director... Algo ha tenido que suceder.» Más extraña todavía, cuando posteriormente aconseja que los *bañecianos* no hagan la petición de las Ordenes Menores, llamadas hoy ministerios. Manos a la cabeza.

«¿Qué le ha movido a don Luis a *levantar la liebre* del baño, precisamente cuando ni la ocasión ni el lugar propiciaban una masiva trasgresión? ¿Y qué le ha impulsado después a *convencer* públicamente a los infractores de que no pidan las Ordenes?»

Las verdaderas razones se las ha llevado don Luis consigo a la tumba. Ni a los formadores se las reveló. Sólo a través de juicios ponderados podemos dar un poco de luz a este lamentable episodio.

El baño estaba prohibido, terminantemente prohibido.

Las normas de la Iglesia y de la Congregación eran muy estrechas por entonces. La Comisión Episcopal Nacional de Ortodoxia y Moralidad desaconsejaba el baño mixto por «entrañar ocasión próxima de pecado y escándalo». Y por órdenes superiores, los salesianos «no pueden bañarse, aun cuando vayan solos»...

A partir de aquí, vienen las interpretaciones; con más o menos rigor, según las mentalidades. Unos hacen la vista gorda; otros mantie-

nen la severidad hasta el extremo. Por aquellas fechas, la norma, de 1949, ha quedado obsoleta. La costumbre va desplazando a la ley.

De don Luis sabemos su mentalidad abierta. «¿Pudo partir de él la iniciativa de la prohibición?»

Algunos opinan que hubo presiones por parte del provincial, don Maxi; o que don Luis interpretaba la mentalidad de don Maxi, sin que previamente se cruzaran palabras.

Venga de donde venga la iniciativa, lo que sí creemos es que don Luis no llegó a prever las posibles consecuencias de su admonición; pensaría que un simple recordatorio quitaría de la mente a los *pícaros* estudiantes la idea del baño. No acierta, y se ve con las manos cogidas. Y surge el problema de conciencia; sabemos que los tenía. ¿Pasa por alto el suceso, y que el tiempo lo eche en el olvido? El se había bañado mil veces en Italia. ¿Cómo iba a considerarlo trasgresión? ¿O es consecuente con su sentido de obediencia? Aquí sí es posible que hayan existido presiones por parte de superiores y de algunos alumnos.

Que le ha venido la duda, lo sabemos con certeza. Se la expondrá a uno de los profesores. La respuesta le ayudará. «Como no encuentres una razón muy poderosa en contra, no tienes más remedio que ser fiel a tu palabra. Estás convencidísimo de que fue una tontería el aviso en público y que será una tontería aplicar el castigo; pero no tienes otra salida, aun cuando el baño nadie lo considera como falta, ni en los colegios ni en ninguna parte. Pero una vez que lo has dicho tan solemnemente, no vas a encontrar otra alternativa que culminar este absurdo.»

Don Luis optará por la solución *oficial*, la de la *superioridad*. Pero sufre, porque en su mente se sigue produciendo el choque entre *obediencia-fe* y *norma-libertad*.

Su comportamiento ante esta *historia* habrá que situarlo en el contexto del Teologado. No podemos extrapolar un hecho de su entorno. El problema pudo haberse presentado en el *baño* o en cualquiera otra nimiedad. Conocemos la mentalidad de don Luis: la fidelidad y la obediencia pasan por unas *normas*, dentro de unas *estructuras*; y él se siente obligado a salvaguardarlas, el primero.

Una de sus grandes preocupaciones es tratar de evitar que el Teologado se *desvíe* a causa de las corrientes de liberalización. Una situación de *desobediencia* en una colectividad masificada y en una estructura de uniformidad encuentra una repercusión muy distinta que en un pequeño grupo; en este último caso, cualquier conflicto se resolvería en el diálogo, en una advertencia... En el Teologado, el influjo sobre los seminaristas se les escapa de la mano a los educadores. En esta tesitura no se puede transigir fácilmente en materia de obediencia. Afirmar que «por bañarme, me negaron las Ordenes» sería un análisis muy superficial. Estamos seguros que don Luis no hubiera dado importancia a tal episodio a no ser dentro del contexto normativo en que también él mismo se encontraba inmerso. El conflicto hubiera estallado por otro lado. Para prevenirlo, avisa en las *Buenas noches*. Ante la desobediencia actúa. No por identificarse con la norma, sí por evitar *males mayores*; no por defender una praxis, sí por abogar por la obediencia.

Se podrá juzgar el hecho como un error; pero no tanto de don Luis; más bien del montaje estructural existente.

Quiero todavía añadir un recuerdo personal, quizás esclarecedor. Dos años después del suceso, ya próximo el verano, me escribía don Luis desde Roma:

«Querido José Luis: Estoy bastante cansado. ¿Qué te parece que, ya que voy ahora a España, nos retiremos los dos a Cambados (Pontevedra) y allí descansemos chapuzándonos en la playa?»

Sintomático, a todas luces.

Y para tranquilidad de las *víctimas* de aquella historieta, merecedora de pasar a formar parte de las *florecillas* del seminario, debo hacer constar que hemos revuelto y consultado los archivos. Ni en la reunión del Consejo para el escrutinio sobre las Ordenes, 12 de junio de 1965, ni en las actas del Consejo Inspectorial sobre el mismo tema constan los nombres de los *bañecianos*; de ninguno.

El Consejo no intervino en la decisión. Tan sólo don Luis afrontó personalmente la responsabilidad por no dejar en mal lugar a los superiores.

La cruz de la soledad

Sudor y lágrimas le está costando a don Luis el cargo de director. Y sangre. La enfermedad se ha cebado en su cuerpo el verano de 1963. Se encontraba en su pueblo natal, con los suyos, y tiene una recaída. Remontará la enfermedad y volverá a Salamanca, a enfrentarse con otra crisis que le costará lágrimas.

Lo tiene adivinado ya. El 30 de noviembre de 1961 escribe una carta a Araceli, sor María del Puerto:

«Hoy acabo de tomar una decisión grave: le he dicho a un teólogo de cuarto año (que podría o debería cantar misa dentro de tres meses) que le conviene pedir dispensa de votos perpetuos. No tiene ninguna Orden Mayor. No debe seguir. Llevamos tiempo observándole. He oído el parecer de mi Consejo. Y hoy he decidido. Después de quince años de carrera, tiene que dejarla y volverse al mundo a los veintiocho años de edad. Los demás dan su parecer y nada más. El hombre de mando tiene que asumir la responsabilidad de la decisión por grave que sea. En este caso se trata de toda una vida y de todo el ideal de un hombre. El jefe cuanto más arriba, más solo se encuentra. Y como ésta, tantas y tantas cosas. Es dura esta responsabilidad, es dolorosa esta soledad del jefe. Pero todo es bonito cuando es expresión de amor...»

Este escrito data de 1961. Después las cosas irán tornándose más conflictivas.

No es para menos.

De 1962 a 1965 está en plena efervescencia el Concilio Vaticano II. En el verano de 1965, se llevará a cabo el XIX Capítulo General de la Congregación.

Ni el Capítulo ni el Concilio parten de cero. Hormiguean ya inquietudes, instancias, interpelaciones; a nivel mundial, en la Iglesia y en la Congregación. Este fermento se presenta como algo impreciso; se define más por lo que *no se quiere* que por lo que *se desea*; más por lo que *no se acepta* que por lo que *se intenta realizar*. Se produce más malestar que soluciones. Inconformismo.

En este contexto generalizado se encuentra el Teologado de Salamanca. Y encerrado en este esquema, se sitúan el director y el equipo corresponsable en la formación.

Entre los estudiantes se decantan varias posturas.

Un grupo minoritario, insatisfecho, inquieto: *avanzadillos*; una mayoría más conservadora, cumplidores de las normas establecidas: *moderados*; y un grupillo *conformista*, de pocas aspiraciones, de *dejar pasar* los años de teología. Entre ellos, chascan críticas recíprocas que vienen a fomentar el desabrimiento y la desazón del ambiente estudiantil.

El acta del Consejo de la casa, habido el 11 de febrero de 1963, constata ya estas tensiones. «El director recomendó la máxima unión en los consejeros y entre todos los profesores. Dar a los teólogos mayor margen de participación en la acción de la casa y fuera de ella. La tensión, que se crea a veces entre ellos, tiene como origen la pasividad con que viven y se encuentran. Es necesario tener presente la doble exigencia de autenticidad y activismo de los jóvenes. Para ello se permitieron y se actuaron ciertas actividades catequísticas, apostólicas y litúrgicas, que dan vitalidad y ocasión de fermento sacerdotal al ambiente y a los individuos, si los superiores sabemos aprovecharlas en nuestros contactos con los teólogos.»

* * *

El mar de fondo se gasta en el equipo educador. En el tejebulle estudiantil se refleja *como en un espejo* la tensión del profesorado.

No ponemos en tela de juicio la competencia académica del claustro. Pero existen discrepancias.

Estas divergencias se polarizan en varios aspectos. A nivel ideológico, existirá un *enfrentamiento* en alguna cuestión entre Dogma y Sagrada Escritura. Las clases resultarán polémicas, émulas de las más clásicas *disputaciones* teológicas medievales.

Otra *manzana de discordia* se centra en la labor pastoral que uno de los profesores desarrolla fuera del Teologado; y dentro, en su influencia sobre los estudiantes. Algún superior opina que don Luis ha debido *cortar a tiempo* ese apostolado externo, porque menoscaba la dedicación al seminario. Los demás profesores quedaban mal; como si ellos no sintieran y desearan ejercer apostolados. «Lo que hacíamos era entregarnos al Teologado.» El mismo joven profesor reconoce que don Luis no podía aprobar su sutrega a la pastoral, muy buena en sí, pero extramuros de la comunidad.

Las mentalidades generan interpretaciones; las interpretaciones, roces y conflictos. En el Teologado, cada uno va haciendo su lectura y sus opciones, a partir de las nuevas tendencias teológico-pastorales y de las estructuras que envuelven la vida del seminario. Las posiciones se polarizan. No se trata del problema de un equipo anónimo de personas; sino de *aquel equipo*, de *aquellas personas*, de *aquella época de cambio* dentro de *aquellas estructuras en transformación*.

La desarmonía se produce porque se actúa por separado. Los objetivos son dispares: un sector persigue la uniformidad, ya que pare-

ce que la masificación del seminario la exige; otros buscan la unidad, dentro del pluralismo. No pueden identificarse *unidad* y *uniformidad*; pero ¿podrán armonizarse? Eso se pretende.

Hubo reuniones del Consejo de la casa bastante tensas; hasta el punto de tener que interrumpirlas.

Don Salvador Bastarrica, el vicario de entonces, nos ha proporcionado unas anotaciones personales, tomadas *en vivo*. Voy a espigar en ellas.

«10 de enero de 1964: un Consejo pacífico (...). El director dice que hace falta paz. Y yo en la crónica anoto como reflexión mía: estamos pisando campo peligroso. Pueden estallar riñas fuertes entre los del Consejo y demás superiores, aunque es muy probable que por ahora no se den éstas porque estamos alerta.»

Alerta vive también don Luis. Desea la paz, porque el nerviosismo acarrea víctimas. Intenta aglutinar, busca la unión. Trata de realizar una síntesis. La síntesis que pretende es de *unidad*; pero, como director, se ve obligado a hacerla en la *uniformidad*. Pero ambas se le escapan de las manos.

El 3 de febrero de 1964 se reúne el Consejo para el escrutinio de los candidatos a las Ordenes Sagradas. A continuación se aprovecha para echar una mirada a la marcha del Teologado y «estudio de las causas que influyen en las desavenencias en el Consejo».

Anota don Salvador en su diario: «Se me concede la palabra el primero: que el director gobierne la casa, que no se pueda creer que sea otro el que lo haga. Exorbitación del cargo de consejero, con cierto eclipse de otros. Que cada cargo marque su cauce: el prefecto, la economía; el catequista, la vida espiritual; el consejero, el estudio; y que sea el último en concesiones que parezcan perjudicar sus objetivos. El catequista dice del consejero que parece que da la sensación de preocuparse más de que los estudiantes se diviertan que de que estudien. Advierte el director que la participación a conferencias, cursillos, etc., de fuera no perjudique al estudio intenso que han de hacer tantos mediocres de los que nos quejamos al ver las notas de sus exámenes.

El Consejo continuó el día 4, desde las 8,45 de la mañana hasta las 11 ininterrumpidamente. Hacia el fin, tomó un curso muy bueno, quedando los ánimos dispuestos a una labor positiva de concordia y ejemplaridad en la unión. Se había dicho todo de todos los presentes».

«De lo que no cabe dudar —afirma el joven profesor antes citado— es que el personal formador y docente era ejemplar en su conducta cristiana y religiosa a pesar de opiniones contrarias en el campo ideológico.»

Lo que más polvareda levanta es el enfoque pastoral.

Existe una dicotomía entre la manera de vivir la vida religiosa y la forma de realizar la labor pastoral. Esta bipolarización se abordará en el polémico XX Capítulo General: «Relación entre *consagración* y *misión*». Pero en Salamanca se vivía más que como *formulación teórica*, como inquietud, como planteamiento base de la identidad salesiana.

El joven profesor, al que ya nos hemos referido, lideraba el movi-

miento aperturista: La vocación salesiana en la historia de Don Bosco viene marcada fundamentalmente por una misión. Se entiende por misión no simplemente unas *actividades*, sino la relación de vida y espíritu hacia unos destinatarios. De aquí nace la dialéctica entre la vida comunitaria y la misión; formación *para una vida religiosa* y formación *desde una misión*. Hay estudiantes que le siguen a pie juntillas, los *pastoralistas*; y hay superiores que manifiestan su oposición más radical. No tanto a la idea como a la forma de llevarla a cabo.

Don Luis no niega este planteamiento; va a procurar mitigar las fricciones. Tiene conciencia clara de que la Congregación ha de cambiar en los planteamientos personales; pero no puede renunciar a sus convicciones de vida religiosa. Comprende, admite y aprueba el arriesgado espíritu misionero de aquel joven profesor, pero no puede aceptar las consecuencias que esta dinámica acarrea a la vida de comunidad: «No jugó conmigo un doble juego; en varias ocasiones me llamó al orden respecto a mi cumplimiento comunitario. Se sentía identificando conmigo en muchos aspectos, pero no podía claudicar de sus convicciones de observancia religiosa». Don Luis actúa con cierta diplomacia para conseguir la unidad. Desea complacer a unos y a otros; busca la síntesis, la armonía..., sin oponerse radicalmente a nadie... He aquí el *mal* de don Luis, dice alguno.

También él caerá dentro de las críticas.

Apunta don Salvador: «12 de julio de 1962: ¿Y el director, se ha perdido? Frase de don Juan Castaño. El día 9 por la tarde se marchó con el Inspector a Madrid. Hoy se le esperaba. Don José Luis Bastarrica le echa de menos porque, de vez en cuando, le invade la *crisis del Teologado*. Lo tremendo es que idéntica crisis se ha abierto en el ánimo de casi todos los profesores».

Es el cansancio, el desánimo, la falta de unidad lo que produce estas crisis.

Don Luis pretende la renovación del claustro a corto plazo, como medida necesaria: «Meter más gente, sin esperar». Hasta ha pensado desplazarse a Turín para hablar con los superiores como única forma de conseguir personal especializado. El P. inspector se lo impedirá. «No lo creía necesario».

De otro lado, el claustro hace presión ante el inspector para que don Luis dimita como miembro del Consejo Provincial; así no tendrá que menudear sus salidas a Madrid. «El Teologado exige su presencia, por su contenido y por su volumen.»

Puedo asegurar con pleno conocimiento, y con la mayor objetividad que puede ofrecer un historiador, que para don Luis el problema del Teologado, más que en los estudiantes de teología, hay que situarlo en los profesores. Reconocía que los estudiantes resultaban más difíciles, se contagiaban con opiniones que en aquel entonces corrían dentro de la Iglesia y del mundo y no eran del todo ortodoxas. Sin embargo, los que frecuentaban la Universidad Pontificia veían, comparaban y sacaban la conclusión de que nuestro Seminario era de los más serenos y moderados.

Los estudiantes, por pura observación juvenil, y más por la pícara suspicacia estudiantil, han constatado las desavenencias de sus educa-

dores. Y lo expresan a su manera: la *sátira*. Fue la fiesta de Reyes de 1965. En la sobremesa hay *reparto de regalos* para todos los cursos y personas *más relevantes* de la vida colegial. Los «Reyes Magos, en su generosidad, echan a los profesores... el *Libro de las Concordancias*». ¡Qué revuelo, madre! En la mesa de los superiores, toda suerte de aspavientos. Desde quien no se entera *de qué va la cosa*, hasta quien, herido, muestra claramente su disgusto, o el que comprende la ironía y ríe a carcajada suelta... Alguien afirma que, al acabar la sobremesa, se reunieron los superiores en el mismo comedor, o tal vez fuera sólo el Consejo; el dato es impreciso.

«¡Pobre Luis!, escribe en su diario personal don Salvador. Se le va hundiendo el personal. Los años van haciendo su obra en los más antiguos.»

Se adivina que sufre. La división resulta siempre una cosa muy seria; más si se produce en el seno del Consejo. Nos dicen que el 31 de marzo de 1965 ha habido acaloramientos en la mesa. Don Luis comenta:

«La virtud del aguante es la más necesaria hoy. No estamos preparados. Los tiempos se nos han echado encima.»

También el director tiene sus compensaciones.

Del 8 al 13 de septiembre de 1964, se organizan unas reuniones de directores de los Estudiantados Filosóficos y Teológicos de España y Portugal. Preside don Arquímedes Pianazzi, miembro del Consejo General. En el simposio se estudian asuntos específicos de las casas de formación. Don Pianazzi se muestra abierto. Cuestión muy polémica fue la lectura de los periódicos. Recordemos que estaba prohibida para los estudiantes. El provincial de Madrid, abogaba por la apertura *gradual*. Don Luis defendía la *permisión total*; también don Pianazzi. Triunfará la tesis *aperturista*, después de una dura discusión.

Don Luis lo estampa con satisfacción en el libro de la Crónica de la casa. En la última página del mes de septiembre se lee: «Reuniones de Estudiantados de España y Portugal bajo la presidencia del Reverendísimo don Arquímedes Pianazzi. La amplitud de miras y las ideas muy al día de don Pianazzi entusiasmaron y serenaron los ánimos de los más exigentes. Esperamos que las orientaciones recibidas e intercambiadas en estos días contribuyan realmente a mejorar y a hacer más eficaz el ambiente educativo, sacerdotal y salesiano de nuestros Estudiantados de España y Portugal».

* * *

A don Luis se le ha desbordado el Teologado; se le hace difícil la carga. Acusa cansancio, agotamiento, físico y psíquico. El espíritu se encuentra dispuesto, pero el cuerpo flaquea. Y, a pesar de ello, su habitual sonrisa era *elemento de distensión*.

Cada año se celebra la *fiesta del director*. Se llamaba así porque el homenaje giraba en torno a su figura como *cabeza de familia*, y *padre*. El vicario, en nombre de la comunidad reunida, recogía en el *pregón* los sentimientos comunes. Y puede afirmarse, sin lugar a dudas que a pesar del ambiente antes descrito —un tanto difícil— a don Luis se le aprecia de verdad.

Don Salvador Bastarrica, en el año 1964, en el saludo, expresaba estas ideas: «No estará mal decir que temimos, hace meses, en el verano pasado, que en el programa de la fiesta actual figurara otro nombre. Aquel peligro de tu gravísima enfermedad, allá en tu tierra natal, se superó, gracias a Dios. El sólo sabe qué pudo influir en ello. Por cierto que hubo mucha oración. Nosotros te guardamos el puesto que aquí dejaste; todo quedaba como cuando tú marchaste. No queríamos oír otros nombres que pudieran sustituirte. No era rebeldía; de eso no había nada. Sí mucho egoísmo. Llegaste un día huyendo; nosotros te introdujimos en casa con prisa, y a los que nos preguntaban, les decíamos que podías... Ahora está el curso en su fase final. Has luchado bien con tu enfermedad crónica... Algún fuerte golpe, sería observación del cuadro sindromático, rápido contraataque, recuperación y adelante, casi como si nada hubiera pasado.

Ahora nos acecha otro peligro, a ti una verdadera tentación. Puedes sentirte cansado y ciertamente lo estás. Cinco años al frente de una casa como ésta: dos en Carabanchel y el resto, un trienio completo, aquí. Ante los tres que se presentan delante..., un total de ocho años...».

Ciertamente don Luis se encuentra cansado. Y solo. Le faltan personas que sintonicen con él. Hemos recogido testimonios que afirman cómo don Luis nunca tuvo plena identificación con nadie dentro del equipo. Intenta llevarse bien con todos, pero no coincide plenamente con nadie. Escucha a todos y se retrae.

El optimismo de don Luis sufre fuertes golpes.

El 8 de junio de 1965 va a escribir a su amigo Javierre. Tengo en mi poder la carta. Anoto algunas líneas:

«Querido Antonio: el día 24 de abril te recordé mucho, pedí por nuestro sacerdocio hermano. Dieciséis años de sacerdocio. Tengo la impresión de que no he hecho nada. ¡Quince años con teólogos! Casi no han salido de mis manos hombres cualificados (...). Pesimismo. Quizá cansancio. Sí, es lástima que la renovación del Concilio y del Capítulo nos coja cansados de pelear. Lo peor es que nos obligan a trabajar sin esperanza (...). No vemos la posibilidad de un futuro próximo mejorado (...). Hemos tirado años tras años con graves dificultades de personal en el teologado, sin tener la esperanza de otras personas que estuvieran formándose y que viniesen a mejorar nuestras condiciones (...). Esperamos que Dios no se canse como nosotros.

Antonio, yo no, tengo con quien desahogarme, porque la gente está bastante desalentada. Si inclusive el director les carga más todavía, les hunde. Siempre ánimo a todos y les doy optimismo. Pero, a veces, yo me quedo sin él. Por eso me desahogo contigo ahora. Pide un poco por mí también; estoy cierto que, después de unos días de descanso, volveré a sentir ganas de pelear y seguir trabajando para que otros puedan encontrar una Congregación según sus ilusiones de santidad y apostolado.»

Los recortes que he dado a líneas o frases de la carta no obedecen a un propósito de manipulación, ni de callar nada. Sólo responden a mi afán de simplificación. De hecho, no aportarían nada a lo ya anotado.

Me da pena decirlo, pero es del todo cierto que don Luis, al menos durante el curso 1964-65, «se sintió en la cruz». Es frase suya. En la cruz terminó su directorado de Salamanca.

«Siempre animo a todos y les doy optimismo.» Mérito, principalmente suyo, el que —a pesar de las dificultades anotadas— se viviera en el

Teologado sustancialmente el espíritu de familia, con bromas —en las mesas de *superiores* y de alumnos— y en los patios. Repito que son muchos los que recuerdan y añoran aquellos años. He recorrido media España entrevistándolos, dialogando despacio con ellos. Hombres muy maduros, con cargos de responsabilidad, recuerdan con agrado a sus formadores y, sobre todo, a su antiguo director.

Hoy se marcha y nos deja

En el verano de 1965 ha caído en el Teologado una inesperada noticia, un soberbio *bombazo*. La comunicación *oficial* la hace el inspector, que ha venido el 19 de agosto: «Don Luis Chiandotto ha sido nombrado inspector-director del Pontificio Ateneo Salesiano de Roma». Se trata de una nueva entidad salesiana surgida del XIX Capítulo General, con el fin de unificar todas las Facultades universitarias y centralizarlas en un único ente jurídico: el Pontificio Ateneo Salesiano (P.A.S.).

La noticia de nombramiento tan importante es acogida con aplausos cargados de admiración y sorpresa.

Al que no le ha cogido de sorpresa ese día es a don Luis. Había existido ya intercambio de correspondencia entre el Rector Mayor y él, en un tira y afloja, el *toma y daca* propio del que se resiste a dar un paso trascendente en su vida.

Con fecha 21-7-65 le ha llegado la primera comunicación —carta de don Ricceri— recién elegido Superior General:

«Ante todo, un cordialísimo saludo. Vengo a continuación a comunicarte algo de (...) interés común.

Ya sabes que el próximo año académico inicia sus actividades el P.A.S. en Roma. Sabrás también que se constituirán allí varias comunidades, en total cuatro, gobernadas por un director, y todas ellas juntas formarán una Inspectoría *sui generis*. He aquí lo que te interesa. En la sistematización del complejo del P.A.S. hemos pensado también en Don Chiandotto en función de dirigente (...).

Lo que ahora me resulta urgente es que tú conozcas (tan sólo en forma reservada y personal) que con toda probabilidad tendrás que dejar Salamanca, a causa del P.A.S. y con cargo de directivo. Es un *servicio* que los superiores piden al querido Don Chiandotto. Saben que se lo pueden pedir, saben que Don Chiandotto podrá cumplirlo bien (...).

Por lo demás, (...) quisiera invitarte a abrazar la cruz que la Providencia, a través de los superiores, querrá poner sobre tus hombros (...).

Affmo. D. L. Ricceri.»

Don Luis no estaba en casa; se encontraba en Sevilla predicando una tanda de ejercicios espirituales.

A su regreso encuentra la carta. Esa noche no duerme. Se lo dice a Don Ricceri: «No habría deseado que mi primer contacto con el nuevo Rector Mayor fuera de este género...». Su reacción no se hace esperar:

«Respondo a los dos puntos de su carta:

1) "En la sistematización del complejo del P.A.S. han pensado también en Don Chiandotto en función de dirigente".

Agradezco sinceramente a los superiores la confianza que me demuestran. He buscado siempre ayudar a resolver los problemas, no a crearlos o a complicarlos. Soy religioso convencido y me agrada mucho demostrar al Señor mi disponibilidad aún cuando me cueste. Pero como todavía se trata de un proyecto, de una posibilidad, deseo exponerle con filial confianza mis limitaciones y mis reales posibilidades a fin de que los superiores, a causa de una información no suficiente, eviten una equivocación y no se forjen ilusiones sobre mi persona. Si después, conociendo mis defectos y limitaciones, insisten aún, aceptaré la voluntad de Dios.

Sinceramente me considero inadecuado para la responsabilidad que desean confiarme. No me considero digno, ni capaz. Yo soy un pobre salesiano que ama mucho a la Iglesia y a la Congregación y hace lo que puede por extender el Reino de Dios; pero tan sólo soy un hombre de periferia, de provincia. Aquí puedo hacer algo; pero en Roma, en el P.A.S., preveo que no sabré ni podré hacer nada, en ninguna de las secciones. De verdad que yo nada tengo de brillante; es más, al contrario, soy más bien tímido; un público numeroso me condiciona hasta hacerme tartamudear. Aquí no es difícil tener un poco de prestigio porque hay escasez de personal titulado. Pero en el P.A.S. la cosa es muy diferente. Me constaría demasiado convenirme de que pudiera hacer cosa alguna. Me dice que es un servicio que los superiores saben que pueden pedirme; y esto es verdad. Y saben que podré cumplirlo bien; y aquí me parece que saben demasiado poco.

Le ruego, por tanto, que lo piense mejor. Querría, dentro de lo posible, estar cierto de hacer la voluntad de Dios, no sólo la voluntad permisiva. De todos modos, heme aquí, dispuesto a obedecer.»

La respuesta a esta sabrosa comunicación no se demoró. Lleva fecha del 5 de agosto. Don Ricceri le confirma el nombramiento. No se trata de una decisión impensada; ha consultado «exhaustivamente con los superiores» y en una seria ponderación han decidido «demandarle este sacrificio al bueno de Don Chiandotto». Le pide confianza y le ofrece la valiosa «colaboración y ayuda del Rector Magnífico y del superior del Consejo Superior responsable del P.A.S. y de los directores de las comunidades escogidos naturalmente para esto». Luego, toca la fibra más sensible del corazón de don Luis:

«Y además me lo dices tan bien que me has dignificado: Tú deseas colaborar con el buen Dios a través de la colaboración con los superiores. Y el Señor no permitirá te falte su asistencia, su luz y su fuerza. Ponte, por tanto, con un corazón de un hijito en las manos del buen Dios y prepárate para venir primero a Turín y después a Roma.

Los superiores te saludan todos con cariño, sobre todo Don Bellido, y te agradecen desde ahora, a través de mí, el servicio harto sacrificado que prestas a la Congregación. El Señor lo compense con abundantes gracias, con la salud y haciendo fecundo para ti y para las almas el sacrificio.

Acepta mi afectuoso saludo; te aseguro que estoy cerca de ti en la oración confiada. Te abrazo con fraterno corazón.

También reza por mí y ofrece al buen Dios un poco por mí tu sacrificio.

Affmo. D. Ricceri.»

Esfuerzo le costó a don Luis asumir la responsabilidad de su nuevo cargo. Intuyó la magnitud del sacrificio. «Lo vi con toda claridad», dirá al final de su vida. Intenta hacerse a la idea, pero no puede dejar de insistir ante los superiores. Y continúa el intercambio de correspondencia.

Sabemos que en el corto espacio de unos días don Luis envió un *expresivo telegrama* y una carta. Ignoramos el texto de cada misiva; no hemos encontrado los originales.

Don José Antonio Rico fue el sucesor de don Luis como director del Teologado. Nos dice que vivió su confianza en aquellos momentos: «Se desahogaba conmigo, me daba consejos; al mismo tiempo, me comunicaba sus sufrimientos de aquellos días... Cuando Don Ricceri le transmite su decisión *firme*, don Luis envía un telegrama, más o menos en estos términos: *Aunque no comprendo el porqué de esta obediencia, la acepto con fe*.

El texto de la carta, que también nos es desconocida, nos lo podemos imaginar por la respuesta del Rector Mayor:

«Turín, 14-8-65.

Mi querido Don Chiandotto:

Respondo a la tuya del 11 del corriente (recibí también el expresivo telegrama). ¡No existe ninguna contraorden! Tranquilízate, toma con serena confianza tu cruz; no te encontrarás solo para llevarla.

Existe en todos mucha buena voluntad para convertírtela en más llevadera.

Veo con agrado y con edificación que te has colocado en la línea de la ofrenda y del servicio. El Señor no podrá por menos de tenértelo en cuenta (...).

Me dices una hermosa palabra: «Confío en María Auxiliadora». Mañana, fiesta de María Asunta, celebrando en Colle la misa por Eurovisión tendré un afectuoso recuerdo por ti y por la nueva misión. La Virgen te obtenga con Don Bosco mucha luz y mucha fuerza.»

Desde este momento, la cruz que la obediencia cargará sobre don Luis irá adquiriendo cada día mayores proporciones. Lo dejará escrito cinco años después, cuando los sufrimientos físicos y morales le derriben en los brazos del Padre, tras duro bregar, ya sin fuerzas, agotado, consumido.

«Hace cinco años acepté la obediencia que me llamaba al P.A.S., por espíritu de fe, después de haber expuesto mis buenas razones en contra. Aceptando la obediencia era consciente de que aceptaba el sacrificio de mi propia personalidad. Cuanto he sufrido creo haberlo sufrido en espíritu de redención.»

* * *

En el Teologado se hacen preparativos para la despedida de don Luis. Se ha invitado a los provinciales de Madrid, León y Bilbao, cuyos *súbditos* estudian la teología en Salamanca, y a los directores de varios colegios de la demarcación.

Se congregan todos en ágape familiar el día 22 de agosto. Se han sumado, además, *autoinvitados*, otros salesianos de la ciudad. Hay números de sobremesa, sencillos, emotivos. Alguien, émulo de Rubén Darío, le expresó en sonoros versos modernistas, su labor en España.

En nombre y representación del Estudiantado, don Salvador Basta-

rrica pronuncia un discurso de despedida. Centra su intervención en la labor realizada por don Luis entre nosotros:

«No es la primera vez que me ha venido a la mente, al pensar en ti, el dicho evangélico *No puede esconderse la luz bajo el celemin*.

Veintidós años ha tenido esa luz como zona directa España. Dices a tus teólogos en tu despedida multicopiada que nunca te sentiste aquí extranjero. Y estás también cierto de que nunca España te consideró como tal y que desea ardientemente unieras tu suerte con ella por siempre, segura de que la amaste y te entregaste, como uno más de aquí. La has estudiado profundamente. Te son bien conocidas las virtudes con que Dios la dotó y también los defectos que ella adquirió.

Podemos decirte, sin herir tu modestia, que has hecho más rica esta Congregación de España. Dos tercios de tu estancia en España pertenecen al Teologado. Has sido un don de Dios para él. Dejarás huella. Hemos navegado en tiempos más fáciles. Hoy se conocen las metas, pero difícilmente se da con los métodos. Tú en esto has dado mucho, el máximum. Lo que pueda faltar hay que achacarlo a la limitación humana, que es también común a los sabios y a los santos.

Estuviste al lado de cada uno de tus colaboradores en los cargos y en la docencia. Aceptaste y animaste todo lo bueno. Gozaste con los aciertos y triunfos de ellos, procurando esconderte. En el vaivén de las cosas, constituían una garantía tu inteligencia, tu bondad, la lección de tu vida entregada a la Providencia.

Te destinan a empeño no fácil. Por bastante tiempo te seguiremos atentamente, siempre con interés. Que El, que es el único que puede arrebatarde de nuestro lado, allane y guíe tus pasos.»

Don Luis cierra el brindis con unas entrecortadas palabras cargadas de emoción.

Luego, un grupo fotográfico grabará el acontecimiento para los *archivos del tiempo*.

También las salesianas toman parte en la despedida. Se han enterado de que tiene necesidad de maletas y ropa; pues, ni cortas ni perezosas, las dos comunidades de la ciudad le invitan a merendar en el colegio de Canalejas, y le visten de adentro a afuera: las maletas con abundante ropa nueva; y le regalan una flor en una cajita, para su madre. Don Luis se emocionó. «Se le caían las lágrimas».

El día 23, a las 10,30 de la mañana emprende viaje a Madrid. En el adiós se derrocha cariño; allí están también las hermanas salesianas correspondiendo al afecto y desvelo que don Luis les ha prodigado.

En Madrid le aguardan los directores de las casas de la capital y los estudiantes de Teología que, *vacantes*, pudieron acudir a la despedida. En el colegio de la Ronda de Atocha le rinden cortesía los salesianos madrileños. Luego, le acompañan al aeropuerto de Barajas, donde tienen lugar las muestras de cariño más efusivas, donde el adiós desgarrar corazones.

A don Luis le duele dejar España; a los salesianos españoles les cuesta desprenderse de don Luis.

Impresos ha dejado sus sentimientos al tener que alejarse de nosotros. Durante las vacaciones académicas se edita una hoja multicopiada, como órgano informativo para los estudiantes de Teología dispuestos por las casas: *Bethel-El*. En el número 4 escribe:

«Los superiores me llaman a otra misión y tengo que dejar el Teologado y España. Nunca me he sentido aquí extranjero. Prueba de la caridad y calidad de las personas con quienes traté. Después de veintidós años me sentía verdaderamente español y os aseguro que voy a notar el cambio.

Agradezco de corazón a todos las inmerecidas muestras de estima y afecto que me habéis dado. Perdonadme todo lo que os haya podido molestar en mí por culpa de mis límites, no de mi voluntad. Siempre he procurado hacer el bien que podía. Puedo aseguraros que en mi vida no he sentido antipatía hacia nadie, he querido a todos, aunque alguna vez no haya sabido demostrarlo.»

Y mientras el avión surca aires y nubes, la mente de don Luis no ha despegado de Salamanca. Y escribe una tarjeta:

«Queridos todos: Estoy volando sobre el mar, para evitar los Alpes. Pienso en todos vosotros. Pienso en España que acabó de dejar. Dice don Santiago Ibáñez que he mostrado entereza... Pero ahora... lo estoy pagando. Un abrazo para cada uno: profesores, teólogos, empleados. Despedidme de los vecinos y un gran saludo para las Hermanas.

Affmo. Luis.»

* * *

Hoy se marcha don Luis; pero algo deja. Así le cantaba el poeta el día del adiós:

*Hoy se marcha... Y al irse en su góndola
por canales de azul y de plata
nos deja el recuerdo, la siembra, las obras...
y una estela de luz en el agua.*

Amor de Dios para los hombres: Sembrador de felicidad

«Si algo podía traicionar a don Luis era su corazón.»

No me considero la persona más adecuada para bucear en el alma de Don Chiandotto. Insondables son los sentimientos humanos, incluso para el psicólogo más ilustre. ¡Cuántas inesperadas reacciones han desbaratado atrevidas doctrinas psicológicas, a fuer de científicas!

Por pura osadía me atrevo a delinear unas páginas sobre tema tan delicado. Me abruma la documentación al respecto. Espigaré en los testimonios más significativos; personas cuyo contacto con don Luis desbordó los límites de las enseñanzas teológicas o la relación *súbdito superior*; en algunos casos ni siquiera existían estas referencias...

Tres corazones tenía don Luis: uno de fuego para amar a Dios, otro de carne para volcarse en sus semejantes y el tercero de piedra para olvidarse de sí mismo.

Al propio don Luis es al primero que debemos escuchar. Parece como si estuviera tumbado en el sofá del psiquiatra cuando escribió esta carta que nos marca el íter de su corazón y de su mente, y nos condensa el comportamiento de su vida. Esta carta está fechada el 20 de septiembre de 1961. Don Luis era director en Salamanca.

«Permítame —en plan de confianza y con deseos de hacerle un poco de bien— permítame, digo, un recuerdo personal de antes de ir al seminario. Era ya jovencito. En los estudios cosechaba laureles sobre laureles. No había asignatura que se me resistiera. Y me sobraba mucho tiempo para alternar y divertirme.

Como era el jefe nato entre los estudiantes y era extremadamente dinámico, todos y todas se preciaban mucho de mi amistad. La carrera la llevaba brillante. En casa me adoraban; fuera de casa, también. La vida se me abría delante con todas sus posibilidades y con todos sus encantos. El horizonte, completamente despejado y sin nubes; y si alguna había, era de color de rosa.

Pero era un joven que pensaba mucho. Las flores que recogía a lo largo del camino, veía con pena que se me iban marchitando entre las manos;

su lozanía no duraba más que un día. La caducidad de las cosas dejaba en mí un amargor más duradero que el recuerdo de sus encantos.

Y en el campo humano profundizaba también. Recuerdo, como si fuera hoy, el día que me di cuenta de ser listo (...). Me pregunté en seguida: ¿Por qué soy así? ¿Qué mérito tengo yo para haber nacido así? Y luego seguía: ¿Por qué uno nace rico y otro tiene que sufrir el hambre casi toda la vida? ¿Por qué hay personas que sufren y lo pasan mal a pesar de trabajar como un negro? ¿Por qué hay ignorantes? Y, sobre todo, ¿por qué algunos nacen tullidos o medio tontos o inútiles o feos?

Esta chica jamás podrá esperar que nadie la quiera en la vida, y ¿qué culpa tiene ella si ha nacido pobre y fea? Mientras que, a lo mejor, tiene un alma hermosa, tierna, deseosa de ser querida y con una capacidad de entrega y sacrificio que sería un encanto. ¿Por qué Dios a mí me dio a manos llenas y a tantos otros no? ¿Y qué sentirán todas esas personas? ¿Se sentirán infelices? ¿Tantos como son? ¿Y por qué no pueden ser felices ellos también? ¿Por qué no hemos de quererlos a ellos también, para que el amor caliente un poquito sus pobres vidas frías y escuálidas?

Sentía una gran pena, por debajo de mi felicidad exterior. Y luego pensé más, me fijé más. Vi la frivolidad de la vida, triunfar y derrochar junto a la miseria más abyecta. Y me di cuenta del espantoso egoísmo de los hombres. Y también en el amor descubrí una gran parte de egoísmo (...). Y mi alma se rebelaba contra este estado de cosas. Comencé a visitar a los pobres, a los miserables de los suburbios, a los enfermos, a las personas sin amor y sin esperanza, y les repartí a manos llenas mi comprensión, mi cariño, mi inteligencia, mi corazón. Y vi el milagro: el desierto florecía, la miseria sonreía, la esperanza prendía en los corazones, los enfermos de soledad comprendían que también su vida tenía un sentido y un destino humano y eterno. Y me hice vendedor de felicidad. Pasó el tiempo, y poco a poco me fui dando cuenta que *Alguien* me hacía señas o quizás me llamaba desde lejos para que lo siguiera. Era Jesús. Me hizo comprender una misión; la más hermosa de cuantas pueden existir: trabajar, entregarse para hacer un poco más felices o un poco menos desdichados a los hombres, dándoles un poco de calor, de amor, acercándoles al Amor y a la Fuente de la felicidad que es Dios nuestro Padre. Y como Jesús está precisamente en el mundo para hacer esto mismo hasta entregarse por amor en la Cruz y en la Eucaristía me he propuesto seguirle para ayudarle. Y me hice sacerdote.

Me preguntará si me ha costado dejar todo lo que he dejado. Le contesto que sí. Me ha costado y me cuesta. Pero soy feliz (...). Tanto, que espero que *nada* ni *nadie* me separe del amor y de la entrega a Cristo. Pero en mi esperanza de la eternidad feliz no pienso estar solo. Me parece que mi cielo no sería cielo si faltara alguno al lado (...).

* * *

Pienso que don Luis aún en esta carta varias experiencias de diversos momentos de su vida. Los *porqués* del filósofo afloran con su imponderable riqueza; lo que nos hace pensar que ya no era un niño. Ante la impotencia de los sistemas filosóficos para dar cumplida respuesta a los problemas vitales del hombre, don Luis se vuelca en los brazos de la fe, en el amor de Dios. Y se hace *sembrador de felicidad*.

«Me ha costado y me cuesta.» No se le vino fácil.

La duda aparece inexorable en el alma humana cada vez que debe asumir una opción trascendental en la vida.

Y la crisis ha aflorado en don Luis.

Se le ha oído hacer comentarios. Ha aludido a ella en varias ocasiones. Había estado paseando noches enteras, reflexionando sobre conclusiones filosóficas y los principios de la fe, con terribles tormentos interiores...

«En ese mi pasear por la terraza, de noche, sentía verdadera angustia; sentía la impresión de que me estaba ahogando interiormente. En aquel momento, estuve a punto de perder el rumbo de mi vida...»

Ha comprendido que la Filosofía, a pesar de la perfección de los sistemas, no conduce al *absurdo*, sino a una terrible *soledad*. Y el miedo a quedarse solo, imposibilitado de responder a sus propios interrogantes, supone el inicio total de su entrega a Cristo y a los demás, sin reserva alguna:

«Lo que más importa en la vida no es ser uno más o menos feliz. Lo que verdaderamente importa es hacer un poco de bien, es derramar un poco de amor, es irradiar un poco de felicidad y alegría a los demás (...). Esto es lo que debe hacernos realmente felices. La vida es hermosa no porque esté al alcance de la mano para ser gozada por nosotros, sino porque en ella podemos amar, entregarnos, para que los demás se sientan menos solos y más queridos.»

«Don Luis era un sacerdote que no se pertenecía a sí mismo.»

No ha sido de duda la *crisis* de don Luis, sino en el sentido griego del vocablo de *profunda reflexión, de evolución y de rompimiento de algo* dentro de la persona. Y así, dio un salto, no en el vacío, sino hasta los brazos del Padre. Ha descubierto la acción de Dios a través de la experiencia de vida. La Cristología para él no se quedará en mera teoría; se transformará en fortísima vivencia:

«Durante muchos años he estudiado estos problemas. He querido explicarme el mundo y el hombre y la historia prescindiendo de Dios y de Cristo. He leído y estudiado autores, filósofos y pensadores no cristianos, escritores ateos, y mi fe es incommovible, es cada vez más clara y más fuerte. Es un don de Dios que hay que pedir, de acuerdo. Pero tiene unos fundamentos muy firmes en nuestra razón. He visto que incluso los que no creen en nuestro Dios, inventan otro dios falso; porque no consiguen explicar este mundo sin un Dios. La historia del mundo y del hombre no se explica claramente y no se comprende bien sino admitiendo a Dios; quedan cosas oscuras, que no sabemos explicarnos; pero sin Dios, quedaría todo hecho un absurdo. Con Dios el mundo queda para nosotros un misterio. ¡Sin Dios, sería un absurdo! ¡Prefiero el misterio! ¡Abrazo la fe!, como ayuda de mi pequeña razón, porque un Dios infinito que cupiera en mi cabecita sería un Dios muy pequeño. Es lógico que su gobierno del mundo y del hombre desborde mi limitadísima inteligencia y yo no lo comprenda bien.»

* * *

Y la superación de esta crisis convirtió su corazón en el centro de su vida. «Su inteligencia estaba al servicio de su voluntad hecha de amor.» Su temperamento apasionado no podía permanecer impassible ante nada y ante nadie.

Ser sacerdote no implicaba para él ignorar la felicidad que una persona puede alcanzar en el seno de una familia con su mujer y sus hijos; al contrario. Posee la experiencia de su propia familia: la separación del cariño de su madre y de la compenetración con su padre deberá costarle mucho en la vida religiosa; los echará de menos. «Habla de la firmeza del amor que ambos habían mantenido siempre, de la entrega recíproca, total, del uno al otro en sus relaciones amorosas. Por eso, cuando no encontraba amor en la vida de comunidad, sufría.»

Lo esencial para don Luis es que el sacerdote ha renunciado a algo,

a lo que tenía perfectísimo derecho, a algo humano, y debe ser consciente de la renuncia. Unido a Cristo, le ayuda a valorar lo que El representa y significa, y a superar con otros medios las dificultades que se le puedan presentar:

«Aprender a amar de verdad; ése es el secreto. La solución no está en salir o en quedarse. Está en saber amar. ¡Como si la virginidad y el celibato nos impidieran amar y ser amados! Pienso en mí mismo. Y perdóneme si hablo tanto de este pobre cura. Yo tengo una infinidad de personas a quienes amo de verdad, profundamente; y ellas a mí. Y nuestro amor tiene un sentido cristológico maravilloso. Ellos no siempre lo saben, pero yo sí.

Jesús, en su vida, amó a ciegos, a tullidos, a paralíticos, a los pobres, a los niños... Y ellos acudían a El porque se sentían comprendidos y amados.

Cristo en su bondad y en sus designios misteriosos, me ha elegido a mí para prolongar su obra a través de mi palabra para seguir absolviendo, bendiciendo, consolando a través de mi mano, para seguir amando, amando, por medio de mi corazón (...). Y así podría seguir páginas y páginas citando nombres que despiertan en mi alma recuerdos y sentimientos, como bandadas de pájaros: desde Carmencita, de cuerpo casi espiritual, como transfigurado por su alma luminosa, que la desgracia y los médicos han dejado totalmente sorda; hasta Enrique, a quien usted ya conoce; y Migueli, y Quinito... y docenas y docenas más. Sin hablar de los centenares de sacerdotes que han pasado por mis manos, para quienes yo soy un símbolo; y los centenares de almas que han entrado en contacto personal a través de la predicación de ejercicios, y que aún me siguen de lejos... y lo que llevo entre manos aquí, en Roma..., y todas las familias que, en España y aquí en Italia, recibieron las semillas de mi apostolado familiar y lo reciben todavía. Y no he citado siquiera el campo de las religiosas, y el apostolado de la prensa, etc. Pues bien, cada sacerdote puede llenar volúmenes de cosas así. Esto es amor. Esto nos da un sentimiento de plenitud y de paternidad verdaderos.»

Exquisitamente sensible el corazón de don Luis. Necesitaba amar y quería ser amado. *Sembrador de felicidad.*

Ha entendido el amor como *entrega*, no como *receptividad*. «Como un chiquillo se sentía cuando alguien le mostraba afecto; le llegaba al alma. Pero estaba convencido que la correspondencia suponía un *regalo* al que él no tenía derecho. Su obligación era amar. Sí. Volcaba su corazón cuando encontraba verdadera amistad, y si chocaba con el desafecto, reaccionaba acreciendo su cariño; aunque se desangraba por dentro.» Tenía tal vida interior, tal vivencia de Cristo que «podía dar inmensamente sin quedarse vacío».

«Siento un gran desasimiento... Todas las demostraciones de afecto que recibo me llenan de gozo, pero no invaden lo más profundo de mí ser. Las recibo como una prueba más del amor que Dios me tiene. Considero que, si el amor de las personas me llena de tan profunda alegría, ¡cómo será el inmenso amor de Dios! Soy sacerdote y, como tal, pienso que Dios quiere de mí un amor más elevado, más puro, más ancho. Para todos.»

«Era don Luis un volcán en su capacidad de amar. Le hubiera encantado tener mujer e hijos; incluso le atraían las mujeres, y es cierto que éstas andaban detrás de él. Pero ninguna concesión, ni la más mínima. Ante el sacerdocio todo era poco. ¡Las almas! ¡Las almas!»

«Mi centro es Cristo. Para mí el primero es Cristo. Luego las almas. Y vivo deprisa; y trabajo a destajo. Porque la vida no es más que esto: un desear, un amar, un ansiar, un desvivirse por hacer un poco de bien con Cristo, entre tanto mal, y por encender un poco de amor entre tanto egoísmo. Y entre las almas, me permite El que escoja y cuide de un modo especial alguna. Para que me sostenga en el trabajo, para que la esperanza de ese abrazo eterno ilumine mi Calvario. Y ¡soy feliz!»

«Nuestro amor humano y sensible a los jóvenes debe estar totalmente exento de toda sensualidad, de todo sentimentalismo, de toda sensibilidad morbosa (...). Ama con amor humano como era humano el amor de Cristo. Ama a aquella persona determinada como la ama Cristo (...), con el mismo amor de Jesús.»

En este afecto, don Luis no marcará distinción entre el hombre o la mujer. «El cuando quería a una persona, lo único que buscaba era que lograra esa felicidad relativa que puede encontrarse aquí en la tierra con la entrega a Cristo.»

* * *

Varios *amores femeninos* ha tenido don Luis. Su misión, cabalmente cumplida en los centros de formación donde le había destinado la obediencia, se había visto dilatada por su imponente personalidad; su sentido de la responsabilidad del sacerdote le lanza a otros sectores que considera como voluntad de Dios con meridiana claridad.

Araceli, sor María del Puerto, es religiosa del *Santo Angel*. En un año de noviciado se debate en fuertes dudas. Y elige a don Luis como director espiritual. «Dios se valió de él y le puso en mi camino para que hoy sea lo que soy (...). El modeló mi alma y mi inteligencia...» Diecinueve años de dirección espiritual. Desde los comienzos del sacerdocio de don Luis, en Carabanchel, hasta su muerte en Roma. Varias veces hemos citado a la hermana Araceli; a ella le debemos, lo hemos dicho ya, la mayor parte de las cartas que reproducimos en la biografía. Así ve el mismo don Luis su relación con la religiosa:

«Fui la sombra de Jesús que se hizo visible para usted durante un período de su vida. Otros le representarán más dignamente que yo. Yo me conformo con quedar en la historia de su existencia como una imagen de Jesús, pálida si quiere y destañada. Como representante de mi Señor sólo sentiría haberle dejado menos divino, menos amable. A mí no me necesita. Necesita a Cristo.»

Tres meses antes de su muerte, cuando ya el cáncer le está derrotando, le escribe:

«¿Noticias de mi salud? Yo sigo en un estadio de enfermedad en que el mal va avanzando lentamente. No estoy siempre en cama, hago las prácticas de vida común generalmente junto con la comunidad. Pero me levanto más tarde y el resto del día lo estoy pasando medicándome; cada semana voy a la clínica para darme inyecciones especiales contra el tumor. Y gracias a eso, y sobre todo, gracias a Dios, voy tirando. Y esto hasta que el tumor, que va engrosando, diga basta. Sigo muy sereno y alabando

a Dios. Piensa que tú, como vocación mía, debes prolongar mi trabajo; lo que hago yo te lo aplico a ti. Y lo que tú haces, hazlo también por mí.» «Estoy viviendo los días de mi tumor. ¿Serán pocos? ¿Serán muchos? Siempre serán muy pocos. Me estoy preparando a morir bien. Quisiera que me escribieras: "Estoy dispuesta a ayudarte en tu muerte con el mismo amor y cariño de siempre, y seré fuerte, fuerte."»

María Dolores y Carmen Colomer son hermanas de un salesiano. El fortísimo cariño de don Luis por ellas nació en la ordenación sacerdotal de José en Salamanca.

«Cada día me doy cuenta de que os quiero más a las dos. No tanto como a José, pero aún así es mucho.»

«El amor de don Luis hacia nosotras ha sido una cosa tan maravillosa, tan limpia, tan transparente, tan elevada y tan pura que me encojía el corazón pensar que ni remotamente pudiera interpretarse de otra forma. Su mirada, su limpia y profunda mirada era un *A-Dios* rebotante de ternura y, al mismo tiempo, de sereno y firme desprendimiento.»

Una de las hermanas, Carmen, es una muchacha de alma transparente, corazón limpio, fina espiritualidad; ciega, vivió con plenitud la ordenación de su hermano. El 30 de diciembre de 1967, desde el Ateneo, le escribe don Luis:

«Pero la noticia que me ha alegrado infinitamente es la que me comunicas de tu nuevo empleo en el mismo colegio en donde tú estuviste de alumna. ¡Enhorabuena! ¡Responsable de catorce niños invidentes! ¡Qué preciosa misión, Carmen! Eso da un significado y contenido a tu vida, que es nuevo y magnífico: ¡Enseñarles a tener el alma siempre llena de alegría de Dios que nos quiere con delirio! ¡Enseñarles a tener el alma inundada de la luz de Dios, iluminada por el amor de Jesús! Enseñarles a orar, a conocer y a descubrir los aspectos hermosos de la vida y de la creación! ¡Y enseñarles a tener el alma llena de música, el corazón lleno de cantos de alegría, de agradecimientos, de alabanza, de amor! (...).

Tienes que entrenarte para saber poco a poco volcar la enorme riqueza de tu corazón bueno, sensible, delicado, religioso, lleno de amor y de ternura de esos niños que Dios te confía (...). Préstale a Jesús tus manos, tu lengua, tu corazón, para que El pueda cuidar y amar a esos niños en ti, por medio de ti.»

Desde Roma, escribe don Luis a María Dolores:

«Roma, 14, noche, de octubre de 1966, dentro de quince minutos, día 15, Santa Teresa. Me has dicho que no te escriba porque tengo mucho trabajo, esto es verdad.

El día de hoy ha sido una jornada de catorce horas. Dios quiere que mi partecita de redención consista en mi trabajo, en gastarme y desgastarme por las almas. Lo hago con el alma inundada de sol y felicidad. Ahora estoy cansado... Por eso te escribo a ti, para descansar un ratito charlando contigo. Sólo un ratito, porque te oigo decir que me vaya a acostar.

El amor no es sólo ni primeramente un sentimiento. Es mucho más que eso. Es toda la vida que se dispara hacia el ser amado, que es su centro de gravedad y su blanco. Mi centro es Cristo; y en mi trayectoria a El, también tú has sido arrastrada hacia El. Tú también tienes a Cristo como blanco. Tú eres la flecha, yo el arquero. ¡Cuánto quisiera acertar al blanco con esta flecha! María Dolores, obras son amores y no buenas razones. Contrapesa tu *amor-sentimiento* con tu *amor-obras*. Por eso te decía y te digo: Amémonos fuertemente en El y para El. Yo no tengo tiempo y no quiero tener tiempo para soñar. Todo mi tiempo es para amar, que es obrar para que le amen a El y sean felices. Ser una sonrisa, repartir.

Muy bien: dar, repartir. Sólo poseemos lo que damos, damos sólo lo que somos, somos tan sólo lo que amamos. No amemos la tierra, aunque nos cueste. Amémosle a El y quedaremos cristificados. En El, María Dolores, te siento unida, fusionada conmigo. Buenas noches, pequeña; que descanses bien. Se me olvidaba. Mañana, Santa Teresa de Jesús, modelo del amor a Cristo. ¡Qué amor más fuerte el suyo!»

Y el 6 de junio de 1971, poco más de dos meses antes de morir, les escribe a las dos hermanas, agradecido por la visita que le han hecho desde Barcelona. Lo hace a través de un mecanógrafo porque él ya no puede escribir:

«Lo que yo sé es que me habéis traído cada una en vuestro bolso un montoncito de felicidad de incalculable valor (...). He dado gracias a Dios en mis charlas con Jesús por el regalo de vuestra vida cristiana, por la fe que he experimentado una vez más en vuestras palabras y en vuestros sentimientos y en la caridad de vuestro corazón. Que Dios sea bendito y que siga bendiciendo vuestras vidas.»

* * *

Temperamento apasionado, apasionado puro, y emotivo. Por eso no podía quedar insensible ante cualquier circunstancia:

«La vida es un pensar en los demás, un entregarse a los demás, es un irse desgastando poco a poco buscando el bien y la felicidad que me perteneciera exclusivamente, sin poderla participar ampliamente a los demás.»

Años atrás, corría por boca y oídos de los salesianos el dicho «La castidad de Don Bosco era una castidad salvaje».

«A don Luis le ponía negro esta expresión.»

La frase la había acuñado don Pedro Ricaldone. En su mandato como Rector Mayor escribió una *circular*, carta pastoral, titulada *Santidad es pureza*. En ella alude a que «un ilustre biógrafo, el senador Crispotti, pudo afirmar —y no sin razón— que la castidad de Don Bosco era, sin rodeos, *salvaje*». Y añade que debemos enorgullecernos de esta afirmación. *Castidad salvaje* es lo mismo que decir «toda hecha de recogimiento, circunspecciones, separación del mundo, fiereza que no admite contactos peligrosos». Así dice que fue la castidad de Don Bosco.

Para cerciorarme de la correcta o falsa interpretación que muchos salesianos han hecho del término *salvaje* aplicado a la castidad que debe observar el salesiano, he acudido a Don Aubry, estudioso de la Congregación. Y me responde: «A mí me consta que no es nada salesiana. Don Ricaldone la usó para producir un *shock* y subrayar que Don Bosco exigía actitudes *prudentes*. Pero ni Don Bosco ni los verdaderos salesianos han aparecido como *osos*, ni delante de los jóvenes ni delante de las mujeres. Al contrario, su castidad era delicada, sonriente, que irradiaba sencillez y bondad (castidad salvaje significaría que en seguida se ve al otro como un peligro, como un enemigo). Hoy con razón, nadie habla de *castidad salvaje*. Incluso las Constituciones renovadas en el artículo 15 han unido *amabilidad* y *castidad*. La castidad es un aspecto de la amabilidad».

Por cuanto se refiere a la conducta de don Luis, incluso respecto a las mujeres, creemos que se adapta plenamente al artículo mencionado de nuestras Constituciones: «*Amabilidad y castidad*. En su modo de

actuar el salesiano procura hacer bien todas las cosas con sencillez y mesura. Es abierto y cordial, dispuesto a dar el primer paso y a acoger siempre con bondad, respeto y paciencia, sobre todo a los jóvenes.

Su amor es un afecto verdadero y personal: se deja sentir como el de un padre o de un amigo, y crea correspondencia de amistad. Es la amabilidad tan recomendada de Don Bosco.

Su castidad y su equilibrio le impiden toda desviación y le abren el corazón a la paternidad espiritual.»

Cuanto se recoge en este apartado de las Constituciones, reguló ya antes de su publicación, toda la vida de nuestro biografiado.

Tú, lector, lo has podido comprobar, y tendrás ocasión de confirmarlo al final de la lectura de esta biografía.

Nacimiento de una Inspectoría

El Ateneo Salesiano había surgido gracias a la tenacidad de don Pedro Ricaldone, en su período de Rector Mayor.

Dispersas, venían funcionando en Roma, en el Instituto Salesiano del *Sacro Cuore*, las facultades de Filosofía, Derecho Canónico y el Instituto Superior de Pedagogía, llamado más tarde Facultad de Ciencias de la Educación. La rama teológica se encontraba desgajada en Turín-Crocetta. El Instituto Pontificio de *Alta Latinitas*, confiado a los salesianos por el Papa Juan XXIII, era de reciente fundación; hoy se denomina Facultad de Letras Cristianas y Clásicas.

Esta dispersión reclamaba un replanteamiento. Por eso, en 1965, se concentran todas las facultades en un grandioso complejo de edificios. Esta nueva sede del Pontificio Ateneo Salesiano (P.A.S.) se asienta en el barrio *Nuovo Salario*, a las afueras de Roma.

Cuatro casas o comunidades religiosas se erigen, inicialmente, en este colectivo. La casa de *Jesús Maestro*, que aúna en comunidad a profesores y hermanos, sacerdotes y coadjutores, establemente adscritos a los diversos servicios del P.A.S.; y tres comunidades para estudiantes: la casa de *San Juan Bosco*, formada por la comunidad de sacerdotes estudiantes; la casa de *San Francisco de Sales*, comunidad de los clérigos estudiantes de Teología; y la casa de *Santo Tomás de Aquino*, con su comunidad de los clérigos estudiantes de Filosofía.

Este conjunto constituirá la nueva Provincia religiosa del Pontificio Ateneo Salesiano, denominada *Inspectoría del Corazón Inmaculado de María*.

A ella se agregarán, en 1966, la casa de *San Tarsicio*, próxima a las catacumbas de San Calixto, constituida por sacerdotes estudiantes que frecuentan otras universidades romanas; en 1967, el Estudiantado Teológico de Bolengo (en el Piamonte) que, al año siguiente, se transferirá a Turín-Crocetta, y llegará a formar, después, una sección separada de la Facultad de Teología; en el 1970, la casa Mandrione, que albergaba

a un grupo de clérigos estudiantes de Filosofía y Teología, próxima a la Universidad Lateranense de Roma.

Dentro del P.A.S., existía un grupo de personas que no formaban parte de la actividad académica. Se dedicaban a la capilla externa y al oratorio festivo que, desde el primer momento, funcionaron en el Ateneo. Más tarde, en 1968, se erigirá la parroquia de Nuestra Señora de la Esperanza. Este personal se enclavaba en la comunidad de *Jesús Maestro*.

El primer superior religioso de todo este gran complejo será don Luis Chiandotto, con el cargo de inspector o provincial. Además, asumirá el cargo de director de la casa de *Jesús Maestro*, del que será relevado poco después por motivos de enfermedad.

«El Ateneo Salesiano tiende, como cometido esencial, a la formación de miembros de la Congregación, reunidos en Roma de todas las partes del mundo; y quiere conducirlos, siguiendo las enseñanzas del Concilio, a la cualificación integral; hoy indispensable de modo especial para cuantos deben ser guías del pensamiento y de la acción de aquellos que, en la Iglesia, serán responsables de una actividad de mayor empeño. Pero como intérprete del espíritu del Fundador, el Ateneo Salesiano, intenta dedicar un especialísimo interés a los problemas juveniles y de la catequesis, para dar vida al apostolado específico de la Congregación y para llevar con renovado espíritu el mensaje cristiano al campo de la educación y de la instrucción cristiana.»

Laboriosos los comienzos de la obra. Continuas reuniones del inspector con su ecónomo y directores de las distintas comunidades les traían ocupados día tras día, mañana y tarde; asignación de locales a cada casa y Facultad, confección de horarios, presupuestos...

Penurias económicas no faltaron. Ni dinero había para ir al aeropuerto de Fiumicino a recoger a personas que llegaban del extranjero. «Todo comenzó con ciento cincuenta mil liras que Don Chiandotto aportó, provenientes de estipendios de misas.» Al cabo de ocho días, vendrá el ecónomo general desde Turín con diez millones, para hacer frente a los primeros gastos. Diez millones de liras (alrededor de un millón de pesetas) para cuatrocientas personas que albergaban las distintas comunidades no resulta dinero excesivo. Dura se presenta la situación, y no muy claras las perspectivas. «Milagro será si no os sobreviene un infarto», comentaría don Arquímedes Pianazzi, encargado de estudios de la Congregación, al verlos tan ocupados y preocupados.

Esta angustiada situación se alargará unos seis meses.

Los primeros días resultan extenuantes. Tan sólo se interrumpen los Consejos para comer.

Don Luis, en funciones de inspector, se constituye en el centro y motor del ajetreo. Oye, dialoga, propone, orienta y se arregla como puede; tranquilo, calmado, paciente...

Otras contrariedades sobrevinieron cuando ya se puso en marcha el P.A.S. Afectaban a la interrelación de comunidades y facultades. En el XX Capítulo General Especial, se someterán a la consideración de los capitulares una serie de propuestas, denunciando inconvenientes para el buen funcionamiento del Ateneo:

a) Intercomunicación de los locales dedicados a actividades académicas y los consagrados a actividades religiosas. Personas extrañas pue-

den penetrar en los recintos reservados a las comunidades. Da la impresión de que el Ateneo se ve, de manera constante, invadido de gente extraña.

b) Interferencias entre actividades externas e internas: parroquia, oratorio festivo y anexos, con las religiosas y académicas. Ello perjudica a la serenidad y al orden que deben reinar en los fueros religioso y académico. Los hermanos sufren profundamente las consecuencias de esta situación, especialmente los de edad más avanzada.

c) Intercomunicación e interferencias de las diversas casas y comunidades, jurídicamente independientes; esta situación va a originar una subordinación muy molesta entre los superiores, y quejas entre los estudiantes.

d) Interferencias administrativas: se lleva una administración unificada entre las diversas casas del P.A.S. como Inspectoría. Lo cual es fuente continua de disconformidad. El ecónomo de la Inspectoría viene a ser como el *superprefecto* de todas las comunidades; por eso, no quedan debidamente atendidas.

El XX Capítulo General se celebró en 1971, al año de la muerte de don Luis. Por tanto, las dificultades enumeradas comenzaron y perseveraron durante todo su mandato de inspector.

* * *

El inicio de la nueva sede del P.A.S. coincide con la celebración de la última sesión del Concilio Vaticano II, del 14 de septiembre al 8 de diciembre, fiesta de la Inmaculada, cuando tuvo lugar la solemne ceremonia de clausura.

El Concilio abrió grandes esperanzas en la Iglesia, que realizó un esfuerzo gigantesco en orden a su renovación. La gran mayoría de los fieles lo aceptaron gozosos; y despertó gran interés en esferas extraeclesiales. No faltaron tampoco resistencias y decepciones.

Por otra parte, provocó una *crisis* de carácter mundial.

Se van a decantar dos posturas radicalizadas, desde el principio; como si habláramos de *partidos*: los *oficialistas* y la *oposición*, según encajen en una mentalidad más moderada o más avanzada. Una se ve anclada prevalentemente en la tradición y decidida a no aceptar cualquier innovación que parezca atacar a los *valores inamovibles* de la Iglesia; la otra, más sensible a la pluralidad de las circunstancias en las que la Iglesia actualiza su misión, se inclina a una reformulación de la doctrina en clave del hombre de hoy, con un lenguaje bíblico-existencial más asequible.

Al principio, salvo raras excepciones, estas posiciones van a ser moderadas, voluntariosas, dialogantes. El tiempo y la ineficacia de los intentos de diálogos constructivos las han de tornar hostiles y cáusticas hacia la Iglesia *oficial*, con la acusación de no querer romper los lazos de contubernio con el sistema capitalista dominante.

Una tercera tendencia, la mayoría expectante, asumirá el Concilio gradualmente, gozosa de la apertura.

En su aspecto positivo, existe unanimidad en reconocer frutos considerables: «crecimiento en la vida de fe, esperanza y caridad eclesiales».

La renovación litúrgica fue causa unánimemente aceptada; sobre todo, en la participación de la comunidad en los sacramentos; en particular, la Eucaristía. La riqueza de la Palabra de Dios ha penetrado en la conciencia de los fieles, renovando la espiritualidad de muchos grupos y actuando en catequesis, predicaciones, etc.

Se dio una percepción más honda de la relación Iglesia-Mundo. La Iglesia asume un testimonio más radical en la esfera de los derechos humanos, la justicia, la paz, la libertad. Adquiere mayor sensibilidad ante los problemas sociales. Realiza una opción preferente por los pobres, oprimidos y marginados. Se abre de par en par al diálogo positivo con otros cristianos, con los no-creyentes y con el resto de las confesiones religiosas...

El Concilio ayudó a la Iglesia a tener una conciencia más clara de sí misma y de su misión en la sociedad. Ha iluminado, con particular claridad, la naturaleza sacramental, comunitaria y participativa de la Iglesia, tanto en el interior de la comunidad eclesial como en misión que todos sus miembros tienen en el mundo. El Concilio ha señalado el camino y la actuación a una Iglesia puesta al servicio de los hombres, en el diálogo con la cultura y en sintonía con las esperanzas, trabajos y sufrimientos de nuestro tiempo. Por él sabemos hoy que los derechos humanos, la justicia y la paz mundiales son postulados y valores del Reino de Dios que han de ser buscados por todos los creyentes, a la vez que anuncian con obras y palabras a Jesucristo muerto y resucitado.

Bastantes cristianos han aceptado el compromiso de su fe en la doble vertiente de sus relaciones con Dios y con los hombres. El cristianismo es ahora más consciente, más personal, más responsable y hasta más alegre para la mayor parte de los sacerdotes, religiosos y fieles. Los valores evangélicos son justipreciados y aceptados plenamente por numerosos grupos de católicos seculares. La Iglesia está demostrando con su manera de proceder que «los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo». Se ha comprometido con el hombre y se ha declarado defensora de su dignidad y de sus derechos, convirtiéndose en la «voz de los que no tienen voz».

Por otra parte, un evento eclesial de tal magnitud no conlleva solamente aspectos positivos. Arrastra consigo también consecuencias negativas.

Las diversidades geográficas, históricas y culturales de los pueblos hacen difícil la síntesis.

La reforma litúrgica, no suficientemente preparada, ha podido quedar en mera renovación exterior. Aparece un cierto *subjetivismo*; ha caído en crisis el sacramento de la reconciliación y han desaparecido muchas formas de devoción popular. La acentuación de la Palabra de Dios ha aislado, a veces, la Biblia de su contexto vital: la interpretación del Magisterio se ha visto sustituida por una lectura personalista. El problema más importante parece ser la moral en su relación con

el magisterio eclesial. Urge la necesidad de clarificar las relaciones entre verdad objetiva y libertad de conciencia...

Luces y sombras trajo el Concilio:

- Unos primeros momentos de entusiasmo, y otros posteriores de cansancio y hasta desencanto...
- Prontas y decididas reformas litúrgicas..., y quejas, luego, de que han sido más superficiales que hondas...
- Una gozosa puesta en marcha de órganos nuevos de participación de sacerdotes y seglares en la vida de la diócesis, y una ulterior desilusión...
- Un vivo sentido de Iglesia, empañado al cabo de algún tiempo, por tensiones entre unos y otros grupos; tendencia a contraponer la Iglesia *carismática* a la Iglesia *institucional*...

Han pasado los años; y el disenso en el mundo católico se ha visto reavivado. Un primer punto de roce nace de la diversa manera de concebir el *aggiornamento* de la Iglesia. Los cambios introducidos, algunos desordenadamente, han turbado ciertas conciencias, que se sienten en la obligación de defender las antiguas instituciones y doctrinas de la Iglesia: su jerarquía, la unidad disciplinar y organizativa, la inmutabilidad de las fórmulas dogmáticas...

Contra estas tendencias reaccionan los autores del *aggiornamento*. Acusan a la jerarquía de lentitud en la renovación conciliar; y se dan a la contestación con celebraciones litúrgicas, soflamas ciclostiladas, recogida de adhesiones entre laicos, sacerdotes y teólogos.

Nuestra Iglesia, con sus luces y con sus sombras, con sus pasos adelante y con sus retrocesos, es muy distinta de la preconiliar de hace veinticinco años. Está más ágil para cumplir su misión evangelizadora y liberadora en esta difícil encrucijada de la historia. El cardenal Köening se atrevió a afirmar: «Sin el Concilio Vaticano II, la Iglesia se hubiera visto abocada a una hecatombe».

«Una renovación tan profunda como la que ha propuesto el Concilio no puede llevarse a cabo sin vacilaciones, sin dificultades, sin traumas, sin exageraciones. A nadie puede extrañar, por tanto, que existan claros y oscuros, aceleramientos imprudentes y repliegues miedosos en la Iglesia.

Hemos de reconocer honradamente que algunos se han dejado llevar del llamado espíritu de modernidad y se han lanzado a aventuras peligrosas; mientras no pocos, asustados por las consecuencias que la renovación conciliar producía en la conciencia del pueblo sencillo, y temerosos de que la renovación pudiese significar una ruptura que nunca puede darse en la Iglesia, hayan tomado una actitud defensiva, de seguridad, que desvirtúa prácticamente la renovación conciliar.»

* * *

Se vive en Roma un cálido clima de Concilio.

También en el Ateneo bulle la inquietud de la renovación. Don Luis trae al P.A.S. gran entusiasmo y firme voluntad de realizar el cambio. «Hombre abierto y entusiasta, poseía magníficas cualidades para la eta-

pa postconciliar, para la renovación y el *aggiornamento*. Para aquella época, don Luis era el hombre del día.»

Dicen que el primer año fue maravilloso. «Parecía que puertas y ventanas se abrían de par en par, y el sol del Concilio se colaba a chorros en el Ateneo.» Nombres ilustres, protagonistas del Concilio, favoritos de los ambientes universitarios, llegan al P.A.S. y siembran apertura. Se recuerdan el cardenal Suenens, el padre Congar, Jean Guitton, Max Thurian (teólogo de Taizé)...

El nuevo complejo universitario deberá ser foco de cultura, brújula de orientación, modelo y parámetro para la Congregación Salesiana. Y don Luis quiere conseguirlo.

Trae en mente un cuadro, una diana hacia donde orientar la renovación. Don Chiandotto representa, como inspector, el espíritu de adhesión al movimiento eclesial; y se esfuerza por acercar al Ateneo ese movimiento. Repite con frecuencia que «el Concilio no es meta de llegada, sino punto de partida, y que hay que intuir su espíritu y proyectarlo hacia el futuro».

Su apertura no es fruto de ingenuidad, sino de convicción personal. Una apertura equilibrada. Se le ve como una persona reflexiva, inteligente y, a la vez, eclesial; posee todo el sentido de Iglesia; se siente orgulloso del Concilio, ha asimilado sus aires, ha captado sus aspectos positivos. Y, con agudeza de miras, se abre con ansia a la renovación. Es más, «las estrecheces mentales vividas en España le empujaban a esa apertura; él ya deseaba lo que el Concilio trajo después». Y se sitúa en la línea de los principios del Concilio para activar el *aggiornamento*.

El 29 de octubre de 1969, comienzo del segundo año académico del P.A.S., tiene lugar un acontecimiento de gran trascendencia para el Ateneo y para la Congregación: la visita del Papa Pablo VI, que viene a *inaugurar oficialmente* el nuevo complejo universitario.

La presencia del Papa provocó el entusiasmo del barrio donde se levanta el P.A.S.; y atrajo la presencia de dieciocho cardenales, diversos ministros, el alcalde de Roma, senadores, diputados y todas las jerarquías académicas de la Roma eclesiástica.

En el aula magna, capaz para más de mil cuatrocientas personas, presidió el Papa, rodeado de cardenales, jerarquías vaticanas e italianas, y amplia representación diplomática. El Rector Mayor don Luis Ricceri leyó unas palabras. En ellas encierra la alegría y gratitud «por esta visita, con la que Su Santidad inaugura solemnemente la nueva sede del Pontificio Ateneo Salesiano, levantado gracias a la magnificencia de generosos bienhechores»; y le expresa «el devoto homenaje, que elevamos a Su Santidad con el ofrecimiento de nuestro servicio a la Iglesia, para corresponder al llamamiento que el Concilio, con apremiante insistencia, ha dejado oír en esta hora grande la historia», y le ofrenda la disposición de profesores y alumnos del P.A.S., como representantes de toda la Familia de Don Bosco que «quieren renovar en vuestra presencia, a través de mi humilde palabra, su fidelidad a las enseñanzas de la Iglesia y su viva adhesión a la renovación promovida por el Concilio, en la misma línea de osadía y equilibrio que caracteriza todo el pensamiento de la obra de Don Bosco».

A las palabras del Rector Mayor contesta el Papa. Dirige plácemes y saludos a todas las personalidades que honran con su presencia la

ceremonia de inauguración. Confiesa que ha seguido con interés las vicisitudes, las ansias, las dificultades, no pocas ni exiguas, que han acompañado en su fatigoso camino la realización de este complejo»; y manifiesta, «ante todo, un sentimiento de profundo agradecimiento al Señor, que ha querido dar a la juventud estudiantil salesiana una residencia más saludable, más recogida, más decorosa, más conforme con las crecientes exigencias de los estudios». Y después de agradecer públicamente a la Congregación y a todos los bienhechores el testimonio de su reconocimiento por la feliz realización del complejo, desea «que Dios conceda a todos su debida recompensa. De esta suerte, el querido Ateneo Salesiano, con las cinco ramas que se articula su floreciente vida académica, con el complejo armonioso y severo de sus edificios, con la riqueza de idóneas condiciones para la debida investigación científica, adquiere nuevo prestigio y decoro en el concierto de los célebres y beneméritos Institutos de cultura eclesiástica superior que florecen aquí, en Roma, y hacen presagiar cada vez más significativas afirmaciones de cultura y virtud, en las que es rica y fecunda la benemérita familia de Don Bosco.

Pero es más cordial y espontánea nuestra complacencia ante el nuevo Ateneo porque se inserta dentro de la alta cultura romana, con aspecto peculiar, con una fisonomía, que acreciente su valor y prestigio.

Pues, aparte de ofrecer competente iniciación académica en las diversas disciplinas eclesiásticas, vuestro Ateneo es una obra injertada en la tradición educativa salesiana».

Y termina con un augurio y una bendición.

«Al querido Ateneo el augurio de que *vivat, crescat el floreat*, renovado, no sólo en su estructura externa, sino también en el espíritu de San Juan Bosco, que es espíritu de amor a la Iglesia, de servicio, de dedicación a las almas, de fidelidad intachable a la cátedra de Pedro y que es también garantía cierta de un próspero futuro. Un augurio para el venerado Rector Mayor (...) y para los superiores y profesores, a los que vemos en nuestro derredor. Finalmente dirigimos a todos los alumnos el voto de que mantengan alto el prestigio de este Ateneo con su empeño y seriedad en el estudio y que sean dignos del momento solemne que vive la Iglesia en este período postconciliar (...). Y que sobre todos bajo la mirada maternal de María Auxiliadora, celeste Patrona de la gran familia de Don Bosco, descienda amplia y propiciadora la bendición apostólica que de corazón impartimos.»

Los augurios del Papa comenzaban a ser realidad en el Ateneo.

* * *

El Concilio viene a inspirar directamente los trabajos del XIX Capítulo General Salesiano que romperá moldes de Capítulos Generales precedentes. Se celebró en los locales del Pontificio Ateneo Salesiano.

Se abrió el 8 de abril de 1965, en pleno clima conciliar, entre el final de la tercera sesión y el principio de la última.

Las nuevas situaciones del mundo y de la Iglesia habían suscitado preguntas y problemas nuevos en la pauta del Concilio Vaticano II. Desde hacía tiempo habían aparecido orientaciones, parcialmente originales, con el fin de adaptar la Sociedad Salesiana a las necesidades contemporáneas.

El Capítulo XIX resultará original en muchos aspectos. La elección del Rector Mayor constituye una de las primeras realizaciones; al contrario que en otras circunstancias, donde dicha elección supondría la clausura del Capítulo. Se quiere saber, de antemano, quién va a presidir y dirigir los trabajos de las asambleas y qué rumbo va a imprimir *ese hombre* a la Congregación. Recaerá la responsabilidad sobre don Luis Ricceri. Es una persona bien conocedora de los asuntos internos, y sensible a los problemas externos. Se ve en él al *hombre*; el considerado más apto para gobernar la Congregación.

El Capítulo tomará medidas para fomentar la renovación espiritual: las prácticas de piedad se adaptan a la reforma litúrgica, se renuevan las fórmulas de las orientaciones tradicionales, se reconoce la primacía de la persona sobre las obras, se habla de la capacitación del salesiano en orden a la misión, se da un fuerte impulso a la pastoral juvenil potenciando el espíritu de las tradicionales *Compañías*, que ceden sitio a otras formas de asociacionismo...

El 10 de junio de 1965, tuvo lugar la última sesión plenaria del Capítulo.

Don Luis se encuentra en Salamanca saboreando los frutos de la renovación añorada por él desde hace tantos años. Y le ha llegado inesperadamente su nombramiento como inspector del P.A.S.

La toma de posesión de su reciente cargo coincide con la etapa de transición, período conflictivo en la Iglesia, en la Congregación, en las universidades y en la sociedad entera. Intentará recorrer don Luis el camino del equilibrio, en consonancia con las normas de los superiores, sin renunciar a su concepto básico de obediencia. La historia valorará su comportamiento.

Las mismas corrientes del Concilio van a reproducirse en el seno del Capítulo. No se puede negar que algunos se resisten a aceptar «un nuevo estado de cosas»; a admitir que no siempre es norma aquello que lo ha sido en el pasado. Y que otros manifiestan impaciencia ante la lentitud de la puesta al día. Extraño sería si no sucediera así.

De momento, se va a elegir el camino del equilibrio; en su espíritu no se identifica con el inmovilismo. Se ve necesario avanzar; pero sin precipitaciones ni nerviosismos.

El Capítulo General XIX marcó el inicio de una puesta al día de la Congregación. Delineó las pautas para posteriores reformas, y para una actualización más adecuada a las directrices del Concilio y la presencia de la Congregación salesiana en la Iglesia y en la Sociedad. Durante el período en que don Luis ejerció de inspector del P.A.S. se llevará a cabo la preparación del Capítulo General Especial XX, con sus diversas fases de consultas. Coincidirá también en este período la celebración del Capítulo Inspectorial intermedio.

En esta línea, surge en el Ateneo una realización digna de memoria por su trascendencia en la Congregación.

La idea de los *Coloquios sobre la vida salesiana* se gestó en el P.A.S. durante los primeros años del inspectorado de don Chiandotto, y con su apoyo y protagonismo.

No brotaron de la nada. Su *prehistoria* se remonta a los años inmediatamente anteriores y paralelos al Concilio, con sus inquietudes, fermentos y apertura de perspectivas. En todas las familias religiosas se

había despertado un fuerte interés por renovarse y actualizarse. También la Congregación Salesiana reflexiona sobre sí misma, sobre su papel específico en la Iglesia contemporánea y sobre el modo de desempeñar su misión. En esta reflexión, surgen problemas e interrogantes no fáciles de responder por falta o escasez de documentación histórica o de estudios serios con fundamento histórico seguro. Y se siente la necesidad de trabajar en este sentido.

De la base, llega una iniciativa. Se había constituido entonces en Francia, con Lyon al frente, un grupo de investigación salesiana. Sin marchamo oficial.

La idea de los *Coloquios* partió de don Francisco Desramaut y de don José Abbá. Para llevarla a cabo era preciso contar con el P.A.S. Don Desramaut acude a Roma a principios de noviembre de 1967. Tiene una entrevista con don Luis, quien comunica al Rector Mayor el proyecto: la publicación de tratados sobre diversos aspectos de la vida salesiana, basados en estudios científicos, realizados con amplitud de miras y con una garantía de máxima libertad.

Don Luis, convencido plenamente de la importancia del asunto convoca a los directores de las distintas comunidades del Ateneo. El proyecto se acepta unánimemente, y se ofrece la presidencia al mismo Don Chiandotto. Allí se decidió dar vida a los *Coloquios Internacionales sobre la vida salesiana*.

Los tiempos que corrían eran peligrosos por el riesgo de posibles desvíos en el área de los principios salesianos. Los aires de liberalización y *actualización* promovidos por el Concilio soplaban fuerte. Don Luis midió el alcance apostólico de la iniciativa. Y sin vacilaciones, convenció al Rector Mayor del carácter nada subversivo de estas reuniones que se celebrarían periódicamente. El común denominador salesiano y el intercambio entre culturas diversas se mostraron en seguida factores de considerable interés y fecundidad.

El primer *Coloquio* se celebró en Lyon los días 10-11 de septiembre de 1968, bajo la presidencia de don Luis; y organizado con precisión y competencia por el padre Francisco Desramaut. El tema, *La vida de oración del religioso salesiano*. Participaban unos quince salesianos, representantes de seis naciones europeas: Alemania, Austria, Bélgica, España, Francia e Italia.

Don Chiandotto pudo presidir un segundo *Coloquio* en Benediktbeuern, 9-11 de septiembre de 1969, sobre *La misión de los salesianos en la Iglesia*. La enfermedad le impidió proseguir esta actividad en años sucesivos.

Los coloquios han venido celebrándose, casi anualmente, hasta nuestros días (van a cumplir su veinte aniversario); y se han ido publicando los correspondientes volúmenes por la editorial LDC-Leuman, de Turín.

Estos encuentros no revisten *carácter oficial*. Son convivencias de hermanos que aman a Don Bosco y a la Congregación, poseen una fértil preparación científica, y han estudiado y estudian a Don Bosco y la vida salesiana. Se trata de reuniones a nivel de estudio, no de acción.

* * *

La línea avanzada de don Luis ha resultado clara. Sus primeras actuaciones son de apertura. Favorece y fomenta la vida salesiana en las comunidades del P.A.S. suscitando celebraciones litúrgicas, actos académicos y encuentros de familia; sin olvidar las actividades deportivas.

En el sector religioso, le apremia una constante preocupación por una vida religiosa fiel y por un alto nivel cultural en predicaciones, conferencias... «Se entregó a su empeño, animando, solicitando, hablando, con sentido de apertura, de dinamismo, de escucha; y con la mente en un plano renovador de líneas generales bien claras.»

No pocos afirman que existió una no despreciable eclosión pastoral en orden a parroquias, oratorios festivos, catequesis, apostolados en centros estatales, y las experiencias singulares en *Prato Rotondo* y *Fosso de Sant' Agnese*, zonas de chabolas, donde vivieron como auténticos pobres, llevando a cabo actividades de oratorio festivo, catequesis, actividades postescolares, en las que colaboraban en íntimo apostolado clérigos y sacerdotes, incluido el personal docente del P.A.S.

Sí. «Don Luis vino al Ateneo con gran entusiasmo, y voluntad de realizar la renovación conciliar y salesiana.»

Ebullición: no paz de cementerio

No pocos obstáculos y abundantes pruebas acompañan cualquier realización humana y la vida de todo colectivo organizado. El ejercicio de la autoridad, que de por sí ha comportado siempre cierta predisposición a la cruz, ha presentado un particular inconveniente en el clima del postconcilio.

Ya hemos enumerado una serie de primeras dificultades; las que ordinariamente acompañan los inicios de una gran obra; y en particular, la puesta en marcha de una institución tan compleja como la reciente Inspectoría del P.A.S.

Nuevos problemas se originan por el cambio cultural de aquellos años.

«En plena ebullición se hallaban todos los centros superiores en la Iglesia entera. Hubiera supuesto un contrasentido que el P.A.S. no se viera arrastrado por el torbellino. No sentirse acuciado por las inquietudes comunes habría hecho pensar que allí no había surgido la vida, sino que yacía un cadáver, que reinaba la paz del cementerio. El latigazo del enorme salto cultural de nuestro siglo tenía que restallar también en nuestra universidad.»

En el *Informe General sobre el estado de la Congregación* decía Don Ricceri, Rector Mayor, en la apertura del Capítulo General XXI:

«¡Lo sabemos bien! Nos hemos encontrado todos arrastrados como por un ciclón. Una evolución extraordinaria, potente, rápida, que interesa al mundo entero, ha venido batiendo en éstos años a la Iglesia, sin exceptuar el ámbito de la vida religiosa; y dentro de ésta, a la Congregación.

Verdades que se aferran a las mismas raíces de la fe, a los principios morales hasta ahora aceptados como goznes en la convivencia social, al sentido del ministerio sacerdotal, de la congregación religiosa; todo se ha puesto en tela de juicio (...), alimentando la confusión y, con ella, las tensiones de mentalidades y de generaciones; y provocando muy frecuentemente frustraciones o comportamientos y decisiones desconcertantes (...). Las mismas sanas aperturas, indicadas y alenta-

das por el Concilio, han dado lugar a desequilibrios, también entre nosotros religiosos y salesianos, inmersos en este clima (...). El problema más importante era el de sensibilización de los hermanos en orden a que asimilaran los elementos de renovación, algunos de ellos profundamente innovadores y urgentes, contenidos en los documentos (...).

Las Constituciones mismas, alguna vez (...) han sido criticadas. Muchos las han rechazado.»

Estas palabras las pronunció don Luis Ricceri el 31 de octubre de 1977. Se refieren, naturalmente, a toda la Congregación. Pero se pueden aplicar particularmente a nuestro Ateneo, centro de la intelectualidad salesiana. Lógico y normal.

Ello no avala actitudes injustificables de unos y de otros en el terreno objetivo. El Ateneo será un hervidero de ideas. Don Chiandotto deberá bandearse en ese contexto histórico.

Las líneas generatrices de la ebullición se sitúan en las propias estructuras organizativas del Ateneo.

La heterogeneidad de las personas es la característica principal. De todas partes del mundo llegan a la Facultad de Filosofía jóvenes inmaduros, noviciado recién cumplido, con culturas y civilizaciones dispares y con una capacidad de crítica escasa o nula. También comienzan a estudiar Teología jóvenes clérigos, aún no sacerdotes, con la falta de madurez propia de la edad. Unos y otros constituyen terreno abonado para la siembra de ideas novedosas.

A nivel orgánico las dificultades surgen de la constitución misma del complejo que prácticamente obliga a formar una comunidad de cuatrocientas personas: la proximidad y el inevitable recíproco condicionamiento de las casas; las exigencias diversas de las comunidades, especialmente de los estudiantes de Filosofía (los jóvenes en período formativo); la común dependencia de los servicios centralizados...

Pero la peculiaridad de la nueva Inspectoría del P.A.S., cercanía física y servicios centralizados de las diversas comunidades, confiere a la presencia del inspector un significado singular; en sus relaciones con los responsables de cada comunidad, y directamente con los hermanos en particular.

En esta línea don Luis realiza un considerable influjo formativo por su frecuente contacto con los jóvenes estudiantes, sector particularmente importante en el P.A.S., y que no suele caer dentro de la actividad usual de otros inspectores. ¡Tantos jóvenes a su lado! Y así puede continuar la feliz experiencia, madurada en España, en el contacto formativo con las jóvenes generaciones salesianas.

Don Arquímides Pianazzi, entonces miembro del Consejo Superior y responsable general de estudios en la Congregación, afirma que a don Luis «le preocupaba la formación de los clérigos. Constituía en él un desasosiego por el temor de que sufrieran influjos negativos para su formación. Los clérigos veían las divisiones entre los superiores y tomaban partido. Esto le creaba a Don Chiandotto una situación muy difícil».

Don Luis ha tomado conciencia de esta dificultad y lo manifestaba:

«Hemos cometido un error al enviar al Ateneo estudiantes tan sumamente jóvenes e inmaduros; las cosas más sensatas y más objetivas terminan por hacerles daño.»

El mismo consejo de la casa afirma que «en un ambiente tan dispar existe un pluralismo no indiferente», y que «si los clérigos fuesen más estables, podrían suponer un verdadero enriquecimiento y una maduración. Pero como no tienen práctica alguna de vida religiosa salesiana, se resienten de un tibio relativismo religioso».

Los superiores de Turín trabajan la oportunidad de preparar una nueva residencia dentro del P.A.S. y asistir a las clases en el Ateneo. Otra alternativa que se baraja es que los clérigos cursen sus estudios de Filosofía en centros afiliados al Ateneo; más tarde, ya con madurez, proseguirán sus estudios de licenciatura y doctorado en el P.A.S.

Las conferencias de don Luis se desean. Frecuentemente se las da. Y en ellas lleva a cabo una obra de formación salesiana y eclesial bajo las directrices del Concilio y del espíritu de Don Bosco. Insiste, con luminosa clarividencia, en la fuerza de las motivaciones, en la integración de las facetas culturales y humanas con los aspectos sobrenaturales y de la fe.

Su capacidad de contacto con los clérigos, su ascendiente sobre ellos, su intuición psicológica, su facilidad de comunicación, su capacidad de acogida, la confianza de los clérigos con él no encuentran límites.

Este acceso directo de los jóvenes al inspector trajo, de hecho, algunos inconvenientes: parece que invade el campo de los directores, responsables inmediatos de la vida de las comunidades. Porque, ciertamente, don Luis ha sido inspector de comunidades teóricamente independientes, pero sin las oportunas separaciones ni la debida autonomía. Algunos hermanos acuden frecuentemente al inspector para resolver ciertos problemas, pasándose por alto a sus inmediatos legítimos superiores. «Hubiera sido preferible que el inspector, antes de pronunciarse, hubiese oído al director.» Y se comentaba: «Mejor sería que el inspector estuviera más lejos».

Pero esta interferencia se clarifica fácilmente con una llamada telefónica.

Singular importancia revisten los contactos con los directores de las comunidades, sobre todo en el Consejo.

De este modo, se pueden afrontar los problemas de común interés o de recíproco influjo de las comunidades. Aquí aflora uno de los sectores donde más se manifestará la prudencia de don Luis, en un clima de mutuo entendimiento y colaboración para llegar a conclusiones acordes. No siempre era posible. Nos cuentan que en una ocasión se dio empate de votos: mitad defendía una posición; mitad la otra. Y le dijeron familiarmente: «Querido inspector, le toca decidir a usted». Y contestó sereno:

«Y decidiré.»

El sufrimiento compartido por los hermanos de las comunidades, con las consiguientes e indefectibles manifestaciones de tensión, también en la mayoría empeñada en la búsqueda de la verdadera aportación del Concilio en las diversas manifestaciones de la vida eclesial y religiosa-salesiana, era particularmente sentido y vivido por Don Chianotto.

* * *

Las dificultades se agudizan más tarde con el rápido aumento de alumnos externos al P.A.S., principalmente en la Facultad de Ciencias de la Educación y la ósmosis entre el ambiente académico y el ambiente comunitario.

Aclaremos. Cada comunidad tiene su superior religioso, el director; y cada Facultad, su decano, con competencias bien delimitadas. En instancia superior, el inspector coordinará las comunidades religiosas y el Rector Magnífico aunará las actividades del campo académico. Aquél, con todas sus prerrogativas en el orden religioso; éste, igualmente, en el campo académico.

¿Cómo coordinar estas funciones?

«Es preciso decir que, en el origen del Ateneo, esta dicotomía quedaba superada, pues se vivía un clima de familia; pero cuando todas las facultades se reunieron en el P.A.S., con tantos profesores, con tanta exigencia académica, y con las innovaciones que exigía su instalación en Roma a la vista de otras universidades, relación con el mundo de la cultura..., se creó una situación delicada para el superior; pues el inspector no podía penetrar en el campo académico, competencia del Rector Magnífico, y no siempre le resultaba fácil actuar.»

Esta diarquía acarreará problemas de coordinación de funciones entre el inspector y el Rector Magnífico.

Profesores y estudiantes caen bajo las dos jurisdicciones *ex aequo*. Muy difícil resulta delimitar campos dentro de la persona humana; también resulta extremadamente delicado conjugar la autonomía del Rector Magnífico con la figura del superior religioso.

Don Luis se sentía en la necesidad de tomar decisiones muy serias en el plano salesiano; pero se le interceptaba el plano académico.

El primer Rector Magnífico de la nueva sede fue don Alfonso Stickler, hoy cardenal; el primer decano de la Facultad de Teología, don Antonio Javierre; más tarde será Rector Magnífico y hoy arzobispo secretario de la Congregación para la Educación Católica, y ya colega y amigo de don Luis en los años de España. Con don Gino Corallo y con don Luis Calonghi, sucesivos rectores, afrontará Don Chiandotto, en común empeño, problemas que se condicionaban recíprocamente o se superponían, siempre dentro del respeto a las correspondientes competencias.

Es cierto que en el consejo inspectorial se tomaban los acuerdos convenientes que luego habían de llevar a su realización los órganos respectivos. Esto constituía una fuerza y a la vez una restricción para el inspector. Fuerza, en cuanto podía hacer hincapié en el aspecto religioso; restricción en cuanto que directamente no podía influir en determinaciones de tipo académico.

Don Gino Corallo, Rector Magnífico en los años 1966-68, reconoce la posible existencia de esta desarmonía, y afirma de Don Chiandotto: «Si alguna vez hemos pensado de modo diverso, estoy convencido de que la razón estaba en él. Don Luis tuvo siempre presente la *obediencia religiosa*; incluso en cuestiones que yo pensaba —y me arrepiento— que las autoridades del P.A.S. tenían suficientes poderes para obrar según conciencia. Esto en las ideas. En la práctica, estuvimos siempre de acuerdo y unidos, por mérito de él. Viví dos años con él y siempre le consideré como persona de altísima categoría y como religioso ejem-

plar. Humanamente nos entendimos a la perfección en toda circunstancia.»

Estas divergencias entre los dos sectores se agravan con la presencia de alumnos externos que no entran dentro de la disciplina religiosa salesiana.

Por otra parte, sobre toda autoridad, académica y religiosa, se sitúa el Gran Canciller, cargo que ostenta por derecho propio el Rector Mayor de la Congregación. Por esta misma circunstancia don Luis se siente limitado. Ni a él como inspector, ni al Rector Magnífico les han concedido patente de corso en el Ateneo. Pero el Gran Canciller se encuentra en Turín, lejos de Roma. Allí no se captan los problemas del P.A.S. en su verdadera dimensión... Además, precisamente por esta situación, el Gran Canciller no puede asistir a la génesis de los problemas que, avanzando, se agrandan y que, por fuerza de las cosas, llegan a él cuando son de difícilísima, o de imposible solución.

Don Luis se abre al diálogo. A nivel de ideas deja que cada profesor pueda expresarlas; pero en el plano de la vida religiosa procura componer esas desarmonías, ya a nivel intelectual ya a nivel vivencial. «Pero el diálogo se paraliza en ocasiones por no estar claros los papeles de cada competencia.»

Aunque don Luis sí los tiene. El 18 de septiembre de 1968 opinaba así:

«¿Qué hay que hacer hoy?

a) *Doctrinalmente*: Favorecer el diálogo entre los componentes de las diversas tendencias. Parece un procedimiento útil para un reajuste de las ideas más a la moda hoy en día.

Conviene llegar a un *núcleo de certezas* con las que todos estén de acuerdo. Sin esto no se puede educar. En el campo de lo opinable, respetar y hacer respetar las opiniones de todos. Es evidente que el pluralismo se sitúa en el campo de lo opinable, no en las cosas sustanciales. En este supuesto, no se ve cómo el pluralismo no sea lícito e incluso útil.

b) *En la práctica*: En la línea de la práctica, del influjo formativo, se desea cierta uniformidad, aun en las cosas opinables. El modo de comportarse, en todo caso, debe ser gentil, excluyendo toda agresividad.

¿Quién debe llevar esto a cabo?

— A la autoridad académica le compete el derecho y el deber de vigilar sobre la ortodoxia.

— A la autoridad religiosa compete el fijar las líneas de orientación respecto a las actitudes práctico-educativas que puedan sobrepasar la ortodoxia doctrinal y exigencias metodológicas.»

Don Luis madura sus juicios, sopesa sus decisiones, pero respeta profundamente a las personas y valora vitalmente la fe y la obediencia.

* * *

La preparación del XX Capítulo General va a acentuar las repercusiones sobre la misma concepción de la vida religiosa. En la Congregación entera se abren un amplio diálogo y una búsqueda abierta, con la preparación de este Capítulo, y más inmediatamente en los Capí-

tulos inspectoriales que precedieron al General. Son años de búsqueda; el Concilio ha marcado las pautas.

En la Inspectoría del P.A.S. esta circunstancia sirve para afirmar posturas contrapuestas: *grupos de presión*, en los que se incluyen numerosos estudiantes, y *grupos de rémora* sobre posiciones conservadoras.

Unos y otros manifiestan sus posturas con expresiones que trascienden los ámbitos del Ateneo, suscitando repercusiones en ambientes externos. Por las distintas comunidades del P.A.S. se reparten hojas ciclostiladas. También van llegando a diversas Inspectorías salesianas para crear opinión. Las firman un grupo de profesores del Ateneo. En ellas critican las estructuras de la Congregación e intentan abrir caminos para una amplia renovación con miras al XX Capítulo General. Los documentos tocan la vida religiosa, temas de renovación, de lectura de los signos de los tiempos en clave muy atrevida... No encuentran eco en el resto de los salesianos del Ateneo; aunque sí la réplica y contradocumentos del grupo más inmovilista.

Don Luis, como inspector, se encuentra en una situación de grave responsabilidad. Y amarga. Se le exige que se pronuncie, por ambas partes. Don Chiandotto propicia el diálogo. Pero en el ambiente se detecta cierto malestar.

Don Luis, en un principio, comparte las opiniones del grupo de avanzadilla. Ve en ellos a los portadores de la nueva mentalidad y renovación según el espíritu del Concilio. Nos dicen que irá modificando su criterio de aceptación a medida que transcurre el tiempo y que el ambiente, algo enrarecido, se agudiza. Se dará cuenta de que no existen presupuestos favorables para el diálogo. Aboga por la apertura, pero dentro de la fidelidad a la Congregación y a la Jerarquía.

El 3 de junio de 1969 se ha reunido el Consejo Inspectorial. Don Terencio Sanna, ecónomo provincial, bosqueja a grandes rasgos la situación general del Ateneo. En su estudio intenta encontrar las causas del malestar reinante:

«Primero. A nivel ideológico se ve, sobre todo, acentuada la existencia de ideas y mentalidades no del todo acordes con las exigencias de la vida cristiana y religiosa. Principalmente en las generaciones jóvenes se percibe un rechazo a cuanto llega a través de los canales de una transmisión superior, con la consiguiente falta de entendimiento entre educadores y alumnos. Se da una radicalización en las ideas propias, con la desconfianza respecto a las ideas de los demás y de las personas que las defienden. Además, se detectan fuertes tendencias a la democracia, que se oponen a todo intransigente conservadurismo. Desconfianza hacia todo cuanto vaya bajo el nombre de *estructuras*, pues se las considera como la causa principal de los inconvenientes que se observan.»

Fue en la Facultad de Teología donde más resonancia alcanzó la contestación; casos particulares. La desorientación de los alumnos en esta diversidad de opiniones resultará cada vez mayor.

El ambiente se desazona. Una drástica medida disciplinaria viene a hacer saltar la chispa: los superiores han alejado del P.A.S. a dos profesores, a don Julio Girardi y a don Gerardo Lutte.

Alumnos de Teología propician una huelga estudiantil. El resto de

las Facultades no secunda esa huelga. La abstención y la falta de eco reducen la protesta a gestos testimoniales. Sólo veinticinco estudiantes sobre unos ciento diez se adhieren a ella.

Don Luis está viviendo muy intensamente estos problemas. No se sitúa fuera de ellos, ni como superior ni como salesiano. Como inspector, intenta dar respuestas adecuadas; como salesiano, comprende las posturas, respeta las opiniones; pero no admite *contestación* en materia de obediencia religiosa. Busca el acercamiento. Recibe a los disidentes en su despacho; hasta entrada la madrugada duró el encuentro. Buena *paliza psicológica* para el inspector.

A don Luis le está preocupando la formación de los estudiantes en todos los aspectos. Teme que los enfoques de la doctrina impartida en las aulas influyan negativamente en los jóvenes clérigos en período de maduración. De hecho, algunas explicaciones llegan a levantar polvareda y producen escándalo.

El 4 de febrero de 1970 redacta un comunicado para el Consejo Inspectorial:

«Comunicaciones del inspector: El inspector comunica que:

a) Ha amonestado en privado a los sacerdotes estudiantes que han dirigido o colaborado en las acciones de huelga, comunicaciones a la prensa, conversaciones irreverentes hacia los superiores (...), que se han producido desde el comienzo del año académico hasta diciembre.

b) En la conferencia pública que tuvo lugar al término de la visita inspectorial, condenó las posiciones y las acciones como injustificadas e inoportunas, como una grave lesión contra la virtud de la prudencia por el modo como se llegó a las decisiones, y la desproporción entre los frutos que se esperaban y los daños derivados para el buen nombre del Ateneo y de la Congregación, que podían haber previsto con toda certeza. También denunció la grave falta por el absentismo de otros estudiantes que no supieron expresar con valor su parecer adverso y organizarse para contrapesar los votos contrarios.

c) Después de la visita canónica a la casa de los filósofos y de los sacerdotes, ha concertado con los respectivos directores los puntos de vista sobre los que es necesario insistir para crear una mentalidad religiosa en el ambiente.»

Don Arquímedes Pianazzi opina que «propiamente no existían herejías; no es que no hubiera cosas que resultaran inaceptables; pero eran dos mentalidades opuestas. La dificultad provenía de los hombres, más que de las ideas. Con un poco de buena voluntad podría haberse resuelto este inconveniente; pero hubo quien intentó la separación». Don Luis «buscaba la concordia; trataba de convencer, no de imponerse. Si existía alguna limitación en él sería la de ser demasiado condescendiente. ¡Siempre con la Iglesia! Obraba en conciencia y por amor a Don Bosco; actuaba por amor a Dios».

«Manifestaba un especial equilibrio para actualizar las nuevas directrices del Concilio, unidas a un sentido de la tradición y a los valores perennes de la vida religiosa... Y pienso que, en el fondo, era capaz de crear una convergencia de las diversas tendencias existentes en el Ateneo.»

Eso sí. «La dificultad provenía de los hombres». Don Luis se encuentra entre la espada y la pared. Quiere acometer el cambio; su línea

se sitúa entre la audacia y la moderación. Le fallan las personas, el equilibrio en las mentes, el diálogo... Ni unos ni otros logran sintonizar con la metodología gradual, progresiva y formadora de Don Chian-dotto.

No entra en nuestro propósito pormenorizar los problemas originados en el P.A.S. Quien escriba la historia del Ateneo tendrá que enfrentarse con esta incumbencia que a mí no me corresponde como biógrafo de don Luis. A fuer de parecer impreciso, deseo que mi cometido se ciña a reflejar el ambiente en el que se desenvolvió Don Chian-dotto y a su actuación, acertada o desafortunada, como responsable directo del Ateneo.

Pero es justo valorar los acontecimientos de este período tan doloroso para don Luis en su dimensión exacta. Don A. Favale nos proporciona una radiografía muy precisa:

«El fenómeno contestatario en el P.A.S. ha sido un fenómeno de minorías respecto a la mayoría que, aun aceptando las exigencias conciliares, hubiera querido ponerlas en marcha de forma progresiva, sin provocar divisiones, facciones y hasta pequeñas discordias (...). Cuando se habla de la contestación en el P.A.S. no se tiene, suficientemente en cuenta ese noventa por ciento, o más, de profesores, ni el noventa por ciento, o más, de clérigos que había aquí entonces, que no eran contestatarios y trataban de actuar las ideas conciliares y se esforzaban por superar ciertas metodologías en el gobierno de la comunidad, que más tarde aparecieron insoportables, y por ello han sido modificadas. Creo que todo esto debe decirse por amor a la verdad histórica; y se sufre cuando se oyen ciertas afirmaciones, sin tener en cuenta lo que positivamente se hizo en el P.A.S. en aquel período por la casi totalidad del profesorado y de hermanos que allí vivían (...). Intento subrayar que no pocas de las exigencias, a mi parecer, podían ser legítimas; sólo que el modo de presentarlas y la rapidez de las soluciones que ellos pedían requerían un camino más lento. Estoy convencido de que don Luis actuó como un padre de familia que, amando a todos sus hijos, no dejó de querer a aquéllos que comenzaron la contestación. Y es más, me parece poder afirmar que se esforzó, que trató de entenderlos para luego tener en cuenta aquellas instancias que, según su conciencia de religioso y superior, podía aceptar.»

Sí. Don Chiandotto poseía el don de querer ser «hombre de todos»; deseaba mantenerse lejos de extremismos. Realizará siempre un trabajo de mediación; difícil, pero continuo.

Ello le acarreará no pocos sufrimientos.

Cuando el diálogo exige obediencia

Las ebulliciones del Ateneo a nivel institucional se vieron reactivadas por dos casos particulares que encendieron los ánimos y excitaron las animadversiones. Dos casos muy diversos en su contenido, pero unidos artificialmente en su contexto.

Me hubiera gustado pasar por alto estos folios. Pero a don Luis le costaron serios disgustos los casos de don Julio Girardi y don Gerardo Lutte. Centenares de páginas podría suponer este capítulo; material documentado no me falta. Para los historiadores del P.A.S. dejo la tarea de detallar los hechos que yo apunto de forma somera.

Don Gerardo Lutte era profesor en el P.A.S. Explicaba la *Psicología de la edad evolutiva*. Los superiores le envían como eficaz colaborador al barrio chabolista de *Prato Rotondo*.

Roma se ha visto obligada a acoger, en poco más de veinte años, a un millón y medio de inmigrantes. Ello trae consigo la fatal consecuencia del ignominioso chabolismo, las *baraccopolis*. Una intervención política, de miras más elevadas, habría evitado estas aglomeraciones; pero no se acertó con la solución.

La *baraccopolis de Prato Rotondo*, en la zona norte del *Monte Sacro*, aglomera un elevado número de inmigrados procedentes de Calabria, la mayoría. Se instalan en un área de vertedero, zona para descarga de basuras; una miserable isla, rodeada de construcciones señoriales.

En *Prato Rotondo* ejercen ya su apostolado los salesianos. Don Luis autoriza que estudiantes de Teología desarrollen allí una encomiástica labor pastoral en línea plenamente salesiana. Después de cenar, salen los enviados para encontrarse con los habitantes de *Prato Rotondo* en su ambiente. Son bien recibidos y aceptados, y su presencia se transformará en un verdadero testimonio para la población. También trabajan allí las Hijas de María Auxiliadora.

Más tarde, llegará don Gerardo Lutte, enviado a colaborar en la parroquia del Redentor. A los dos meses de su llegada, se manifiestan

las discrepancias entre el párroco y él. Los métodos pastorales de don Gerardo son aceptados plenamente por los habitantes de la *baraccopolis* que le llaman el *cura rojo*, el *cura comunista*. Pero no le convienen al párroco, ni a sus colaboradores, ni a los superiores del P.A.S. Sus teorías y actitudes están sembrando la alarma en las instancias religiosas y en las académicas. Les parece que su mentalidad incide negativamente en los alumnos.

Don Lutte entiende que lo que él llama *Institución o Sistema*, dígame Iglesia-Congregación, resulta sofocante, masificador, despersonalizante, opresivo; que deben saltar las estructuras para liberar a los hermanos, a la Congregación, a la Iglesia, de las múltiples alienaciones en las que viven inmersos.

Los superiores piensan que se hace necesaria una renovación de las *estructuras*; pero respetando límites y la debida reverencia a la jerarquía, tanto eclesiástica como religiosa.

Don Lutte había sido amonestado en repetidas ocasiones del influjo directo de sus teorías sobre algunos estudiantes. También don Luis había intentado hacerle ver las connotaciones negativas de su actitud a nivel religioso y cristiano.

El mismo don Gerardo afirma: «Yo guardo de Don Chiandotto un gran aprecio. Siempre mantuve con él un diálogo muy sincero, aún cuando no estábamos de acuerdo sobre algunas cuestiones. Nos reprochaba nuestro deseo de avanzar demasiado aprisa, cuando las cosas maduran con tiempo».

El apostolado en *Prato Rotondo* le trajo a don Lutte la oportunidad de mostrar lo que él entendía en conciencia como «presencia salesiana y sacerdotal entre los pobres». No les pareció lo mismo a los superiores.

Luego llegaron las polémicas, las incomprensiones mutuas, la agresividad ideológica y personal...

Y sucedió que el 8 de julio de 1969, don Luis, en calidad de inspector, le comunica que «el Ateneo prescinde de sus servicios, al menos momentáneamente». Se le propone que él mismo indique algunos destinos de su agrado; por supuesto, entre ellos no debe incluirse *Prato Rotondo*. El decide volver a Bélgica, su provincia de origen.

Pero el corazón de don Gerardo late en Roma. Desde su pueblo natal ha escrito a Don Chiandotto que la única propuesta que él puede aceptar en conciencia es la de habitar en *Prato Rotondo*; que no tiene derecho a traicionar la confianza y la amistad que los habitantes de aquel barrio le habían dispensado, y que no tomaría en adelante decisión alguna sin consultarles.

La respuesta de don Luis lleva fecha del 30 de octubre. Le insiste en que el apostolado entre los pobres no se identifica necesariamente con su presencia en *Prato Rotondo*; y que los superiores, tanto religiosos como eclesiásticos, no iban a permitir, como él podía suponer, que un religioso-sacerdote viviera fuera de una comunidad; y que incluso, algunos amigos suyos consideraban muy difícil que los superiores dieran marcha atrás en su decisión anterior.

Tiempo antes, Don Lutte se había comprometido a impartir un seminario de su especialidad en la Universidad de Roma. Los superiores le permiten que cumpla su compromiso; pero le asignan como residen-

cia durante el cursillo la casa del *Sacro Cuore*. Por propia iniciativa él se va a vivir a *Prato Rotondo*.

Los habitantes del barrio escriben a don Luis. La carta viene firmada por el colectivo de vecinos, la *popolazione di Prato Rotondo*. Comunican al inspector que no aceptarán a otro sacerdote que no sea Don Lutte. Don Luis responde que, por cuanto él conoce, será muy difícil que los superiores religiosos permitan a don Gerardo permanecer en Roma y continuar su labor sacerdotal con ellos; que hablará con el interesado, y que espera convencerle con razones oportunas.

Don Lutte no se aviene a estas razones.

Tampoco se negó al diálogo en una magna asamblea de barrio a la que asistieron monseñor Poletti, representante de monseñor Dell'Acqua, cardenal vicario de Roma, y don Luis Chiandotto.

La concentración fue masiva: vecinos, representantes religiosos y otras personas interesadas.

La revista *Il Regno* del 1 de diciembre de 1969 recoge la crónica del debate. Las intervenciones se suceden; propuestas y contrapropuestas. Una única exigencia por parte de los vecinos: la permanencia incondicional de don Gerardo Lutte en el barrio.

La intervención de don Luis fue aplaudida y vituperada. Sus primeras palabras son bien acogidas:

«Ante todo, me siento muy contento en medio de vosotros en este nuestro primer contacto. Cuando los superiores tomaron una decisión sobre el traslado de don Gerardo fue en los primeros días de julio. Yo os doy mi palabra, estad seguros, que ello, en modo alguno, obedeció al trabajo por él desarrollado en este barrio; incluso os diré que nosotros estamos muy contentos, y yo personalmente contentísimo, de oír hablar tan bien de él... Nuestra vocación salesiana nos llama a vivir entre los pobres...»

Varias veces fue interrumpido por los aplausos.

Los vecinos abrigan la esperanza de una solución viable. Don Luis continúa su intervención: reconoce las necesidades del barrio, la labor de Don Lutte, la necesidad de la presencia salesiana entre los pobres:

«Vosotros queréis hechos... Pero la cuestión es ésta: vosotros no solamente deseáis hechos; queréis un hecho concreto: que don Gerardo permanezca. Y hoy, para ser sincero, no puedo haceros promesas en las que vosotros mismos no creeríais (...). Ahora, personalmente, os puedo decir que intentaré crear un verdadero interés con hechos, y no sólo con palabras, para que podamos llegar a servir de ayuda a la solución de los verdaderos problemas del barrio... Vosotros comprended que más allá de Prato Rotondo pueden existir también otros intereses (...).»

Aquí llegó la desilusión. Don Luis se vio interrumpido varias veces con expresiones desfavorables.

A continuación, toma la palabra monseñor Poletti: «Vosotros sabéis que el padre Gerardo es un religioso que no depende directamente del Vicariato de Roma (...). Yo os puedo atender en vuestras necesidades espirituales; pero no tengo poder en otras competencias. Habéis preguntado si nosotros conocemos las necesidades de los pobres. Y ¿quién creéis que soy yo? Hijo de trabajadores, párroco de un barrio de la periferia de la ciudad de Novara. Cuando hube de venir aquí, mis

parroquianos lloraban...; hemos pasado, con mis jóvenes sacerdotes, inviernos fríos y helados...».

Entre interrupciones y protestas, monseñor Poletti interpela al propio Don Lutte: «Padre Gerardo, le preguntó cuáles son los deberes de los superiores».

Las palabras de Don Lutte tranquilizan y esperan: «Opino que la visita de monseñor Poletti y del padre Chiandotto sirven ya para darnos ánimos; y como este quehacer no depende sólo del padre Chiandotto o del padre Poletti, sino también de otros superiores suyos, pienso que están bien dispuestos a atender los problemas de la zona; y que una respuesta a este respecto no podemos pretenderla ahora. Bástenos saber que quiere estudiarse el problema a fin de encontrar la solución más satisfactoria. ¿O me equivoco hablando así?» Se acogieron estas palabras con aplausos.

Pero los acontecimientos se precipitarán. Las cosas irán de mal en peor. No entro en detalles. Don Lutte actuó ya al margen de las normas de la Congregación y de las órdenes de los superiores. Según su conciencia, se la impone la voluntad de Dios: permanecer en *Prato Rotondo*. Esta opción le proporciona paz y alegría; ninguna otra decisión le podrá turbar.

Por su parte, los superiores toman también su determinación: tras los trámites procedentes, se le envía el *decreto de dimisión* de la Congregación Salesiana, confirmada por la Sagrada Congregación de Religiosos en rescrito del 15 de febrero de 1971.

Seis meses y medio después, morirá don Luis.

No nos cabe la menor duda de que amó a don Gerardo Lutte. El cargo que pesaba sobre sus hombros, duramente, le imponía responsabilidades que no pudo eludir, en conciencia.

De ello da fe el propio don Gerardo: «Tengo un sentimiento de profunda estima hacia él, si bien no justifico todas sus actuaciones. Pienso que tenía que ejecutar órdenes recibidas de arriba, cosas que él no hubiese hecho por su voluntad. Cuando llegaba el momento de discutir, discutía y presentaba su punto de vista; pero cuando ya venía la decisión del superior, aceptaba ese veredicto. Yo tengo otro concepto sobre la obediencia; pero admito que según la otra teoría, la obediencia de don Luis fue heroica».

* * *

Hablar de la figura de don Julio Girardi nos hunde en la incertidumbre del claroscuro. Sus comienzos como filósofo son brillantes. Su voz se dejará oír dentro y fuera de los límites italianos. Se leerán sus libros en todos los idiomas, y alcanzará fama mundial por sus diálogos con los marxistas y ateos y su impulso al movimiento *Cristianos por el Socialismo*. El cardenal Köening, en la presentación del libro *Marxismo y Cristianismo*, escribe: «Don Girardi se ha manifestado como uno de los grandes conocedores del marxismo (...). Ha mostrado con eficacia los puntos esenciales, a partir de los cuales se deberá mover el diálogo entre el cristianismo y el marxismo (...)». Y Roger Garaudy, ideólogo del partido comunista francés, reconoce que «Don Girardi es, de los católicos, el que, a través de múltiples diálogos, nos ha presentado a

nosotros los marxistas el rostro más fraterno del cristianismo. El se encuentra entre los que mejor han comprendido el significado humano del ateísmo: la reivindicación del hombre y el temor de que la esperanza escatológica sea un freno al pleno desarrollo del hombre en la historia. Su libro *Marxismo y Cristianismo* contiene las páginas más comprensivas y penetrantes que hayan sido jamás escritas por un cristiano sobre el marxismo».

En el Ateneo, Don Girardi es uno de los profesores más respetados y admirados por su capacidad intelectual y la riqueza de su cultura, amén de su trato humano y familiar.

¿Qué, pues, ha podido suceder para que una personalidad internacional como Don Girardi haya sido relevado del P.A.S.?

La espina que él siempre ha tenido clavada en su alma es la que se le haya alejado de la enseñanza en el Ateneo por *razones ideológicas*. Nos dice que «es menester hacer una distinción entre un nivel oficial de acusaciones —las de orden pedagógico, que fueron las que se hicieron públicas— y las que de hecho influyeron en la determinación: las ideológicas».

Sin embargo, don Arquímedes Pianazzi reconoce: «Ni Don Chianotto ni yo encontramos que las ideas académicas de personas fueran inaceptables. A veces, estas personas bailaban en el filo de la navaja; pero no existen casos en los que fuera obligado rechazar por completo sus ideas. Además, en una universidad, una idea, aunque sea avanzada, no tenemos derecho a rechazarla. En un estudiantado menor, podremos decir: Esto produce mal efecto; pero en una universidad, el alumno ha de poseer la suficiente madurez».

Aquí podemos centrar la raíz del problema.

Unos estudiantes de Filosofía recién salidos del noviciado no podían poseer la madurez que requerían las teorías que agitaban el mundo estudiantil universitario. Ello exigía máxima discreción en los comportamientos.

El hecho es que «directores y consejos de las comunidades advertían en los estudiantes normas de conducta contrarias a su línea, y atribuían estas normas o consejos también, y especialmente, a don Julio, a pesar de no pertenecer a la comunidad, citando algún caso concreto».

Desde el punto de vista oficial, el alejamiento de Don Girardi no supone una *expulsión* del P.A.S., sino un *éxodo temporal*. Así se lo comunica don Luis al darle la desagradable noticia. Se trata de ver solamente si, con su ausencia, la paz volverá al Ateneo. Ejercía notable influencia sobre los clérigos, y no podía mantenerse tal situación; no es que defendiera herejías, pero dividía la casa...

Don Girardi partió para Francia, a la Inspectoría de París.

Don Luis, como inspector, desempeñó un papel preponderante en este *affaire*. Eso sí. Ha venido hablando frecuentemente con Don Girardi, y «siempre con mucho respeto, insinuándome su deseo de que el conflicto no llegara al extremo de hacerse inaguantable».

Don Pianazzi había solicitado del inspector un informe sobre don Julio. No hemos encontrado en los archivos la carta de Don Pianazzi, pero sí la respuesta de don Luis.

En su informe, va desggranando las distintas ocasiones en que ha dialogado con Don Girardi, donde le expone los motivos de su desacuer-

do. Siempre el mismo: «Su influjo negativo en los clérigos, filósofos y teólogos, y la disconformidad del director...». Y concluye la carta:

«En otro coloquio, hablando de hechos semejantes a éstos y viendo él que yo permanecía firme en mi idea, concluyó diciendo que está dispuesto incluso a dejar el Ateneo. Estas palabras suponen evidentemente que le hablé claro. De todos modos es cierto que yo jamás le he dicho: Si usted continúa así, nos veremos obligados a alejarlo del Ateneo. Esto no se lo he dicho nunca, jamás le he dado un ultimátum. He pensado que con Don Girardi no debía obrar así».

La iniciativa del alejamiento ¿partió de don Luis?, ¿obedeció a órdenes superiores?

He indagado, he preguntado con exceso a personas solventes, incluidos superiores mayores de aquel período, profesores, alumnos, al mismo Don Girardi. Me abstengo de sacar conclusiones tajantes porque los testimonios no están acordes. Lo que sí considero cierto es que *la decisión final don Luis la hizo suya*.

El caso Girardi se venía estudiando desde hacía unos dos años; no se había tomado una decisión definitiva por temor a consecuencias desagradables. «Don Luis no deseaba que Don Girardi dejase el P.A.S.; buscaba una solución honorable, movido por la caridad y la verdad.» Entonces sugiere, como medida de prudencia, transferir a don Julio a la comunidad del *Sacro Cuore*, y que los encuentros con los estudiantes se limitaran sólo a las clases; a nivel académico, y no en el ámbito de la comunidad religiosa; hasta que los ánimos se hubieran serenado.

No puedo silenciar la opinión de Don Girardi: «Encuentro gran dificultad en entender las razones que pesaron sobre él para alejarnos del P.A.S. a Don Lutte y a mí. Tampoco se ve claro en qué medida la iniciativa partió de él o se la impusieron los superiores. Lo único que sé es que yo nunca me imaginé que él no se hubiera portado honradamente en aquella situación. Nunca dejé de considerarlo como a un amigo, y así continué pensando todavía. Por el hecho de que él hubiese tomado la iniciativa o se la hubiesen impuesto, estoy seguro de que no obró por motivos personales, por razones que fueran menos limpias. Actuó así porque consideró que de ese modo, iba a beneficiar a la Facultad, al Ateneo. Abrigaba la ilusión de que con esta medida, que consideraba provisional, iba a crear una situación más serena en el Ateneo y que, a los dos o tres años, nosotros volveríamos en un contexto más tranquilo. En esto mostró mucha ingenuidad. Creo que le costó muchísimo adoptar esa postura. Nunca manifestó un desacuerdo fundamental con respecto a algunas de mis posiciones. Y creo que él hizo suya esta decisión, más por el deseo de conciliación entre los superiores que por el influjo que yo pudiese ejercer sobre los estudiantes».

Que no existieron «motivos personales» queda patente.

Don Luis y don Julio mantendrán correspondencia posteriormente. En una de estas cartas don Luis le comenta:

«De modo alguno entro en su conciencia; pero su convicción no es un argumento para que los superiores no sigan también la que ellos creen la verdadera (...). Esté usted tranquilo: que si todavía se hace necesario hablar, repetiré simplemente las razones arriba expuestas, es decir, la diversidad del planteamiento educativo, y el deber de los superiores de intervenir cuando piensan que, en conciencia, deben intervenir, asumiendo

evidentemente todas las responsabilidades, como creo haber hecho y haré, encajando todas las críticas que nos han venido encima durante este período. De esta tribulación —como también de los consuelos— doy humilde y serenamente gracias a Dios.»

En París, Don Girardi recibe un ofrecimiento de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas de la Universidad de Bolonia. Se lo expone a Don Chiandotto, quien le contesta con fecha 15 de octubre de 1969:

«He estudiado el problema que me ha presentado, relativo a la invitación que le han cursado las autoridades de la Universidad de Bolonia en orden a asumir el encargo de una enseñanza regular (...). Usted piénselo y escoja.»

Y en el documento de presentación:

«El abajo firmante, sac. Luis Chiandotto, como superior del Pontificio Ateneo Salesiano, declara que el sac. Julio Girardi, profesor de la Facultad de Filosofía de este Ateneo, se ausenta de esta casa religiosa durante un cierto período de tiempo, en el que se dedicará al estudio dentro de la sección correspondiente a su especialidad. Le presento como religioso comprometido espiritualmente y dotado de celo apostólico. La diversidad del planteamiento educativo en relación con nuestros jóvenes religiosos, si fue en la línea de acción una implicación pedagógica, no afectó a su vida personal religiosa y apostólica.

Sac. Luis Chiandotto.
Inspector del Pontificio Ateneo Salesiano.»

El 15 de septiembre de 1970, Don Girardi escribirá a don Luis:

«Don Luis queridísimo: Me he enterado hace poco que está muy mal y que se encuentra internado en una clínica. Esto me disgusta mucho. Deseo estar cerca de usted como me es posible a través de tanta distancia como nos separa; pero con la certeza de que el amor del Señor nos una.

Estoy convencido de que usted ama mucho al Señor y que por él ha aceptado grandes sufrimientos. Jamás he dudado de su rectitud.

Sobre nuestra antigua amistad, turbada por los recientes acontecimientos, esta convicción y esta confianza han quedado intactas.

Usted sabe que en muchas cosas no estoy de acuerdo con la línea que ha seguido. Pero desde mucho tiempo atrás, me doy cuenta de que puede opinarse de forma distinta y permanecer igualmente leales, que se puede pensar de diversa manera y apreciarse sinceramente.

Cuando me enteré que sus condiciones se habían agravado, sentí la necesidad de decírselo. Tal vez con la ilusión de que esto pudiese paliar un poco su sufrimiento.

Espero verle un día, ya no enfermo y no investido de autoridad, nuevamente amigo si usted lo desea. Hablaremos entonces de todo.

Entretanto, piense en curarse. Ruego por usted.

Con afecto.

Julio Girardi.»

Y me confiesa Don Girardi: «Yo tengo una idea muy alta de Don Chiandotto. Creo que fue un hombre muy libre, muy capaz, inteligente, sensible; y sobre todo, muy honrado y muy creyente. Creo que era un creyente profundo, convencido, que vivía de fe; hombre muy coherente y dispuesto a pagar el precio de sus convicciones. Yo tuve con él una amistad muy profunda; aun cuando desde un punto de vista, me sentí por parte de él defraudado en esa amistad. Y noté en él —y me lo manifestó muchas veces— la preocupación de defenderme.

Otro concepto de su personalidad nos hizo mucho daño: su concepción tan estricta de la obediencia religiosa, de la vida religiosa, que en

él, subjetivamente, era heroica (...). Se encontró con que la obediencia religiosa le imponía ciertas cosas; y las cumplía...

Creo que el clima que reinaba en nuestra Congregación en esos años era tal que podían pasarse ciertos límites; y creo que él los hubiera pasado sin esta barrera que le levantaba la obediencia.»

* * *

En los casos *Don Lutte* y *Don Girardi* se ha gastado mucha tinta. A nivel interno y externo. La prensa romana ha aventado los conflictos del Ateneo, quizás con exceso de sensacionalismo. Algún periódico ha llegado a amasar abundante información sobre los problemas internos; había filtraciones. Cada artículo encontraba la réplica salesiana a través del P.A.S. o del órgano oficial de prensa de la Congregación *Uffizio Stampa Salesiano*. Y el asunto se convirtió prácticamente en tema de polémica nacional. El eco resonó más allá de las fronteras italianas. La prensa extranjera aireó los conflictos; y unos y otros llegaron a implicar en el asunto a la Santa Sede. Por lo que *L'Observatore Romano* intervino con un artículo sobre la verdadera y auténtica misión de los salesianos entre los pobres.

A nivel interno, hubo hermanos que consideraron como un deber de conciencia reaccionar contra la determinación de los superiores. Se realizaron reuniones y asambleas en las que se lanzaron fuertes censuras contra la *institución*, incluso sobre la postura del Rector Mayor.

Quien más fuertemente reacciona ante estos sucesos es don Luis. El 21 de noviembre de 1969 se dirige, por escrito, a los directores de las comunidades; les anima a que se esfuercen en hacer reflexionar a todos los hermanos de dichas comunidades sobre la gravedad y responsabilidad de estas actuaciones...

«No solamente los hijos de la misma familia acusan a los superiores mayores, sino que también hacen caer el descrédito sobre el Ateneo y sobre la Congregación. Basta pensar en la facilidad con que ciertas noticias saltan a los órganos de la opinión pública y en el modo como son presentadas e instrumentalizadas en daño de nuestras instituciones y de la Iglesia misma.

Como hijos de la Congregación, de la que tanto han recibido ya, no pueden permitir que su acción, sobrepasando todos los límites, y no sólo los de la vida religiosa, llegue a herir al sucesor de Don Bosco y a la Congregación, su madre, que tanto bien ha hecho y está realizando, en la tarea de una laboriosa renovación.»

Exhorta a los directores a que presten «una delicada atención a los hermanos, iluminando su conciencia religiosa, sin pretender que nos duela lo ocurrido y que entiendan en seguida el punto de vista de los superiores, respecto a la conducta seguida con Girardi y Lutte. Más bien, han de buscar la manera de convencerles de los motivos por los que deben llegar a aceptar el hecho como un acontecer de la vida religiosa, como intervención de la legítima autoridad competente, aun cuando en el momento presente no comprendan o no les convenza la necesidad o la motivación de la medida tomada».

Esta carta va acompañada de un anexo dirigido también a los directores de las comunidades y al Rector Magnífico. Entre otras cosas dice:

«El Pontificio Ateneo Salesiano no es una universidad estatal ni autónoma. Los profesores del Ateneo son nombrados por el Gran Canciller del que reciben la *misión canónica de enseñar*, con el *nihil obstat* de la Santa Sede.

Para los profesores salesianos la *missio docendi* supone una verdadera y propia *obediencia* dada por el legítimo superior religioso.

Por tanto, todo profesor salesiano del P.A.S. es y permanece como un religioso que ha sido enviado por el legítimo superior a un trabajo de docencia. Los Estatutos mismos del Ateneo dicen: Todos los profesores desempeñan su oficio *ad beneplacitum* del Gran Canciller (artículo 32/2). Por el hecho de ser profesor del Ateneo, el hermano no se sitúa fuera de la obediencia religiosa; de lo contrario, estaría fuera de la misma vida religiosa.

El P.A.S. es de la Congregación Salesiana y ha sido reconocido primariamente en beneficio de nuestra institución y de nuestros hermanos. Secundariamente, la Congregación Salesiana pone a disposición, también de los externos no salesianos, el colegio, sus profesores y el complejo de los instrumentos académicos. Es la Congregación la que ofrece estos servicios, no es ésta o la otra Facultad la que puede hacerlos automáticamente (...). El motivo de la decisión tomada por las competentes autoridades religiosas sobre Don Lutte y Don Girardi afecta tan sólo a la vida interna de la Institución dentro de la esfera de la convivencia y de la formación de los alumnos salesianos.»

Opino, legítimamente, que ideologías, personas y acontecimientos del Ateneo han sido tristemente instrumentalizados; pero el que más habrá de sufrir el manejo de estructuras y personas será el mismo don Luis.

«El respetaba tremendamente las individualidades y aceptaba totalmente la obediencia (...). A veces, se vio coaccionado; pero afirmaba: *No tengo miedo al ridículo*. En ocasiones, obró en contra de su propio parecer, dando marcha atrás respecto a decisiones que ya había tomado. Así se explica que pudiera vivir con tanta serenidad.»

Confirmo este aserto. Ya en Salamanca, una noche me había dicho con profunda convicción que «él veía ya todos los acontecimientos bajo la perspectiva de la voluntad de Dios, y no le importaba nada lo que dijeran de él».

Comprendo que resulta difícil atar todos los cabos y llegar a conclusiones categóricas en el comportamiento del inspector.

Pero eso sí. Sobre don Luis nadie pone en duda su recta voluntad, su autenticidad de conciencia y su buena fe; así como el amor a todos y a cada uno de sus hermanos.

¿Por qué me han dejado en esta cruz?

A lo largo de las páginas anteriores, hemos apuntado problemas y conflictos que sacudieron el P.A.S., y comportamientos de don Luis en cada caso concreto.

Valorar su actuación como superior del Ateneo tampoco resulta plato agradable, por las singulares tensiones que surgieron en el ambiente.

«A Don Chiandotto le tocó vivir en un momento histórico del P.A.S. altamente crítico: es necesario distinguir su persona y sus cualidades, por una parte, y el ambiente donde se encontró, en cuanto a su acción y gobierno, por otra.»

Hay quien afirma que «poniéndole como superior en aquel período tan difícil, lo crucificaron. Pudo no caer tan pronto como cayó aquí, si los superiores le hubieran dejado en España... Sus preocupaciones eran tan grandes que anulaban, sepultaban al hombre».

Sí. Don Luis *cayó* demasiado pronto. El año 1966 sufrió una operación de tumor cerebral. Existen opiniones de que esta falta de salud, de energía, mermó en años sucesivos, sus cualidades y aptitudes para enfrentarse con los problemas que le sobrevinieron.

Sin embargo, le hemos visto trabajador empedernido, con serenidad imperturbable, hasta el final de su mandato.

Don Demetrio Licciardo fue nombrado sucesor de don Luis en el cargo de inspector. A él le correspondió escribir la carta necrológica. En ella resume, a grandes rasgos, «el *curriculum* de trabajo y de servicio, de amor y de dolor, recorrido por Don Chiandotto en la Congregación, a la que dedicó sin reservas vida y energías físicas y espirituales».

Y confiesa que «decir en pocas líneas con qué espíritu y con qué estilo lo recorrió no es cosa fácil».

Pero sí. Nos ha legado en su carta un retrato de don Luis, sobrio pero preciso:

En el Ateneo «se lanzó al trabajo, verdaderamente no fácil, con todo el empuje que lo caracterizaba, y con la comprensión y apertura de mente de las que el Señor le había dotado».

«Fue de un *dinamismo* fuera de lo común. Desarrollaba una incesante actividad y le quemaba una necesidad congénita de hacer, de trabajar. En los cinco años de gobierno de la Inspectoría, casi no conoció reposo. Se paraba, y se paró definitivamente, sólo cuando le era físicamente imposible continuar. Incluso después de su última operación en el período de convalecencia, pasado en el noviciado de Lanuvio, sustituyó al padre maestro, enfermo, en las habituales conferencias diarias.»

Se ha ganado don Luis el ambiente en los primeros momentos. Gozará de simpatía universal. Durante su primera operación en el P.A.S., se celebrará adoración nocturna continua ante el Santísimo expuesto. «Se percibía entonces cómo se le quería; se le consideraba como un amigo.» Cuando regresó de la clínica, se le rindió un recibimiento masivo en la portería. El prodigaba sonrisas. «Como hombre, todos le admiraban y mantenían con él relaciones cordiales; era honesto, recto, bueno.»

Como hombre de gobierno, se le ha considerado la persona capaz de comprender las circunstancias y de ofrecer soluciones, las razonables para aquel momento; que tenía siempre en cuenta la tradición y, a la par, la aceleración de la historia; ha representado el espíritu de adhesión al movimiento eclesial.

Luego, llegarán los conflictos, los roces, las incomprensiones. También sus desaciertos, que los tendría. Y en todo momento, la cruz. Varios testimonios afirman que «cualquiera en el Ateneo se hubiera quedado».

El realizará grandes esfuerzos para que los más avanzados lleguen a ser elementos hábiles para una construcción y una integración más plena y más recia. Se afanará por oír, por tener en cuenta las aspiraciones de todos los hermanos, sea cual fuera su edad y su mentalidad.

En algún momento, la tensión resultará verdaderamente insoportable, y «se necesita toda la virtud de don Luis para no hacer pesar sobre el resto de los hermanos el drama que se desarrollaba en su interior».

Don Pianazzi asegura que en un ambiente como el que reinaba en el Ateneo, azotado por ideologías dispares, «don Luis estaba realmente crucificado. Pero, a pesar de todo, él trataba de ver el lado bueno en todos y buscaba el bien de todos».

* * *

«Don Luis fue un *optimista impenitente*: lo decía él mismo. Si pecó, fue por optimismo, jamás por pesimismo. Creyó siempre en la bondad y en la rectitud de las personas; y con esta certeza hizo brillar rayos de luz y de esperanza en el alma de muchos. Incluso cuando debió desengañarse ante la evidencia de los hechos, a veces desconcertantes, no lo hizo a la primera de cambio, ni sin la confianza de recuperación. Precisamente, este optimismo, que se transformó en longanimidad y paciencia ejemplares, lo condujo tal vez a situaciones desagradables; pero él llevó siempre, hasta el límite extremo de lo posible, sin modificarlo, este su bagaje de optimismo confiado.»

La realidad histórica moldeará, con el tiempo, este optimismo en modos distintos a los que él soñaba; pero no se sorprende. Lo man-

tendrá, a pesar de amargas desilusiones y punzantes sufrimientos derivados de un derrumbamiento casi general de *sus proyectos*. Sabía escuchar con profundidad, colocarse en empatía con su interlocutor. Este optimismo y confianza le llevará a tomar posiciones. Pero, sin aires de superioridad, buscará el diálogo; y en él, la voluntad de Dios.

Esconde don Luis un intenso deseo de llevar adelante la renovación con airoso optimismo; pero, a la vez, con penoso sufrimiento, porque no se ajustan los demás a su paso, y no puede realizar sus sueños por las reticencias con que tropieza. Sufre en lo más hondo de su ser porque se siente impotente frente a ciertos problemas; desea ser lo más comprensivo posible, favorecer al máximo una inserción apostólica y evitar, a la vez, todos los roces y las tensiones que existían dentro del Ateneo.

Como «falta de seguridad interior y debilidad» ha juzgado alguien la postura de don Luis frente a situaciones difíciles.

Hé contrarrestado testimonios; y puedo asegurar que no se trata de «inseguridad en sí mismo», sino una «gran carga de respeto hacia las diversas posiciones».

«No era una personalidad indecisa —apunta Don Licciardo—. Autónomo en su pensamiento y en su obrar, poseía convicciones profundas, que intentaba comunicar a los otros y llevarlas a la práctica sin ser ni aparecer obstinado. Incluso, cuando insistía, contradiciendo al interlocutor, no daba impresión de querer vencer o de no estimar la opinión del otro; tan sólo deseaba que triunfase la verdad.»

Hombre de fe profunda, don Luis. Si es discutible su modo de actuar en algunas ocasiones, el que más sufre en éstos momentos es él. «No había doblez alguna entre la función que ejercía, su conciencia y su personalidad interior. Era un hombre coherente. En él la capacidad intelectual, la sensibilidad y la fe constituían una unidad.»

«Poseía una gran *capacidad de comunicación*; con los jóvenes y los adultos, con los hermanos y con los de fuera. Y no era cuestión de relaciones políticas, pragmáticas y momentáneas, sino de relaciones sentidas y vividas, que en muchos casos se consolidaban y se tornaban perennes. Supo verdaderamente querer bien a todos; y creemos que ninguno podía quererle mal, pues se apreciaba su sinceridad, aún cuando no compartiese su punto de vista.»

Es la de don Luis una mediación continua, con sufrimientos; y muchas veces, mal entendida; porque sucede que, cuando se dan estos extremismos, quien hace de mediador no termina contentando ni a unos ni a otros.

Don Luis siempre ha sido hombre de diálogo. Y lo ha querido para todos.

He encontrado tres fichas del propio don Luis, sin indicación ni cita alguna. Confieso que me causa una extraña emoción al releerlas, y me pregunto con desordenada curiosidad insatisfecha si expresaría esas ideas en alguna circunstancia: ¿unos ejercicios espirituales?, ¿una reunión de directores?, ¿cuando el ambiente del P.A.S. transcurría sereno, en los primeros tiempos?, ¿cuando más tensas eran las relaciones entre hermanos?; ¿o se han varado en recónditas reflexiones personales, como secreto íntimo?... ¡Qué más da! Ahí están. Expresan su pensamiento, y me basta. Extracto algunas ideas:

«Jesús = modelo de obediencia del superior.

— La ley esencial del ejercicio de la autoridad es *la obediencia a la voluntad del Padre*.

— Al superior incumbe el deber de *mediador* entre la voluntad de Dios y la comunidad.

— Corresponde al superior buscar sin pausas el discernir lo que Dios espera y exige *hic et nunc* de cada uno y del conjunto; y debe buscar discernirlo, averiguarlo en función del fin específico de la Congregación, en función de las circunstancias concretas —el hoy de la salvación— y de las concretas personalidades de sus religiosos.

— El buen superior no es el buen administrador de los bienes de la comunidad, ni quien sabe imponer a todos una escrupulosa observancia de los más pequeños puntos de la regla; sino aquel que, después de haber tratado en la oración, en la reflexión, en el diálogo con los hermanos, de buscar el *querer divino* sobre el conjunto de la comunidad y sobre cada uno de sus miembros, se esfuerza en obedecer lo más fielmente a esta voluntad. Más que el custodio de la observancia, debe ser el educador de la caridad, mediante la fidelidad a la observancia.

— El superior debe respetar toda acción de Dios en el hermano y su misteriosa pedagogía contenida en los talentos que le concedió.

— Lo que transforma un grupo de hombres en verdadera comunidad es la inserción de cada uno, con corazón y espíritu, a un grupo de hermanos con los cuales sean posibles la coparticipación de experiencias y una perenne renovación de recursos espirituales.

— Para sentirse inserto en la comunidad, se necesita un cierto grado de encarnación; pero las estructuras y el concepto de la *vida en común* deben ser tales que dejen campo libre a la diferenciación de los carismas personales.»

Pero el diálogo presupone un ambiente en el que los interlocutores, por muy alejados que estén, puedan de algún modo acercarse, fijando una base común y una sincera actitud humana; aunque defiendan posiciones diametralmente opuestas.

«En el P.A.S., las mejores cualidades de don Luis para el diálogo fueron para él en cierto modo suicidas. Es *suicida* quien pretende abrir los brazos a un hermano que se dice dispuesto al diálogo, y aprovecha la ocasión para clavar un puñal al amigo que le entrega. En esta tesitura, el tender la mano a la derecha y el brazo a la izquierda, buscar la síntesis, suponía un gesto suicida; equivalía a abrir los brazos y quedarse en situación de crucificado.»

En alguna ocasión se ha lamentado don Luis:

«¿Por qué me han dejado en el P.A.S., en esta cruz?

Repetía también que «la cruz había sido demasiado pesada». No era un lamento exactamente; más bien alentaba una constatación. A pesar de todo, «llevó el diálogo hasta las últimas consecuencias. Soportó, incluso, actitudes poco respetuosas por parte de estudiantes de Teología».

En estos contrastes, Don Chiandotto será el hombre de la comprensión, de la búsqueda, del equilibrio; el hombre que se afanará por to-

mar en consideración a unos y a otros, que procurará ver los acontecimientos a la luz de la eternidad; el hombre que juzgará que hasta los más reaccionarios, de uno y otro signo, luchaban, en definitiva, por lo mismo; el hombre que no se dejará influenciar por manipulación alguna. Actuará como padre de familia que quiere bien a todos. Buscará la unión; tratará de convencer, jamás de imponerse con la fuerza del superior.

Esta sería su *debilidad*.

* * *

«En la raíz de todo esto —leemos en la carta necrológica— había una gran *capacidad de entrega*: sabía darse con generosidad. No era la suya entrega meditada y calculada; era un querer bien, leal y sincero, inmediato e intuitivo, como los sentimientos más profundos. Se leía en su rostro el deseo de ayudar (...). Su movimiento espontánea era el de decir *sí* a todos; el *no*, siempre desagradable, era sólo para aquellos casos que se revelaban como imposibles en una visión religiosa de las cosas; o en las situaciones que sobrepasaban sus posibilidades.

En el trato era delicadísimo con todos, incluso con quien fuera rudo e impaciente con él. Y como sabía ocultar las penas y las amarguras, así sabía mantener fiel y escrupulosamente los secretos que le confiaban. Sabía hablar claro cuando era necesario; pero aquello que no convenía que se supiese, no lo sabían siquiera los más cercanos a él, ni los más íntimos.»

Añoraba don Luis sus tiempos de España; recordaba el ambiente más reducido, el tú a tú en la relación con los estudiantes. Hubiera deseado vivir en la sencillez; en una casa de formación no tan compleja.

Y nos consta que en varias ocasiones pidió ser exonerado de su cargo; quería dedicarse a cualquier otra encomienda. No tenía ambiciones. El Consejo Superior no halló solución para su demanda, y le rogaron que continuara. ¡La obediencia de don Luis!

¡La fe de don Luis!: «Las órdenes de los superiores son voluntad de Dios». Por convicción él no puede desobedecerlas. Y carga sobre sus hombros la *odiosidad*, como si no poseyera suficiente valor y firmeza para mantener una decisión ya tomada por él.

Nos aseguran que «se puede conjeturar que aceptó el cargo sabiendo que se inmolaba. Quizás aquí radica una de sus virtudes más sobresalientes: ser consciente que no va a tener éxito, que no va a contentar ni a unos ni a otros; pero que, al menos, va a contribuir a que la situación se aclare».

«Y en todo momento, en cualquier circunstancia, en cada trabajo, Don Chiandotto fue un *salesiano auténtico*, que supo armonizar el espíritu de iniciativa personal con las exigencias de la obediencia religiosa.»

Enarbola un continuo optimismo a pesar de las dificultades e incomprendiones por parte de algunos hermanos o por las situaciones objetivas que se daban en el P.A.S. Se mantendrá fundamentalmente fiel a la Congregación. Guardará una postura de fidelidad. Don Chian-dotto será el hombre de la obediencia, que intentará pacificar, dialogar, hablar, resolver, el hombre que aguantará por pura fidelidad.

Su lucidez y lealtad le valdrán la confianza del Rector Mayor; pero el afecto y la reverencia hacia la autoridad no le harán cerrar los ojos jamás a la realidad. No era adulador; era respetuoso con su superior general. El mismo Don Pianazzi afirma: «Guardó gran respeto y gran afecto a los superiores. Vivió en el Ateneo problemas serios; pero si le hablaban de ellos, decía: *Déjeme, déjeme, yo actuaré*. No quería que los superiores encontraran dificultades».

«Precisamente por todo esto don Luis *supo sufrir*: y ésta es la prueba definitiva de su valer y de su madurez humana y religiosa en el itinerario hacia la configuración con Jesucristo. Los dolores físicos y morales no le fueron regateados.

Don Chiandotto se encontró en la necesidad de servir de centro de unión en una masa muy heterogénea. Pronto se le presentaron problemas muy difíciles y dolorosos en el plano personal. La salida de la Congregación de algunos que eran considerados como entre los mejores docentes del P.A.S. le llenará el alma de angustia; y afectará punzantemente a su conciencia de salesiano y de superior.

Y cuando la enfermedad venga a incrementar sus dolores morales, presentará su renuncia formal al cargo de inspector. En la carta, se sincera con el Rector Mayor, sin reservas; le abre su corazón filial, no oculta la lucha que ha venido sosteniendo en su alma. Estas letras trazan su mejor perfil espiritual:

«Amadísimo Padre:

He aquí una carta que, a mi pesar, viene a añadir una preocupación más a las tantas que tiene ya. Pero, en conciencia, no tengo más remedio que escribirla.

Hace dos años, y el pasado también, le dije con sinceridad y claridad que estaba disponible y que me hubiera hecho un favor exonerándome del cargo de inspector del Ateneo. Este año vuelvo a insistir y le pido formalmente que me libere del cargo. Don Ricaldóne, en *Fidelidad a Don Bosco Santo*, escribe que un superior no debe jamás *renunciar*. Pero reconoce que, a veces, puede sentir como un deber de conciencia pedir que le exoneren. Yo verdaderamente me encuentro en este caso.

En un primer momento me había propuesto presentarle toda una serie de motivaciones razonadas en orden a esta mi petición; después he pensado que quizás no sea necesario. Bastará alguna breve anotación. Le puedo decir que pido la exoneración porque pienso que es un bien para el Ateneo y para la Congregación, y porque personalmente no me encuentro con fuerzas para llevar tanta carga de responsabilidad por más tiempo respecto al funcionamiento del Ateneo.

Hace cinco años, acepté la obediencia de venir al P.A.S. por puro espíritu de fe, tras haber expuesto mis buenas razones en contra.

Aceptando la obediencia era consciente de que aceptaba el sacrificio de mi personalidad, que ciertamente sería quemada en la prestación de tal servicio a la Congregación. He esperado que mi sacrificio pudiera servir para algo. He obrado siempre empujado por un gran amor a la Iglesia, a la Congregación y al Ateneo. Pero el sacrificio que Dios me ha pedido este año me ha cogido desprevenido, y ha sido más grave que los otros; y me hace reflexionar sobre su divina voluntad en lo que se refiere al hoy.

Los sucesos de este año han constituido para mí la prueba más dura. Mis medidas de gobierno han desencadenado las reacciones de la prensa; por lo cual ciertamente he hecho sufrir a aquéllos a quienes amo y quiero servir: la Congregación, los superiores, el Ateneo. Por otra parte, C... y T..., y antes G..., nos han dejado; y esto me ha dolido profundamente por lo que es el hecho en sí mismo y por lo que significa.

En el presente, después de estos sucesos, las providencias tomadas para el reajuste de gobierno de la Comunidad me parecieron entonces y me parecen ahora poco adecuadas. Me dicen que a la situación actual

del Ateneo hemos llegado a causa de mi debilidad y falta de iniciativa, sea respecto a los superiores mayores, sea en el ejercicio de la autoridad con los hermanos. Reconozco mis limitaciones, mis defectos, que ciertamente han contribuido por su parte a esta triste situación. Además de los condicionamientos con que he tenido que trabajar, confieso que ciertas situaciones concretas de personas me han bloqueado respecto a mi posibilidad de iniciativa, y otras veces, al menos, me han limitado. He trabajado para corregir y reducir los dos extremismos de signo contrario. Las censuras que no me han ahorrado las personas de ambos lados extremistas deberían ser la prueba —si ciertamente no me equivoco— de que he guiado por el camino justo, al menos en la censura de errores y peligros contrarios.

En la programación hacia el futuro se ha buscado crear un movimiento de centro contando especialmente con los profesores de reciente entrada y con los alumnos-profesores. El plan lleva el riesgo de ser comprometido, al menos en parte, como usted lo sabe muy bien. Pero la batalla, según mi criterio, no está del todo perdida.

De todos modos, me duele constatar las condiciones actuales del Ateneo, no obstante el sacrificio permanente de tantas personas. Las dificultades continuarán todavía y serán muchas. Y yo estoy cansado. No me creo capaz de llevar adelante ya tanta responsabilidad ante la Congregación. Cambiándome a mí y poniendo otro inspector habrá un motivo de esperanza y de confianza para muchos hermanos del Ateneo y de otras Casas. Me permitirá tan sólo sugerir una cosa: al nombrar un nuevo inspector, hagan un esfuerzo extraordinario para darle hombres y medios necesarios para realizar un verdadero planteamiento del P.A.S. El inspector, si no es una personalidad fuera de serie, e incluso diría en este caso, debe disponer de colaboradores inmediatos escogidísimos, con una particular atención a una mentalidad equilibrada y abierta.

Los problemas del P.A.S. —como usted sabe bien— son en primer lugar los problemas de personal; secundariamente, los pertinentes a la estructura de la casa, y en tercer lugar todos los problemas normales de semejantes instituciones. En cuanto al personal, tan sólo por citar una cosa de importancia global, las causas de los actuales disgustos han de buscarse desde muchos años atrás. Según mi modesto parecer, toda la política del Ateneo es la que ha de ser revisada a fondo y bien orientada: concepto verdadero de universidad, fines que se proponen, selección del personal docente, formación de un cierto clima de espiritualidad religiosa y salesiana, direcciones ideológicas que van adquiriendo consistencia en algún sector del P.A.S., el giro de importancia histórica que está verificando la Facultad de Pedagogía, etc.

Convendrá llevar al Capítulo General un estudio bien realizado o, al menos, con mucho material bien preparado. La renovación, por tantas circunstancias, incluso ajenas al Ateneo, será necesariamente lenta, y los verdaderos remedios darán sus frutos a largo plazo. No soy pesimista respecto al futuro del Ateneo. Pasarán los tiempos feos y el P.A.S. prestará muchos servicios útiles a la Congregación y a la Iglesia.

Concluyendo. El Ateneo va mal. No consigo poner un dique al deterioro que está sufriendo. Cámbiame y pongan a un hombre nuevo con más capacidad personal y con nuevas posibilidades.

Cuanto he sufrido creo que lo he hecho con espíritu de redención. No he perdido la paz interior. No me duele haber sufrido. Incluso, le doy gracias por ello al Señor. En cambio, me pesa el haber hecho sufrir a los demás, si bien involuntariamente.

El Ateneo de hoy, con su deterioro, destruye lentamente a sus hombres de gobierno. Sin embargo, aun cuando ahora estoy cansado, no me considero un hombre consumido. Si por la bondad de Dios puedo ser todavía útil en cualquier modesto servicio, sepa que he sentido siempre con la Iglesia, con la Congregación, con los superiores, que para mí representan a Don Bosco.

No tengo ningún complejo de culpa. Pero con esto no pretendo considerarme sin pecado. Por cuanto me corresponde en el mal funcionamiento del Ateneo, pido humildemente perdón a Dios y a usted, mi superior y padre.

Que el Señor le ilumine en la medida que habrán de tomar.

Una vez escrita esta carta, me encuentro más aliviado, aunque quizás algún punto exigiría una clarificación. En cuanto a usted sepa que cuenta con toda mi admiración por su total entrega a la Congregación en estos difíciles momentos y que puede contar siempre con mi estima, mi afecto, mis pobres oraciones y con toda mi persona.

Su devotísimo en Don Bosco,

-Luis Chiandotto.»

A los dieciséis meses y tres días después de escribir esta carta, don Luis reposará en los brazos de Dios.

Algunos opinan que si hubiera vivido en el P.A.S. como profesor, o como simple hermano, y después le hubieran nombrado superior, habría tenido un conocimiento más completo del Ateneo. Otros son del parecer de que le faltó tiempo. Si hubiera vivido más...

Pero la historia no se hace con hipótesis.

La historia de don Luis está escrita: «Una personalidad humanamente realizada; una interioridad que se conducía por su fe en Dios y en Jesucristo, distinguiendo muy bien lo que es la fe misma, de su formulación; de la formulación que fue recibiendo históricamente con el tiempo».

Me parece más fácil saber *morir por la fe* que *vivir apasionadamente por ella*.

Y don Luis vivió con pasión su fe.

En el corazón de las Hijas de María Auxiliadora

Ha sucedido que salesianos y salesianas no siempre han caminado por líneas paralelas. Nacidos del mismo tronco, ramas del mismo árbol, miembros de la misma familia, cada cual ha avanzado a su ritmo. Aunque con idéntico carisma, no siempre han trabajado juntos, ni colaboran en empresas comunes.

El XXI Capítulo General Salesiano envía esta respuesta a un mensaje de las Hijas de María Auxiliadora a los Capitulares: «El Espíritu Santo nos hizo nacer juntos, nos llevó juntos a todas las naciones y nos ha ayudado a crecer juntos en el testimonio de la Buena Nueva, para llevarla y difundirla con el mismo fuego de amor que ardía en el corazón de nuestro Padre y común fundador».

Este Capítulo se clausuró el 12 de febrero de 1978. Reiterativa la palabra *juntos* del mensaje. Y es que, como decíamos, no siempre avanzamos a la par. Hoy es otra cosa. La interacción de la Familia Salesiana ha resultado un logro que no se debe perder.

De la mano me lleva este preámbulo a proclamar sin rubor que nuestro don Luis podía haber rubricado estas palabras del Capítulo General; no en 1978; varios años antes.

* * *

Diversas caras de un mismo prisma constituyeron los contactos de don Luis con las Hijas de María Auxiliadora: el apostolado personal o comunitario y la convivencia en las comunidades masculinas donde las salesianas prestaban sus servicios. En cualquiera de estas facetas se manifiesta don Luis como una persona «con ideas sólidas sobre lo que significa ser salesiano o Hija de María Auxiliadora». «Era un hermano para las Hermanas; jamás un *padre* salesiano.»

No resultó fácil el acercamiento. En las décadas cuarenta y cincuenta, las Hijas de María Auxiliadora empujaban su vida por angostos

vericuetos y estrechas sendas. Las Hermanas vivían en un clima de notable rigidez, por otra parte propia de aquellos tiempos. No les resultaba nada fácil acercarse a consultar a un sacerdote elegido libremente por ellas; tenían un *confesor ordinario*, asignado de *arriba*, para toda la comunidad; sacerdote siempre benemérito, pero no necesariamente apto para todas las conciencias.

A don Luis se le acercaron personalmente varias Hermanas en busca de consejo y apoyo; unas, para encontrar en él al director espiritual en sus crisis vocacionales; otras, para que les abriera camino y alentara sus anhelos apostólicos o en los estudios de Filosofía.

Nos aseguran que, a nivel personal, «se encontraba siempre dispuesto a escuchar y te introducía en la órbita de Dios y de la salesianidad»; resultaba ser como «una proyección de Don Bosco en el futuro, una actualización de Don Bosco en la vida salesiana», «te llevaba de la mano hacia las inquietudes interiores de modo sencillo».

Tampoco resultó *miel sobre hojuelas* el apostolado de don Luis a nivel institucional. Hubo una época en la que del Consejo Superior Salesiano emanaron rígidas normas. Esas normas restringían fuertemente las actividades apostólicas de los formadores del Teologado. El campo de apostolado de los profesores debía circunscribirse y limitarse a la propia casa de formación; sin proyección al exterior. Los apostolados externos podrían mermar el tiempo de los profesores con perjuicio de la calidad de las enseñanzas teológicas. Tal rigidez esterilizaba la vida sacerdotal de unas personas que, aunque profesores, también éramos sacerdotes. Se resintieron las diversas capellanías y centros de educación a los que atendíamos habitualmente, y se creó un malestar generalizado.

Más buena voluntad que acierto hubo en aquellas normas. ¿Cómo personas bien preparadas por sus estudios: Moral, Dogma, Sagrada Escritura, Derecho, no podían desarrollar su función sacerdotal? La verdad es que duró poco aquella situación; y a veces, dependía, como en tantas ocasiones, de la interpretación, más o menos literal, que se hacía de las normas.

Las salesianas conocían el *buen hacer* de don Luis en materia de apostolado; de hecho prestaba apoyo a las Hermanas encargadas de la pastoral juvenil con sus oportunas orientaciones a partir de su propia experiencia.

Le llovieron al director del Teologado solicitudes para que don Luis y otros profesores dieran conferencias, charlas, y ejercicios espirituales a las salesianas. No fueron negativas rotundas las del director; pero sí elegantes excusas. «Ocasión llegará, más propicia.»

Don Luis no comulgaba con tales *rigideces*. «Comentaba que debía existir más confianza entre salesianos y salesianas; que las crisis habían de resolverse entre miembros de la misma familia, sin necesidad de acudir a sacerdotes ajenos.» Y la ocasión propicia llega cuando él es nombrado director. Guardando las reservas oportunas, accede de buen grado a la demanda de las Hermanas. Sólo hace una salvedad:

«Con tal de que nos envíen material, porque en nuestra biblioteca no hay nada de ustedes.»

Contentas y bien contentas quedaron las Hermanas. Pronto pudieron apreciar «la riqueza, el interés y el amor fraterno con que aquellos

salesianos les hacían partícipes de su ciencia, de su experiencia, de su riqueza doctrinal y humana.»

* * *

Don Luis abría caminos a las Hijas de María Auxiliadora.

«Se lamentaba serenamente de los tiempos: de la lentitud en la apertura, de que se mirara con lupa el proyectar dos o tres películas al año, de que no se prodigaran más las idas a la familia...» Pero sabemos cómo don Luis ha venido respetando las Instituciones. Conocemos bien su obediencia. «Protestar contra los superiores, nunca. Recomendaba serenidad y manifestar el desacuerdo dentro de la obediencia.»

Ese andar *con los tiempos* que tanto les vino costando a las Hijas de María Auxiliadora lo espolea don Luis en sus charlas. «Nos quería en la vanguardia.»

«La Iglesia y el mundo necesitan de nuestra Congregación. Hay que descubrir a Don Bosco y actualizarlo; proyectar la fuerza de nuestro carisma hacia el futuro y caminar con las necesidades de la Iglesia y de los jóvenes.»

Algo le llamaba la atención en el espíritu de las salesianas: la sencillez de Madre Mazzarello, de Mornese. Intentaba que las Hermanas la redescubrieran.

«La sencillez salesiana la hemos perdido. Tenemos que recuperarla. Temo que no la valoren suficientemente y no se esfuercen por mantenerla o restaurarla si fuera necesario. Leo y releo, siempre con gusto, la descripción que Madre Sorbone dejó de la vida que hacían en los primeros tiempos. Ahora ustedes son mucho más complicadas. En esto tenían que retroceder, y aprender; porque la sencillez es una de las características salesianas que más gusta a todos. Madre Mazzarello, por el solo hecho de haber vivido y enseñado a vivir a las Hermanas y a las niñas en clima de genuina sencillez, había merecido que su memoria fuera perpetuada. Hizo otras muchas cosas muy interesantes; pero ésta, para mí, es de las más importantes... ¿Sabéis cuál es vuestra característica? La sencillez *mornesiana*. La vida de Mornese era vida. Vosotras tenéis *florechillas* que se parecen o superan a las de San Francisco de Asís...»

Fuego y ardor ponía don Luis en cuidar a las salesianas; en el orden personal y comunitario. Nadie venía a él que no entrara en su corazón. Por razón de una Hermana con fuerte crisis vocacional se le vio llorar. Animó muchas vocaciones en duda, clarificando su opción; aunque es obvio reconocer que alguna «se le escapó de las manos»; no por falta de interés, desde luego; los factores psicológicos y humanos cuentan mucho en estos casos.

Esperanza del Instituto son las novicias. Don Luis les hablaba, en Madrid. Ponía tal calor en sus charlas que alguna vez salieron encendidas; el final de una de esas conferencias resultó muy emotivo, cuando rubricó su charla con la frase paulina: «*Mi vivir es Cristo*». ¡Si éste era el lema que habían escogido las novicias como ideal de su vida religiosa!

Hondo habían calado las salesianas de Madrid en el corazón de don Luis. Cuando después, desde Salamanca, pasaba por la capital de Es-

pañá, «siempre encontraba un hueco, o para una llamada telefónica o para hacer una visita y dar un poco de ánimo».

* * *

Adosada al Estudiantado Teológico Salesiano de Salamanca, una casa; sencilla, limpia, con poca holgura, donde un puñadito de Hermanas vive vida recoleta y atiende a los servicios de cocina y ropería para estudiantes y profesores. Su única distracción la constituye el *Oratorio Festivo*. Domingos y fiestas organizan su catequesis y juegos para las niñas del barrio, malacomodándose en aquel reducido patio o en las escaleras de la casa, donde todo nos hablaba de estrecheces para las Hermanas. Solícitas. Buenas Hermanas aquellas que oraban y se afanaban sin tregua por vestir y alimentar a los futuros sacerdotes. Con cariño lo hacían.

El trabajo era duro; muchas personas que atender. «La presencia de don Luis era un alivio. Infundía serenidad, paz; animaba, y siempre con su sonrisa, abierta, generosa, cariñosa...»

Don Luis, como director, además de los estudiantes, se ocupa también de estas Hermanas. Las visita con frecuencia, y cuando no puede, les da las *Buenas Noches* por el turno. Se interesa por su vida, material y espiritual; y por las chicas contratadas para el servicio.

«¿Estáis contentas? ¿Tenéis alguna dificultad...?»

Es el hombre del aliento, de la confianza, del detalle. «No se le pasaba el cumpleaños de una Hermana; iba al turno y la saludaba, y le decía que había rezado por ella.» Les insiste y anima a que los domingos por la mañana salgan de paseo a visitar Salamanca o a estar con las Hermanas de la comunidad de Canalejas.

Con las enfermas derrocha exquisitez, y no ahorra atenciones; la administración del Seminario corría con todos los gastos, sin reparos.

Y las quiere ver alegres, siempre alegres. Se cansaban las Hermanas con el intenso y monótono trabajo diario; el *Oratorio Festivo* era un escape, pero no suficiente. Las fiestas escaseaban para ellas, que tampoco disponían de lugar a propósito para hacerlas. No se le escapaba a don Luis este detalle; por eso las invitaba a las veladas y teatros que preparaban los estudiantes.

Pero, claro, había una que debía quedarse en casa para guardarla; siempre era la misma, ¡pobrecita!; la *profesina* la llamaban, porque era recién profesas; y «algunas escenas podrían hacerle daño y era menor de edad...». ¡Tiempos aquellos! Ella se resignaba; por el bien de su alma, por supuesto. Pero allá iba don Luis, al turno, con su palabrita de consuelo, su sonrisa y consejo: «que ofreciera su sacrificio al Señor». Detalle que aquella *profesina* guardará como magnífico regalo de don Luis.

Y todavía recuerdan las Hermanas aquella *inocentada* que les dio el director. Eran los años del Concilio Vaticano II; muchos obispos pasaron por el Estudiantado Teológico en aquella época. No resultaba extraño que llegara uno, aunque fuera el día de los *Santos Inocentes*. Era rechoncho, rubicundo y con pronunciada calvicie; figura más típica de monseñor no se viera jamás; y para más chanza, *santificado era su nombre*: se apellidaba *Santa Bibiana*. La única diferencia, cualitati-

va desde luego, con la dignidad episcopal es que no pasaba de ser un estudiante de Teología disfrazado. El solideo y la faja los habían confeccionado las Hermanas para una obra de teatro que se representaría por aquellas navidades. Llamaron a la puerta de la casita; abre una chica de servicio. Se sorprende, y sube corriendo a avisar a las Hermanas: «Que es el director con un obispo». Y don Luis: «Por favor, que bajen al locutorio, que ha venido a visitarles un obispo de Estados Unidos». Revuelo entre las monjitas, que dejan presto sus tareas y se concentran en el locutorio. Quién las hubiera visto atusarse, quitarse apresuradamente los manguitos y alisarse los hábitos para no estar *impresentables*... Luego vino el diálogo, las impresiones sobre el Concilio...; hasta que alguien identificó el solideo, obra de sus manos, y reconoció al monseñor-estudiante que era inconfundible... Se rió la broma; y quiero recordar que hasta se celebró con un *vino español* en honor del *monseñor*.

Así era don Luis.

Las quiere ver contentas a las Hermanas; para eso, las fiestas. Se interesa don Luis por las fiestecillas que ellas organizaban para sus chicas; y enviaba a la orquestina de los estudiantes para amenizar las veladas, que cobraban así mayor esplendor y colorido. Y él colabora y ayuda.

Se acercaba el *santo* de la directora, sor Antonia Medina, y se les metió a las Hermanas el prepararle un festejo. Ella se resistía; pero las Hermanas *erre que erre*; y se lo dijeron al director. Debíó suceder esto alguno de los primeros años en que las normas, tan rígidas como obsoletas, les prohibían que pasaran al recinto del Teologado; por tanto, no podían usar el salón de actos de los estudiantes. Don Luis se entusiasmó con la idea del homenaje, y puso a disposición de las Hermanas todos los medios a su alcance. Llegado el día, mandó montar un escenario en el reducido patio de la casita; y él y don Juan Gil echaron una mano.

Cuando el verano de 1963 cae enfermo en la visita a su familia, desde Concordia escribe una tarjeta a las Hermanas del Teologado:

«Me siento en manos del Señor que me sigue a todas partes con designios de amor. Y esto me hace profundamente feliz. Lo que viene de Dios es amor, y el amor ilumina nuestra vida como un día de primavera. Pero el amor no es placer egoísta, es inmolación. La verdadera religiosa es la que más ama.»

Cómo habían intensificado las buenas Hermanas sus oraciones para obtener de Dios la curación de su director. Y qué alegría experimentaron cuando le vieron de nuevo en Salamanca. «A raíz de su regreso, y posteriormente, pudimos apreciar cierto cambio en su vida espiritual; se le notó que la enfermedad le había acercado aún más a Dios; veía y reflejaba las cosas en la búsqueda de Dios. Ya para él lo importante y esencial en la vida era Dios, aunque siempre lo había sido, pero de manera especial a partir de la enfermedad.»

Había en Salamanca otra comunidad de salesianas. Gran colegio aquel de la calle de Canalejas. También aquellas Hermanas recuerdan las delicadezas y detalles de don Luis: que se acercaba por allí a darles charlas, cursillos y retiros. Y también a ellas las vimos con frecuencia por el Teologado.

Desde Roma, su recuerdo proyectará todavía su sombra sobre España. Un episodio significativo.

Se está preparando el Capítulo General de las Salesianas. El Concilio Vaticano II había sembrado inquietudes. Algunas Hermanas se muestran temerosas por las directrices que imprimirá el Capítulo General al Instituto. Parece que las superiores desean mantener la rigidez tradicional. Una Hermana joven de Salamanca, aconsejada, escribe una carta a don Luis, que por aquellas fechas tenía proyectado un viaje a España. Y sucedió que durante su estancia en la capital salmantina don Luis se entrevistó con esta Hermana y le explicó las líneas de apertura para el futuro. No acabará todo aquí. Vuelto a Roma, recibirá otra carta en vísperas del Capítulo. La monja firmante, como portavoz de un grupo de Hermanas, le expone los puntos claves de su inconformismo. Don Luis les responde que «acaba de entrevistarse con el Rector mayor, que a su vez hablará con las capitulares; que conoce al sacerdote que les predicará los ejercicios espirituales de preparación al Capítulo y que ha dialogado con él sobre los puntos en conflicto; que quedasen tranquilas, que todo se trataría en el Capítulo».

Así era don Luis con las salesianas: una lluvia de detalles.

* * *

Esta misma actitud la llevará consigo cuando le destinan de inspector a Roma.

Su presentación a la Comunidad de Hermanas del P.A.S. deja a un lado todo protocolo; aparece entre ellas sencillo y fraternal, y les pide que «no le consideren como superior, sino como hermano».

Y poco a poco, irán apreciando las Hermanas esta realidad en don Luis.

Las visitaba todos los domingos: recorría la cocina, la ropería; se informaba de la marcha de la casa, de las novedades relevantes; exhortaba a las Hermanas a que ofrecieran su trabajo paciente por la santificación de los clérigos y sacerdotes. No faltaba la buena palabra para las muchachas de servicio. Una gran delicadeza mostraba con ellas; «las animaba a formarse buenas amas de casa y verdaderas cristianas, capaces de asumir responsabilidades en el futuro».

Por el año 1969, se abría la nueva *Casa Generalicia* de las Hijas de María Auxiliadora en Roma, cerca del Ateneo Salesiano. Ciento sesenta Hermanas, procedentes de diversas naciones constituían la comunidad; entre ellas, el Consejo General y ciento cincuenta *junioras*, aspirantes a la vida religiosa.

Los comienzos de una casa son siempre dificultosos. Un tanto más, si las personas encargadas de su gobierno son primerizas, algo inexpertas y extranjeras, como en este caso.

Don Luis se hace presente apenas llegan las Hermanas. «Con mucha fraternidad y amplitud» dispone todo lo necesario para la atención espiritual de la nueva comunidad. Cuida que, a lo largo de la semana, todas las religiosas, sobre todo las extranjeras, tengan la posibilidad de un confesor que hable y entienda el propio idioma; y ello, sin necesidad de salir de casa. Además, solicita una programación de todas las predicaciones que deseará la comunidad a lo largo del año: triduos,

novenas, festividades, retiros; y «lo dispuso todo para que no les faltara la *sana doctrina y el pan salesiano*». El se adjudicó alguno de esos retiros.

Recuerdan las Hermanas la predicación de don Luis: «Bien sustanciosa, rica en interioridad y muy serena; penetraba como una lluvia suave y movía desde dentro».

Cuando cayó enfermo, no cesó en sus visitas semanales a la Comunidad del P.A.S., ni en sus conferencias y retiros a las Hermanas. Sus últimas charlas «rezuman conformidad con la voluntad de Dios».

Tampoco echó en olvido don Luis a sus Hermanas al arreciar la enfermedad. La última vez estaba ya muy mal de salud. La directora de la *Casa Generalicia* conocía bien el estado físico de don Luis, y no quiso recordarle que aquel día tenían programado retiro. Pensaba suplir la plática con una lectura.

Por la mañana de ese día, fue el propio don Luis quien telefoneó para decir que no había olvidado su compromiso y que llegaría a punto para dar la conferencia. Pide solamente no hacerlo en la capilla para estar más cómodo. No quiso que fueran a buscarlo en coche. «Se vino a pie, solo, lentamente, como despidiéndose de todo aquello, saludando y diciendo una buena palabra a las personas, sobre todo a los jóvenes que encontraba a su paso. Volvió también a pie. Caminaba ya con dificultad, muy lentamente, pero no había perdido nada de su serenidad habitual.»

Impresionó fuertemente aquella última conferencia. Primero por su tono de voz: no podía ocultar su sufrimiento físico. Y principalmente por el tema de la plática: *Dios nos ama intensamente, aunque nos prueba*. «Su palabra se hacía vida.»

No olvidarán las Hermanas aquella última conferencia. La grabaron en cinta. Divina inspiración. Será el mejor regalo de don Luis a sus Hermanas salesianas.

Y allí estuvieron, en las honras fúnebres, para agradecerle todos sus detalles, unas doscientas Hijas de María Auxiliadora presididas por la Madre General y miembros del Consejo Superior.

«De este modo —leemos en la carta mortuoria— Don Chiandotto, que tanto había trabajado por el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, recibía el homenaje de su reconocimiento y de sus oraciones a través de esta selecta representación.»

El mal que no perdona

La salud de don Luis desde hacía años se había ido debilitando.

En 1956 le habían extirpado un riñón, en Carabanchel. Diez años han transcurrido sin la aparición del cáncer, aunque su cuerpo encajó los trallazos de otros males. Inoportunos ramalazos de crisis han ido mermando su entereza corporal.

Ya hemos anotado que, en el P.A.S., sufrió una recaída el año 1966. Sí. Su mal, aquel mal de España, le jugará de nuevo una mala pasada.

Todo comienza con punzantes dolores de cabeza y mareos. A veces, tiene que apoyarse en sus acompañantes para no caer.

Sospecha la causa de sus jaquecas, y se lo comunica a una Hermana salesiana:

«Rece por mí. Advierto nuevamente los síntomas de la enfermedad que tuve en Madrid. Me dan fuertes dolores de cabeza; no consigo dormir. Hágase, pues, la voluntad de Dios; estoy en sus manos.»

Pero él continúa su trabajo como si nada estuviese sucediendo...

La enfermedad avanza; los dolores acrecen; ya no puede ocultar su mal, y se hace necesario un reconocimiento médico. En el hospital civil le van a verificar diversos controles. Un electroencefalograma pone a los médicos sobre la pista: el mal es de origen neurológico. Se contacta con los mejores especialistas de la ciudad. Será el doctor Alberto Longhi, profesor de la Universidad de Roma, quien se encargue del caso.

Se ve la necesidad de trasladarlo a la clínica de San Camilo, en *Via Tagliamento*. Allí se le practicarán nuevos análisis y pruebas. El primero de abril, le someten a una arteriografía; verificación muy dolorosa que don Luis soporta con su característica tranquilidad y entereza. Los médicos diagnostican tumor encefálico canceroso que obliga a operar con urgencia.

Su estado es crítico. El mal interesa la cabeza con agudos dolores, y la hemicrania paraliza el organismo. «Se sentía como un tronco, sin fuerzas para moverse.» Pero su mente permanece clara. Y por ella des-

filan las personas a quienes más unido se siente. Por estas fechas, en España se recibe una carta escrita por uno de los salesianos que atiende a don Luis:

«Rvda. Madre Superiora
y Sor María del Puerto.
(Almendralejo)

Muy reverendas Madres: Quizás les puede sorprender esta carta enviada desde Roma por un salesiano a quien no conocen. El motivo es el siguiente.

Se encuentra gravemente enfermo don Luis Chiandotto, a quien ustedes tanto conocen y aprecian.

Anoche, mientras le asistía en la clínica, me dio la dirección de Vds. encargándome les comunicara su enfermedad y les saludara encomendándose a sus fervorosas oraciones.

Desde hace unos veinte días viene sufriendo dolores intensísimos en la cabeza. Los análisis parece que acusan un tumor, reproducción quizás del que tuvo hace años en un riñón y que le fue extirpado. En este caso, aun dentro de la gravedad, sería más fácil encontrar una solución con la intervención quirúrgica. Dios quiera que no sea un tumor maligno, que haría más grave la situación.

El está soportando todo con la serenidad de un auténtico santo. Sufre terriblemente sin una queja. Me decía anoche que él es sacerdote para vivir redimiendo al mundo con Jesús.

El, cuando se dirige a Vds. con esta mi carta, lo hace para despedirse y pedirles el recuerdo de las oraciones y esperarles en el cielo, pues cree que esta enfermedad es su preparación para marcharse al Señor.

Somos muchísimos los que le queremos y estamos empeñados en obtener del Señor la gracia de tenerle muchos años entre nosotros para edificarnos con su ejemplaridad de sacerdote santo.

Sin duda en este tiempo de Pasión, las oraciones y sacrificios de ustedes y de la comunidad será el acompañar de las piadosas mujeres al pie de la cruz a este ejemplar sacerdote que, junto a Jesús, sufre conscientemente para la redención del mundo en el calvario de su enfermedad.

El ha tenido este delicado recuerdo de Vds. en medio de sus enormes sufrimientos. Le ayuden en estos momentos dolorosos; y, unidos a tantas almas, logren la gracia que todos deseamos.

Me recomiendo a sus fervorosas oraciones para que con mi vida sacerdotal logre copiar los ejemplos luminosos que veo en el querido don Luis.»

Su primer aposento en la clínica será una habitación compartida con otros enfermos. El ajetreo de la gente, el vaivén de los visitantes retumba en su cabeza como pavoroso eco.

«Per i giovani, per i giovani, por los jóvenes» —exclamaba—.

Luego le trasladarán a una habitación individual.

Esta operación tuvo lugar en el año 1966. Duró un par de horas. Resultó fácil, en frase de los médicos. Le extirparon un tumor «del tamaño de una nuez aplastada». Parece que el carcinoma estaba localizado bastante superficialmente; pero no se descarta la posibilidad de una metástasis.

Varios días se prolongará la inconsciencia. Durante este período, el doctor, que ha adivinado y admirado la personalidad del enfermo, aconseja que se tome nota de las palabras y frases, pronunciadas bajo el efecto de los narcóticos, por si pudiera interesar a los superiores. En la incoherencia de su delirio va recordando a sus padres, a salesianos y salesianas, a la gente con la que había tenido relación en Madrid..., a cuantas personas guarda en su mente y en su corazón...

El postoperatorio va a durar dos meses, asistido día y noche por

salesianos, médicos y enfermeras. Para todos tiene una palabra, la ajustada para cada persona. Y le preocupa el P.A.S.; olvida sus males para pensar en los problemas del Ateneo. Los tiene bien presentes y pregunta por ellos.

De momento le han ocultado la gravedad de su enfermedad. Le hablan de un quiste extirpado. Tampoco a la comunidad se le ha desvelado toda la verdad. Sólo a los superiores. Más tarde, don Luis ha de conocer su mal; se lo supone, lo adivina más bien. En la operación le han dejado abierta una ventana ósea, disimulada solamente por el cuero cabelludo. No se han atrevido a cerrarla por temor a una reproducción metastásica; en este caso, una nueva intervención facilitaría la labor del cirujano. Le han dicho que con el tiempo le colocarán una prótesis metálica; pero nunca habrá de llegar esa operación. Don Luis conservará un hueso en el cráneo, que se traslucía a través de la piel. Poco estético, pero sin complejos para él. Lo sabrá disimular con un peinado adecuado o con un gorro, que hasta embellecía su figura.

Don Luis mantiene intacta su serenidad de ánimo; incluso, el *defecto* despierta su sentido del humor. A sus padres, que han venido a estar con él, les bromea:

«Ahora sí que estoy seguro de que tengo cabeza: me la han analizado y han hurgado en ella. No a todos se les ofrece la oportunidad de tal experimento...»

Y tranquiliza a su madre apenada, la anima; que no se preocupe, que sea valiente, que él no morirá.

La convalecencia fue más larga. Repartió el tiempo entre una casa salesiana, la de sus padres y, más tarde, España.

El 18 de julio me escribía desde Roma. Me encontraba en Madrid, en Carabanchel, la casona reconvertida en aspirantado.

«No sabes cuánto me han alegrado todas tus cartas. De un modo especial el saber que vas estupendamente de salud...»

¿Por qué no contesto? ¡Como si fuera nuevo para ti que yo soy el rey de los informales, por lo menos en lo que se refiere a la correspondencia! Y también un poquito, porque no llego a todo: aquí el trabajo no acaba nunca.

Te tengo que agradecer mucho las oraciones que tú y los tuyos y las tuyas (las archicofrades, *in primis* Conchita) habéis elevado al cielo por mí durante mi última (!) enfermedad. Se ve que seguía el efecto de tu extremaunción. Aunque hice que volvieran a dármele el día de la operación, pues no las tenía todas conmigo. Me costó bastante aceptar de antemano que pudiera quedar tonto. Fue un *fiat* que me costó pronunciar. Prefería morir. Luego de aceptar la voluntad de Dios hasta en eso, me quedó con una paz y serenidad muy grande y muy gozosa (...). Bueno, ahí va la traca final: el 27 ó 28 estaré en Madrid. Nos veremos y hablaremos.»

La tal *Conchita*, que cita don Luis, era la presidenta de la Archicofradía de María Auxiliadora de Carabanchel Alto. Aún se acordaba de ella, después de tantos años; un detalle. ¿Y el signo de admiración colocado entre *última* y *enfermedad*? Presentimiento. La *extremaunción* a la que hace referencia se la había administrado yo diez años antes, cuando en el Teologado de Carabanchel estuvo a las puertas de la muerte. Ingenioso don Luis; pero por si acaso, se hace administrar de nuevo la unción; no se confiaría mucho en aquella mía...

Su corta estancia en España constituirá una explosión de alegría y afecto hacia su persona.

A mediodía del 31 de julio llega a Salamanca, al Teologado. Ha viajado en tren. No se ha cumplido el año que marchó de allí, y vuelve a su casa. No ha perdido el recuerdo. ¿Quién iba a creer en este regreso en aquellos días en que se recibió la triste noticia de su operación? «Viene con buen aspecto.» Se le homenajea con un ágape especial, al que asisten, como invitados, los directores de los colegios salesianos circundantes.

El 1 de agosto lo dedica a charlas y visitas; intensa jornada, sin momento de descanso. Allá a las once de la noche, encuentra la distensión, y la distracción. Quiso bajar a la granja del Teologado; le encantó aquel gallinero, amplio y bien dotado, que había costado tantos sudores y quebrantos. Mucho había gozado don Luis, antaño cuando director, recogiendo y contando los huevos generosamente puestos por sus gallinas ponedoras. También ha gozado hoy al comprobar el progreso de las instalaciones.

Al día siguiente sale para Madrid. Ha madrugado para tomar el coche de línea *Auto-Res*.

En Carabanchel, lo recibí con un fuerte abrazo. Aunque anunciado y esperado, el encuentro resultó sorpresivo y grato. También aquí agotará su jornada en conferencias y visitas.

Y regresó a Roma... ¿Descansado? Lo dudo. Era incapaz de tomarse un descanso *como Dios manda*; para él contaba mucho el «descansaremos en el cielo» de Don Bosco.

* * *

Ya tenemos a don Luis en el Ateneo. De nuevo en su puesto de inspector; trabajando intensamente, con ardor y optimismo, a pesar de su debilidad física; «se recuperó pronto y reemprendió con total serenidad y dedicación el trabajo».

Será en este interregno cuando se le vayan apilando los graves problemas del P.A.S. Sufrimientos físicos y morales, que van minando su naturaleza, «hasta la aparición de metástasis en 1970».

Sí. El temor de los médicos se hizo realidad. El cáncer se cebó en don Luis, y poco a poco le conducirá a la muerte.

La crónica de su proceso clínico nos la proporciona él mismo en una carta a Araceli, con fecha 13 de agosto de 1970:

«El mal me cogió el 10 de julio. Volviendo de mi familia en tren, eché sangre con la orina y me empezó el ataque al riñón. Como pude, llegué a casa, a Roma. El 11 entré en la clínica con el riñón bloqueado. Me lo desbloquearon en unos días. Luego, buscaron las causas. La clínica en donde están las Hermanas Mercedarias está equipada con todos los modernos instrumentos; tienen también el riñón artificial (pero a mí no me hizo falta).

El diagnóstico: probablemente un quiste en el riñón. Total, me prepararon, y el 21 debían operarme. Pero esa noche tuve 39° de fiebre y no pudieron intervenirme. Lo hicieron el día 24, viernes, a las tres de la tarde. Me dicen que encontraron un quiste muy grande en la parte inferior, pero tan adherido al riñón que no juzgan prudente tocarlo para no dañar el funcionamiento del órgano. El cirujano me dijo que el quiste era muy carnoso, muy grande y que sangraba mucho. Dicen que lo han reducido, que lo han partido en diversos cachos, que han librado el uréter que estaba presionado, y no sé qué más. ¿Será realidad lo que dicen, un quiste, o será un tumor? Tú no le preguntes a nadie. Pronto lo sabré y te escribiré.

Durante la enfermedad he sido rodeado de atenciones de mis hermanos salesianos. Vino el superior general a verme dos veces desde Turín, otros superiores del Consejo Generalicio, la madre general y la vicaria y otras muchas monjas salesianas. Me saludó una tarde el cardenal Dell'Acqua, vicario del Papa en Roma.

Salí de la clínica el día 9, comí con la comunidad en el Ateneo junto a mi hermano Rómulo, mi cuñada Rina, y me trajeron aquí a Lanuvio, a 35 Km. de Roma, en una colina con clima fresco, para la convalecencia.»

Sí. Esta vez el foco se gestó en el riñón, el único riñón que poseía. El tumor, de naturaleza maligna, estaba muy difundido.

Había ido a Concordia a pasar unos días con su familia. Este retiro-descanso le valdría también para preparar el Capítulo Inspectorial con vistas al Capítulo General Especial a punto de celebrarse. Las reuniones tendrían lugar en *San Casciano Bagni* (Siena) a partir del día 12 de julio, domingo. Regresaba don Luis el viernes precedente, día 10. En seguida se derrumbó, sin poder participar en las tareas del Capítulo. Lo deseaba vivamente. Qué buen papel e interesante habría desempeñado en él.

Como él dice, le sometieron a intervención; pero los médicos se vieron obligados a cerrar, impotentes ante el avance del carcinoma.

Desde el riñón, la metástasis se extendió otra vez a la cabeza, sin posibilidades de operación: «No le hagamos sufrir más; en el cerebro no existe ninguna garantía de éxito», afirmaron los médicos.

El cáncer irá haciendo su efecto devastador. Y don Luis comenzará la recta final de su carrera hacia la muerte. «Los cuidados que se le procuraron, tanto en la clínica como en el Ateneo mismo, muy eficaces pero también muy dolorosos, consiguieron prolongarle la vida por poco más de un año.»

A su salida de la clínica, fue a convalecer a Lanuvio. La casa salesiana se asienta sobre una colina. Va huyendo don Luis del fuego del verano romano, y se refugia en la frescura de la tramontana.

En Lanuvio está el noviciado salesiano de Roma. Hasta poco ha inspector, tiene sus ojos puestos en los novicios, esperanza de la Congregación. Pero don Luis no es de los que identifican convalecencia con inactividad. El maestro de novicios ha caído enfermo. Es costumbre que el padre maestro dé una plática diaria a los novicios en el plan de iniciación a la vida religiosa. ¿Quién se la dará? Don Luis se ofrece. Está recién operado; su cuerpo flaquea; apenas se tiene en pie; pero se siente capaz de dirigir la palabra a los novicios. Les habla de la vocación salesiana, de la Congregación, de los elementos formativos de la vida religiosa... Una semana de charlas...

Muchas visitas recibió durante este descanso: Superiores mayores, hermanos de otras Inspectorías, salesianos españoles que coincidían por aquellas fechas en Roma.

En Lanuvio supo don Luis la gravedad de su enfermedad. Una serena conversación con Don Licciardo, recién nombrado inspector, le puso al corriente de lo que él ya sospechaba.

Nos han contado la escena. Al conocer la noticia, don Luis acusa el impacto. Permanece en silencio, ensimismado, durante algunos minutos. Después, Don Licciardo ve cómo alza los ojos, dibuja en sus labios una sonrisa, su sonrisa, y rompe el silencio:

«Si ésta es la voluntad de Dios, que se cumpla.»

Y su actitud reflexiva se transforma en gesto de serenidad. «Quien después iba a verle, le encontraba siempre alegre, siempre sereno.» Ni la más mínima alteración se apreció en su comportamiento. Es consciente de que va a morir, de que esta vez la enfermedad es irreversible. Y lo asume con «una fe inmensa y un gran amor a la voluntad de Dios, hasta aceptar de sus manos incluso el último sacrificio».

Dos veces ha estado a las puertas de la muerte, 1956 y 1966; ya ha adquirido una cierta familiaridad con ella. La previó, pero no la temió... «Sufrió fuerte y conscientemente con Cristo Crucificado, convencido del valor de la asociación con el Cristo-paciente».

El 31 de agosto, regresa de Lanuvio al P.A.S. Y se dirige a los hermanos de comunidad en las *Buenas noches*:

«He predicado muchas veces que es necesario cumplir la voluntad de Dios, aún cuando se presente en forma crucificante. Pues bien, ahora me toca a mí. Acepto con gusto la cruz que el Señor me ha enviado. Sé que tengo que prepararme desde ahora ya a su encuentro, y acepto con alegría su voluntad.»

Adivino en estas palabras la síntesis de la actitud de don Luis en su último año de existencia. Nos dicen que «ofreció su vida por el Ateneo».

En estas circunstancias, relevado del cargo de inspector «quedó en el Ateneo, plenamente consciente de sus condiciones, edificando a todos con su ejemplaridad, bondad y dulzura».

El 6 de septiembre de 1970, se reúne en el Consejo Inspectorial, ya con el nuevo provincial don Demetrio Licciardo. En un punto del acta se recoge la comunicación sobre la salud de don Luis:

«Estado de salud de Don Chiandotto: Como es conocido, humanamente hablando, no hay ya esperanzas de curación. Los cuidados, que se le han dispensado, tienden a detener el progreso de la enfermedad y a prevenir las posibles hemorragias internas.

Don Chiandotto es plenamente consciente de esta situación, pues se la ha comunicado oportunamente el señor inspector. Ha aceptado esta comunicación con profunda paz y serenidad interior y exterior, propias de un alma del todo consagrada y abandonada en las manos y en la voluntad de Dios.»

Un condenado a muerte, feliz con Dios y con los hombres

Del riñón, al cerebro; del cerebro al resto del cuerpo, hasta paralizar primero su mano derecha, luego la lengua, y finalmente el resto del organismo. Así, lentamente, fue progresando la invasión del cáncer en don Luis.

La metástasis del cerebro intensificará la parálisis del brazo derecho. El comprende que las cosas caminan inexorablemente hacia una solución final, a corto plazo. Pero su humor no cambia. Su vitalidad entra en franca decadencia, se siente cada vez más débil; pero nunca abatido. La dificultad del brazo derecho le sustituirá por la habilidad del otro.

«Este último año de don Luis va a resultar una preparación inmediata para la muerte; se familiarizará con ella.»

El 29 de septiembre de 1970, escribe una carta; todavía puede escribir. Va dirigida a España, desde Concordia Sagittaria a las hermanas Colomer. Extractamos algunos párrafos:

«Como ves por mi letra, estoy perdiendo el uso de la mano derecha. Me cuesta mucho escribir, escribo muy despacio y no sé si me entienden.

Tengo que darte una buena noticia: Jesús me ha dado una misión nueva, la del sufrimiento; y luego, me quiere pronto junto a El. Me ha regalado un tumor en el único riñón que tengo. Me operaron el 24 de julio: me abrieron y me cerraron. Ahora estoy haciendo la última visita a mi familia. Sólo mi hermano y mis cuñados saben todo; mis papás y hermanas sólo ven que no estoy bien.

A fuerza de inyecciones me han salido dos abscesos. Estoy hospitalizado cerca de casa. Ya me han sajado uno. Cumpro con serenidad y con gozo mi nueva misión.

No sé cuándo podré volver a Roma. ¿Seguiréis unidas a mi amor en mi nueva misión? Estoy cierto que sí. Gracias.

Por hoy, basta. Pide a Jesús para mí fuerzas para sufrir con gozo todo lo que El quiera. Ofreceme en tu misa junto a El. Te saludo con mucho cariño.—*Luis Chiandotto.*»

Una cosa no logra superar don Luis: su progresiva dificultad para el trabajo. Sus ganas de trabajar son tan fuertes, tan intensas, que le cuesta aceptar su situación de impotencia.

Pero va asumiendo la realidad en la medida en que se incrementa la gravedad del mal; presiente la muerte más cercana:

«Si no tuviese fe, no podría soportar mi estado físico, sentir verme morir día a día. Pero con la fe, sé que camino hacia la eternidad bienaventurada, y tras mi purificación me siento feliz, y acepto la voluntad de Dios.»

Así va muriendo don Luis, consciente, conservando siempre el dominio de sí mismo; aparenta, inclusive, valentía ante los hermanos y amigos; se esfuerza por no hacer sentir a los demás sus sufrimientos. Le impele una poderosa fuerza interior.

Ha salido al patio, a pasear; a compartir con los hermanos. Hace frío. Le dicen: «Don Luis, ¿no se da cuenta de que el frío le puede perjudicar?»

«Pero, hijo mío, ¿tú crees que si no me muero de lo que tengo, me va a matar el frío? Mira, no tengo ningún miedo a morir. Tres veces he estado a punto; y creo que, gracias a Dios, estoy bien preparado. ¿Pienzas que Dios va a permitir que no me encuentre preparado cuando me llame definitivamente?»

Sabe que la terapia médica es insuficiente para detener la carrera de la enfermedad. Y se somete pacientemente a todo tipo de tratamientos. A base de inyecciones intentan contener el avance del mal y mitigar los dolores: inyecciones que «ni los caballos las aguantan», como él decía. Se deja hacer porque «no puedo negar a los hermanos ni a los médicos la satisfacción del cumplimiento del deber».

Le preguntan si durante las noches logra descansar. Responde que «para él son terribles»; pero que «no se hacen largas las horas» porque las pasa en la meditación de una verdad reconfortante:

«Dios me ama. Me ha amado el primero; no por mis méritos, sino porque El es bueno.»

Y echa miradas, de vez en cuando, a la Virgen de Murillo y al Cristo de Velázquez, dos estampas, «sus dos compañeros de noche». Y coloquia con los hermanos que le han precedido, que le están esperando, «los hermanos de la comunidad del cielo».

Por el día hace vida *normal*, salvo en los períodos de intenso malestar. Escribe, pasea, recibe visitas, pone al nuevo inspector al tanto de los asuntos de la Inspección...; no para. Como puede, continúa sus contactos epistolares con personas amigas. Cuando ya le es imposible escribir, dicta las cartas, o encomienda escribirlas a personas de confianza, o las *habla* para recogerlas en cinta... En las cartas escritas estampa solamente su nombre, que ha aprendido a garabatear con la mano izquierda como un niño de primera elemental.

Se ha conservado una de esas cintas dirigida a una familia de Madrid. La verdad es que no tiene desperdicio. El alma de don Luis se retrata en ella:

«Secretario: Bueno, ahora estamos aquí en el cuarto del Ateneo Pontificio Salesiano, número 400. Es el cuarto de don Luis.

—Es mentira. Es el número 134.

—Bien, es el cuarto 134 donde se encuentra don Luis aparentemente pleno de salud, con el humor de siempre, la entereza de siempre. Quería dictarme la carta. De todos modos es mejor que él hable y os cuente cómo está. Vamos, pues, a concederle la palabra.

—Queridos Antonio, Carol, queridísimos cuatro nenes. He visto la foto que me enviasteis. Vosotros me creíais ya enterrado, y aún estoy vivito y coleando. Es cierto que el mal existe; lo tengo, y sin remedio humano (...). Todavía no estoy tan mal. Me están haciendo unas curas muy fuertes y nuevas; no con la esperanza de curar el mal, de extirparlo; pero sí para hacer menos rápida la evolución y la multiplicación de las células cancerosas. Bueno, pero esto no interesa. Yo estoy muy bien estando como Dios quiere.

Bueno, ¿y vosotros qué tal? Por lo que veo, aquí en la foto estáis a cual mejor. Los niños están como para comérselos. Si estáis vosotros, los papás, igual que los hijos, estáis muy bien, y yo en Cristo me alegro muchísimo.

¿Qué más os voy a decir? Os pido perdón porque no he contestado a vuestra carta, pero pensaba hacerlo. Sabéis que no puedo usar la mano derecha, de manera casi absoluta... Tengo días más felices y otros menos felices para el uso de la mano. Mañana, por ejemplo, me pondrán una inyección que me dejará baldado para todo el día (...).

Todo ello te va prolongando la vida; y la vida, siendo un don de Dios, siempre hay que apreciarla. Porque cuanto más vivimos, más podemos amar a Dios con mérito aquí en la tierra. Yo pienso que el cielo no es una mercancía que se ponga mala y haya que comérsela pronto; el paraíso lo deseamos, yo lo deseo; pero también puede esperar porque, como digo, es mercancía que no se pone mal. Muchísimas gracias por el cariño que me tenéis. Podéis quererme mucho, pues los seis quizás no lleguéis al cariño que yo os tengo.

Sabéis que he estado en Concordia, en mi pueblo, como mes y medio, para dar el último consuelo a mis papás y familiares. Quince de esos días los hube de pasar en la clínica y ello fue una tragedia para mis padres.

De Concordia me vine el 15 de octubre, día de Santa Teresa, la nueva doctora de la Iglesia. En un principio, pensaba irme a San Tarasio, que está junto a las catacumbas de San Calixto, pero he venido al Ateneo porque aquí me pueden atender mejor. Tenemos en casa dos salesianos médicos. Por la mañana me levanto tarde porque tienen que ponerme una inyección, que me hace estar tendido en la cama para ver las reacciones de los líquidos que me meten en el cuerpo; pero luego, durante el día, hago vida bastante normal, como un vago, pues ya no llevo la dirección del P.A.S. Al nuevo inspector le voy poniendo al corriente; y luego, a romper papeles, cartas, deshacer un sinfín de cosas para dejarlo todo un poco más limpio. Paseo por los jardines del Ateneo, he asistido al funeral de un hermano salesiano, he ido a confesar fuera de casa, a predicar fuera de casa y tengo por delante tres sermones este mes de noviembre y primeros de diciembre, y los que me vengán porque ya me han invitado bastantes. No sé por qué me invitan; si es para ver un bicho raro que está condenado a muerte y que habla tranquilamente de la fe, del amor a Jesucristo, o si es que

realmene aún sé decir alguna cosa buena. Creo que sí digo alguna cosa buena y hago un poco de bien, porque pienso que aún el contrato de trabajo no ha caducado para mí. Y así lleno un poquito de tiempo —quizás un mes— que me queda de vida todavía. A lo mejor todo se puede derribar en un momento porque, siendo el tumor en el riñón único que me queda, una vez que revienta, puede ser que se produzca una hemorragia que ya no se pueda contener. ¡Bueno! Pero ya estoy preparado, ya he pensado mucho. He ofrecido mi vida. He puesto un sinfín de personas queridas como intenciones en mis sacrificios y en mis dolores, de manera que estoy preparado para cualquier día.

Mientras tanto, procuro llenar el tiempo como mejor puedo.»

* * *

Aprécia la vida don Luis: «es un regalo de Dios»; pero tampoco teme la muerte: «se convierte en instrumento de purificación y redención a través del sufrimiento y del dolor».

Y habla de su enfermedad. No como una carga que le estorba y se desecha, más bien como un valor apreciable y apreciado:

«Que no me roben nada de mi felicidad; mi enfermedad es lo único que es mío, y con lo que puedo hacer algo en bien de las almas.»

Piensa en los demás don Luis. Sobre todo en sus padres; locura es lo que tiene por ellos. Vive un fuerte sentimiento de cómo encajarán su muerte; teme hacerles sufrir.

Se encontraba don Luis en la clínica, y ha venido su padre a verle. El salesiano que acompaña al enfermo hace ademán de retirarse para dejarlos solos.

«No, no; quédate», le dice don Luis.

La emoción y las lágrimas presidieron la escena. Al salir el padre, don Luis se sincera con el salesiano:

«Te agradezco que no hayas intervenido en la conversación. Así no se ha percatado de que no puedo mover la mano derecha. He preferido que te quedaras; de lo contrario, en vez de media hora hubiéramos estado dos o tres; y tú sabes cómo me sientan las visitas de mis padres. Si llega a enterarse de que tengo la mano inútil, lo habría comunicado en el pueblo; su dolor sería enorme, y yo hubiera sufrido más que ellos. Ando con mucho cuidado para que mis padres no sufran por mí...»

No apartó su pensamiento de ellos; sobre todo, a medida que el mal avanza inexorablemente. Cinco meses antes de su muerte, les envía una carta *grabada*. Anima a todos: «me siento muy cerca de vosotros; os quiero tanto». «Y felicita a su padre por la fiesta de San José, día del padre. Recuerda a toda la familia, incluidos los sobrinos, y concluye:

«Pensad que también yo estoy preocupado porque pienso en la desazón de papá y mamá. Y puedo decir que he aprendido a amaros de un modo más grande, más intenso, más bello. Y me siento contento y feliz y quisiera que también vosotros os sintierais contentos, alegres, no demasiado preocupados.

Os abrazo y beso a cada uno con mucho afecto.»

Comenta con una hermana salesiana que él va a ir a despedirse de los suyos: «ya sé que será la última vez que los veo». Las hermanas preparan un regalo para su madre. Don Luis abre los ojos:

«¿Para mi madre?»

Y rompe a llorar como un niño, emocionado.

«¡Cómo lo va a agradecer mi madre! Este es el regalo que mayor ilusión me ha hecho en toda mi vida.»

En esta ocasión, manda noticias a Araceli; en tres tiempos, respectivamente.

«Mañana espero el permiso del médico para despedirme de mis papás y familiares. Reza por ellos; será un dolor grande como el mar, para ellos y para mí.»

«Dentro de unos días será la despedida final de mi pueblo, de mis sobrinitos más pequeños, de tantos familiares y amigos a quienes no volveré a ver más. Pide a la Virgen que me dé fortaleza.»

«He dejado a papás y hermanos muy inquietos. Recemos por ellos. Me canso mucho y he sudado para escribir estas dos letras. Perdóname todo lo que haya que perdonarme.»

* * *

Agosto de 1971. Don Luis se nos muere, se consume.

Su situación se ha ido manteniendo durante este año más o menos estacionaria. En el último mes de julio han querido internarlo nuevamente, durante un par de semanas. Los médicos deseaban verificar un chequeo y llevar a cabo un tratamiento intensivo para frenar un foco del mal que comenzaba a afectar a un pulmón. La cura resultó positiva y don Luis volvió a la casa salesiana. Lo deseaba; «no veía la hora de regresar para estar con los hermanos».

Luego, entra en una fase estacionaria, aunque su estado general ha decaído notablemente; se encuentra postrado, si bien abandona la cama durante algunos ratos. La mano derecha ha perdido casi completamente el movimiento y la parálisis se va extendiendo lentamente a toda la parte derecha del cuerpo.

Don Luis se encuentra muy sereno y optimista, «con una entereza de ánimo extraordinaria». Pero no cabe duda de que sufre.

Sospecha que le queda poco tiempo. Al salesiano que le atiende como *secretario* le manda destruir gran parte del material confidencial que ha conservado: cartas, cuadernos de apuntes, fichas..., en gran cantidad. A la biblioteca mandó muchos libros; algunos objetos los fue enviando a personas que sabía que los apreciarían...

«Cuando llegue la muerte, que sea bienvenida.»

Todas las mañanas, algún sacerdote celebra misa en su habitación; don Luis concelebra, en silencio. Su pronunciación es ya lenta y dificultosa; por eso, el celebrante, en el momento de la consagración, deletrea las palabras rituales. El enfermo no siempre consigue acompañar su oración con la del sacerdote.

En una actividad no ha cesado don Luis: la correspondencia. Conservamos un copioso epistolario de los últimos meses. En muchas de estas cartas, dictadas, de carácter confidencial, se trasluce su preocu-

pación por los problemas *ajenos*, y echa en olvido los suyos. Un ejemplo:

«En tu carta me preguntabas por qué no te decía nada de mi salud. Preocupado con tu problema, se me pasó por alto. Te recuerdo mucho, te sigo mucho. Quisiera cargar sobre mí tus problemas para que quedaras libre y feliz.»

Y como se siente con *fuerzas*, se anima a escribir unas oraciones personales. La letra resulta casi ininteligible, con abundantes tachaduras. Redactó estas plegarias como preparación inmediata para la muerte:

Traduzco alguna de ellas:

«Yo te adoro, Dios mío, porque tú eres el Absoluto, que estás en todo lugar y moras en mí; porque eres el Infinito, el Insuperable, el Inefable; porque eres mi Dios.»

«Te doy gracias, mi Dios, porque me has creado de la nada con una elección de amor; porque me has redimido del pecado. Yo te pido perdón, Dios mío, y pido perdón al Hijo en el Espíritu Santo por mis culpas, por mis infidelidades, no correspondencias a la gracia, debilidades y omisiones. Acepto lo que quieras mandarme como expiación. Es muy poca cosa una vida humana como ofrenda a Ti; pero, mientras todavía estoy vivo, te la ofrezco unida al sacrificio de Cristo.»

«Querida Mamá, te quiero mucho. Déjame ir con Jesús a jugar a ser redentor.

Oh María, dulzura mía.

Oh María, esperanza mía.

Oh María, Mamá mía.

Yo te pido aumento de fe, de esperanza y amor para soportar, día a día, los sufrimientos que te agrade mandarme, y el gran don de morir en tu amor.

Para los miembros de la gran familia de Don Bosco: Salesianos, Hijas de María Auxiliadora, cooperadores y todas las personas que se mueven en la órbita de nuestro apostolado, te pido fidelidad a tu ley, correspondencia a tu Amor, generosidad en el seguimiento de los impulsos de tu caridad redentora.

Para tu Iglesia pido la plenitud del Espíritu Santo y la salvación para todos los hombres.»

Avanza agosto.

Don Luís ha decaído notablemente. Ya no puede hablar. Intenta hacerse entender, pero su voz es un hálito. Le resulta imposible leer; hasta seguir la lectura de una carta le fatiga. Ni se levanta de la cama para nada.

El estío romano resulta bochornoso, sofocante; el calor agobia su respiración. Para aliviar un poco su ahogo, le sacan a una galería próxima a su alcoba, con magníficas vistas de Roma.

Le vienen suministrando oxígeno desde hace unos días para ayudarle en su fatigosa respiración. Le han aplicado también hipodermoclisís para nutrirle e impedir la deshidratación del organismo. Parece que no sufre dolores intensos. Ha tenido una flexión cardíaca, pero ha reaccionado muy positivamente después de una inyección.

Vienen a visitarle muchos. Visitas cortas; no conviene fatigarle. Generalmente reconoce a las personas; corresponde a los saludos con una leve sonrisa, o con un movimiento de ojos, y ofreciendo su mano, la izquierda.

Entre los visitantes, se encontró su íntimo amigo Antonio Javierre. Se acercó al enfermo y lo besó. Los dos rompieron a llorar. Luego, es-

cribirá Javierre a don Lamberto Echeverría, canónigo y profesor de las dos Universidades de Salamanca, amigo común: «Chiandotto está crucificado en su lecho de dolor. Ya no logra entablar contacto con nuestro mundo, sino a través de sus ojos luminosos, inteligentes, conmovidos. Puedes imaginar el sentimiento que me embarga al comprobar mi perfecta impotencia en estos momentos. Recuérdale en tu santa misa. Nos va a dejar un ejemplo de antología».

El día 13 manifiesta al director, Don Capitano, el deseo de recibir los sacramentos. El mismo director le administra, esa noche, la unción de enfermos, el viático y la bendición papal, rodeado de todos los hermanos que se encontraban en casa en ese momento. Don Luis sigue, paso a paso, la breve celebración del rito, con serenidad y atención. «Sólo se emocionó un poco al recibir la comunión.»

El día 16 le aplican nuevamente coramina, el oxígeno y el suero. No parece haber empeorado, pero a los médicos les preocupa un principio de bronquitis con fiebre y leve catarro.

Día 17. A partir de las cuatro de la madrugada, la respiración se torna desacompasada, dificultosa. Hacia las ocho, respira ya muy irregularmente, con intermitencias. Su rostro, más apagado que de ordinario y notablemente fatigado, no da señales de sufrimiento intenso.

A las 8,35, don Luis «se apagó sereno, como se extingue un cirio que se ha ido consumiendo lentamente».

Le rodean su hermano Rómulo, una de sus hermanas, su sobrina Adriana y un grupo de salesianos, entre ellos el provincial y el director de la casa.

* * * *

Muchos han sido los salesianos y amigos de don Luis que desfilaron por la capilla ardiente del día 17 y la mañana del 18 para testimoniar el último signo de afecto y profunda gratitud.

También han llegado numerosos telegramas de condolencia, desde todos los rincones de Italia; y desde España, donde tanto se le recordaba.

De Concordia, el pueblo natal de don Luis, acudió a los funerales una nutrida representación, unas cincuenta personas: familiares del difunto, el párroco del pueblo y conciudadanos.

Día 18. Poco después del mediodía, se coloca el cadáver en el féretro y es trasladado a la iglesia superior del Ateneo. A las 4,30 de la tarde, se celebra una misa *corpore insepulto*; la concelebran treinta y tres sacerdotes «llegados de todas partes»; preside don Arquímedes Pianazzi, en nombre del Rector Mayor.

La iglesia, a abarrotar. Por estas fechas coincidían las vacaciones de los estudiantes; el Ateneo se encontraba casi vacío. También el Capítulo General de la Congregación, que se celebraba en Roma por aquellas fechas, había hecho una pausa vacacional en sus sesiones. La Roma estival estaba ausente, desierta... Aún así, la iglesia mayor del Ateneo quedó pequeña. Numerosas religiosas representaban a varias comunidades e institutos. Presididas por la madre y superiores del Consejo General, las Hijas de María Auxiliadora rondaban las doscientas; no pocas españolas, entre ellas. Han estado presentes también, cómo no,

las hermanas de la clínica de Nuestra Señora de la Merced, que habían asistido y admirado a Don Chiandotto durante su enfermedad.

La homilía corrió a cargo del inspector, don Demetrio Licciardo. En ella recoge con sencillez, pero con acierto, el mensaje de la liturgia y la vida de don Luis, compenetradas ahora en el único sacrificio de Cristo, y aunadas en una admirable coherencia.

¿No parecen, en efecto, escritas para el queridísimo Don Chiandotto las palabras de la Sabiduría que vienen en la primera lectura de esta liturgia: *Como oro en el crisol le probó y como un holocausto le fue acepto*? Nos da la impresión de que estas palabras fueron escritas para él.

La figura religiosa y sacerdotal del queridísimo Don Chiandotto:

- en su constante búsqueda del bien;
- en su trabajo incansable, incluso en condiciones físicas de enfermedad y de dolor;
- en su firmeza serena, aún cuando no pocas veces profundamente sufrida, toda vez que este comportamiento necesitó animación, sostén y defensa;
- en una bondad que se transparentaba en cada palabra suya, que afloraba en cada gesto, que sobrevivirá triunfante y sonriente por encima de cualquier diversidad de opiniones;
- y con una delicadeza que descubría los secretos —en particular toda la sensibilidad y ternura de un corazón que mucho había mirado, visto, intuitido— en la profundidad del corazón mismo de Jesucristo, del cual bebió la claridad y limpidez de la fe, la fortaleza y el ardor de la esperanza, la suavidad y urgencia de la caridad.

Agradecemos a Dios por el tiempo que nos ha concedido a don Luis.»

Acabada la ceremonia, se trasladan los restos al nuevo cementerio romano, en *Prima Porta*, a las afueras-norte de Roma. Fue deseo expreso de los hermanos de don Luis. Enterrado en Concordia hubiera acarreado intensos sufrimientos a los padres.

La muerte de don Luis encontró eco en la prensa.

El *Messaggero Veneto* recogía la noticia del fallecimiento del «ilustre paisano» en su publicación del 22 de agosto. Asimismo, el semanario *Il Popolo*, diócesis de Concordia-Pordenone, en su número del 29 de agosto.

También España lloró su muerte. El *Boletín Salesiano* del mes de octubre del año 1971 reseñaba unos rasgos biográficos de don Luis. Y don Lamberto Echeverría, en Salamanca, desgranaba en el periódico *La Gaceta Regional*: «En pocas vidas se podrá encontrar tan encarnado aquello de que mandar es servir: a la juventud, a la Obra Salesiana, a la Iglesia.

Los encuentros se fueron espaciando, pero la edificación que causaban era siempre la misma. En Turín, junto a San Juan Bosco, o en Roma, cerca de la estación de Términi; en plena salud, o con señales de que un mal le iba royendo; en contacto directo con los chicos o en puestos *clericales* internos en la Congregación, Chiandotto se mostraba igual, sencillo, candoroso, alegre y bueno.

El clérigo que en Salamanca afrontaba horas y horas de estudio, horas y horas de clase, y aún encontraba tiempo para ayudar en el colegio, vio un día que su salud se quebraba. No bastaron cuidados ni adelantos médicos. Y empezó a dar su última lección. *Un ejemplo de antología*. Las noticias que iban llegando acentuaban cada vez más la gravedad. Y también la edificación de quienes le rodeaban.

Hasta que ahora, purificado por tanto sufrimiento, habrá volado al cielo. E imaginamos que allí no habrá habido recibimiento *oficial*. Sino que San Juan Bosco habrá puesto en movimiento a los muchos salesianos que le precedieron y que, con el asesoramiento de Santo Domingo Savio y de la multitud de antiguos alumnos que por allí andarán, habrá hecho otra cosa mejor: una especie de inmenso barullo con el mejor estilo de oratorio festivo en tarde de domingo donde no habría violines ni arpas, sino tambores y platillos; donde no cabrían discursos, sino abrazos y lágrimas de alegría; donde abundarían los versos malos, las travesuras ingeniosas y la alegría. Una entrada salesiana en el cielo, escamoteándole las llaves a San Pedro, porque Chiandotto llegaba; y ya que en la tierra, con los cargos tan importantes, le habían obligado a ser *formal*, era justo que al menos en el cielo cantase y gritase a gusto su inmensa alegría de verse allí. La alegría que, con los alumnos de *María Auxiliadora*, preludió en Salamanca en las fiestas de su ordenación sacerdotal. ¿No os parece?»

Al Rector Mayor no le fue posible acudir a los funerales. Con un telegrama se hace presente: «Con vivísimo dolor por fallecimiento querido Don Chiandotto, me siento confortado su edificante calvario, su sobrenatural aceptación incluso como holocausto propiciatorio para conclusión salesianamente constructiva trabajos Capítulo General. Deseo sintáis fraterna presencia y participación orante nuestro dolor y familiares. Ricceri».

El 20 de agosto, el inspector recibe una carta. La remite el párroco de Concordia, monseñor Giacomo Rosín:

«Ilmo. Sr. inspector:

Fuimos a Roma para declararle (a don Luis) el amor de su pueblo; el amor que se había conquistado con su modestia y sonriente afabilidad.

La enfermedad y la aceptación consiguiente de la misma nos lo hicieron conocer mejor. Pusieron de relieve aquella virtud que la buena gente había calado con su innata e inmediata intuición. Aquí en Concordia, quien ha tenido la suerte de tratarle, en sus breves y escasas apariciones, siente el orgullo de tenerlo como un poco suyo.

Nuestro agradecimiento por los cuidados que usted, personalmente, y la Congregación han tenido con él durante su enfermedad; por la asistencia amorosa que le habéis dado; asistencia que, ni la familia, ni ninguno de nosotros hubiese podido prestarle. Hemos quedado maravillados y hasta diría humillados por esta vuestra exquisita hospitalidad. Hemos considerado y apreciado todo como un acto de amor de los salesianos para con don Luis.»

* * *

Sí. Don Luis pertenecía a Concordia, la *había conquistado*. Por eso allá, ni sus padres ni el pueblo se resignaron a perderlo para siempre. Lo quisieron cerca de ellos, que *viviera* con ellos. También era «como un poco suyo...».

Y gestionaron el traslado de los restos al cementerio de Concordia. La conducción se llevó a cabo *en privado*; pero Concordia se volcó en el acto. No era para menos: regresaba a casa el *hijo pródigo*, tras sus andaduras por ese mundo de Dios, donde había derrochado, a manos llenas, *la fortuna* de amabilidad, simpatía y amor que el Padre le había concedido.

INDICE

	<i>Págs.</i>
<i>Prólogo del Cardenal Antonio M.^a Javierre</i>	5
<i>Presentación</i>	11
1. A modo de preludio	15
2. «¡Tenía la pobre tanto trabajo...!»	20
3. «¿Qué puede dar de sí este niño?»	24
4. «Siempre procuré no dejar mal al Ateneo»	31
5. Bajo el amparo de la Madonna de la misericordia	40
6. Rumbo a España, su segunda patria	47
7. La finca de «El Encinar»	53
8. En la universidad y en el colegio	60
9. Un maestro, con todas las letras mayúsculas	65
10. «El centro de las cosas no es el hombre, sino El»	69
11. Disciplina interiorizada	74
12. Don Luis hacía hacer	82
13. Somos lo que amamos	88
14. Líder de movimientos juveniles	94
15. Hombre de ideas y de acción	101
16. Apertura y obediencia: ve claro, sufre y espera	106
17. El sí a la enfermedad	114
18. Un manantial..., hasta la vida eterna	120
19. Director por santa obediencia	127
20. Claras luces y oscuras sombras	138
21. Claras luces	143
22. ... Y oscuras sombras	151
23. La cruz de la soledad	157
24. Hoy se marcha y nos deja	164
25. Amor de Dios para los hombres: sembrador de felicidad	169
26. Nacimiento de una Inspección	177
27. Ebullición: no paz de cementerio	187
28. Cuando el diálogo exige obediencia	195
29. «¿Por qué me han dejado en esta cruz?»	204
30. En el corazón de las Hijas de María Auxiliadora	212
31. El mal que no perdona	219
32. Un condenado a muerte, feliz con Dios y con los hombres	225



Luis Chiandotto a los diez y a los diecisiete años.



Familia de don Luis: Gino, mamá María, Marina, Luis, Carolina, padre Antonio y Rómulo.



Luis Chiandotto en primera fila, primero de la derecha, en 1937, año de su profesión religiosa.



Luis llega a Foglizzo para cursar los estudios del bachillerato superior, después de su profesión.



Año 1949, Universidad Pontificia de Salamanca. En la primera fila y desde la derecha, don Antonio María Javierre es el primero, y don Luis Chiandotto es el cuarto.



Mons. Marcelino Olaechea ordena de sacerdote a don Luis el día 24 de abril de 1949 en la iglesia del colegio salesiano de Salamanca. Luis celebra su primera misa solemne al día siguiente en la misma iglesia del colegio.



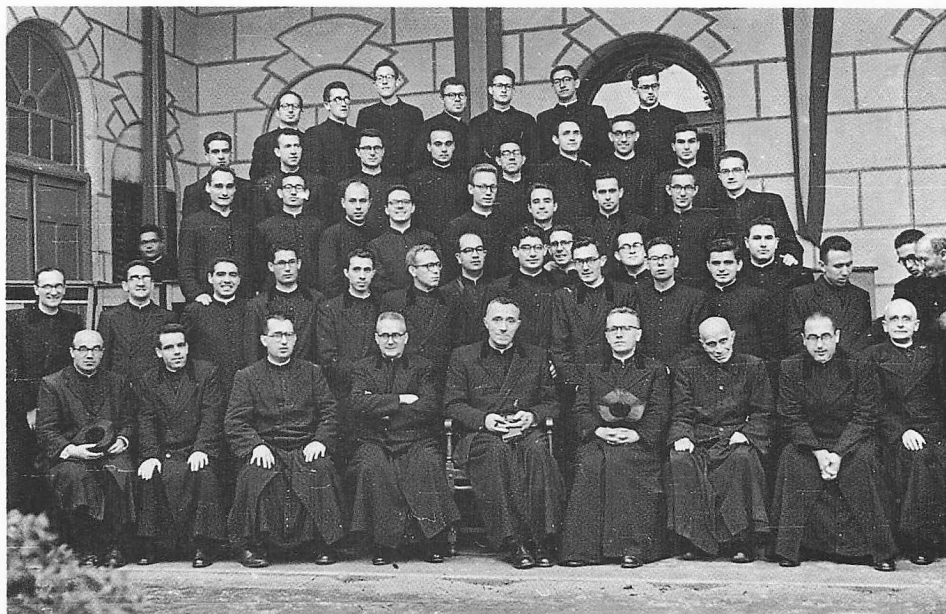
"Mons. Arbeláez apreciaba, amaba paternalmente, a los salesianos; y los salesianos del teologado le correspondíamos en su cariño, filialmente."



"Mañana, onomástico de don Anastasio. Es un anciano simpático, y no molesta. Subrayo en él el espíritu de trabajo." Don Anás era el confesor de don Luis.



Faceta deportiva y alegre de don Luis. Al Seminario de Teología todavía no había llegado el chándal.



En 1953 el Rector Mayor don Renato Ziggiotti visita el Seminario de Carabanchel.
Don Luis es el primero de la segunda fila, a la izquierda.



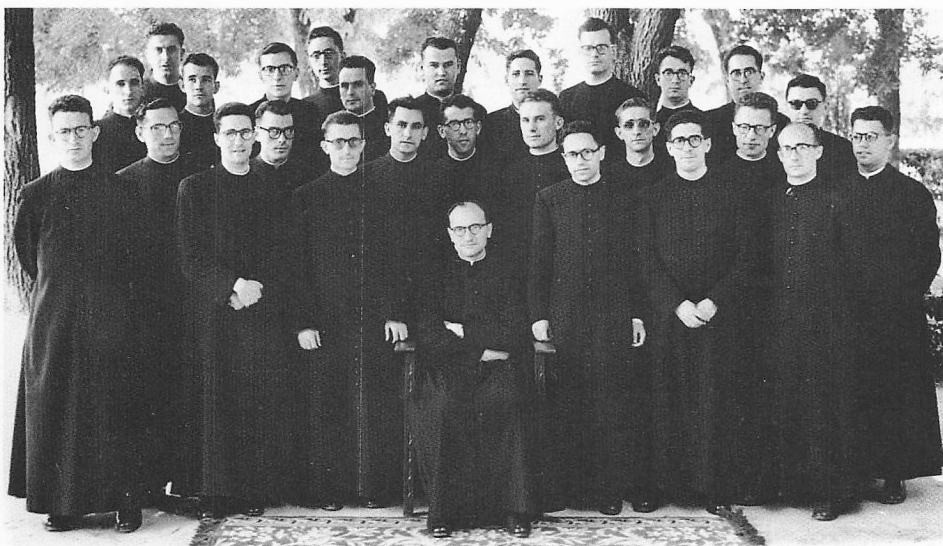
Mons. Arbeláez en un día de ordenaciones en Carabanchel (año 1956).



Araceli, sor María del Puerto, religiosa del Santo Angel, eligió a don Luis como director espiritual. "El modeló mi alma y mi inteligencia."



La contribución de doña Concepción Narváez y su esposo don Narciso Zulueta y Martos, marqueses de Alava, hizo posible la construcción del Seminario Teológico en Salamanca. Don Luis les invitaba todos los años a la fiesta de las ordenaciones sacerdotales.



Primer año de director de don Luis en Carabanchel. Los 26 sacerdotes ordenados el día 24 de junio de 1960.



En el año 1965 don Luis Chiandotto es nombrado inspector-director del Pontificio Ateneo Salesiano de Roma. Está aquí en el centro de la fotografía, sentado. "Don Luis, como inspector, representa el espíritu de adhesión al movimiento eclesial; y se esfuerza por acercar al Ateneo ese movimiento."



El 29 de octubre de 1969, comienzo del segundo año académico del P.A.S., tiene lugar un acontecimiento de gran transcendencia para el Ateneo y la Congregación: la visita del Papa Pablo VI, que viene a inaugurar oficialmente el nuevo complejo universitario.

*De izquierda
a derecha:*

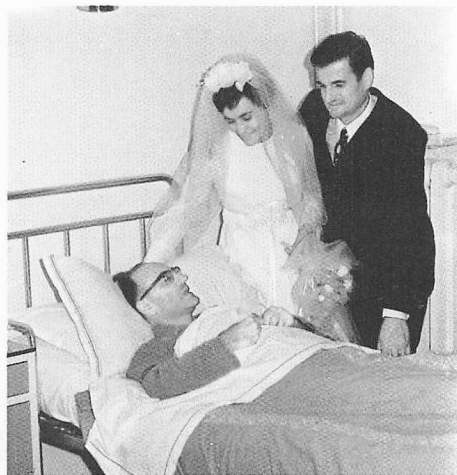
Pablo y Luisa
Chiandotto;
sra. Rina (esposa
de Rómulo);
mamá María;
Carmen Colomer;
sr. Rómulo
Chiandotto (hermano
de don Luis);
Adriana (sobrina
de don Luis); sr. José Colomer.



Don José Colomer y sus hijas —María Dolores y Carmen— visitaron, más de una vez, a don Luis durante su enfermedad, trasladándose de Barcelona a Roma. Don Luis les tenía gran afecto. La fotografía es de 1975.



Centro, izquierda: Don Grussu en una de sus visitas a don Luis.



Centro, derecha: Sus primos Daniela y José, en el día de su boda, le hacen una visita en el hospital. Día 24 de septiembre de 1970.

Abajo: "Ante este nicho, siempre florido, he depositado yo también un hermoso ramo de flores; he clavado mi vista en la foto, y le he dirigido una ferviente plegaria..." (JOSÉ LUIS BASTARRICA).



José Luis Bastarrica asumió el cometido de describir por menudo la jornada sacerdotal de nuestro querido Chiandotto.

Nadie mejor que él podía hacerlo. Tuvo la fortuna de acompañar a diario al biografiado en el ejercicio de su ministerio, como amigo entrañable y colega en el Seminario. Recogió a su muerte, abundante material de primera mano que él supo leer con ojo crítico y con ese amor sincero... que asegura la penetración del objeto.

Hemos de agradecer muy de veras el regalo que nos procura su esfuerzo tan generoso como meritorio.

Personalmente abrigo la ilusión de que jóvenes lectores sientan envidia del biografiado y decidan emular su sacerdocio.

Este sacerdocio constituye, a mi juicio, la clave segura para descubrir el secreto de su vida y, consiguientemente, para leer con fruto su estu-
penda biografía.

Cardenal **Antonio María Javierre**



Teléfono: 255 20 00 / Alcalá, 164 / 28028 · MADRID

ISBN: 84-7043-514-0